

ISMAEL SAZ, *ed.*

ESPAÑA: LA MIRADA DEL OTRO

es una reflexión global acerca de los grandes problemas que plantea la historia contemporánea de España y el lugar que ocupan la mirada interna y la mirada desde fuera en la construcción y reconstrucción de dicha historia.

AYER

31*1998

ESPAÑA:
LA MIRADA DEL OTRO

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 00. Fijar nuestra posición en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en una serie de estudios, *monográficos* porque ofrecen una visión global de un problema. Como complemento de la colección se ha previsto la publicación, sin fecha determinada, de libros individuales, como anexos de *Ayer*.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista. Cada publicación cuenta con un editor con total libertad para elegir el tema, determinar su contenido y seleccionar sus colaboradores, sin otra limitación que la impuesta por el formato de la serie. De este modo se garantiza la diversidad de los contenidos y la pluralidad de los enfoques.

ISMAEL SAZ, *ed.*

ESPAÑA: LA MIRADA DEL OTRO

Ismael Saz
Jean-René Aymes
Irene Castells üliván
Jean-François Botrel
José-Carlos Mainer
Gabriele Ranzato
Fernando Carcía Sanz
Alfonso Botti
Sebastian Balfour
Enrique Moradiellos
Adrian Shubert
Rafael Sánchez Mantero
Walther L. Bemecker
Juan José Carreras Ares
Ricard Pérez Casado

MARCIAL PONS
Madrid, 1998

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Librero

ISBN: 84-7248-596-X

Depósito legal: M. 35.596-1998

ISSN: 1134-2227

Fotocomposición: INFoRTE_x, S. L.

Impresión: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.

Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

Índice

<i>Introducción.</i>	11
Ismael Saz	
<i>La aportación del hispanismo francés (1975-1998) al conocimiento de la España del siglo XIX (1808-1868).</i>	19
Jean-René Aymes	
<i>El hispanismo francés desde la historiografía española: ¿Francia, revolución; España, reacción?</i>	43
Irene Castells üliván	
<i>Las miradas del hispanismo francés sobre la España contemporánea (desde 1868)</i>	59
Jean-François Botrel	
<i>Reconstruir la España contemporánea (entre la literatura y la historia)</i>	83
José-Carlos Mainer	
<i>Los primos desconocidos: la historia de la España contemporánea en los manuales escolares italianos de la posguerra.....</i>	99
Cabriele Ranzato	
<i>De la indiferencia simpática al descubrimiento del Mediterráneo. Panorama de la historiografía italiana sobre la historia contemporánea de España.....</i>	115
Fernando Carda Sanz	

<i>El franquismo en la historiografía italiana y la mirada del otro sobre los relatos de otras miradas</i>	127
Alfonso Botti	
<i>El objeto cercano. La dictadura franquista en la historiografía italiana</i>	149
Ismael Saz Campos	
<i>El hispanismo británico y la historiografía contemporánea en España</i>	163
Sebastian Balfour	
<i>Más allá de la Leyenda Negra y del Mito Romántico: el concepto de España en el hispanismo británico contemporáneo</i>	183
Enrique Moradiellos	
<i>La historiografía contemporánea en Norteamérica.....</i>	201
Adrian Shubert	
<i>La mirada americana. La evolución de un estereotipo</i>	229
Rafael Sánchez Mantero	
<i>La historiografía alemana sobre la Guerra Civil y el franquismo</i>	237
Walther L. Bernecker	
<i>Distante e intermitente: España en la historiografía alemana</i>	267
Juan José Carreras Ares	
<i>Una mirada sobre Bosnia y la antigua Yugoslavia</i>	279
Ricard Pérez Casado	

Introducción

Ismael Saz

La historia de la España contemporánea está construida en gran parte como un juego de espejos en el que la mirada ajena, desde fuera, desde otros países, ha sido a veces tan importante como la propia mirada de España hacia sí misma y hacia esos otros países. Una mirada que, en este último caso, ha estado casi siempre presidida por un cierto complejo de inferioridad que podía manifestarse bien en la voluntad de emulación, bien en el rechazo de aquellas diferencias que parecían concretarse en una mayor modernidad de lo ajeno. Por supuesto, en este juego de espejos la mirada hacia fuera y la mirada desde fuera se cruzaban y entretejían en un juego de relaciones que eran, a la vez, internas y externas. Internas, en tanto en cuanto constituían la base de posiciones enfrentadas sobre la propia historia y la concepción misma de España, y externas, en lo que podían tener de reacción frente a las observaciones del otro.

Así ha sido prácticamente desde la publicación del célebre artículo de Masson en la Enciclopedia metódica, en el que se denunciaba la situación de atraso y decadencia a la que el oscurantismo religioso habría conducido a España. Ya entonces hubo una cadena de respuestas integrada, entre otros, por Cavanilles, Denina y Forner. También Cadalso hubo de polemizar ---directa e indirectamente--- con el punto de referencia por excelencia de la literatura basada en la mirada -real o ficticia- desde fuera, la del Montesquieu de las Cartas Persas. Si todo esto sucedía en el siglo de la Ilustración y contemporáneamente a los primeros balbuceos de la historia como disciplina, no es extraño que esas difíciles relaciones volvieran a ganar protagonismo cien años después, cuando la Ilustración misma empezaba a ser cuestionada, las naciones cons-

tituidas entraban en una espiral de relaciones y percepciones darwinistas —con sus altas y sus bajas—, el positivismo entraba en crisis y comenzaban a tomar cuerpo las miradas más o menos interesadas hacia los otros países.

Entre las bajas se encontraba, por supuesto, España. No tenía nada de particular que en este contexto, cuando se indagaba en las raíces de una crisis que algunos se empeñaban en ver como casi terminal, la mirada al otro y la mirada del otro volvieran a entrecruzarse. Se miraba al otro, ahora, desde la perspectiva de la necesaria, o no, europeización. Pero se miraba también a la mirada del otro como un elemento fundamental que ayudaba en la definición de lo propio. Y en esta relación el juego volvía a ser complejo. Altamira, por ejemplo, dedicaba a Farinelli, «el más hispanófilo de los hispanistas», su *Psicología del pueblo español*. Más complejas eran las reacciones de Unamuno, quien ora denunciaba al hispanismo francés, y especialmente a Barrés, ora ensalzaba a este último contraponiéndolo a los hispanistas de otras latitudes. El juego de espejos era también un juego de identidades.

El espejo podía también romperse, sin embargo, para afirmar una imagen deformada y lineal, propiciadora de la construcción de una identidad aberrante: la identidad del absolutamente otro y del absolutamente inmóvil, la que fijaba la modernidad española del siglo *xvi* como la única posible; aquella que seguía unas líneas de exaltación de lo propio que venían de Forner y de Menéndez y Pelayo, y que algunos seguidores de este último estaban dispuestos a llevar hasta las últimas consecuencias. Fue esta visión, esta ruptura, la que se impuso en la Guerra Civil. Paradójicamente, la misma Guerra Civil que hizo de España un foco de atención mundial propiciando el surgimiento de un nuevo hispanismo, más histórico y menos literario, vino a consumir, a la vez, con la victoria nacionalista, la ruptura del espejo, cerrando a España las puertas de Europa y a los españoles la posibilidad misma de reflexionar al respecto.

Esta doble circunstancia propició un cambio cualitativo en la naturaleza y papel del hispanismo, el cual se convirtió, por primera vez y en modo determinante, en el punto de referencia fundamental para los españoles cultos y con acceso al exterior. Era fuera de España donde se podía hacer la historia de España, y era desde fuera de España desde donde vinieron algunas de las grandes aportaciones para la historia contemporánea de España. En la dinámica de extrañamiento en la que el franquismo quiso someter a los españoles, la mirada del otro resultaba más cercana y fructífera.

Por supuesto, ni siquiera para entonces cabe recurrir a los absolutos. Ni existía un solo hispanismo ni, dentro de cada uno de ellos, todas las aportaciones tenían el mismo relieve. Paralelamente, el agotamiento cultural del régimen franquista fue lo suficientemente temprano —*lo* que no es de extrañar dado lo ligero del *bagaje*— como para que surgieran líneas de renovación en la historiografía autóctona que pronto asumirían un protagonismo decisivo. No hace falta insistir en el hecho de que el restablecimiento de las relaciones culturales con el exterior, con los historiadores exiliados y con los distintos hispanismos, fueron aspectos esenciales en la reconstrucción de una historiografía de la que provenimos.

Fue, en cualquier caso, la recuperación de las libertades lo que propició una renovación fundamental de la historiografía española que ahora tenía libre y —casi— generalizado acceso a las fuentes, a los archivos, a los libros, a los métodos y a las grandes líneas de evolución de la historiografía contemporánea. En este contexto bien podría decirse aquello de que la historia de los españoles es cada vez más la historia —*y* la historiografía— hecha por los españoles mismos. Circunstancia que no ha evitado, antes al contrario, que desde fuera de nuestras fronteras hayan seguido viniendo aportaciones, muchas de ellas básicas, para el conocimiento de nuestra historia contemporánea.

Esto no es todo. Una vez más una situación autóctona como la descrita viene a coincidir con un cambio en el mundo de la historiografía y de las ciencias sociales, con esa crisis de los grandes paradigmas que ha acompañado a otras grandes crisis y cambios históricos, y que, por si fuera poco, coincide con otro fin de siglo, el tercero de los aquí considerados. La crisis de los grandes paradigmas ha conducido también —a mayor abundamiento y para el tema que nos ocupa— a una entronización de la alteridad y a una reflexión acerca de la posibilidad y condiciones mismas de la mirada desde fuera.

Dadas estas circunstancias, parecía oportuna la realización de un primer balance acerca del modo en que todos esos cambios habían afectado a la percepción de España en el extranjero y el modo en que los distintos hispanismos se habían situado ante ello. Con este propósito, la Asociación de Historia Contemporánea y el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de Valencia han organizado un seminario sobre España: la mirada del otro que, coordinado por los profesores Isabel Burdiel, María Cruz Romeo e Ismael Saz, se ha celebrado en Valencia la primera semana del mes de junio. A él han asistido hispanistas procedentes de aquellos países con mayor tradición y relevancia en sus estudios sobre

la España contemporánea junto con historiadores españoles especialistas en las historiografías de esos mismos países encargados de desarrollar los comentarios pertinentes.

Con el seminario se pretendía, naturalmente, establecer una aproximación al estado actual de los estudios sobre la historia contemporánea de España en los diversos países. Se trataba, igualmente, de propiciar una valoración de conjunto sobre esas mismas aportaciones. Pero se buscaba, sobre todo, llevar a cabo una reflexión global y de conjunto acerca de los grandes problemas que plantea la historia contemporánea de España y el lugar que, a la luz de los últimos cambios -históricos y de perspectiva-, ocupan la mirada interna y la mirada desde fuera en la construcción y reconstrucción de dicha historia.

Los artículos que componen el presente volumen corresponden a las ponencias presentadas en el encuentro. A ellos se ha añadido la conferencia del que fuera Administrador de Mostar, Ricard Pérez Casado, y cuya inclusión aquí se ha juzgado oportuna. Pocos acontecimientos, en efecto, como los conflictos de la ex Yugoslavia han centrado la atención mundial con un impacto semejante al que en su momento tuvo la guerra de España y con las inevitables proyecciones hacia el pasado y desde el pasado de toda una serie de miradas más o menos interesadas y condicionantes.

Por supuesto, es al lector al que corresponde hacer su propio juicio y trazar su propio balance de cuanto en los distintos artículos se expone. Dado, sin embargo, el carácter de foro de debate que se quiso dar al encuentro, se me permitirá que apunte brevemente algunas reflexiones. La primera y más llamativa es el formidable cambio de imagen de España en el escenario internacional. Un cambio que tiene, por así decirlo, fecha y firma. La segunda mitad de los setenta sería la primera y la transición y consolidación de la democracia sería la segunda. Se trata de un cambio tal que no sabemos si definir como mágico o como revolucionario. Pero que no hay duda que hunde sus raíces en el que tal vez haya sido el único proceso de la España contemporánea que ha merecido un juicio universal unánimemente positivo.

Un cambio de perspectiva de tal magnitud tiene una inevitable proyección retrospectiva sobre la reconstrucción de la historia de la España contemporánea. La mayoría de los participantes abundaron, en efecto, en la normalización de esa historia, que no se contempla ya como una sucesión de fracasos o de atrasos más o menos ininterrumpidos. Dos cuestiones destacan en este sentido. En primer lugar, este proceso de

normalización se ha llevado a cabo en una continua confrontación con la larga serie de estereotipos, que están lejos de haber desaparecido por completo, pero en cuyo retroceso ha desempeñado un papel sobresaliente el propio hispanismo. En segundo lugar, se ha tendido a constatar que esta renovación de la imagen supone también una renovación de los métodos de estudio, con una dimensión cada vez mayor de la historia social y cultural y una dilatación de los temas tratados. Da la impresión, en efecto, que la normalización de la España contemporánea supone una cierta liberación respecto de la fijación de la mirada exterior en aquellos procesos o acontecimientos que parecían congelar la imagen de la excepcionalidad española: la España imperial, la guerra de la independencia, la crisis del 98, la Guerra Civil, etc. No se trata de proyectar la imagen de un encuentro marcado por una suerte de euforia de la normalización histórica. Lejos de ello, las posiciones fueron diversas al respecto. Hubo advertencias en el sentido de no confundir la normalidad de la contemporaneidad española con una excesiva tendencia a diluir los elementos conflictivos de la misma. Y abundaron también las referencias críticas sobre la persistencia de algunos estereotipos o lugares comunes historiográficos.

Todo esto no hacía sino confirmar la estrecha relación que ha existido desde siempre entre la mirada del otro y la propia. Si bien ahora la sintonía parece ser mayor en las grandes líneas de interpretación, en la elección de los temas y en el tratamiento de los mismos. Una razón adicional para ello es la normalización, también, de la historiografía española, cuya mayoría de edad no se cuestiona. Como algunos de los participantes observaron, es la historiografía española la que marca la agenda, la que define los temas fundamentales de estudio, la que tiene la iniciativa en la organización de encuentros y reuniones científicas. Incluso el mercado español adquiere un creciente protagonismo en las estrategias de publicación de los investigadores extranjeros.

Un cambio de esta naturaleza plantea, por supuesto, la pregunta de cuál es el lugar del hispanismo, de si éste tiene aún una «función» a desarrollar. Algunos participantes hicieron referencia a la existencia de una cierta reacción de rechazo hacia la excesiva importancia concedida a los hispanistas, de ciertos reflejos defensivos o de la persistente incomodidad del que «se siente observado». Tal vez haya algo de ello, como una voluntad de autoafirmación, pero no era ésta la tónica general, al menos entre los asistentes al encuentro.

Lo que sí parecía claro es que se está produciendo un reajuste, un cambio en la escala de la complementaridad e interdependencia de los

especialistas de dentro y defuera en la España contemporánea. Un reajuste que es complejo, entre otras cosas, porque no todos los hispanismos son iguales, tienen el mismo origen, la misma trayectoria y tradiciones, la misma estructura corporativo-institucional ni el mismo modo de definirse respecto de las disciplinas vecinas. Las relaciones entre los hispanismos literario e historiográfico, en concreto, no están definidas siempre del mismo modo. Nadie ignora que en toda mirada hacia el otro hay un fondo comparatista, pero en ocasiones la especialización del hispanista conduce a una cierta diferenciación respecto de otros historiadores y especialidades. En términos generales, se aprecia en cualquier caso una tendencia a aproximar, por razones científicas pero también estructurales y de mercado, a todos aquellos que desde una u otra perspectiva conceden un lugar relevante en sus investigaciones a la España contemporánea.

El problema fundamental se plantea, sin embargo, en el terreno de las relaciones entre hispanistas y españoles. En este sentido, lo que puede constatarse es la afirmación creciente de un plano de igualdad. No existe ya ningún complejo de inferioridad en la historiografía española. Los historiadores españoles conocen perfectamente, en general, las historiografías de origen de los especialistas extranjeros, acceden directamente a los grandes debates de la historiografía internacional, están al tanto de los principales modelos y la crítica de los mismos y conocen también, por supuesto, y con la necesaria capacidad crítica, las aportaciones foráneas a la historia de la España contemporánea. Alternativamente, el hispanismo tiende a superar de modo creciente algunos de aquellos vicios consistentes en tomarse a sí mismo como punto de referencia historiográfico casi único, prescindiendo por ende, o casi, de las aportaciones de otros hispanismos o de la propia historiografía española. Ésta es hoy por hoy, como queda dicho, el punto de referencia central e inexcusable y el terreno de encuentro de todas las aportaciones.

Todo esto no disminuye en absoluto la necesidad de la mirada del otro. Si hubo un momento en que esa mirada pudo ofrecer claves para la identificación, en positivo o negativo, por acción o reacción, de los grandes problemas de la España contemporánea, y, al mismo tiempo, padecer el peso del estereotipo y la carga orientalista, la evolución del hispanismo confirma la reafirmación creciente del primero de los componentes y la práctica desaparición del segundo. En otras palabras, la mirada del otro, en tanto que está cada vez más imbricada con la propia, se hace menos conflictiva sin perder su potencialidad enriquecedora. Otra cosa distinta es el modo en que esto pueda traducirse en aportaciones

concretas. Algunas de ellas están claras, como aquellas que apuntan al papel de intermediario historiográfico y cultural del hispanismo moderno. Otras, como las que se refieren a la mayor facilidad de los historiadores foráneos para incorporar nuevas corrientes historiográficas --la historia cultural, por ejemplo--, su mayor propensión a la elaboración de grandes síntesis, o la mejor situación para seguir ofreciendo visiones de conjunto que abarcan a la totalidad de España, constituyen en sí mismas elementos para la reflexión y el debate. Ésta era, al fin y al cabo, una de las finalidades del seminario, y los elementos para todo ello los hallará el lector en las páginas que siguen.

La aportación del hispanismo francés (1975-1998) al conocimiento de la España del siglo XIX (1808-1868)

Jean-René Aymes

A pesar de la alentadora evolución que se apuntará al final de este recorrido ¹, cuando se celebre la progresiva supresión de las barreras entre las asignaturas y la esporádica marcha hacia la interdisciplinaridad, de momento no queda más remedio, para cubrir todo el panorama, que mantener la clásica y anquilosada división por dominios autónomos y complementarios.

1. Las síntesis

Bajo este epígrafe figurarán unas obras, de tamaño muy desigual, que de una forma u otra conciernen a la historia del siglo XIX español, ora abarquen todo el territorio nacional o sólo una porción de él, ora procedan de una selección discriminatoria, por ejemplo de tipo ideológico, como lo es el estudio del no hispanista Franck Lafage, doctor

¹ Este trabajo es, en alguna medida, la continuación de la obra colectiva, dirigida por Augustin REDONDO, titulada *La recherche hispanique en France* (1962-1984). *Espagne et Amérique Latine*, libro que recogía las Actas del XX Congreso celebrado en Madrid, entre el 20 de marzo y el 1 de abril de 1984, por la SHF (*Société des Hispanistes Français*). La presentación de la investigación referente a la España de los siglos XVIII-XIX (hasta 1833) corría a cargo de Cuy MERCADIER, mientras que Jean-François BOTREL se ocupaba de la investigación referente a la España posterior, hasta 1984. Luego, en 1986, la misma entidad, la SHF, publicó un librito que proporcionaba datos sobre todos *Les Centres de Recherche de l'hispanisme français*. Huelga precisar que la América hispánica figuraba allado de España.

en filosofía del derecho, quien dedica su investigación a «las resistencias políticas, religiosas y culturales que obran en la cultura occidental». En el caso concreto, en *La España de la Contrarrevolución. Desarrollo y decadencia (siglos XVIII-XX)*², se centra en «la España negra», en sus fantasmas y escenografía violenta, en la que se agitan a lo largo del siglo XIX (las dos quintas partes del libro) los contrarrevolucionarios, «serviles», anti-progresistas, carlistas y neo-católicos.

Cosa quizá digna de notarse y probablemente característica de la época actual es que a «la España negra» decimonónica pintada por F. Lafage no hace contrapeso ninguna España cromáticamente más seductora o más entusiástica para el espectador, en la que se hubieran recalcado los aspectos más positivos de la expansión política liberal o del auge del capitalismo o del nacimiento esperanzador del obrerismo.

Otra disimetría que esta vez remite no a algún criterio ideológico, sino a un criterio geográfico-espacial (aunque no exento de interferencias ideológicas): los hispanistas universitarios, medianamente interesados por Andalucía, parecen tener miedo a acercarse a la España cantábrica oriental (como si les traumatizara la violenta actualidad), manifestando una preferencia, en absoluto neutral, a favor de Cataluña, entre otros motivos (objetivos) porque el hispanismo galo consta de un considerable componente de «catalanismo», entendido aquí como el estudio del idioma, de la civilización y de la literatura del Principado. De ahí que el siglo XIX catalán esté presente en sucintas, pero densas y agudas síntesis, como lo son la *Historia de Cataluña*³, de Michel y Marie-Claire Zimmermann, y *España*⁴, de Jordi Bonells. En aquélla se perfila como línea rectora el examen de la rivalidad, que puede rayar en oposición virulenta, entre las autoridades catalanas y las centrales o madrileñas; naturalmente, la catalanidad en el siglo XIX se plasma sobre todo en la «*Renaixença*» cultural, pero el sentimiento pro-catalán -controlado y matizado- de los dos autores no les lleva a ocultar lo tardío (finales del XIX) de la afirmación de esa catalanidad en lo que atañe al teatro y a la novela. El librito de Jordi Bonells, más claramente ideologizado, sólo concede al siglo XIX dos páginas escasas; también pone el énfasis en el antagonismo entre Castilla y Cataluña, y a partir del momento

² F. LAFAGE, *L'Espagne de la Contre-Révolution. Développement et déclin, XV/lt'-xx' siècles*, París, Editions L'Harmattan, 1993.

³ M. y M. C. ZIMMERMANN, *Histoire de la Catalogne*, «Que sais-je?», núm. 3212, París, Presses, Universitaires de France, 1997.

⁴ J. BONELLS, *L'Espagne*, «Dominos», núm. 155, París, Flammarion, 1998.

en que emerge el sentimiento catalanista del autor queda nítida, aunque no explícita, la respuesta al gran interrogante -**con** visos de desafío intelectual para los no catalanes- que vertebra todo el texto: ¿quién puede arrogarse el derecho de hablar de una nación española sin que inevitablemente se menoscabe el carácter plural de la identidad?

Esa hábil tendenciosidad de Jordi Bonells está ausente de la sustancial *Historia de España*⁵ que publicó en 1996 Joseph Pérez, hasta entonces muy conocido por sus estudios sobre los comuneros y la España del siglo xvi. El ex director de la Casa de Velázquez, acudiendo a Albert Broder para la parte económica relativa al siglo xix, ofrece sobre este período una visión clásica, a la vez prudente y sólida, con un lógico predominio de lo político (doctrinas y acontecimientos relevantes) después de la eliminación de lo anecdótico y de lo militar cuando carece de significación histórica.

La aparición del libro de J. Pérez no provoca el envejecimiento de la notable *Historia de los españoles*⁶, dirigida por Bartolomé Benassar, publicada en 1985 y, de nuevo, en versión más austera pero más manejable, en 1992. Los dos autores que cubren las dos terceras partes del siglo xix son Lucienne Domergue («Del Antiguo Régimen a la España romántica», 1808-1839) y Jacques Beyrie («Emergencia de una nueva sociedad», 1839-1874). El lector se halla ante una obra densísima, proliferante de ideas, fechas y ejemplos, que da cuenta de un objetivo muy ambicioso, porque los autores tocan la política, la economía, la cultura, la literatura (Larra principalmente), la religión, los fenómenos de sociedad (el caciquismo, el bandolerismo, la tauromaquia, el vestido, los espacios de sociabilidad...), las artes y un poco la historia regional (con una clara preferencia a favor de Cataluña). Merece señalarse una particularidad ilustrativa de la intervención de un especialista de literatura en el territorio de la historia: es la utilización frecuente por J. Beyrie de la novela (de Valera, Pardo Bazán, «Clarín»...) como cantera para suministrar elementos de información (¿siempre fidedignos?) acerca de la vida cotidiana y de la mentalidad de los españoles de aquel entonces.

⁵ J. PEREZ, *Histoire de l'Espagne*, París, Fayard, 1996.

⁶ B. BENASSAR, *Histoire des Espagnols*, París, Armand Colin Editeur, 1985 y *Bouquins*, París, Robert Laffont, 1992.

2. Las grandes secuencias históricas

El «tempo» histórico excepcionalmente dinámico, agitado y sin copado del período 1808-1868 facilita la división del mismo en secuencias fáciles de encerrar entre fechas precisas, de caracterizar y de examinar con lupa. Pero dista mucho de que los hispanistas hayan manifestado un interés igual por esas secuencias. Peor todavía, las hay totalmente abandonadas que, en consecuencia, son frecuentadas exclusivamente por los historiadores peninsulares. La situación se presenta de la forma siguiente en sus líneas generales: la Guerra de la Independencia -como se mostrará a continuación- constituye desde varios decenios el principal polo de atracción, al que acuden historiadores de las ideas políticas, del teatro, de las artes, etc. Después, por motivos fáciles de adivinar, el absolutismo fernandino (1814-1820 y 1823-1833) queda casi en barbecho. De ahí un contraste, nada favorable para los hispanistas franceses, cuando uno recuerda las aportaciones importantes de Josep Fontana, Irene Castells o Ana María García. Unos pocos hispanistas, a cuya cabeza estaba Albert Dérozier y está Claude Morange, han trabajado sobre el Trienio Constitucional (prensa, itinerario biográfico de algunos actores eminentes), siguiendo las huellas del pionero Alberto Gil Novales. Por fin, en contraposición con la segunda y la tercera Guerras Carlistas que alimentaron en Francia algunos estudios penetrantes (Vincent Garmendia y José Extramiana), el primer conflicto no se hizo merecedor de ninguna investigación profundizada.

Viene a ser llamativa, por contraste con esos enormes hiatos y «desiertos» historiográficos, la profusión de los estudios de todas clases que conciernen a la «Guerra del francés». Sucesivamente, Jean-René Aymes ⁷ y Gérard Dufour ⁸ elaboraron, el primero en 1975 (3.^a edición en 1986) y el segundo en 1989, unas útiles, por claras y estructuradas, síntesis que tienen en común el ofrecer un enfoque bilateral y el recalcar la naturaleza múltiple del conflicto (guerra internacional, popular, civil, de opinión...). Una de las particularidades de la investigación llevada a cabo por J. R. Aymes es que, por estimar que a los profesores universitarios les incumbe dirigirse no sólo a la minoría selecta constituida

⁷ J. R. AYMES, *La Guerre d'indépendance espagnole (1808-/8/4)*, París, Bordas Etudes 20.5, 1973, Y *La guerra de la Independencia en España (/808-/814)*, Madrid. Siglo XXI de España Editores. 1975.

⁸ G. DUFOUR, *La guerra de la Independencia*, Madrid, Historia 16. 1989.

por sus pares, sino también al público más amplio posible, J. R. Aymes decidió emprender una tarea de vulgarización, escribiendo artículos en volúmenes colectivos de importante difusión (*Dictionnaire Napoléon*, *La Europa de Napoleón*)⁹ y en revistas tales como *L'Histoire* (París), *Historia* 16 (Madrid), *L'Avenç* (Barcelona). En su manera de enfocar la Guerra de la Independencia, G. Dufour y J. R. Aymes coinciden sobre otro punto: en la manera de evocar sólo brevemente el aspecto militar del conflicto en su componente más tradicional, es decir, el enfrentamiento de ejércitos regulares, típico del Antiguo Régimen. Y de hecho, ningún hispanista universitario salió a la palestra para disminuir el déficit. El territorio queda abandonado a los historiadores profesionales o aficionados convertidos en peritos «de corte clásico» -por así decir. A esa clase pertenecen Jean Tranié y Juan Carmignani, que dedicaron a la campaña de España libros magníficamente ilustrados. El único y modélico investigador en cuestiones militares es Jean Sarramon¹⁰, autor de una impresionante serie de estudios que siguen sin publicar, a excepción de *La batalla de los Arapiles*¹¹, con prólogo de Jacques Godechot, quien comenta el desapego de los historiadores franceses hacia la historia militar, atribuyéndolo al trauma provocado por la Segunda Guerra Mundial. J. Sarramon manifiesta, respecto al ejército imperial, una severidad que está ausente en la importante biografía consagrada en 1991 por (la no hispanista, pero formada al rigor científico) Nicole Gotteri a Soult, *Mariscal del Imperio y hombre de Estado*¹²; aunque procediendo con precaución, la autora pone en marcha, en definitiva, una rehabilitación del personaje estudiado y de la obra de pacificación que emprendió en España durante más de cuatro años; la línea rectora del estudio, que por cierto no puede asimilarse a un panegírico, consiste en mostrar que Soult, más o menos convertido en chivo expiatorio, ha sido constantemente víctima de rumores y calumnias; por consiguiente, a la autora le parece inmerecida la fama de saqueador de Andalucía; el principal culpable de esa paulatina destrucción de la imagen pública del duque de Dalmacia sería el rey José que, por

⁹ *Dictionnaire Napoléon, sous la direction de Jean Tulard*, París, Fayard, 1987; *L'Europe au temps de Napoléon, sous la direction de Jean Tulard*, Le Coteau, Editions Horvath, 1989 (a cargo de J. R. AYMES, "La guerre au Portugal et l'affaire espagnole").

¹⁰ En preparación un libro sobre el mismo tema en la editorial parisina Pygmalion.

¹¹ J. SARRAMON, *La bataille des Arapiles (22 juillet 1812)*, Publications de l'Université de Toulouse-Le Mirail (série A, t. 38), 1978.

¹² N. COTIERI, *Soult, Maréchal d'Empire et homme d'Etat*, Besançon, Editions La Manufacture, 1991.

su impericia y rencor, sale muy malparado del libro. El nombre de N. Gotteri se asocia también a la publicación que llevó a cabo, bajo el título de *La misión de Lagarde* ¹¹, de unos interesantes informes mandados a París por el susodicho enviado en misión. Ofrece la misma utilidad la publicación, encomendada a Michel Poniatowski en 1993, de los testimonios de Gaspard de Clermont-Tonnerre, titulados *La expedición de España, 1808-1810* ¹⁴.

En total -como se ha dejado sobreentendido- el aspecto político del conflicto ha sido el que más movilizó la atención de los hispanistas, siendo el pionero Albert Dérozier, que empleó más de diez años en construir su estudio en torno a Manuel Josef Quintana ¹⁵. Otros estudios elaborados en unos tiempos en que la tesis de doctorado de Estado (llamada familiarmente «de antiguo régimen») suponía la total dedicación del doctorando durante un mínimo de seis a diez años vinieron luego a aclarar otros aspectos del conflicto, siempre relacionados con el enfrentamiento ideológico desencadenado por la guerra entre afrancesados y patriotas, y entre liberales y absolutistas. Así nacieron los libros (no siempre sacados de tesis efectivamente leídas) y los artículos (algunos sustanciales y novedosos), publicados en España o en Francia, por los hispanistas que estudiaron la revolución política y la guerra de opinión, aproximadamente entre 1980 y 1990. En esa serie figuran (por orden alfabético) J. R. Aymes, autor de un libro sobre *Los españoles en Francia* ¹⁶; G. Dufour, autor de varios estudios relativos a Juan Antonio Llorente, al afrancesamiento, a la emigración de los «josefistas» y a la Inquisición ¹⁷; Françoise Etienvre, autora de la edición crítica de la *Centinela contra franceses*, de Antonio de Capmany ¹⁸; Annie Lacour,

¹¹ N. GOTTERI, *La mission de Lagarde, policier de l'Empereur, pendant la Guerre d'Espagne (1809-1811)* (...), París, Publisud, 1991.

¹⁴ G. DE CLERMONT-TONNERRE, *L'expédition d'Espagne, 1808-1810*, París, Librairie Académique Perrin, 1983.

¹⁵ A. DEROZIER, *Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne*, 2 vols., Annales Littéraires de l'Université de Besançon (vol. 95) y «Les Belles Lettres», París, 1968.

¹⁶ J. R. AVMES, *Los españoles en Francia, 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1987.

¹⁷ G. DUFOUR, *Juan Antonio Llorente en Francia (1813-1822)*, Geneve, Droz, 1982; (ed.) «Les Espagnols et Napoléon», *Etudes Hispaniques*, núm. 7, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1984; (ed.) «El clero afrancesado», *Etudes Hispaniques*, núm. 10, *id.*, 1986; *La Inquisición española*, Barcelona, Montesinos Editor, 1986.

¹⁸ A. DE CAPMANY, *Centinela contra franceses* (...), London, Tamesis Books Limited, 1988.

que trabajó sobre Argüelles¹⁹; Claude Morange, examinador de «Las estructuras de poder en el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen»²⁰, y André Pons, gran conocedor de José María Blanco White²¹.

3. La geografía y la economía

La ausencia de la geografía y de la economía en el abanico de las asignaturas impuestas a los hispanistas en el transcurso de sus estudios universitarios desde la licenciatura hasta la oposición a cátedra explica por sí sola la casi total inexistencia de la investigación en los dos dominios mencionados. Las pocas tesis leídas y libros publicados se deben, pues, a no hispanistas que, a pesar de sus talentos, siguen viviendo, desgraciadamente, al margen del hispanismo literario, demasiado autárquico sobre ese punto. Pero merecen ser señaladas y recomendadas las investigaciones, en particular, de los geógrafos Michel Drain y Alain Huetz de Lempes²² y las del historiador Christian Bourret, que leyó en 1991 una tesis original sobre los intercambios multiformes entre las dos vertientes de los Pirineos centrales, desde el siglo XI hasta mediados del XIX²³.

Por el motivo de que difícilmente un estudio económico puede prescindir de los aspectos humanos, la economía no resulta tan mal tratada como la geografía, pero son pocos los hispanistas que, tras haber recibido una formación universitaria adecuada, se animan a seguir el camino tan magistralmente abierto por Pierre Vilar, cuyos trabajos siguen siendo accesibles gracias a reediciones múltiples²⁴. Y es así como en 1994

¹⁹ A. LACOUR, «Peuple et populaire dans les discours d'Agustín Argüelles (1810-1843)», en *Mélanges offerts à Albert Dérozier. Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, núm. 547, 1994.

²⁰ C. MORANGE, «Las estructuras (...)», en I. PEREZ Y A. ALBEROLA, *España y América entre la Ilustración y el liberalismo*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», y Madrid, Casa de Velázquez, 1993.

²¹ A. PONS, *Blanco White et la crise du monde hispanique, 1808-1814*, tesis mecanografiada, 4 vols., Université de Paris VII, 1990.

²² El primer manual dirigido a los jóvenes hispanistas fue el de A. HUETZ DE LEMPS, *L'Espagne*, París, Masson, 1976.

²³ C. BOURRET, *Les Pyrénées centrales du XI^e au milieu du XIX^e siècle. Espaces, pouvoirs et relations privilégiées dans une zone frontière de montagne*, tesis mecanografiada, 3 vols., Université de Paris VII, 1991.

²⁴ *Nations, nationalismes et questions nationales. Textes de Pierre Vilar*, Iberica, Nouvelle série núm. 4, Université de Paris-Sorbonne, 1994.

los hispanistas pertenecientes a las nuevas generaciones pudieron disponer del texto de P. Vilar escrito en 1991, artículo dedicado al examen de las vinculaciones entre el liberalismo político y el liberalismo económico en la España del siglo XIX.

A la economía española del siglo XIX le han reservado su debido puesto en una historia global Emile Témime, Albert Broder y Gérard Chastagnaret cuando publicaron en Francia en 1980 y en España diez años después una nada trivial *Historia de la España Contemporánea*²⁵, en la que efectivamente pretendían desmontar los tópicos y calibrar la posición de España en el seno o al margen de Europa.

En el momento actual, los dos líderes de la historia económica de España son A. Broder y G. Chastagnaret. Este último, que desde hace muchos años se ha especializado en el estudio de la industria minera, acaba de anunciar la próxima salida de su libro sobre el sector minero en la economía española decimonónica. A. Broder, que había leído en 1992 una tesis sobre *El papel de los intereses extranjeros en el crecimiento de España*²⁶, acaba de publicar en París (primavera de 1998) un manual de sumo interés para los estudiantes hispanistas titulado *Historia Económica de la España Contemporánea*²⁷ en el que lamenta una tendencia pertinaz de la historiografía gala, o sea, «la tradición de la historia política francesa que da la preferencia a la ideología y al debate en menoscabo de la realidad económica». De ahí la obligación para A. Broder de acudir a una serie de especialistas españoles que le proporcionan respaldo y garantía de cientificidad, como lo son, para el siglo XIX, I. Fontana, J. Nadal, R. Tortella, A. Carreras, y en grado menor L. Prados de la Escosura y A. Y. Kondo. La originalidad del enfoque de A. Broder consiste en poner el énfasis en el contexto internacional, las comparaciones con Inglaterra y la Francia del Segundo Imperio, la importancia del desarrollo de la red ferroviaria, el funcionamiento del sistema bancario y las orientaciones de la política financiera gubernamental, en particular la de Bravo Murillo. Más de una vez se advertirá que la timidez de ciertos enunciados de A. Broder sólo procede de la constatación de que sobre varios puntos, por ejemplo

²⁵ E. TEMIME, A. BRODER y G. CHASTAGNARET, *Historia de la España contemporánea, desde 1808 hasta nuestros días*, Barcelona, Ariel, 1982 (ed. francesa en 1979).

²⁶ A. BRODER, *Le rôle des intérêts étrangers dans la naissance de l'Espagne, 1767-1920*, tesis mecanografiada, Université de Lille, 1982.

²⁷ A. BRODER, *Histoire économique de l'Espagne Contemporaine*, París, Ed. Economica, 1998.

la ganadería o los efectos de la desamortización, faltan todavía estudios exhaustivos y estadísticos.

4. Las relaciones internacionales

Por no haber recibido la formación universitaria adecuada, los hispanistas abandonan el dominio de las relaciones internacionales, dominadas por los jefes de Estado y los diplomáticos, a los historiadores *stricto sensu*, quienes globalmente se interesan poco por la Península, como lo prueba la inexistencia de cualquier estudio sustancial y específico entre la publicación del estudio de André Fugier, *Napoleón y España* (1930)²⁸, Y hoy. Incluso queda bajo su forma mecanografiada primitiva, es decir, inaccesible al público, la tesis consagrada por E. Témine a *Las relaciones franco-españolas bajo el Segundo Imperio*. Así pues, sólo se mencionará aquí el artículo de Brigitte Joumeau consagrado en la revista *Iris* a «Tres diplomáticos franceses en España en el siglo XIX» (Ferdinand de Lesseps, barón de Bourgoing y general Aupick)²⁹.

5. La historia institucional

La historia de las instituciones españolas deimonónicas, a excepción de las relacionadas con la cultura, sigue en manos exclusivas -por culpa de la indiferencia de los hispanistas- de los historiadores españoles. Sólo L. Domergue y G. Dufour, remontándose ambos a una época anterior a la Guerra de la Independencia, han estudiado el funcionamiento del Santo Oficio, aclarando de esa forma los criterios de ortodoxia y de heterodoxia establecidos por la Inquisición y evaluando los efectos, sobre el panorama ideológico del país, del control y de la «purgación» ejercidos por los censores.

²⁸ A. FUGIER, *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*, 2 vols., París, Librairie Félix Alean, 1930.

²⁹ B. JOURNEAU, «Trois diplomates français en Espagne au XIX^e siècle», *Iris*, Université Paul Valéry-Montpellier III, 1985/2.

6. La enseñanza y la educación

Gracias sobre todo a la existencia de un equipo de investigación dinámico, el CIREMIA de Tours (*Centre Interuniversitaire de Recherche sur le Monde Ibéro-Américain*), co-dirigido por Jean-Louis Guereña -fecundísimo investigador, estrechamente conectado con sus homólogos de la Península-, el hispanismo puede alardear de contar con un *pôle d'excellence* para cuanto concierne al sistema educativo español, o sea, a las instituciones escolares y universitarias, a las reformas ideadas y emprendidas, al estatuto del personal docente, a la pedagogía, a los manuales, a la alfabetización y a la estadística escolar, dominio en el cual Antonio Viñao Frago y J. L. Guereña han actuado como pioneros al publicar en 1996 un libro novedoso y metodológicamente ejemplar: *Estadística escolar, proceso de escolarización y sistema educativo nacional en España (1780-1850)* ³⁰.

Independientemente del CIREMIA de Tours, organizador de coloquios internacionales y editor de actas, se está constituyendo en la Universidad de Burdeos, en torno a François López, otro equipo de investigación que también trabaja sobre la educación y, más concretamente, sobre la alfabetización.

Gracias al liderazgo de J. L. Guereña y de F. Lopez se asiste, en el hispanismo, a una forma de relevo generacional asegurado por, entre otros, Jean-Marc Buigues, estudioso de la provincia de León ³¹, y Marie-Hélène Buisine-Soubeyroux, familiar de La Rioja ³².

Importa subrayar que, por motivos tanto científicos como personales, todos esos investigadores franceses que trabajan sobre la enseñanza y la educación (formal o no, institucionalizada o no, pública y doméstica, transmitida oralmente o a través de escritos) están constante y estrechamente vinculados con los investigadores de la Península (de la UNED de Murcia, Salamanca, Logroño, etc.)

³⁰ J. L. GUERENA y A. VIÑAO FRAGO, *Estadística escolar (...)*, Barcelona, EUB, 1996.

³¹ J. M. BUIQUES, *Le réseau d'enseignement de la province de Léon sous l'Ancien Régime*, tesis mecanografiada, Université Michel de Montaigne-Bordeaux 111, 1997.

³² M. H. BUISINE-SOUBEYROUX, *Alphabétisation, éducation et société à Logroño du temps d'Espartero (1833-1875)*, tesis mecanografiada, 3 vols., Université François Rabelais, Tours, 1996.

7. La sociedad y la cultura

A esa feliz dilución de la frontera franco-española en lo que atañe a la investigación se añade otra clase de dilución, también legítima, esta vez de tipo conceptual. Ya acabamos de entrever cómo, en cuanto a la educación, los especialistas se niegan a encerrarse en los límites, harto convencionales, móviles o difusos, que separan la educación institucionalizada de la no institucionalizada. El mismo fenómeno, que procede de la voluntad de acercarse a una «historia total», de poner en marcha la interdisciplinaridad y de acabar con todo encasillamiento empobrecedor y metodológicamente sospechoso se verifica en el enfoque de lo que se suele llamar la «cultura». En este momento, bajo el impulso de los hispanistas que en su respectiva universidad se titulan «*civilisationnistes*», emprende el vuelo una «historia de la cultura» ambiciosa y ávida, que casi lo abarca todo, sin excluir siquiera la historia política, institucional y económica, pero poniendo esas historias al servicio de la comprensión del fenómeno cultural entendido en su globalidad. Quizá haya que buscar por ese lado la actual riqueza y quizá también la inventiva originalidad del hispanismo francés en lo que se refiere a la España del siglo XIX. Lo prueba la cantidad de equipos de investigación que, de una forma u otra, salvando las «fronteras disciplinarias» y ensanchando su territorio propio, examinan la cultura o la civilización de la España decimonónica.

El equipo más potente y de estructura más compleja, el GRECO 30, funciona en la Universidad de Toulouse-Le Mirail desde 1980. Bajo la responsabilidad de Jean-Pierre Amalric y de Bartolomé Bennassar va siguiendo varios caminos, sin centrarse en el siglo XIX, trabajando en particular sobre la escritura y la lectura en España.

Sigue la misma evolución hacia la apertura y la diversificación el CIREMIA antes mencionado, que en su último avatar, a partir de 1994, sin abandonar del todo la enseñanza institucionalizada, se da por objeto «Familia y educación», o sea, el estudio de la educación entendida como proceso de socialización, con lo cual se ensancha considerablemente su campo de interés, incidiendo en las historias —ya constituidas y frecuentadas— de la familia, de la vida privada, de las mentalidades, de la urbanidad y de la sociabilidad.

La sociabilidad, precisamente, constituye el polo aglutinador de otro grupo de investigación, el ERECEC, creado en 1984 por Jacques

Maurice en la Universidad de Paris VIII (ex Vincennes). Cultura obrera, sociabilidad popular y sociedades musicales y cantantes fueron los sucesivos temas de investigación que dieron lugar a coloquios y publicaciones.

La continuidad del ERECEC está asegurada ahora en la misma universidad por el ERESCEC (*Equipe de Recherche sur les Sociétés et Cultures en Espagne, XIX^e-XIX^e siècles*), fundado en 1992 por Daniele Bussy-Genevois y Brigitte Magnien y ahora encabezado por D. Bussy-Genevois y la italianista Isotti Rosowsky. El ERESCEC consta de varios equipos, dos de los cuales pueden trabajar ocasionalmente sobre el siglo XIX, aunque se advierte una predilección a favor de finales del siglo XIX y el siglo XX.

Durante los cuatro años que señalaban la duración de vida administrativa fijada por su estatus de *Jeune Equipe de Recherche*, el CRODEC (*Centre de Recherche sur les Origines de l'Espagne Contemporaine*), fundado en 1992 por J. R. Aymes en la Universidad de Paris 11, fue un equipo de investigación original, e incluso inédito, por su estructura internacional y simétrica. En efecto, constaba, por un lado, de catedráticos y doctorandos hispanistas franceses, y por otro, de un número aproximadamente igual de investigadores españoles (de Madrid, Barcelona, Alicante, Bilbao, Oviedo...) y norteamericanos (Estados Unidos y Canadá) que desempeñaron el papel de «corresponsales extranjeros institucionales». La meta común era estudiar las relaciones franco-españolas en todos los dominios a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII y primera del XIX: conflictos armados, juego de las influencias, adaptación y rechazo de los modelos ofrecidos por «el vecino» e «imagen del otro». De esa forma pudieron colaborar, dentro de una perspectiva sistemáticamente «comparatista», unos especialistas que se acercaron a la historia, a la cultura, a las mentalidades, a la literatura... De los dos coloquios celebrados en París en 1993 y 1995 salieron dos libros coeditados en París y en España (Alicante y Bilbao) que examinaron la imagen de Francia en España, abarcando el segundo la primera mitad del siglo XIX³³.

En lugar de disolverse, el CRODEC acaba de fundirse en un nuevo *Equipe d'Accueil*, el CREC (*Centre de Recherche sur l'Espagne Contemporaine*), co-dirigido por J. R. Aymes y Serge Salaün, constituido

³³ J. R. AYMES y J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (eds.), *L'image de la France en Espagne (1808-1850)*, Bilbao, Presses de la Sorbonne Nouvelle, París y Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1997.

principalmente por hispanistas y doctorandos de la Universidad de París III, que han emprendido una reflexión realmente colectiva acerca de la identidad española, después de haber planteado una pregunta al mismo tiempo extremadamente escueta en su formulación y extraordinariamente compleja: ¿cómo ser español? Se someten sobre todo a examen los procesos de asimilación, adaptación, imitación y rechazo de los modelos extranjeros –no sólo los franceses– que, en cuanto a la cultura, engendran un fenómeno móvil de *brassage* o mestizaje. El amplio período abarcado va desde la época ilustrada hasta la actualidad.

En el Colegio de España de la Ciudad Universitaria de París también funciona, bajo la dirección de Carlos Serrano y de Marie-Danielle Deme-las-Bohy, el CRIME (*Centre de Recherche Interdisciplinaire sur les Modernités en Espagne*), que centra sus trabajos sobre el nacionalismo en España (concepciones, emblemas), examinando en particular la imagen del pasado construida por el discurso historiográfico.

Por supuesto, los equipos estructurados que se acaban de mencionar no tienen el monopolio de los estudios referentes a la cultura española de la primera mitad del siglo XIX. En efecto, en París y sobre todo en provincias aproximadamente una decena de hispanistas, al margen de los equipos institucionalizados o en contacto con ellos, exploran, más o menos individualmente, vías originales que no se pueden enumerar todas aquí. Por lo menos, parecen dignas de señalarse las siguientes: la cultura popular, la prostitución y las élites intelectuales (J. L. Guereña), los tratados de educación (Josette Borderies-Guereña, Rose Duroux), la museografía (Pierre Géal), el estatuto y la imagen literaria de la mujer (Colette Rabaté), la conmemoración y la mitificación del Dos de Mayo de 1808 (Christian Demange), la masonería (Luis Martin) y la historia de Madrid (Bernard Bessiere).

Dada esta dispersión temática, resulta difícil entresacar polos de interés significativos. La única excepción parece constituir la sociabilidad, como lo ilustra la convergencia de los datos siguientes, cronológicamente ordenados: el libro colectivo en el que 1. Maurice propone unas consideraciones sintéticas sobre «La sociabilidad en la España Contemporánea»³⁴; el otro libro dirigido en 1991 por Raphael Carrasco,

³⁴ *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez/UNED, 1989.

*Solidaridades y Sociabilidades en España (siglos XVI-XX)*³⁵; el libro de Rose Duroux, *Tratados de educación (...)*³⁶, en 1995, y el reciente coloquio (abril de 1998), organizado en la Universidad de Valenciennes por Anne-Marie Brenot y L. Martin, sobre «Las sociabilidades en el mundo hispánico (siglos XVIII-XX).

8. Las biografías

Estrechamente vinculados con la Guerra de la Independencia han salido ya los nombres de Quintana, Argüelles y Blanco White, quienes han sido objeto de estudios biográficos pormenorizados en los que el análisis de las opiniones contaba más que la narración de los comportamientos, y más todavía si estos comportamientos no rebasaban el nivel de lo anecdótico. Esa característica se aplica a todas las biografías de personajes, siempre eminentes en su papel público, que actuaron antes, durante o después de la «guerra del francés». En todos los casos, los personajes se estudiaron insertos en su contexto y relacionados con la historia de las ideas, de las mentalidades o de las modas. A excepción de unos pocos, como Regato, el conde de Montijo y Tapia (estudiados por C. Morange), es decir, de personajes sinuosos, intrigantes y problemáticos, la mayoría de los seleccionados por los hispanistas son políticos de clara -aunque, a veces, evolutiva- adscripción doctrinal, en general liberal. Así se puede levantar la lista de algunos personajes estudiados por otros tantos especialistas: Antonio de Capmany (F. Etienvre)³⁷, Juan Antonio Llorente (G. Dufour), Manuel Josef Quintana (A. Dérozier), José María Blanco White (André Pons), Álvaro Flórez Estrada (Charles Lancha)³⁸ o Braulio Foz (Jacques Ballesté)³⁹.

³⁵ *Solidarités et sociabilités en Espagne (XVI^e-XX^e siècles) (Etudes réunies et présentées par Raphaël Carrasco)*, Annales Littéraires de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Besançon, 1991.

³⁶ R. DUWJX, *Traité de savoir-vivre en Espagne et au Portugal, du Moyen Age à nos jours*, Association des Publications de la Faculté des Lettres de l'Université Blaise Pascal, Clermont-Fenand, 1995.

³⁷ F. ETIENVRE, *Rhétorique et patrie. Recherches sur l'oeuvre linguistique d'Antonio de Capmany*, tesis de doctorado de Estado mecanografiada, Université Michel de Montaigne-Bordeaux 111, 1997.

³⁸ C. LANCHA, *Álvaro Flórez Estrada, 1766-1853*, Université des Langues et Lettres de Grenoble, 1984.

³⁹ J. BALLESTE, *Braulio Foz et son temps (179/-1865). Un exemple d'émergence*

9. La prensa y la literatura

De todos es sabido que la prensa, en particular la decimonónica, se parece a un mirador desde el cual el observador puede contemplar, casi en su totalidad, la civilización de un país. De ahí que unos hispanistas, siguiendo el ejemplo que había dado Paul-Jacques Guinard al estudiar la prensa de la época ilustrada, vieran la necesidad de organizar en 1991, bajo la dirección de Jacqueline Covo, un grupo de investigación titulado PILAR (*Presse Ibérique et Latino-Américaine de Rennes I*), centrado en el examen de la prensa de toda índole. El PILAR, recientemente trasladado a la Universidad de Burdeos y colocado bajo la responsabilidad de Jean-Michel Desvois, conserva los mismos objetivos científicos. Al margen del equipo girondino, unos cuantos hispanistas han emprendido exploraciones puntuales del mismo material (*Semanario Pintoresco Español*, *Museo de los niños..*): se trata, entre otros, de Gisele Cazottes, Maryse Villapadierna, Marie-Claude Lécuyer, C. Rabaté y I. R. Aymes.

La difusión y la recepción de la prensa y, más generalmente, de los libros se sitúan en el centro de los estudios fundamentales de J. F. Botrel, que también se interesa por todo el proceso editorial: elaboración de los productos, tiradas, comercio de los libros entre Francia y España, conservación en las bibliotecas, modalidades de lectura... Desde ese punto de vista, el libro de J. F. Botrel, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*⁴⁰, es una obra pionera y capital, en la medida en que -como lo señala José Simón Díaz, autor del prólogo- abre la historia, aún lejos de su final, del libro español. Algunos años antes también había aportado una contribución útil Aline Vauchelle-Haquet al publicar el catálogo de los libros en lengua española publicados en Francia entre 1814 y 1833⁴¹.

intra-historique de la pensée bourgeoise, 2 vols., tesis mecanografiada, Université de Toulouse-Le Mirail, 1995.

⁴⁰ I. F. BOTREL, *Libros (...)*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993; «Les libraires français en Espagne (1840-1920)» en VVAA, *Hisloire du livre el de l'édition dans les Pays Ibériques. La dépendance*, Presses Universitaires de Bordeaux, 1986.

⁴¹ A. VAUCHELLE-HAQUET, «Les ouvrages en langue espagnole publiés en France entre 1814 et 1833», *Eludes Hispaniques*, núm. 9, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1985.

Al margen de los manuales de literatura española, publicados en la Península, en los que intervienen a veces algunos hispanistas (por ejemplo, R. Marrast, J. L. Picoche y 1. F. Botrel en la *Historia Crítica de la literatura española*, dirigida por Francisco Rico), merece destacarse la *Historia de la literatura española* 42, en la que el especialista de Pérez Galdós, Jacques Beyrie, cubre el siglo XIX, aclarando, al lado de Robert Jammes, su concepción de la literatura, que parece extensible a todo el actual hispanismo francés: para los dos autores, la *littérarité* (*sic*) no halla sus señas de identidad en las características lingüísticas, sino que cobra su sentido en relación con una serie de normas, el entorno cultural en cada época considerada, el contexto histórico, el sistema de educación colectiva y otros factores condicionantes que obligan a mantener siempre reunidas la literatura y la historia.

Al lado del diario y de la revista, la novela popular ocupa, dentro de esa perspectiva, un puesto eminente que, hasta una época reciente, parecían negarle las «clásicas» historias de la literatura española. La novela folletinesca, por la que se interesó primero un grupo de hispanistas en torno a Louis Urrutia en la ex Universidad de Vincennes, tiene ya, por lo menos, dos especialistas: Sylvie Baulo, que acaba de leer en Toulouse una tesis importante dedicada a Wenceslao Ayguals de Izco 43, y M. C. Lécuyer, conocedora de los «Folletines y autores de folletines en España bajo Isabel II» 44.

El interés por la novela y la prensa, leídas ambas por un público perteneciente mayoritariamente a la clase media, lleva, por un lado, a examinar cómo la novela y la prensa reflejan más o menos fielmente la sociedad contemporánea a la que se refieren, y por otro, a estudiar el costumbrismo, el romanticismo, las traducciones de obras extranjeras y los relatos de viajes por la Península. De ahí, en cuanto a la prosa más o menos testimonial de mediados del siglo XIX, el estudio de C. Rabaté relativo a la imagen de la mujer casada 45, y de ahí, en cuanto

42 J. BEYRIE y R. JAMMES, *Histoire de la littérature espagnole*, París, PUF, 1994.

43 S. BAULO, *La trilogie romanesque de Ayguals de Izco. Le roman populaire en Espagne au milieu du XIX^e siècle*, 2 vols., tesis mecanografiada, Université de Toulouse-Le Mirail, 1998.

44 M. C. LECUYER, «Feuilletons et feuilletonistes en Espagne sous Isabelle II», *Iris*. Université de Montpellier, 1993.

45 C. RABATÉ, *La femme espagnole et le mariage dans les écrits du milieu du XIX^e siècle* (1833-1863), 2 vols., tesis mecanografiada, Université de Paris III-Sorbonne Nouvelle, 1993.

al costumbrismo, por ejemplo, los estudios eruditos de J. L. Picoche sobre Enrique Gil y Carrasco ⁴⁶. Llegando a ser una tradición y casi una característica del hispanismo galo, el romanticismo se sigue enfocando ideológicamente, es decir, en su vinculación con el liberalismo, el tradicionalismo, el espiritualismo..., y no tanto desde un punto de vista temático, estructural o estilístico. Mientras que J. L. Picoche demostró un interés predilecto a favor del romanticismo conservador (Gil y Carrasco, Hartzenbusch, etc.), los demás investigadores se sitúan más bien en la línea trazada por R. Marrast, que había realizado una magnífica labor al estudiar la vida y la obra de José de Espronceda ⁴⁷. El otro romántico progresista merecedor de un tratamiento privilegiado fue, en el transcurso de los últimos veinte años, Mariano José de Larra, estudiado, pero nunca de manera exhaustiva, por, entre otros, A. Dérozier y C. Morange.

El estudio sistemático de la recepción en España de los escritores extranjeros dista mucho de concluirse. De momento, sólo unos pocos novelistas franceses han sido examinados desde ese punto de vista: George Sand (J. R. Aymes, C. Rabaté), Eugene Sue (S. Baulo) y Paul Féval (L. F. Botrel).

La literatura de viajes, durante largo tiempo limitada a los testimonios de los «grandes escritores» (Théophile Gautier, Alexandre Dumas, Victor Hugo, George Sand...), va ensanchando su territorio para acoger a narradores menos famosos, como el barón Taylor ⁴⁸ y como los que viajaron por Aragón, evocados por L. R. Aymes ⁴⁹, y otros sacados a la luz por el mismo en la antología *La España romántica* (...) ⁵⁰. Algunos de esos diarios y relatos alimentan el estudio de la «leyenda negra de España» y de los demás componentes de la «España de pandereta», temas en los que están profundizando en este momento L. R. Aymes y Eliseo Trenc.

⁴⁶ J. L. PICOCHÉ, «Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)>>, *Estudios y ensayos*, núm. 275, Madrid, Editorial Gredos, 1978.

⁴⁷ R. MARRAST, *José de Espronceda el son temps. Littérature, société, politique au temps du romantisme*, París, Editions Klincksieck, 1974.

⁴⁸ M. CHOUAÏ, *L'Espagne et le Maroc dans le Voyage pittoresque du Baron Taylor*, 2 vols., tesis mecanografiada, Université de Paris III-Sorbonne Nouvelle, 1993.

⁴⁹ J. R. AYMES, *Aragón y los románticos franceses (1830-1860)*, Zaragoza, Guara editorial, 1986.

⁵⁰ *L'Espagne romanesque (Témoignages de voyageurs français)*. Présentation par J. R. Aymes, París, AM Métailié, 1983.

10. El teatro

Sin llegar a suscitar entre los hispanistas el mismo interés que la prosa periodística, novelesca y costumbrista, el teatro español de la primera mitad del siglo XIX ocupa un puesto destacado: J. L. Picoche publicó ediciones críticas (de Hartzenbusch, García Gutiérrez...) y Emmanuel Larraz diseñó el panorama del teatro -el patriótico y el afrancesado- que se ofreció al público madrileño durante la Guerra de la Independencia ⁵¹.

11. La poesía

Resulta ser un campo muy abandonado desde la época de las ediciones críticas de Espronceda por R. Marrast, pero con la notable excepción de Antoni-Lluc Ferrer, que en 1997 publicó un libro procedente de la tesis que leyó sobre *La proyección de «La patria» de B. C. Aribau (1832) en la mentalidad catalana contemporánea* ⁵². Recogió después los poemas publicados en *El Vapor* barcelonés de 1833 y otros -patrióticos- aparecidos en la prensa española de los años 1832-1833.

12. El idioma español: semántica y lexicología

La historia política y en particular la de las doctrinas y de los partidos no pueden prescindir del estudio de los componentes elementales y básicos de los enunciados más complejos y de los textos estructurados, siendo esos componentes unos términos de acepción problemática y cambiante, como «revolución», «nación», «pueblo» y «público», conceptos claves en el enfrentamiento ideológico entre liberales y absolutistas a lo largo del primer tercio del siglo XIX. Son precisamente

⁵¹ E. LAHRAZ, *Théâtre et politique pendant la Guerre d'Indépendance espagnole: 1808-1814*, 2 vols., *Etudes Hispaniques*, núm. 15, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1988.

⁵² A-L. FERRER, *La patrie imaginaire. La projection de "La patria" de B. C. Aribau (1832) dans la mentalité catalane contemporaine*, 2 vols., *Etudes Hispaniques*, núm. 13, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1987; *La littérature en Espagne à la fin du règne de Ferdinand VII (esquisse d'une approche méthodologique)*, 2 vols., *Diplôme d'habilitation*, Université de Provence, 1995.

esos vocablos los que han sido examinados por, entre otros, A. Dérozier, C. Morange y J. R. Aymes.

Otros dos dominios son abordados por dos hispanistas: la retórica, por F. Etienvre, quien estudió a fondo gran parte de los textos de Antonio de Capmany⁵³, y Ariane Desporte, que se ha especializado en la lexicología aprehendida a través de la codificación del castellano por el *Diccionario de la Real Academia*⁵⁴.

13. Las artes

Mientras que ocupa un puesto aislado E. Trenc, revelador -para los hispanistas en general poco conocedores de la pintura española de la primera mitad del siglo XIX- de la curiosa trayectoria de Josep Bemat Flaugier, los historiadores del arte siguen manifestando al unísono un interés casi exclusivo por Francisco de Goya, estudiado, desde puntos de vista muy variados, por Jeannine Baticle⁵⁵, René Andioc⁵⁶, Geneviève Barbé, Marc Bouyer⁵⁷, los coautores del libro *Goya. Miradas y lecturas*⁵⁸ y, por fin, Colette Dérozier, que descuella por sus trabajos sobre la caricatura no sólo goyesca, ya que comentó unas litografías relativas a la Guerra de la Independencia⁵⁹.

Por fin, la pintura española de la época romántica cuenta con un especialista, E. Trenc —co-organizador de una exposición en el museo de Castres, 1997—, que analiza la influencia española sobre la pintura francesa, así como los temas españoles en la misma.

Como consecuencia de la pobreza de una formación universitaria específica son pocos, desgraciadamente, los hispanistas capaces de llevar

⁵³ Op. cit.

⁵⁴ A. DESPORTE, *Le traitement d'un corpus politique dans les Dictionnaires de la Real Academia Española (1780-1992)*, 2 vols., tesis mecanografiada, Université de Paris Nord, 1995.

⁵⁵ J. BATICLE, *Goya, de sangre y oro*, Madrid, Aguilar Universal Arte, 1989; *Goya*, París, Fayard, 1992.

⁵⁶ R. ANJIOC, *Sobre algunos dibujos de las cartas de Goya a Zapater y otras cosas*, en prensa.

⁵⁷ M. BOUYER, «Femme et métamorphose dans quelques Caprices de Goya», *Les Langues Noéo-Latines*, núm. 236, París, 1^{er} trimestre 1981.

⁵⁸ «Goya. Regards et lectures», *Etudes Hispaniques*, núm. 3, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1982.

⁵⁹ C. DEROZIER, *La campagne d'Espagne. Lithographies de Baeler d'Albe et Langlois*, 2 vols., Annales Littéraires de l'Université de Besançon/Les Belles Lettres, París, 1971.

a cabo estudios sustanciales y eruditos sobre la música española de la primera mitad del siglo XIX: sólo se puede citar a Antoine Le Duc, que leyó una tesis sobre «La zarzuela de 1832 a 1851»⁶⁰, y a Marie-Catherine Chanfreau, historiadora del bolero a través de los siglos⁶¹.

14. Observaciones generales

No cabe duda de que, desde hace unos años, se nota el efecto -fomentador de opiniones contradictorias- de las «nuevas tesis» sobre la naturaleza de la investigación universitaria. En lugar de los tradicionales estudios monotemáticos sobre un personaje o sobre el conjunto de una producción individual, que eran a menudo obras monumentales, elaboradas con una extraordinaria paciencia y tendentes a veces a la exhaustividad (la meta ideal), van floreciendo ya tesis menos ambiciosas. Su lectura ante el tribunal, al cabo de una preparación de tres o cuatro años, puede ir acompañada posteriormente por la publicación de artículos procedentes de ponencias leídas en congresos y coloquios a menudo internacionales. De ahí la gran cantidad de libros colectivos franco-españoles en los que los hispanistas ocupan a veces un puesto relevante. De ahí también la presencia de artículos publicados por ellos en revistas francesas, como el *Bulletin d'Histoire Contemporaine d'Espagne* (Bordeaux), o españolas, como *Trienio* (Madrid) o *Siglo XIX* (Valladolid).

Enfocado según un criterio exclusivamente cuantitativo, el hispanismo francés, en lo que toca a la primera mitad del siglo XIX, dista mucho de estar aletargado, pero cambia del todo la impresión si se lo compara con el hispanismo referente a los períodos históricos limítrofes. En efecto, los estudios dieciochescos se han beneficiado de un impulso debido -como lo explica el hispanista Michel Dubuis- a «la búsqueda de nuevos modelos en una España que se abre a la modernización y a la democracia». Al mismo tiempo perdura, con un vigor intacto, el interés tradicional de los investigadores por la secuencia cronológica que va desde la revolución de 1868 a la crisis de 1898 y que ofrece todavía unos territorios atractivos aún por estudiar.

⁶⁰ A. I.F. DUC, *La zarzuela de 1832 à 1851. Genèse, évolution et signification d'un genre*, 3 vols., tesis mecanografiada, Université de Paris Sorbonne.

⁶¹ M. C. CHANFREAU, *Le bolero. Expression et discours*, 2 vols., tesis mecanografiada, Université de Paris IJI-Sorbonne Nouvelle, 1996.

La relativa lentitud de la emergencia, en la historiografía, del período 1815-1868 se debe probablemente al hecho de que el hispanismo, en lo que atañe al siglo XIX, atraviesa un momento de transición y necesita un amplio «relevo generacional». Bastará con evocar la desaparición de A. Dérozier y el enmudecimiento de Pierre Vilal' y de R. Marrast (respecto al romanticismo) para entender cómo el liberalismo y el romanticismo están a la espera de nuevos líderes.

El no advenimiento, en el seno del hispanismo francés, de algún mentor también se puede explicar por una tendencia -**por** cierto, **positiva**- propia de la nueva generación y dependiente de un contexto internacional favorable: es el anhelo de los hispanistas por fomentar los contactos científicos con homólogos españoles o con equipos de investigación ya estructurados. Por faltar esos contactos durante el franquismo, la investigación francesa, al tiempo que no se podía arraigar y desarrollar en España, pudo ofrecer aspectos chauvinistas o dejarse contagiar por alguna insidiosa hispanofobia engendrada por una nada halagüeña actualidad política. Por el contrario, el fortalecimiento, tanto tiempo anhelado, de los vínculos científicos franco-españoles excluye ahora esa forma de distorsión y permite entablar diálogos sobre temas que en otros tiempos hubieran sido candentes, como son la Guerra de la Independencia, el afrancesamiento o la galofobia en España. Ya no hay tabúes ni terrenos acotados. La investigación funciona según varias fórmulas de *partenariat* (convenios, programas comunes...). De forma institucionalizada o libre, los especialistas franceses del siglo XIX español trabajan en unión con sus colegas de la Complutense de Madrid, de la Autónoma de Barcelona, de Bilbao, Alicante, Zaragoza, Valladolid, etc.

Las facilidades ofrecidas por algunas editoriales españolas o servicios editoriales de universidades, y además la lógica del mercado, han llevado a varios hispanistas a renunciar a publicar sus trabajos en Francia y a publicarlos preferentemente en España, cosa impensable en los años setenta.

Bajo todos esos puntos de vista que conciernen a todos los sectores de la investigación (concepción, elaboración y difusión de los resultados), el panorama es más bien alentador, aunque no plenamente satisfactorio cuando uno constata el dinamismo y la fecundidad de la investigación relativa, en particular, al Siglo de Oro y al siglo XX. Pero de algunas insuficiencias son culpables los mismos hispanistas, quienes, espontáneamente propensos a colaborar con sus colegas de España, parecen

tímidos o recelosos a la hora de trabajar en umon con compatriotas no hispanistas: «comparatistas», historiadores del arte, musicólogos, filósofos, historiadores *strieto sensu*, los cuales, por cierto, manifiestan en general un interés insuficiente por la Península.

En el transcurso de los últimos cincuenta años, los hispanistas franceses, individualmente o en grupos, se dejaron atraer por unas tendencias ideológicas o metodológicas cuya influencia se hizo notar claramente en algunos trabajos. Esas tendencias, que según los casos se derivaban de doctrinas (pretendidamente firmes) o de modas (por naturaleza expuestas a la caducidad) se llamaban estructuralismo, marxismo, matemáticas, psicoanálisis. Ahora bien, lo más característico, respecto a la investigación sobre la España del siglo XIX, es que ninguna de esas tendencias o modas llegó a hacerse hegemónica. Esa evolución hacia el abandono de toda aplicación servil de cualquier forma de modelo tenido por portador de una inatacable cientificidad da la impresión de acelerarse durante los últimos diez o veinte años, como si los hispanistas nos hiciéramos conscientes, más que nunca, de la ineludible y recomendable adaptación de cualquier teoría al objeto examinado, tomando en cuenta la especificidad del mismo. «El hispanismo francés -advierte Yvan Lissorgues- parece desconfiar tradicionalmente del exclusivismo.»

Si se pretendiera destacar a toda costa algún denominador común, quizá se podría apuntar la persistencia de las huellas del «lansonismo», que -según una definición esquemática- lleva a estimar que la literatura, la cultura, el pensamiento y la historia van tan interrelacionados que el estudio independiente de cada uno de esos dominios hace frágiles o sospechosas las conclusiones.

La imprescindible inclusión de la historia cuando se estudia la literatura o la civilización tiene por correlato la minuciosa toma en cuenta de la cronología y abre la posibilidad, cuando se cubren extensas secuencias históricas, de advertir evoluciones y constantes. De ahí el segundo denominador común del actual hispanismo francés cuando la investigación se verifica en el seno de grupos estructurados: el abarcar amplísimos períodos, por ejemplo varios siglos, como en el caso del CIREMIA de Tours, del CREC de París III o del GRECO 30 de Toulouse.

Trabajando en el marco de esos equipos de investigación trans-seculares -por así decir- y al lado de los especialistas del Siglo de Oro, del siglo XX e incluso de la Edad Media, los hispanistas especializados en el siglo XIX español, respaldados ya por unas entidades

oficiales españolas (en París, el Colegio de España y el Instituto Cervantes) y por ministerios madrileños y parisinos (Cultura, Asuntos Exteriores...), obran para conseguir que en Francia el conocimiento del país vecino (del sur) vaya diversificándose y mejorándose cualitativamente. La publicación de sus trabajos en cada lado del Pirineo, la organización en Francia de coloquios franco-españoles y su participación en encuentros científicos celebrados en la Península constituyen, en una época propicia (el advenimiento de la democracia en España y la emergencia, por cierto muy dificultosa, de una Europa de la cultura), su modesta contribución al funcionamiento, armonioso dentro de lo posible, de la convivencia hispano-francesa.

El hispanismo francés desde la historiografía española: ¿Francia, revolución; España, reacción?

Irene Castells Oliván

El feliz título de *España: la mirada del otro* con el que los organizadores definen estas Jornadas, nos invita a un juego estimulante de intercambios entre dos miradas sobre nuestra historia, la del hispanismo internacional y la de la historiografía española. Después de la exhaustiva exposición del profesor J. R. Aymes, que nos ha traído la mirada del hispanismo francés sobre el período que va de 1808 a 1868, me ha correspondido a mí iniciar la serie de «miradas internas» desde nuestra historia contemporánea ¹. Y asumo este primer cruce de aproximaciones, desde la perspectiva de historiadora, y a ello me atenderé, sobre el período antes señalado que comparto con mi colega y amigo.

Permítanme, por ello, dos breves advertencias previas. La primera, referida al hispanismo francés y a su propia evolución metodológica, cuya línea de investigación inicialmente especializada en la lengua y literatura españolas ha ido ampliando su campo operativo hacia el resto de ámbitos de la realidad española, tales como el cultural o el sociológico y, por supuesto, el histórico, lo que ha contribuido notablemente al conocimiento de nuestro pasado. Ello explica que su óptica y sus líneas de trabajo estén abordando una temática más extensa que la de los historiadores. Por esta razón advertía que mi «mirada» la hacía, obviamente, desde la historia, lo que puede condicionar mi propia

¹ Agradezco a los profesores Antonio MOLINER y Lluís ROUHA su valiosa ayuda para la elaboración de este comentario.

valoración historiográfica, tanto en lo referente a los logros como a las limitaciones de los trabajos del hispanismo francés.

La segunda observación afecta al propio título de esta comunicación, en el que he querido mantener como interrogante el estereotipo -Reacción frente a Revolución- que ha venido marcando la valoración de esta época de nuestra historia, basado en la inevitable comparación, a favor del modelo revolucionario francés, entre los procesos de cambio que tuvieron lugar en Francia y en España desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Éste era el caso, entre otros, de una parte de los hispanistas franceses, presuntos representantes de la cultura francesa, en cuanto encarnación de valores considerados como universales y superiores², lo que evidenciaba la tendencia «galocéntrica» de los mismos.

Afortunadamente la mayoría de los hispanistas franceses no sólo han rechazado este modelo, sino que han sido quienes precisamente con sus propios trabajos han contribuido en gran parte a desmontar este dicho negativo respecto a la historia de España. Y no se puede dejar de mencionar la ayuda fundamental que el hispanismo francés prestó al conocimiento de los orígenes de la España contemporánea durante la coyuntura histórica del franquismo, en la que la historiografía oficial había borrado de nuestra historia los siglos XVIII y XIX, con la sola excepción de la mitificada guerra antinapoleónica de 1808, por razones patrioteras al uso. A pesar de lo cual, la fuerza del estereotipo no puede considerarse erradicada del todo en la historiografía. Y es por eso, y para subrayar, por otro lado, el largo camino recorrido, por lo que aparece en el título.

Por mi parte, me propongo comentar la aportación del hispanismo francés al conocimiento de esta época a partir de una «cala» selectiva sobre sus trabajos mejor conocidos entre nosotros. En este cometido, que ocupará la parte central de mi intervención, hago una valoración de los principales aspectos de los mismos que, a mi juicio, resultan de mayor interés para la historiografía española. Finalmente, y a modo de conclusiones, trataré de poner de relieve algunas lagunas o ausencias que aparecen en la abundante obra del hispanismo francés y haré también referencia a los problemas de actualidad, que están siendo objeto de

² A. NIÑO, *Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, Madrid, 1988, pp. XXV-XXVI.

debate en la historiografía española de este período, en el que la crisis del Antiguo Régimen y el proceso de Revolución Liberal ocupan un lugar central.

1. Las aportaciones

Respecto a las aportaciones, se impone una primera constatación de orden cuantitativo: la de que los temas más trabajados por el hispanismo en el período que nos ocupa corresponden en su mayoría a las etapas iniciales de la Revolución Liberal española. Mi cala, sin embargo, la retrotraigo a la fecha mítica de 1789. El motivo de esta mirada hacia atrás es interno a la historiografía española, que tiene en consideración no sólo el evidente impacto de la Revolución francesa sobre la quiebra del Antiguo Régimen español, sino, lo que es más importante, el proceso de descomposición interna de la Monarquía de Carlos IV y sus efectos. Las numerosas investigaciones de los hispanistas franceses sobre este período muestran que, también para ellos, los años anteriores a la invasión napoleónica son claves para entender hasta qué punto la guerra iniciada en 1808 facilitó la eclosión del liberalismo en España o si, por el contrario, fueron un factor de retroceso, interrogante éste que aparece recurrente en sus trabajos. En este contexto merece destacarse la importancia que tuvieron en la historiografía española de los años setenta la síntesis sobre la Guerra de la Independencia de J. R. Aymes o los estudios de A. Dérozier sobre Quintana y los orígenes del liberalismo, sin olvidar -claro está- la trascendencia de los Coloquios de Pau:¹ lugar privilegiado de encuentro entre hispanistas e historiadores españoles a lo largo de más de una década, desde 1970.

A su vez, durante los años ochenta la historiografía española -en la línea de los trabajos pioneros de Pierre Vilar- fue incorporando a sus análisis del período de transición del viejo al nuevo Régimen tanto las numerosas monografías regionales de carácter económico-social, como una nueva historia político-social y cultural. Campo, este último, en el que se ha venido produciendo una mayor coincidencia con los

¹ Un resumen de las investigaciones durante los diez primeros años de los Coloquios de Pau, así como de la decisiva incidencia que tuvo en los mismos Manuel Tuñón DE LARA, puede verse en *Historiografía española contemporánea*, Madrid, 1980.

abundantes estudios ya existentes del hispanismo francés. Me remito a la apretada síntesis que nos ha presentado el profesor J. R. Aymes para apreciar la multiplicidad y variedad de intereses que reflejan los equipos de trabajo del hispanismo actual en Francia.

Situados, por tanto, en la gran etapa que va desde los años noventa del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX, paso a destacar las líneas de trabajo específicas del hispanismo francés, que luego convergieron, sobre todo en los últimos años, con la historiografía española.

1. La primera se refiere a la tan controvertida Ilustración española, en la que hay que subrayar el hecho de que se debe al hispanismo francés el haber sabido reconstruir, desde diversos ámbitos, una nueva historia de nuestro siglo ilustrado, contribuyendo en gran medida a superar la obra pionera de su colega Jean Sarrailh, que proyectaba esa visión excesivamente galocéntrica y elitista a que antes aludía, reconocida por los propios hispanistas. La labor de éstos no sólo consistió en ayudar a rectificar esta visión sesgada, sino en abrir en trabajos posteriores nuevos e innovadores campos: como el de los progresos de la alfabetización a finales del siglo XVIII (B. Bennassar, F. López, Joël Saugnieux), el de la introducción clandestina de los libros filosóficos (L. Domergue, C. Morange), la prensa y la cultura religiosa popular (P. I. Guinard y Joël Saugnieux) o el no menos estimulante sobre el clero jansenista y afrancesado (Joël Saugnieux y G. Dufour).

De todos estos estudios sale esa doble y ambivalente imagen característica de la España ilustrada que compartimos: la de una España que, por una parte, llegó a entrar en el circuito ideológico europeo marcado por el espíritu de ruptura que suponían las nuevas corrientes de pensamiento, y por otra, manifestaba a la vez una Ilustración «insuficiente», cuya evolución tan bien ha calificado A. Elorza con la metáfora del «Guadiana de las luces».

Siguiendo todavía con este gran tema, es indudable el peso que tuvo sobre esta «insuficiencia» la reacción conservadora y el desarrollo durante la segunda mitad del siglo XVIII de una escuela apologética hostil a las Luces. Pero ello no significó, en modo alguno, que desapareciera la corriente de las nuevas ideas y su influencia. Mientras no se conozca mejor la oposición política a Carlos IV y la evolución de los ilustrados entre 1795 a 1808, las conexiones entre Ilustración y Liberalismo seguirán siendo un tema de debate. La cuestión sigue

planteada en torno a si los acontecimientos revolucionarios franceses empujaron a los ilustrados al conservadurismo o, por el contrario, lanzaron a algunos de ellos a una radicalización durante los años noventa del siglo XVIII, de la que surgiría la primera generación liberal, que empalmaría con la nueva cultura política plasmada en la Constitución de 1812.

Ante este problema creo observar en el hispanismo francés una cierta desconexión entre los resultados de los trabajos a los que me he referido antes, relativos al siglo XVIII, y la explicación que dan del cómo y el porqué de la primera experiencia liberal en España, sobre la que emiten opiniones diversas, no del todo coincidentes. Así, por ejemplo, G. Dufour destaca la ruptura que supuso en el terreno político la experiencia liberal de las Cortes de Cádiz, aunque termina afirmando que el liberalismo moderado del Trienio liberal de 1820-1823 se ahogó finalmente en el conservadurismo de la Ilustración, de la que procedía. Por su parte, C. Morange afinna tener serias dudas de que hubiera más liberales en 1808 que en 1795, insistiendo en que la formación cultural e ideológica de los protagonistas de la «revolución de 1808» era fundamentalmente clásica y conservadora, considerando que España tuvo globalmente una percepción negativa de la Revolución francesa 4.

Estas cuestiones salieron a la luz en los Coloquios organizados en Francia en torno al bicentenario de la Revolución francesa, en los que participaron activamente los hispanistas, acontecimiento éste al que hay que remitirse como a uno de los principales referentes para las relaciones del hispanismo francés con la historiografía española. Los temas estrella de sus aportaciones fueron no sólo las relaciones ideológicas y militares entre España con la Francia revolucionaria, sino la propia concepción de la «revolución española de 1808» y su comparación con la Revolución francesa.

⁴ G. DUFouH, «De la Ilustración al Liberalismo», *La Ilustración española*, Alicante, 1986, pp. 363-383, Y C. MORANGE, «A propos de l'impact de la Révolution française en Espagne: questions et problèmes», en *Région, Nation, Europe: Unité et Diversité des processus sociaux et culturels de la Révolution française*, *Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, núm. 385, París, 1989, pp. 613-623, Y del mismo autor «"La Révolution espagnole" de 1808 a 1814. Histoire et écritures», en *La Révolution française, ses conséquences et les réactions du public en Espagne entre 1808-1814*, *Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, núm. 388, París, 1989, pp. 13-122. Véase también al respecto el prólogo del propio C. MORANGE a su libro *Siete calas en la crisis del Antiguo Régimen español*, Alicante, 1990, pp. 13-20.

2. Sobre el *impacto de la Revolución francesa* entre los contemporáneos, tanto las biografías realizadas sobre los afrancesados, como el estudio de la propia visión de los coetáneos, nos ayuda a matizar la tesis de que España hubiera rechazado en bloque la Revolución francesa, minoría liberal incluida ⁵, aun reconociendo la intensa campaña de propaganda contrarrevolucionaria, protagonizada sobre todo por los predicadores religiosos.

Sin embargo, ha sido la guerra de 1808-1814 la más trabajada por el hispanismo francés, como ya ha indicado en su intervención el profesor J. R. Aymes, siendo él mismo un especialista del período. Tanto él como sus colegas han puesto en el centro de sus trabajos la preocupación por destruir los interesados tópicos introducidos por la historiografía liberal conservadora de la España decimonónica, de los que se desprende una imagen idílica de «su gloriosa revolución», que presentaba los acontecimientos de 1808 como un movimiento espontáneo, heroico, popular y casi sin fisuras.

Para ello han hecho un exhaustivo estudio sobre el período a partir de diferentes campos de análisis (algunos apenas escrutados por los historiadores españoles): desde la propia evolución del conflicto bélico, de sus formas organizativas y de su trayectoria política, hasta el estudio de los textos de la historiografía liberal, del léxico y del discurso de la época, del vocabulario político, de la prensa, de la literatura de combate, de las nuevas expresiones culturales e incluso de la iconografía (C. Dérozier). Mención especial merece el estudio monográfico sobre un periódico de gran importancia, pero ignorado por nuestra historiografía, y que lleva el provocador título de *El Robespierre español* ⁶ (redactado por Fernández Sardino), o la recuperación por C. Morange del panfleto clandestino de 1800 de Luis Gutiérrez ⁷, fundamental para captar la difusión de las nuevas ideas.

⁵ Véase la extensa reseña bibliográfica sobre el período 1766-1814 hecha por J. R. AYMES en *Les Révolutions dans le monde ibérique (1766-1834)*. I. *La Péninsule, Maison des Pays Ibériques (CNRS)-Université de Californie, Los Angeles (UCLA)*, Bordeaux, 1989, pp. 13-140. También G. DUFOUR en el Coloquio sobre *Les espagnols et Napoleon*, Aix-en-Provence, 1984, pp. 317-334, refiriéndose a la fecha de 1808 pone en cuestión los abundantes y tendenciosos testimonios de los coetáneos franceses sobre el fanatismo religioso de sus adversarios y muestra sus dudas de que la religión fuera el móvil fundamental en la resistencia española antinapoleónica.

⁶ A. GONZÁLEZ HERMOSO, *Annales Littéraires de l'Université de Besançon*, París, 1991.

⁷ C. MORANGE, «Un panfleto clandestino de 1800», en *Siete calas en la crisis del Antiguo Régimen español*, Alicante, 1990, pp. 311-400.

Todos estos estudios han tenido un reflejo muy positivo en la historiografía española, que ha incrementado estos campos de trabajo o ha desarrollado otros, en particular la investigación sobre los materiales que formaron la nueva cultura política plasmada en la Constitución de 1812 o el análisis del lenguaje político del liberalismo.

3. En cuanto a la mirada del hispanismo francés sobre la *revolución española* y las Cortes de Cádiz, se constata que sigue pesando en ella la inevitable comparación con la Revolución francesa, pese a que, como queda dicho, son los propios hispanistas los que nos alertan del peligro de tomar como normativo el modelo francés, a lo que tanto los contemporáneos como la historiografía española han sido tan proclives. Extrapolación que queda doblemente descartada por el desfase cronológico entre ambos procesos revolucionarios y por los condicionantes del impacto exterior napoleónico, que posibilitó la primera experiencia liberal española, como es obvio. Más discutible es, sin embargo, la valoración que hacen del alcance de estas diferencias. Hay dos ideas predominantes en el hispanismo en relación con esta cuestión: una, la de considerar que las Cortes de Cádiz fueron producto de una aceleración del proceso histórico provocado por la invasión napoleónica, que acabó siendo favorable para el absolutismo. La segunda, la de insistir en la «peculiaridad» de la revolución española, pero para acentuar su conservadurismo y su miedo a una repetición de la experiencia revolucionaria de Francia, tanto en lo que se refiere al miedo al radicalismo jacobino como a la contrarrevolución. Esta visión vendría a disminuir el potencial subversivo del liberalismo gaditano y daría alas al prejuicio sobre la debilidad de la Revolución española cuando lo importante, en mi opinión, es resaltar el hecho de que los liberales de Cádiz se vieron abocados -sobre todo a partir de 1814-, aun sin quererlo, a un proceso revolucionario de carácter radical que nadie había previsto, como también, por lo demás, fue el caso de la explosión de 1789 en Francia.

En la actualidad, sin embargo, ha sido la propia renovación historiográfica de la Revolución francesa la que está influyendo en que los hispanistas franceses se vayan desligando de la herencia soboulana de considerar a la Revolución liberal española como una «revolución fallida» respecto al modelo francés, tesis que, por otra parte, no siempre ha sido compartida del todo por el conjunto de los hispanistas, y sobre la que se constata una notable evolución en sus trabajos en el sentido

de una revalorización del alcance que tuvo la primera experiencia liberal en España. Así, C. Morange reconoce que los problemas les han venido de la tendencia a «pensar el caso español desde el modelo francés de revolución burguesa», y aporta el testimonio del propio Soboul que, según relata, había rectificado en sus últimos años, adhiriéndose a la idea de que lo fecundo era considerar a la Revolución francesa «como un proceso singular»⁸.

4. Más allá de los trabajos dedicados a la prensa del período de 1808-1814, las aportaciones sobre *el periodismo, la literatura y el estudio del léxico literario y político* constituyen un capítulo muy importante en el haber del hispanismo francés. Gracias a C. Morange conocemos los escritos de personajes tan destacados como Miñano, apenas tratado por nuestra historiografía, mientras que G. Dufour ha estudiado la importancia del clero liberal durante los años veinte y ha hecho una interesante recopilación de los sermones revolucionarios durante el Trienio Liberal, para insistir en la importancia de los mismos como *mass media* de una época en que más de las dos terceras partes de los españoles sólo accedían a la cultura y a la información por la oralidad⁹. Otro autor privilegiado en el análisis de su obra ha sido Larra, estudiando a partir de sus textos la estructura social española que reflejan sus escritos, así como al propio escritor, del que los hispanistas han dado una visión mucho más progresista que la que encontramos en algunos de nuestros especialistas de historia de la literatura, poniéndose de manifiesto sus conexiones con el catolicismo social, cuya penetración en España fue tema del coloquio celebrado en la Universidad de Provenza en 1987¹⁰. También se trató en el mismo estudio del clero liberal, lo que ha venido a reforzar la idea de que la Iglesia española no era algo monolítico. Igualmente se han estudiado diversas corrientes de pensamiento que, como el saint-simonismo (C. Morange), tuvieron una precoz influencia en España desde 1820, o la recepción de las obras de otros escritores franceses¹¹. Se han de destacar, asimismo, los trabajos

⁸ C. MORANGE, *Siete calas...*, op. cit., p. 20, nota 8.

⁹ G. DUFOUR, *Un liberal exaltado en Segovia: el canónigo Santiago Sedeño y Pastor* (1769-1823), Valladolid, 1989, y *Sermones revolucionarios del Trienio Liberal* (1820-1823), Alicante, 1991.

¹⁰ *Libéralisme chrétien et catholicisme liberal en Espagne, France et Italie dans la première moitié du XIX^e siècle*, Aix-en-Provence, 1989.

¹¹ J. R. AYMES y I. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (eds.), *L'image de la France en Espagne (1808-1850)*, Universidad del País Vasco, 1997.

sobre viajeros románticos franceses, cuyos testimonios, recogidos por J. R. Aymes¹², nos muestran que esa España en vías de europeización y modernización durante los años sesenta del siglo XIX no correspondía a la visión que tenían de un país exótico, con varios siglos de retraso respecto a Francia. Además del interés informativo de todos estos trabajos, queda patente en las conclusiones del Coloquio en los que se expusieron que, para los españoles de la época, Francia sirvió simultáneamente de modelo y contra-modelo, lo que puede ser un aliciente más para incrementar estos estudios desde una perspectiva comparada.

5. Mención especial merecen las *biografías*, hechas con una metodología que imbrica estrechamente literatura e historia, constituyendo así una verdadera aportación al conocimiento histórico del período. Como ejemplos ya clásicos me refiero al Quintana de A. Dérozier o a la biografía de Llorente hecha por G. Dufour y al Espronceda de R. Marrast. La historiografía española debería, a mi juicio, tomar buena nota de la importancia de este género para el conocimiento de la historia social, política y cultural de nuestro siglo XIX, que ni siquiera cuenta con biografías serias de Fernando VII o de Isabel II, ni tampoco de políticos destacados de la época.

6. Como trabajos más específicos que cubren el arco cronológico tratado quiero resaltar los trabajos de J. R. Aymes sobre *los exiliados españoles en Francia (1789-1823)*, siendo el mejor estudiado el período 1808-1814. Esta historia de España «en negativo» -como dice el propio autor-, que protagoniza el exilio y la represión, es un capítulo fundamental del primer tercio de nuestro siglo XIX, y el trabajo de Aymes tiene, entre otros, el mérito de cuestionar la aventurada afirmación, presente todavía en nuestra historiografía, según la cual muchos de los prisioneros españoles en Francia volvieron masones en 1820.

7. Otra línea de trabajo de la que somos en gran parte deudores del hispanismo francés (J. L. Guereña) es el de las *políticas educativas y la relación de la Iglesia con la enseñanza*, pieza importante para calibrar los límites de nuestra Revolución Liberal en el terreno educativo y cultural. Los historiadores españoles se han ido incorporando a este campo de estudio, que constituye en la actualidad un terreno de encuen-

¹² *L'Espagne romantique (Témoignages de voyageurs français)*, Présenlalion par J. R. Aymes, París, 1983.

tro entre españoles, franceses e iberoamericanos, como lo ilustran los coloquios celebrados sobre el tema ¹³.

8. *Las síntesis* recientes sobre la historia contemporánea de España merecen también otra referencia, aunque sea breve. Una de ellas, la de A. Broder ¹⁴, está dedicada a la historia económica, y nos proporciona una «mirada» gratificante sobre un tema recurrente en los últimos años en el hispanismo internacional, como es la de poner en cuestión el famoso tópico del «fracaso» económico de la España contemporánea. A. Broder recurre consecuentemente a la perspectiva comparativa para preguntarse en función de qué pautas o países pueden utilizarse esos términos, y rechaza la validez del referente inglés, subrayando las condiciones específicas del desarrollo capitalista en España. Como señala este autor, hubo desequilibrios regionales y factores de retraso, pero también avances cualitativos.

El tema de la contrarrevolución en España entre los siglos XVIII y XX es objeto de otra síntesis monográfica específica ¹⁵. Arranca del estudio del tradicionalismo contrarrevolucionario en la España del siglo XVIII, para centrarse después en la historia del carlismo como movimiento político, al que compara con la *Vendée* francesa, pero para destacar la singularidad que representa el caso español que se prolonga hasta el siglo XX. Pese al interés de esta monografía, la única entre el hispanismo que trata el tema durante dos siglos, es muy discutible la identificación que hace entre contrarrevolución y carlismo, y tampoco recoge la abundante bibliografía sobre el mismo que en la actualidad existe en la historiografía española. Para evitar estos riesgos y no forzar tampoco, por nuestra parte, la identificación entre legitimismo francés y carlismo español, sería de gran interés la existencia de un trabajo comparativo entre Francia y España. Así, el estudio del legitimismo francés y el carlismo entre los años treinta y sesenta del siglo XIX podría ayudar a replantear la afirmación de que el fenómeno carlista es un rasgo más de la peculiaridad española, lo que remite al tópico cainita de las «dos Españas». En relación con ello, hay un hecho que

¹³ *L'enseignement primaire en Espagne et en Amérique latine du XVIII^e siècle à nos jours*, CIREMIA, Tours, 1986, y *Ecole et Eglise à travers l'histoire en Espagne et en Amérique Latine*, CIREMIA, Tours, 1987.

¹⁴ A. BRODER, *Histoire contemporaine de l'Espagne*, París, 1998.

¹⁵ F. LAFAGUE, *L'Espagne de la Contre-Révolution. Développement et declino XVIII^e-XIX^e siècles*, París, 1993.

rompería algún que otro estereotipo y conviene traer a colación, como es el de la implantación social del catolicismo francés como dato abrumador en relación con España, durante el período 1830-1868. No se debe olvidar que a la altura de los primeros años setenta del siglo XIX si algún país europeo podía recibir el título de católico era Francia ¹⁶.

Por lo que se refiere a la síntesis de J. Pérez ¹⁷, se trata de una muestra de lo que al parecer se ha convertido en un rasgo general del hispanismo internacional: a medida que España consolidaba su democracia y se integraba en la Unión Europea, las miradas desde el exterior a nuestro pasado han ido cambiando en los últimos diez años, hacia la tendencia en subrayar la «normalidad» española. Así, J. Pérez afirma que la historia política española no era más complicada que la de Francia en la misma época, y que, en definitiva, los conflictos de todo orden desarrollados durante el siglo XIX no forman parte de la particularidad de España, aunque ésta tuviera sus formas específicas de resolverlos. Ello le confirma en la idea de que nuestro país formaba parte del mundo occidental europeo ¹⁸. Sin embargo, se hace eco de otros lugares comunes, que tampoco están resueltos en nuestra historiografía. Por ejemplo, sigue a Tuñón de Lara en su análisis del «bloque de poder» de la nueva clase dirigente y afirma que la ausencia de una clase media suficientemente numerosa y poco estructurada contribuyó a exacerbar los conflictos ¹⁹, sin terminar de clarificar si se refiere sólo al plano sociológico, al político, o a ambos. Por su parte, en la historiografía española diversos trabajos han demostrado la importancia del desarrollo del capitalismo y de las burguesías durante el

¹⁶ Agradezco a la profesora Ana YETANO, investigadora del tema, el que me haya proporcionado las siguientes cifras: en Francia, sobre una población de 35,8 millones de habitantes en 1850, el número de eclesiásticos pasó, entre 1830 y 1880, de 45.000 a 90.000, cifras que son mucho mayores para el «clero» femenino: 30.000 en 1830 y 130.000 en 1880. En España, en 1859, sobre una población de 15,5 millones de habitantes, el número total de eclesiásticos era de 38.563 y en 1867 de 42.948. Si las religiosas en Francia se habían multiplicado por 10 en cincuenta años (entre 1830-1880), en España la progresión se hace en un período más amplio de tiempo, siendo 12.990 religiosas en 1859, y en 1931, en torno a 50.000.

¹⁷ J. PÉREZ, *Histoire de l'Espagne*, París, 1996. Una muestra más de la evolución del hispanismo francés sobre la valoración de la Historia de España es la afirmación, hace ya más de diez años, del propio J. PÉREZ de que «España no participó en la aventura de la modernidad» en su capítulo «España y la Modernidad», en B. BENASSAR y otros, *Orígenes del atraso económico español*, Barcelona, 1985, pág. 202.

¹⁸ J. PÉREZ, *Histoire de l'Espagne*, op. cit., pp. 555 y 563.

¹⁹ J. PÉREZ, op. cit., pp. 563 y 554.

Absolutismo, al igual que la divergencia de intereses de las distintas fracciones burguesas tras la Revolución Liberal. El problema sería, por tanto, más bien de orden político, como consecuencia de la derrota de las líneas radicales del liberalismo español, incluidos los progresistas, que no permitió configurar un régimen de auténticas «clases medias». Pero estas cuestiones pertenecen más bien a las reflexiones finales, que, en forma de lagunas y problemas, expondré como conclusiones, aunque sea brevemente, por imperativo del espacio de que dispongo.

11. Conclusiones: lagunas y problemas

Entre las lagunas, la primera que constatamos en la producción de los hispanistas franceses sobre este período es la ausencia de trabajos específicos que cubran (con alguna que otra excepción aislada) ²⁰ desde la temática de nuestra Revolución Liberal, *el conjunto del proceso*, lo que dificulta o impide simplemente un diálogo como el que ellos mismos han planteado para los años finales del siglo XVIII y durante el período de las Cortes de Cádiz.

Otra laguna a destacar sería la de un trabajo conjunto sobre las élites contemporáneas, similar al que se hizo en la Universidad de Pau en 1982, que trataba de la etapa inmediatamente posterior, a partir de 1868. Existe, sin embargo, una investigación en curso sobre el tema, realizada por el equipo dirigido por Jean Pierre Dedieu, de la *Maison des Pays Ibériques*, con participación de franceses, españoles y alemanes, que está elaborando una base de datos biográficos y bibliográficos, relativos a España y a la América española, con el objetivo de hacer un estudio de carácter prosopográfico desde finales del siglo XVII hasta mediados del siglo XIX ²¹.

Pero por el momento el hispanismo francés presenta grandes vacíos historiográficos sobre los años veinte y treinta de nuestro siglo XIX, años que fueron capitales para comprender el triunfo del liberalismo. La historiografía española ha ido cubriendo parcialmente esta etapa,

²⁰ Me refiero a los trabajos sobre las elecciones y juntas de 1854 de M. C. LECUYER, Montpellier, 1983 y 1985.

²¹ Una descripción de los objetivos, metodología e hipótesis de trabajo puede verse en J. P. DEDIEU, «El grupo personal político y administrativo español del siglo XVIII», en P. CARASA (ed.), *Elites. Prosopografía contemporánea*, Valladolid, 1994, pp. 315-327.

al igual que ocurre con la de la Guerra Civil de 1833-1839 entre carlistas y liberales, sin la cual tampoco se entiende el triunfo final del liberalismo en España, del que hay que decir que no estuvo dominado en principio por el liberalismo oligárquico. Este último controló la situación a partir de 1845, pero sólo tras una fuerte ruptura política que fue provocada por el inmovilismo de la Monarquía, el empuje del liberalismo radical y las insurrecciones urbanas de 1835 y 1836. Con esta afirmación que viene a subrayar el carácter rupturista de nuestra Revolución Liberal, al menos en la periferia mediterránea, aludo ya directamente a uno de los problemas actuales en que consiste el principal debate historiográfico en curso y respecto del cual comentaré cómo se sitúa el hispanismo francés.

Aun a riesgo de esquematizar en exceso, lo que se debate en la actualidad es el fracaso no tanto económico, sino político de la Revolución liberal en España²². La explicación tradicional suele atribuirlo a la debilidad de los sectores burgueses, que tuvieron que pactar con la fuerzas del Antiguo Régimen para garantizar desde arriba un cambio controlado frente al peligro carlista, por un lado, y los sectores radicales del liberalismo y las capas populares, por otro. Este esquema viene siendo cuestionado por una corriente de historiadores, algunos de los cuales han formulado la conveniencia de hacer un coloquio²³ que permita reflejar la diversidad de nuestra Revolución Liberal, que, aunque fue un proceso desde el Estado, se hizo a partir de realidades socio-económicas y políticas muy distintas, como también fueron diversos sus efectos. En la base de esta propuesta está la necesidad que vemos de confrontar resultados comparativos desde ángulos geográficos distintos, extensivos también a la experiencia portuguesa e iberoamericana.

En lo que se refiere a esta temática, los trabajos de los hispanistas franceses, cuando aluden a la Revolución liberal-burguesa española,

²² M. E. MARTÍNEZ QUITEIRO en su artículo «Del Antiguo Régimen al Régimen Liberal. En torno al supuesto del *fracaso* de la Revolución Liberal», *La Historia Contemporánea en España*, Salamanca, 1992, pp. 93-102, subraya cómo en los últimos años, después de que diversos autores hayan revisado el «fracaso» social y económico del liberalismo decimonónico, han proliferado al tiempo las críticas sobre el «fracaso» político de la Revolución Liberal y de sus insuficiencias.

²³ El coloquio organizado en Madrid por el profesor A. Gil NOVALES con la colaboración del *Grupo de Historia Comparada de la Europa Moderna* de la Universidad Autónoma de Barcelona está previsto para la primavera de 1999.

o siguen asumiendo explícita o implícitamente la interpretación tradicional ²⁴, o no entran en el tema, remitiendo al marco historiográfico español, sobre todo en las cuestiones que afectan al ámbito económico, sociológico o a los aspectos relacionados con la construcción y estructura del Estado liberal español, tema este último del que queda mucho por investigar ²⁵.

El que me refiera a estas lagunas del hispanismo francés y a esta ausencia de la problemática descrita no implica, obviamente, reproche alguno en absoluto, tanto más cuanto que es un tema en debate entre los historiadores españoles, a quienes corresponde el esclarecimiento del mismo. Es comprensible, por tanto, que asuman el esquema interpretativo mayoritario en nuestra historiografía. Pero igualmente razonable hubiera sido esperar de los hispanistas franceses, que tienen el mérito de haber descubierto y estudiado periódicos y folletos de un liberalismo avanzado, que no concedieran toda la importancia al liberalismo moderado, en detrimento de las líneas perdedoras y radicales de la Revolución Liberal española, que tan decisivas fueron a lo largo del proceso y en la victoria final del liberalismo.

Mi cordial referencia a estas lagunas no tienen otra finalidad que la de servir de incitación para que el hispanismo francés, cuya constante y cada vez mas creciente implicación en nuestra historiografía no es

²⁴ A título de ejemplo, C. HERMANN, en su «Introducción» al volumen publicado por la *Maison des Pays Ibériques* (citado en la nota 5), comenta en la p. 11 que el peso de la contrarrevolución y el miedo de los liberales al pueblo configura en España una revolución al estilo inglés, mediante una alianza entre la aristocracia y la burguesía. Por su parte, C. MORANGE, en el primero de sus artículos citado en la nota 4, recoge al final del mismo (p. 623) tópicos aún vigentes en nuestra historiografía sobre el fracaso de nuestra «revolución burguesa». Sin embargo, este infatigable y riguroso historiador ha subrayado en sus trabajos sobre la penetración del saint-simonismo en España durante el Trienio liberal que la mentalidad burguesa existía en España. Es precisamente C. MORANGE quien presenta una abundante obra que cubre el período 1789-1836, lo que le ha permitido plantearse más que ningún otro de los hispanistas el tratar de comprender qué características tomó en España la transición a la sociedad burguesa, problemática que se observa en los finos análisis que realiza en sus trabajos, en los que se vislumbra una cierta evolución hacia la postura de que España no quedó del todo al margen de las nuevas corrientes políticas, literarias, intelectuales y científicas del continente europeo.

²⁵ Como señalaba F. TOMÁS y VALIENTE en «Lo que no sabemos del Estado liberal (1808-1868)», en *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Artola. I. Visiones generales*, Madrid, 1994, pp. 137-145. Véase una crítica al Estado liberal decimonónico en su obra póstuma *A orillas del Estado*, Madrid, 1996, p. 94.

necesario demostrar, pueda integrar este campo de reflexión en sus diversos equipos de trabajo y confluir con ellos. Esto redundaría, sin duda, en un mejor y renovado conocimiento de nuestro pasado inmediato, lo que ayudaría a avanzar en las muchas incógnitas que permanecen actualmente sobre la Revolución, el Liberalismo y la Contranevolución en la primera mitad de la España decimonónica.

y no sería éste uno de los menores frutos de este Congreso.

Las miradas del hispanismo francés sobre la España contemporánea (desde 1868)

lean-Franfois Botrel

1. El hispanismo francés y España en la historia

Después de una hispanofilia y hasta hispanomanía muy propias de entusiasmos románticos, con motivo del trauma de 1870 y con miras diplomático-estratégicas, se constituye el hispanismo en disciplina universitaria: en 1879, año de creación de la *Société franco-ibérique* en Toulouse, aparece, bajo la pluma de Morel-Fatio, el término «hispanista»; en 1886 se crea la primera cátedra en Toulouse y en 1898-1999 la *agrégation* de español y el *Bulletin hispanique*. Nace el hispanismo «científico» con una perspectiva a la vez literaria e histórica, a lo Lanson. El hispanismo «monástico» y el hispanismo «secular» (Niño, 1988) saben manifestar su interés por la España más contemporánea al lado de los estudios más históricos [cfr., por ejemplo, M. Bataillon autor de *Erasmus et l'Espagne* (1937) y traductor de Unamuno en 1923]. Trátese de una «rara pasión» (Mainel', 1988) o de una función científico-política (esa «especie de imperialismo inconsciente», ese «deseo de propaganda» señalado/denunciado por el Dr. Juan Roger en *Arbor* en 1947) lo que se entiende por hispanismo –y los hispanistas que lo constituyen–¹ es generador de unas miradas más o menos distantes, pero siempre interesadas y a veces, en efecto, apasionadas, cuyas per-

¹ Como partícipes de «la difusión de la imagen de España en el mundo» [ABELLÁN *apud* Lissorgues (1998)] –pero también de Hispanoamérica–, los hispanistas de cada nación son productores de unas imágenes específicas que remiten tanto a la historia del país mirante como a la del país mirado.

cepciones y/o representaciones han sufrido notables evoluciones a lo largo de su corta historia debido a la evolución de la propia España o de las solidaridades «latinas» anti-anglosajonas y de la función social desempeñada por una línea de investigación: creciente especialización cronológica, interés por nuevos campos, receptividad a nuevos métodos y problemáticas con la consiguiente pluralidad, pero con la permanencia de la doble dedicación filológica e histórica, no muy distinta en sus presupuestos epistemológicos del germanismo, anglicismo, etc. Puede ser una mirada propia (desde intereses nacionales o presupuestos metodológicos), una mirada impuesta o sugerida (como consecuencia del franquismo o de la democratización de España y de su ingreso en la Comunidad Europea), una mirada de encargo (conmemoraciones), una mirada amplia (España como entidad), hasta una posible mirada compartida, sin olvidar otras miradas más sensibles producidas, por ejemplo, por los artistas pensionados de la Casa de Velázquez (339 entre 1928 y 1979).

2. Desde 1958 hasta los años ochenta. Un hispanismo de sustitución para una España en el corazón

Con el doble trauma de la Guerra Civil y de la Guerra Mundial España deja de ser actual: dejan de hacerse en el *Bulletin Hispanique* unas reseñas como la de la última obra de Galdós (por E. Martinenche), las necrologías de los escritores como la de R. del Valle-Indán, y no se actualiza el *Panorama de la littérature espagnole contemporaine* de I. Cassou (1927). La España encerrada sobre sí misma, encarnada por sus muertos y exiliados, se vuelve una España en el corazón. La investigación hispanista se orienta hacia el siglo XVIII o los principios del XIX o hacia el análisis de la expresión estética de Valera, Bécquer, Miró y, sobre todo, de los poetas del 27 (Botrel, 1985).

Entre 1959 y 1962, por una especie de conjunción astral, se publican las *Recherches sur le monde paysan...*, de N. Salomon (quien va a crear toda una escuela); *L'éducation et l'école en Espagne de 1874 à 1902*, de Y. Turin; *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, de Pierre Vilar; *La España del siglo XIX*, de M. Tuñón de Lara; *La Révolution et la guerre d'Espagne*, de Broué y Témime, y *La II République espagnole*, de J. Bécarud, libros todos sobre los que se va a apoyar en parte una nueva generación de hispanistas para evolucionar desde la literatura hacia la historia y la sociología.

El clásico género o producto «el hombre y su obra» en una perspectiva lansoniana que en el campo de la literatura da lugar a muchas tesis «de estado» tiende a situarse ahora, en un contexto histórico de movimiento de ideas, en la encrucijada de varias disciplinas, quedando la España más actual, campo casi privativo de politólogos, juristas e historiadores.

Después de 1968 estos aspectos del hispanismo, que es en gran medida un hispanismo «de sustitución», a menudo militante de «otra España» y por tanto renuente a tomar en cuenta la España franquista, van a acentuarse con la aparición de temas de investigación más globales y transversales. Son años con muchos debates acerca del estructuralismo, formalismo, psicoanálisis (con la emergencia en el hispanismo de una nueva crítica influenciada por la lingüística y orientada hacia el texto y el discurso) y del marxismo, por supuesto, muy presente entre los más jóvenes investigadores. Ya empieza a dibujarse un fuerte interés por la novela de la posguerra (además de la tradicional dedicación a los poetas de los años veinte), y alrededor de los Coloquios de Pau, a desarrollarse una línea de investigación histórica o sociológica que se aplica a todos los campos (sociedad, prensa, literatura, etc.), prefiguradora de una «nueva historia» y creadora de duraderas relaciones entre muchos hispanistas franceses e historiadores españoles². De la producción de aquellos años por investigadores, en su mayor parte aún en vida, da cuenta el balance hecho en 1984 con motivo del XX Congreso de la Société des Hispanistes Français en Madrid (cfr. Botrel, 1985).

Sin embargo, será preciso esperar hasta 1975-1977 e incluso los primeros años ochenta para que se dé una nueva situación y que, tras tantos años de turismo heliotrópico y de investigación casi de catacumbas, la tarea del hispanismo se modifique gracias al cambio intervenido ya en la propia España.

² El hispanismo francés no es un hispanismo adscrito exclusivamente a la clásica filología (como pueden serlo algunos especialistas de la literatura o de la lingüística [véase DARIENI (1998)1, con interés por el análisis literal (como en el GRIAL en Burdeos), sino pluridisciplinario y plural, porque, como recuerda Y. LISSORGUES (1998), se cuida de «estudiar las relaciones entre literatura, cultura, pensamiento e historia» y, por otra parte, admite una «gran diversidad de orientaciones y de enfoques». Esta característica de los llamados «estudios ibéricos» no es rémora para que el calificativo de «hispanista» se aplique a especialistas de otras disciplinas (historia, geografía, derecho, etc.) que tengan a España por campo específico o principal de investigación, como B. BENNASSAR o M. DRAIN, por poner dos ejemplos.

3. Desde 1981-1986. Un hispanismo de cooperación para una España europea

Para la opinión francesa, una ruptura se produce con el fracaso del 23F (y la superación de un estereotipo) y el ingreso de España en la CEE. Ayudan a este cambio de percepción unas iniciativas mayores en el campo cultural, como las exposiciones ofrecidas fuera de España [Europalia, Cinq siècles d'art espagnol, De Greco à Picasso, Le siècle de Picasso, L'imagination nouvelle: les années 70-80, Espagne 1987. Dynamiques et interrogation (1987-1988)...], Trésors de la Bibliothèque Nationale (1988)] o la política de ayuda a la traducción de clásicos de la literatura española: el éxito de *La Régente*, de Clarín, en Francia -insólito para una novela española del XIX- puede explicarse tanto por los méritos de la novela como por dicha coyuntura... También es poderosa ayuda la creciente difusión del cine español, de Saura a Almodóvar (la salida en Francia de *Matador* casi coincide con el libro de E. Larraz sobre *Le cinéma espagnol des origines à nos jours*). Sin olvidar la reapertura del Colegio de España en la Cité internationale de París, con su política de difusión de la cultura científica y artística española y de cooperación con el hispanismo francés. España es ya noticia en la prensa no especializada (con sus Premios Nobel, por ejemplo, o a través de los autores «bilingües» -Semprún, Del Castillo, Gómez Arcos-) y el éxito del libro de Philippe Noury sobre *Juan Carlos. Un roi pour la démocratie* (1986) es emblemático de dicho renovado interés. En 1983 es cuando a Rafael Alberti se le hace *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Toulouse...

Las editoriales francesas acompañan o favorecen tal evolución, poniendo a disposición una información científica o de vulgarización sobre España en lengua francesa [*Histoire des Espagnols*, de B. Bennassar (1985); *Le régime politique espagnol*, de D.-G. Lavroff (París, PUF, 1985); *L'Espagne du XX^e siècle*, de G. Hermet (París, PUF, 1986); *Dix ans de démocratie*, *La Documentation française* (1986), *Le déji espagnol*, por B. Bennassar y B. Bessière (1991), *Les deux éveils de l'Espagne* (Paris, CNRS, 1991 J.-P. Dedieu -coord.-, *Histoire de la littérature espagnole* Fayard (J. Canavaggio -dir.-, 1994), traducida al español en Ariel; *Histoire du XX^e siècle*, de Lemeunier/Picazo (1994); *la Anthologie bilingue de la poésie espagnole*, de N. Ly, publicada por La Pléiade (1995), hasta *Histoire d'Espagne*, de I. Pérez (1996)].

También acompañan algunas revistas, como *La Quinzaine Littéraire* (núm. 557, abril 1988), sobre «Ecrivains de l'Espagne d'aujourd'hui» (con la colaboración de J.-C. Mainer), *Autrement* (Mémoires, núm. 16), dedicado a Barcelona, 1888-1929, o las manifestaciones del Ministère de la Culture como «Les Belles Etrangères», dedicadas a España.

La traducción de la literatura española más contemporánea (allado de tímidas iniciativas en pro de la literatura clásica) empieza, gracias a la cooperación de muchos hispanistas (A. Bensoussan, A. Kitching-Schulman, J.-M. Saint-Lu, etc.), a producir, por acumulación, un stock de títulos ya cuantiosos y empieza a darse un fenómeno de moda. Sin olvidar las «históricas» *librairies espagnoles* de París o Burdeos y Toulouse, que siguen haciendo de intermediarios entre la producción española y la clientela hispanista y demás.

La introducción de informaciones sobre autores y obras españolas en enciclopedias, diccionarios y repertorios (*Enciclopedia Universalis*, *Dictionnaire des oeuvres, des auteurs, Précis des littératures européennes*, etc.) supone un paso importante hacia el (re)conocimiento de la cultura española para un público más amplio, incluyendo a los universitarios no hispanistas.

Para el hispanismo universitario, cuya participación en el cambio obrado es importante (cfr. las investigaciones sobre el cine o la colaboración en revistas literarias francesas), sin ser decisiva, se presenta una nueva situación estructural, influida por las evoluciones habidas en la organización de la investigación y por un nuevo sistema de relaciones entre la investigación española y la investigación hispanista.

Es, por ejemplo, el desarrollo de tesis *sur dossier* favorecido por A. Dérozier desde Besançon, la sustitución efectiva en 1984 de la antigua tesis de Estado por una tesis «nuevo régimen» + «habilitation à diriger des recherches», tiene por consecuencia la desaparición de las «obras magnas» de una vida y la multiplicación de estudios de más limitado alcance y de menor ambición, sin que se llegue a introducir ni se observe una verdadera coherencia en las orientaciones investigadoras

1 Cfr. el catálogo titulado *Regards sur l'Espagne* publicado con motivo de la exposición «Les Ibères» en 1997, donde se recogen más de 420 títulos. De ellos 302 son de literatura: 30 anteriores al xx, como *Don Juan Tenorio*, *Les châteaux de l'Illa* o *Torquemada*; 272 del xx (con 120 obras que se publicaron en España después de 1985) y 86 autores en total, los 2/3 creadores del posfranquismo (con 28 títulos de VÁZQUEZ MONTALBÁN, por ejemplo). No se olvida la literatura juvenil (35 títulos, como *La sorcière Camomille*, de E. LARREULA y R. CAMDEVILA).

fuera de las cronológicas (Edad Media, Siglo de Oro, XVIII, etc.) o tradicionales como literatura, civilización, etc.: más bien se da una dispersión de estudios con mayor variedad para un campo más amplio y experimentos de tipo teórico y metodológico, y aún es prematuro hacer el balance del conjunto tesis + *habilitation* desde el punto de vista científico como modo de organización y como producto o producción.

Por otra parte, el fomento de programas de investigación transversales y a veces transdisciplinarios para períodos de larga duración por el CNRS o de equipos «locales» dentro de una política contractual entre el Ministerio (los Ministerios) y las universidades orienta ya decisivamente el dispositivo.

La creación de «escuelas doctorales» favoreció la organización de seminarios, algunos publicados, como en caso del de J. Maurice, en la Universidad de Paris X-Nanterre (efr. *Regards sur l'Espagne du XX^e siècle*).

Tampoco hay que olvidar que el auge de la enseñanza del español en la enseñanza media, combinado con la masificación del acceso a la enseñanza media y superior, acarrea un aumento del número de profesores e investigadores (en alguna medida lectores) ⁴, con una presencia significativa de españoles: la aportación de los españoles del exilio o de la emigración, pero también de sus hijos y hasta nietos ya hispanistas merecería un estudio específico por el papel de referencia identitaria que puedan haber desempeñado para los jóvenes hispanistas y la nueva relación que se instaura entre unos hispanistas de origen español y el objeto España (lo mismo se podría observar a propósito de América Latina). Además empieza a notarse la presencia de universitarios españoles en tribunales de tesis francesas y viceversa, y

⁴ En 1990 existían 441 profesores de español (unos 365 con estatuto de investigador) en la enseñanza superior (según fuentes ministeriales); los alumnos de la enseñanza media dedicados al español eran 976.515 en 1982-1983 y 1.300.000 en 1987-1988, o sea, un 18 y 23 por 100 de los alumnos de idiomas (40,8 y 46,5 por 100 de los de segundo idioma); el número de licenciados fue de 710 en 1985 y 861 en 1987. En 1996-1998 el *Anuario de la Société des Hispanistes Français* relaciona unos 1.200 hispanistas *lato sensu* (incluyendo a los lusistas, a algunos historiadores y geógrafos, a los «lecteurs», etc.), cuando el número de autores de productos científicos alcanzaba en 1993-1994 unos 164 según el *Bulletin bibliographique* de dicha Sociedad. En 1996-1998 se observa que la universidad francesa produjo unos 184 nuevos doctores en el campo de los estudios ibéricos (con un 25 por 100 de especialistas de la España contemporánea) (Milhou, 1998).

son frecuentes las invitaciones de profesores españoles para períodos más o menos largos en los departamentos de español... además de los programas Erasmus y de las cada vez más numerosas coediciones ⁵.

Se dan, pues, en la inscripción en el campo de la investigación del hispanismo literario o histórico algunos cambios, una reorganización y una reorientación. El hispanismo de sustitución es ahora un hispanismo de cooperación más o menos puntual cuyas finalidades sufren una revisión de hecho debido a las reformas estructurales observadas.

Se puede observar a través de los coloquios «transdisciplinarios» y de amplio espectro cronológico e incluso espacial, que «se orientan, a veces, hacia el comparativismo» (Lissorgues, 1998) ⁶.

Se nota que los coloquios dedicados a autores empiezan a escasear (a Azorín, sin embargo, le han dedicado cinco en Pau), excepto para algunos homenajes o conmemoraciones [Cela, J. Guillén, Machado, *Juan José de Dicenta* (Besançon, 1995), Manuel de Falla (1996), «Miguel Hernández: tradición y vanguardia» (1996)], para dar lugar a unos

⁵ Cfr., por ejemplo, la cooperación entre Paris III y Valladolid [«En torno a *En torno al Casticismo*» (1995)] (cfr. *Anejos a siglo XIX*, 1997), «El teatro de fin de siglo...» (1996), Lyon y la Universidad de Barcelona (cfr. *Zola y España*, Barcelona, 1997), etc.

⁶ Organizados, por ejemplo, en Toulouse por el GRECO 30 del CNRS, ahora UMR, sobre la «France méridionale et Espagne: histoire et société du moyen Age à l'époque contemporaine», sobre «Penser la défaite» (Lissorgues, 1998), o por el CRIC [«Echanges et refus en Espagne (XVII-XX)» (1994), «Représentations de l'altérité», etc.]; en Lille por CREATHIS [sobre «Création et Histoire dans le monde hispanique, en Italie et au Portugal», sobre los mitos y su expresión (1988), minorías y marginalidades (1990), la construcción del personaje histórico (1990), las representaciones del tiempo histórico (1994), Historia, espacio e imaginario (1997)1; en Dijon con las opciones de Hispanística XX [«Voir et lire Carlos Saura» (1983), «Les mythologies hispaniques» (1985), «Leer a Valle Inclán en 1986», «Médias et représentations» (1987), «Hommage à J. Guillén», «Plages d'exil. Les camps de réfugiés espagnols en France» (1989), «Camilo José Cela: nuevos enfoques críticos» (1990), «Erotismo y cuerpo» (1991), «Memoria/memorias» (1992), «Style et image» (1993), «Juan Benet» (1994), «Notre fin de siècle» (1995), «Filmar en femenino» (1996)]; en Grenoble (sobre l'histoire drale, l'é-nigme, le paratexte); en Montpellier, donde el Institut de Sociocritique, dirigido por E. CROS, construyó el mismo concepto al relacionar la literatura con unas dimensiones sociales muy complejas, para dar cuenta de la «socialidad» de todo producto cultural, con las publicaciones del CERS como «Histoire et déni de l'Histoire dans l'Espagne contemporaine» (1995) o «Formes textuelles et matériau discursif. Rites, mythes et folklore» (1994); la Universidad de París 3 «<Les médiations culturelles» (1987), «Les représentations de l'Autre» (1991,1993), «Relations entre identités culturelles» (1995, 1997); en Besançon, con «La prostitution en Espagne de l'époque des rois catholiques à la II République» (1991).

cuestionamientos más generales con participación del hispanismo internacional como los organizados en Toulouse, en el campo de la historia literaria, por Y. Lissorgues sobre «Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX» en 1987 (37 ponencias con 5 norteamericanos, 14 españoles, 14 franceses 2 ingleses, etc.) (cfr. 8., *Anthropos*, 1988) y «Pensamiento y literatura en la España del siglo XIX» (1996), o el programa en curso desde 1994 sobre «El discurso de la novela en la España de los siglos XIX y XX».

También se puede destacar el protagonismo de las investigaciones «formales» en literatura (a partir de presupuestos teóricos elaborados fuera del hispanismo) para el desarrollo de una ciencia del texto transferible a la enseñanza del español en Francia, como en el caso del GRIAL (Groupe Interdisciplinaire d'Analyse Littérale) de Burdeos.

La preparación de las oposiciones a cátedras de enseñanza media también pudo influir sobre la investigación «coyuntural» y más o menos «finalizada» (con un protagonismo de lo contemporáneo templado por la competencia de lo hispanoamericano y una visión «clásica» de España): en 1986, «Don Juan et Faust dans la littérature espagnole du XIX^e siècle», *La Regenta* (1989-1990), *Su Único Hijo*, Valle-Inclán (1997-1998), Vázquez Montalbán, E. Mendoza, I. Marsé (1991-1992), Gil de Biedma, Siles, L. Antonio de Villena (1993), Machado (1994), Rubén Darío, Martí, Aldecoa, Benet (1995), F. Ayala, A. Molina (1996) 7.

Sería interesante observar, por otra parte, el desarrollo de la producción de libros «de texto» para enseñanza media o la enseñanza superior con fines didácticos 8. En cuanto a la investigación más claramente *histórica*, la transferencia de los coloquios de Pau a España (cfr. los *Coloquios de historia contemporánea de España de la UIMP*, vols. I-VIII, 1985-1992) es una iniciativa más que simbólica: el centro de gravedad (los centros de gravedad) ya se ubica(n) claramente en España para el hispanismo francés 9. Al hispanismo francés también

⁷ Sin tener en cuenta los programas de historia y geografía cfr., por ejemplo, en 1990, *Les Etats méditerranéens de la CEE*, etc.

⁸ Cfr., por ejemplo, *Otra España* (1974-1989), de C. SERRANO y M.-C. LÉCUYER (parís/Alicante, 1990); *L'Espagne de la mort de Franco à l'Europe des 12*, de M. GUILLOT-MAËSO (1986); *L'Espagne au XX^e siècle*, de J. MAURICE y C. SERRANO (parís, Hachette, 1992), o el *Léxico histórico...*, de B. BENASSAR y J. PÉREZ (Madrid, Taurus, 3.^a ed., 1990).

⁹ Con motivo del bicentenario de la Revolución francesa son sintomáticas, por ejemplo, las iniciativas tomadas desde España o las bilaterales, además de las propiamente francesas, como en BORDEAUX, *Les révolutions ibériques et ibéro-américaines à l'aube*

le va a tocar «ajustar cuentas» con el franquismo, vía la investigación —y las consiguientes evoluciones en la percepción del período—, desde las «conmemoraciones» de 1936-1939 hasta los *Franco*, de B. Bennassar (1995) y Andrée Bachoud (1997) ¹⁰. Toda esta abundante producción merecería un estudio aparte. También llega el momento del examen —que es también en buena medida un examen de conciencia colectivo para efectos de catarsis— de la historia de las relaciones franco-españolas ¹¹.

Lo más representativo de dicha tendencia se da con la mirada (la voluntad de abrir los ojos) que se da sobre la emigración y el exilio: emigración desde el Cantal hacia España en el siglo XIX (Rose Duroux), emigración a Francia antes, durante o después de la Guerra Civil, con el examen de la política de los Gobiernos franceses y de la opinión ¹².

du XIX^e siècle, o en la Casa de Velázquez «Procesos revolucionarios en Francia y España (1789-1939)»>.

¹⁰ En diciembre de 1985 se anunciaban cuatro coloquios sobre la Guerra Civil española en París III, Perpignan y Montpellier, Aix-Marseille; en 1986 ya había publicado P. VILAR su «Que sais-je?» sobre *La guerre d'Espagne*, y E. TÈMIME 1936, *la guerre d'Espagne commence* (1986) antes de dar *La guerre d'Espagne* (París, Complexe, 1996); publica C. SERRANO, *L'enjeu espagnol. PCF et guerre d'Espagne* (parís, 1987); después se convocan coloquios sobre «La culture dans l'Espagne franquiste» (1990), «Guerre civile: histoire et mémoire» (Nantes, 1994), «Les Espagnols et la guerre civile» (pau, 1996), «Imaginaires et symboliques dans l'Espagne franquiste» (dr. *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne*, núm. 24), además de las conmemoraciones más o menos estrechamente relacionadas con el período: *Manuel Azaña et son temps* (Madrid, 1993), *Antonio Machado hoy* (Madrid, 1989) (para valorar esta corriente sería preciso comparar con las iniciativas que se toman en España, en Pamplona, Granada, Cataluña, Valencia, Euzkadi, etc.). Se publica también sobre espacios más limitados (pero fronterizos), como *La presse de la frontière: «L'Indépendant des Pyrénées Orientales» et la guerre civile espagnole* (1990, Marge, Grilap).

¹¹ En 1986, en Aix-en-Provence, se celebra el II coloquio franco-español, después de *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX* (1982, publicado en Madrid, CSIC, 1986); en 1987, en Barcelona, por iniciativa de V. Gamlendia, se organizan en el Institut français unas Journées d'études sur les relations franco-espagnoles dans l'histoire; en 1996, se da el encuentro «Espagne/France 1939-1944», mientras J. M. DELAUNAY [*Des palais en Espagne. L'Ecole des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez...* (1994)] sigue explorando el campo (no existe, por ahora, una continuación de su estudio para el período posterior a 1979, durante el cual la Casa de Velázquez permitió una prolongada inmersión (de dos a tres años) en España de unos 130 hispanistas).

¹² Por ejemplo, con el *Centre d'Etudes et de recherches sur les migrations ibériques* (CERMI) (relacionado con la Asociación para el estudio de los Exilios y Migraciones ibéricas Contemporáneos en España y editor de una revista: *Exils et migrations ibériques*

En el campo de la historia económica, de las ciencias y técnicas, a pesar de algunas tesis leídas [cfr. por ejemplo, «L'ardoise en Espagne: histoire et économie», de M. Iglesias (1995)] o en vías de realización, no se vislumbra una clara prolongación de los trabajos de A. Broder o G. Chastagnaret [coautores con E. Témime de la segunda parte dedicada al XIX en el libro *Aux origines du retard économique de l'Espagne* (1984)]. A Broder se le debe una *Histoire économique de l'Espagne contemporaine* (Paris, Economica, 1998), mientras G. Chastagnaret, cuya tesis sobre *Le secteur minier en Espagne* tardó años en publicarse, tiene ahora perspectivas abiertas al Mediterráneo [cfr. el encuentro sobre «Crisis española y fin de siglo en el Mediterráneo», celebrado en la Casa de Velázquez (25-27 de mayo de 1998)].

Lo mismo se puede decir, por otros motivos, de la historia política o social, tan decisivamente ilustrada por los Maurice¹³, Serrano, Ralle, Brey, etc., que sólo parcialmente sigue cultivándose dentro del hispanismo francés¹⁴. De lo social [cfr. J. Maurice (dir.), *L'histoire sociale en débat/La historia social a debate*, P. Univ. Paris X, 1994], la evolución se ha hecho hacia el campo más socio-cultural de la sociabilidad¹⁵. Lo cierto es que desde los años noventa la investigación española cultiva ya intensamente unos campos otrora a duras penas y parcialmente roturados por el hispanismo francés y los demás, y es quien muy mayo-

au XX^e siècle), o en Toulouse, por el CNRS-Greco 30 [«Les migrations de la population entre la France et l'Espagne du XVI^e siècle à nos jours» (1987), «Historia oral del exilio español en Francia» (1939-1945)]. En el encuentro organizado por P. Milza en París en noviembre de 1991 sobre «Italiens et Espagnols en France (19:38-1946)» se amplía la problemática. La tesis de G. DREYFUS-ARMAND sobre «L'émigration politique espagnole en France (19:39-1975)» (1994) o los coloquios sobre «L'émigration: le retour» (1998), se refieren al período más contemporáneo. También pudo darse una focalización sobre algún territorio, como «L'intégration des Espagnols et l'identité hispanique en Languedoc et Roussillon» (1994).

¹³ Cfr. *Un anarchiste entre la légende et l'histoire*. Fermín Salvóchea (parís, Univ. Vincennes, 1987); *El anarquismo andaluz* (Barcelona, Crítica, 1989).

¹⁴ Cfr. J.-F. BERDAH, «La République entre Allemagne et Royaume Uni (1931-1939)» (1996); H. DEWAELE, «Relations entre droites autoritaires françaises et espagnoles (19:n-1945)»;; una tesis sobre Rodolfo Llopis (1997); «Propagande et légitimation du coup d'état du 18 juillet 1936», de M. CHUECA, las investigaciones de M. Marín sobre Sabadell, etc.

¹⁵ Cfr., por ejemplo, «La sociabilidad en la España contemporánea» (*Estudios de Historia social*, núms. 50-51, 1989) o el núm. 20 del *Bulletin d'Histoire de l'Espagne Contemporaine*, dedicado en 1993 a las *Sociétés musicales et chantantes*, a iniciativa del ERESCEC.

ritariamente tiene la iniciativa y da la pauta y empieza a organizar el campo¹⁶. Excepto en algunos campos, como, tal vez, el vinculado con el aspecto «relacional». De ahí el interés por «la imagen de ...» y «las representaciones de...» en varias épocas y campos¹⁷. También son de destacar las pocas investigaciones sobre el turismo en el siglo XIX y el XX¹⁸. Este sector de las representaciones mutuas es, hoy por hoy, uno de los más cultivados y activos, trátase de la historia o de la literatura comparada.

Otro campo original es, con la preocupación por una historia «total» que lo inspira, el de la historia cultural, incluyendo la sociabilidad, las prácticas culturales de los grupos sociales dominados (cfr. el coloquio organizado en la Universidad de París III sobre este tema en 1986), la historia de la prensa, del libro y de la lectura y las producciones «populares». Tal vez sea el campo en el que la aportación del hispanismo francés a una nueva historia de la España contemporánea sea más original: la producción de *1900 en España* (Bordeaux, PUB, 1988, traducción: Madrid, Espasa, 1991) por la asociación de investigadores titulada «Pour une histoire culturelle de l'Espagne contemporaine» (Burdeos, 1985), después de una larga y dificultosa elaboración colectiva, supone la exploración de un campo poco practicado y la puesta por obra de unos métodos de trabajo colectivo de difícil gestión; buena prueba de ello es que los dos siguientes programas sobre «El tránsito del antiguo al nuevo régimen cultural (1833-1843)>>» (cfr. J. R. Aymes) y «Las vanguardias» tardan tanto en concretarse. Las publicaciones individuales de los once partícipes (P. Aubert, J.-F. Botrel, J.-M. Desvois, J.-L. Guereña, Y. Lissorgues, B. Magnien, J. Maurice, C.-N. Robin, S. Salaün, C. Serrano, M. Villapadierna), los coloquios celebrados en París en 1988, por iniciativa de J. Maurice, sobre «Peuple, mouvement

¹⁶ Cfr. Ayer, la Asociación de historiadores de la comunicación, SLES XIX, Sociedad Española de Historia de la Educación, etc., de las cuales muchos hispanistas franceses son socios.

¹⁷ Cfr. los trabajos de D.-H. PAGEAUX en el campo de la literatura comparada, «España-Francia: imágenes del otro en la España contemporánea» (Calaceite), «España/Hispanoamérica: representaciones recíprocas» (Almoreal, 1990), la tesis de Aline Angoustures sobre la opinión pública francesa y España (BHEE, núms. 11-12), «Images et influences de l'Espagne dans la France contemporaine», el programa de investigación sobre las traducciones de ZOLA en España (Lyon), etc. Incluso se han dado investigaciones conjuntas sobre espacios transfronterizos como las *Imágenes recíprocas en los medios de comunicación social a propósito de Francial-España-Aquitania-Euzkadi* (Bilbao, 1993).

¹⁸ A. VALERO, «Pratiques, images et politiques touristiques en Espagne (1830-1928)>>» (1993); H. POUNT, «Genèse des images touristiques de Espagne» (1993).

ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine» (cfr. París, Univ. Vincennes, 1990) o sobre «La culture de l'Espagne franquiste» (1990), el libro de J.-C. Rabaté sobre *1900 en Salamanca* (Salamanca, 1997), o las tesis de D. Thion-Soriano sobre Ernesto Bark (1995) y de B. Pellistrandi sobre la Real Academia de la Historia (1997) son reveladores de la existencia de una corriente prolongada y renovada en el campo.

Como prolongación de uno de los coloquios de Pau, las iniciativas tomadas por PILAR (Presse Ibérique et Latino Américaine de Rennes 2) en los años 1980 permitieron dar cierta coherencia a las investigaciones sobre la prensa [*Presse et public* (1984), *Typologie de la presse* (1984-1986), *Discours de la presse* (1987-1989), *Presse illustrée en Espagne* (1992-1996), y ya desde Burdeos: *Presse et pouvoir en Espagne* (1996)] y hacerlas progresar por la organización de seminarios y coloquios, hasta que en Bilbao (Leioa) [I y II Encuentro de de historia de la prensa (1986 y 1988)] y en Cataluña o Murcia (1994: «Prensa y sociedad en la España contemporánea») se tomaron notables iniciativas. El coloquio celebrado sobre *Triunfo* en la Casa de Velázquez, las publicaciones de G. Imbert, J.-M. Desvois, J.-F. Botrel, D. Bussy-Genoëvois (sobre la prensa femenina bajo la II República), G. Cazottes, M. Villapadierna, P. Aubert, S. Hibbs-Lisorgues, las tesis de S. Martin sobre «Presse quotidienne de la transition et syndrome toxique» (1988), M. Franco sobre *El Caso* (1995), F. Belmonte sobre *Vértice* (1996), M. Ch. Moreau sobre los editoriales de *El País* (1976-1981), P. Gregorio sobre *ABC* entre 1936 y 1939 (1992), F. Malveille sobre *El Norte de Castilla*, etc., y la reactivación del pilaresco grupo bajo una forma asociativa y un campo ampliado (Presse Imprimés et Lecture dans l'Aire Romane), permiten pensar que se puede seguir en tal dirección, incluyendo el campo de la imagen, como es el caso de la investigación sobre *Blanco y Negro* llevada a cabo por el ERESCEC (París VIII). Pero aún son balbuciantes las investigaciones sobre radio y televisión y, en menor medida, sobre la publicidad y los *comics* (cfr. Desvois, 1998).

Sobre el libro y la lectura, la escasez de trabajos específicos en España hace que las investigaciones -son calas- llevadas a cabo por J.-F. Botrel (*La diffusion du livre en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988; *Libros, prensa y lectores*, Madrid, 1993) o E. Trenc y las recientes tesis sobre Zola en España (S. Allaoui, 1991), la *Enciclopedia Espasa Calpe* (Ph. Castellano, 1994) o las ediciones Simió y *Cuaderns Crema* (1979-1994) (E. Raillard, 1996) o los trabajos sobre

la Iglesia y la producción impresa de S. Hibbs-Lissorgues puedan tener alguna relevancia.

En el campo de la historia de la educación, el CIRIMIA, fundado en 1986 y dirigido ahora por J.-L. Guereña, cuyos trabajos sobre el tema son complementarios de los llevados a cabo en España, organizó una serie de encuentros sobre «Ecole et société» (1983), «L'enseignement primaire» (1986), «Ecole et Eglise» (1988), «L'Université» (1991), «Famille et éducation» (1994). Otras iniciativas o trabajos aislados pueden señalarse, como *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne XVI-XIX siècles* (1987) o la tesis de Yao N'Guetta sobre «Discours et idéologie des manuels scolaires du Franquisme à la Démocratie» (1987).

Sobre la literatura del pueblo, de gran difusión obrera, los dos coloquios celebrados en la Casa de Velázquez en 1983 («Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos») y en 1987 («Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX-XX»), los trabajos de S. Salaün (también traductor al francés de libretos de zarzuelas) sobre el género chico o el cuplé (Madrid, Espasa Calpe, 1993), el libro colectivo *Hacia la literatura del pueblo: del folletín a la novela* (Barcelona, Anthropos, 1995), la tesis de R. Mogin sobre *La novela corta* (1987) o la de C. Rivallan sobre la «Littérature populaire et légère (1894-1936)» (1995), después de los coloquios de Pau sobre «Les productions populaires» (1983) y del libro sobre el *Cuento semanal* (Madrid, Ed. de la Torre, 1986), son representativos de una producción original y de los planteamientos del hispanismo francés. El sistemático examen de algunas producciones literarias proletarias o de gran difusión por el grupo de Vincennes bajo la dirección de J. Maurice, como *Anarquismo y poesía en Cádiz bajo la Restauración* (Córdoba, 1986) o de la literatura de cordelo del pueblo por J.-F. Botrel suponen también un avance positivo e innovador. En Orleáns el programa sobre «Oralidad, Historia, Escritura» tiene unas perspectivas más etnolingüísticas (cfr. la revista *Prohemio*).

En el plano epistemológico es de notar las escasas investigaciones llevadas a cabo sobre la historia del hispanismo o de la enseñanza del español¹⁹, además de los balances obrados en 1984 y 1998 por la Société des Hispanistes Français, pero la revista *Les langues néo-la-*

¹⁹ Cfr. los estudios de C. Puren o de D. Rodrigues [*L'enseignement de la civilisation espagnole en France: discours et idéologie des manuels...* (1989) y *lean Bouzet (/892-1954). Itinéraire d'un hispaniste*].

tines, con números monográficos, se esfuerza por acoger los resultados de una visión más didáctica del quehacer hispanista también promovida por lingüistas como L. Dabène.

En Madrid, a partir de 1988-1989, desde la Casa de Velázquez, para públicos «mixtos» y con la participación de universitarios españoles, se ha llevado a cabo, bajo la dirección científica de P. Aubert, un programa sistemático de revisión de la historia contemporánea bajo todos sus aspectos, con cooperación de historiadores e hispanistas españoles y franceses ²⁰.

4. Análisis y balance de la producción del hispanismo francés (1981-1994)

Para caracterizar estadísticamente la investigación hispanista en Francia existen dos indicadores seriales: las tesis leídas y la bibliografía publicada por la Société des Hispanistes Français.

Entre 1985 y 1996 de las 517 tesis leídas sobre España [con dos «picos» en 1986-1987 (80 Y 56) Y 1993-1995 (43/56/46)] la mitad (264) se refieren a la época contemporánea (31 sobre el XIX), con el siguiente reparto: geografía, geología: 76; estudios ibéricos y literatura comparada: 76 [con un evidente interés por la imagen y las relaciones franco-españolas, la prensa y la edición (12), Africa y la novela]; ciencias políticas y derecho: 43; historia: 16; lingüística: 11; ciencias económicas: 11; arte: 9; sociología, etnología: 9 (y 3 sobre el aceite de colza, en los años 1983-1984).

En cuanto a los libros y artículos publicados sobre la España contemporánea, según el *Bulletin bibliographique* de la SHF, las cifras son éstas: 1981-1982: 149/550 (27 por 100) (173 autores); 1983-1984:

²⁰ «Relations internationales et élites européennes», «Développement et mutations de l'Espagne contemporaine», «Doctrines, projets et modèles de formation sociale dans l'Espagne contemporaine», «La ville dans le monde ibérique», «Religion et société aux XIX^e et XX^e siècles», «Un proyecto nacional: mito y realidad», «La construcción del estado liberal», con coloquios sobre «L'économie du travail féminin», «Les défis de l'Europe: approches comparées», «La place de la loi en droit comparé», «Violencia y política en el siglo XX», «La transition à la démocratie dans le Sud de l'Europe» —con perspectivas comparatistas y europeas como se ve, pero también sobre temas más específicamente españoles [Antonio Machado hoy, 1939-1989 (Madrid, Casa de Velázquez, 1994), Manuel de Falla, «Triunfo» en su época (Madrid, 1995), poesía, novela, teatro actual, «Autour du personnage de Carmen d'E. Mérimée»].

137/550 (25 por 100); 1985-1986: 230/710 (32 por 100); 1987-1988: 198/700 (28 por 100); 1989-1990: 204/660 (30 por 100); 1991-1992: 189/760 (25 por 100); 1993-1994: 251/770). No se nota, fuera de Clarín (con motivo del centenario de *La Regenta*, sobre todo) o Galdós (34 y 27 referencias respectivamente entre 1981 y 1994) Y tal vez Valle-Inclán (con los estudios de J. Fressard y, sobre todo, de E. y J.-M. Lavaud) una dedicación especial por los «grandes» autores. Sin embargo, García Lorca mereció una tesis de M. Ramond y el libro *La question de l'autre dans F. Carda Lorca* (Toulouse, 1986), con métodos inspirados en el psicoanálisis, también utilizados por A. Perrin o S. Lakhdari, A. López o H. Campan. Si desde 1984 hasta hoy se han leído todavía algunas tesis «de Estado»²¹, la tendencia es más bien a la investigación por sondeos o acumulación, donde predominan temas y no individuos, y los trabajos de C. Serrano [«Mouvements populaires et populismes en Espagne (1890-1910)»> (1984), publicada en parte en *Le tour du peuple*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987], J. Guereña [*Pour une histoire de l'éducation populaire en Espagne (1840-1920)*] (1989), J.-M. Desvois [«Recherches sur la presse espagnole (1900-1936)»> (1989)], etc. (se observará la voluntad -hasta en el título- de relativizar la empresa y al mismo tiempo el aspecto programático, con sus prolongaciones esperadas y... observables), confirmada por el actual sistema de la «habilitation à diriger des recherches», como se puede observar a partir de los trabajos de E. Trenc sobre el arte modernista en Cataluña (1991), E. Samper sobre I. Echegaray (1995), M. C. Chaput sobre la cuestión agraria en Andalucía (1997), S. Hibbs-Lissorgues sobre la Iglesia católica (1997), por ejemplo.

Llama la atención una fuerte corriente de investigación sobre la novela y los novelistas²². Varios equipos trabajan de manera original,

²¹ M. TUBAU-BENSOUSSAN sobre N. OLLER, I. ISSOREL sobre Fernando Villalón (1988); y la edición bilingüe de La Toriada; S. LAKHDARI y C. N. ROBIN sobre Galdós; J. MAURICE sobre «Recherches sur l'anarchisme rural (1868-1936)»> (1985); G. BREY sobre «Economie et mouvement syndical en Galice (1840-1911)»> (1989); C. I.F. B[OT sobre la poesía política bajo la II República (1990); RALLÉ [*Les socialistes espagnols*, 1992, y antes, con A. ELORZA, *La formación del PSOE* (Crítica, 1989)]; B. FONCK sobre «L'intellectuel et la politique d'après Ortega y Gasset» (1993); M. A. BARRACHINA, «Ressorts de la propagande franquiste (1936-1945)»>; P. AUBERT sobre los intelectuales y la política a principios del xx (1996), etc.

²² Cfr. los estudios de J. ALSINA, J. TENA, G. TYRAS (sobre Vázquez Montalbán), los coloquios de Toulouse sobre «La rénovation du roman espagnol depuis 1975» (1991), la tesis de G. CHAMPEAU sobre la novela social [d'l. *Les enjeux du réalisme dans le*

desde la narratología, la retórica de la narración, pero también la sociología, sobre la novela más reciente (Zimmermann, 1998). Este interés general afecta incluso últimamente a la novela policiaca (con el «fenómeno» Vázquez Montalbán, Pérez Reverte, Juan Madrid, etc.). En cuanto a la poesía, se nota un resurgir con una focalización sobre el texto poético (escritura, tema, ritmo)²³, mientras el teatro parece poco estudiado (excepto Valle-Inclán). Pero también, de manera bastante novedosa, es notable el interés por el cine con motivo de la docencia y de los programas de oposiciones a cátedras de enseñanza media (*Ana y los lobos*, *Elisa, vida mía*), pero también de manera desconectada²⁴. Prolongan una corriente ya observable antes de 1980 las investigaciones sobre la Cuba colonial de P. Estrade (sobre Martí), M. Guicharneau-Tollis (*Regards sur Cuba au XIX^e siècle*, P. 1996), C. Serrano (*Final del Imperio. España 1895-1898*, Madrid, Siglo XXI, 1984) o J. Durnerin y M.-C. Lécuyer (hay una tesis sobre Manila en el siglo XIX de X. Huetz de Lempis, leída en 1994), mientras los nuevos estudios sobre la mujer pueden ser ilustrados por la dedicación de D. Bussy-Genevois, M.-A. Barrachina o C. Lavail [con su tesis sobre «La femme nouvelle et son apport à la culture (1935-1965)»> (1994)] y el interés confirmado por temas adscritos a la(s) otra(s) historia(s) o marginales, como la tesis que 1. P. Martín dedicó, en 1991, a la francmasonería en Castilla en el siglo XIX.

La nueva organización del Estado español favoreció el auge de una investigación dedicada a las autonomías «históricas»: el País Vasco

roman sous le Franquisme (1995)] y de la Casa de Velázquez sobre «La novela en la España contemporánea» (1995); el número de *Tigre* (Grenoble) dedicado a «Post-modernité et écriture narrative dans l'Espagne contemporaine» (1996); los 5 *Cahiers* du GRIAS de Saint-Etienne desde 1993, bajo la dirección de J. SOUBEYROUX, o de «Regards sur le XX^e siècle» (Univ. de Paris X-Nanterre) sobre «Le roman espagnol au XX^e siècle», etc...

²³ Cfr. por ejemplo, *L'écriture poétique de*]. Cuesta: *les sonnets*, d'A. DUNNY-ALLAIGRE (1998), o las publicaciones de J. ISSOREL, E. MARTÍN-HERNÁNDEZ, M. C. ZIMMERMANN, etc., y un nuevo equipo especializado en la Universidad de París IV.

²⁴ Cfr., por ejemplo, el libro de M. OMS *la Histoire du cinéma espagnol* de J.-C. Seguin (1994), la tesis de N. BERTHIER sobre «Cinéma et propagande sous Franco» (1994). Se nota también un incipiente interés por la imagen y el arte [cfr., por ejemplo, el libro de C. SERRANO sobre Robert Capa (Valencia, 1987), el congreso de la SHF celebrado en Lyon, en 1991, las publicaciones de E. TRENC o el programa iniciado en la revista *Traverses* sobre «Peinture et écriture»]. Para más detalles, véase E. LARRAZ y J.-e. SEGUIN (1998).

y Galicia²⁵ y, de manera duradera, Cataluña²⁶. En el Centre d'Etudes Catalanes se han organizado, desde 1993, tres coloquios y un homenaje a Pierre Vilar. Una revista sobre temas catalanes (*REC*) acaba de publicarse en Montpellier. Últimamente la *Histoire de Madrid*, de B. Bessière (París, Fayard, 1995), es en alguna medida la confirmación a un nivel emblemático de tal corriente. Pero fuera tal vez de Cataluña obviamente no puede tener sentido que el hispanismo francés piense competir con las iniciativas automómicas o locales. Su preocupación sigue siendo más bien global, con una visión no fragmentada sino diferenciada de España, enriquecida por la aportación de todos (al menos de los que llegan a su conocimiento) los resultados obtenidos por esa nueva corriente investigadora, muy presente en España.

Globalmente las investigaciones sobre el siglo XIX tienden a disminuir en beneficio del XX por motivos coyunturales (fin del franquismo, conmemoración de la Guerra Civil), sin que el fin de siglo y el 98 lo lleguen a equilibrar a pesar de algunas iniciativas²⁷ y también epistemológicas, con el auge de la historia del tiempo presente, observable en los trabajos sobre la Movida de B. Bessière [cfr. *Madrid et les mutations culturelles* (1975-1992) (1992) y *Vingt ans de création espagnole 1975-1995* (P. Nathan-Université, 1995), en la tesis de S. Dubosquet sobre Antonio Gala (1989) o en la de A. Lanquette sobre «los nuevos discursos en la España post-franquista» (1997), por ejemplo] o en los estudios y tesis en curso sobre los jóvenes novelistas o los «novísimos».

La emergencia de nuevos y jóvenes especialistas con la evolución de los estatutos docentes (AMN, ATER, PRAG, etc.) acaba de enriquecer el potencial investigador, sin que se pueda valorar aún toda la producción esperada. Pero el nuevo equilibrio en las relaciones de investigación entre Francia y España está determinado por la fuerza creciente y ahora preponderante de la investigación española.

²⁵ CL las publicaciones de V. GARMENDIA Y J. EXTRAMIANA y, después, *Processus sociaux, idéologies et pratiques culturelles dans la société basque* [L. BIAHAT (dir.). 1984] o los trabajos de C. POILLAIN sobre Galicia y la tesis de A. FRAILE sobre «Normalisation et politique linguistique en Galice (1983-1993)».

²⁶ CL las publicaciones de E. TRENC, M. PRUDON, D. BOYER, J.-M. BARBERÀ, V. SERVERAT, P. BONNASSIE, M. TUBAU-BENSOUSAN, M. y M.-C. ZIMMERMANN, autores de *Histoire de la Catalogne* (parís, PUF, 1997) y *La Catalogne* (parís, PUF, 1998).

²⁷ El LIRA (Rennes 2) ya publicó *L'Espagne et les Amériques: la crise de 1898 et ses prolongements* (en 1996) y *La guerre cubano-hispano-américaine* (1998), y en Lyon 11, París X y la Casa de Velázquez se acaban de celebrar unos coloquios al respecto.

La aportación que supone el hispanismo francés a la investigación y a la ciencia españolas se puede apreciar a través de sus contribuciones directas o indirectas (referencias bibliográficas) a historias «españolas» de la literatura y demás (*Historia y Crítica de la Literatura Española, Historia de la literatura española*, Espasa-Calpe) o a libros colectivos con dirección científica española. También gracias a las traducciones al español o a la publicación directa en España -con la consiguiente mejora de la difusión de la información científica- de bastantes estudios en el circuito editorial más o menos comercial²⁸, de un hispanismo que lógicamente sigue publicando mayoritariamente en francés²⁹, inclusive las publicaciones de la Casa de Velázquez, en revistas o publicaciones de restringida difusión³⁰, con la consiguiente dificultad de acceso y un impacto minorado o diferido.

Una cooperación científica bilateral puede existir en el marco de convenios entre algunos equipos de investigadores de España y Francia, pero lo más frecuente es que el hispanismo francés se considere como un útil complemento «puntual», por tratarse de conocidos especialistas o de una visión «exterior».

Alguna excepción hay, y es cuando las opciones metodológicas de hispanistas franceses resultan originales, debido a una interdisciplinariedad consustancial al hispanismo u organizada gracias a trabajos colectivos o a las exploraciones de campos nuevos (la historia literaria) [cfr. *Pour une histoire de littérature espagnole contemporaine. Questions de méthode* (1992)] o la prostitución [cfr. «Prostitución y sociedad en España (siglos XIX-XX)», *BHCE*] o cuando el campo por investigar no cuenta con un suficiente interés en España (caso de la historia del libro contemporáneo, de algún aspecto de la historia de la educación) o también cuando los trabajos de algún hispanista han llegado a la notoriedad (c. Serrano sobre el fin de siglo, por ejemplo).

²⁸ Cfr., por ejemplo, S. SALAÜN, *La poesía de la guerra de España*, Madrid, Castalia, 1985; Y. LISOLLEUS, *Clarín político*, Barcelona, 1989; *El pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas, "Clarín"*, Oviedo, 1996; J.-M. LAVAUD, *El teatro en prosa de Valle Inclán*, Barcelona, 1992; J.-F. BOTREL, *Libros, prensa y lectores en la España del siglo XIX*, Madrid, 1993, etc.

²⁹ Notemos que en 1983-1984, 1/4 de la producción de los hispanistas se hacía en español (en 1993-1994, 1/3), a relacionar con unos deseados lectores franceses y con el declive del francés en España.

³⁰ Las revistas o actas editadas por el hispanismo francés tienen tiradas limitadas (de 200 a 1.000, y mayoritariamente alrededor de 300) o sufren de una mediocre (o pésima) distribución.

Pero lo más original tal vez sea la capacidad que tiene el hispanismo francés (¡por ser francés!) de plantearse a España como un conjunto y mantener una visión global, tanto desde el punto de vista geográfico como metodológico, por una parte. Por otra, se observa cómo algunos hispanistas franceses pueden actuar de «mediadores» o «intermediarios» (por sus conocimientos lingüísticos y bibliográficos y hasta experienciales) entre España y su producción científica y los investigadores franceses de distintas disciplinas (historia, literatura) más que con la opinión francesa en general, con frecuentes ampliaciones de la problemática a Hispanoamérica, no sólo en las Antillas –un 30 por 100 de los hispanistas franceses son «latinoamericanistas»- y con prolongaciones a menudo europeas, como hace ya muchos años en Besançon con el Centre de Recherche d'Histoire et de Littérature en Europe au XVIII^e et au XIX^e siècles, y la participación durante mucho tiempo de Albert Dérozier (cfr., por ejemplo, «L'identité culturelle laboratoire de la conscience européenne» en 1994) o en Roma (Ecole de Rome) sobre «La politisation des campagnes au XIX^e siècle (France, Italie, Espagne, Portugal, Grèce)» o en las publicaciones del Institut de la Mémoire de l'Edition Contemporaine.

Tal vez sea ésta una dimensión que permita rebasar la tradicional e histórica relación y comparación bilateral o, en el caso francés, España desde Francia. Sin que desaparezca por muchos años la función del hispanismo (francés, alemán, británico, etc.), porque para poder situarse en el ámbito europeo no se puede prescindir de puntos de vista «distantes», no implicados –o de distinta manera-, al lado de las tradicionales comparaciones internacionales.

5. ¿Hacia una mirada compartida?

Parece evidente que a través de su(s) mirada(s) –y las consiguientes imágenes (científicas y todo) de la España contemporánea elaboradas- los hispanistas franceses, como grupo distante e implicado a la vez, han venido revelando y traduciendo el espacio ideológico en que se situaron con una especie de disconformidad, de cuestionamiento del sistema político y académico vigente en Francia a través de la observación de la España no oficial, de sus zonas prohibidas u ocultas, de sus márgenes o de su intra y otra historia.

La tendencia –menos militante- se prolonga, por inercia «biológica», con algún *aggiornamento*, ahora, pero las ideologías, si no

han desaparecido, han cambiado y el espacio se ha modificado y ampliado. Lo cierto es que en esta nueva coyuntura el espejo lo pone ahora España globalmente, seleccionando en una mirada menos contestataria, con menos capacidad de escudriñar para revelar y más compartida, lo que le importa para su propio quehacer, sin que se observe el correspondiente «francesismo», salvo muy señaladas, abnegadas y voluntaristas excepciones, como en la Universidad de Lleida para la literatura francesa o el estudio de Antonio Niño, coeditado por el CSIC, la Casa de Velázquez y la Société des Hispanistes Français en 1988.

Más allá de las características de las miradas (es más fácil echar una mirada que echar una mano) puede uno plantearse el problema del impacto del hispanismo francés: en Francia, en España y más allá. ¿Qué influencia pudo tener el hispanismo francés sobre la mirada de los franceses de ahora? Merecería todo un estudio apenas esbozado a través del análisis de los libros de texto para la enseñanza del idioma, por ejemplo.

En cuanto a la contribución a la ciencia española, el examen de algunos indicadores (la *Historia y Crítica de la Literatura Española*, por ejemplo) permite relativizar tal impacto: el examen de los suplementos a *Romanticismo y realismo* y *Modernismo* y 98 permite ver que se citan, respectivamente, 34 y 30 autores (123 y 74 referencias -menos de 100- y 3 y 5 extractos de textos), lo cual supone un progreso con relación a los años 1980. En el primer suplemento a *Época contemporánea. 1914-1939*, sólo se citan trabajos de 15 hispanistas franceses (con 4 textos, 2 de ellos de S. Salaün), y en *Época contemporánea. 1939-1980* y *Los nuevos nombres*, casi no existen. En cambio, la aportación de los investigadores franceses -no sólo los hispanistas- a la historia de la educación en general y en España es mayor (casi un 7 por 100; cfr. Guereña, Ruiz Rerrio y Tiana, 1994).

Todo esto puede ser motivo para observar el relativo peso institucional del hispanismo, que sólo es centenario, con relación a las históricas disciplinas (toda vez que no practique una interdisciplinaridad voluntarista) y la evidente decadencia del francés y de la influencia francesa con relación a la del mundo anglófono (sería interesante comparar lo que supone la «efectiva» aportación francesa con respecto a la del hispanismo británico y norteamericano).

Si se examinan las últimas tendencias de la investigación hispanista en Francia se observa que de las 777 tesis en curso de realización (con mención de España, siglos XIX y XX), 387 son de *Etudes ibériques*,

lo cual supone para otras disciplinas un campo amplio de investigación. Son 177 sobre el XIX (estudios ibéricos: 86; historia: 45, con, en ambos casos, un interés especial o más o menos marcado por todo lo que sea relaciones, representaciones, migraciones, comparaciones, traducciones, África —y menos por autores como Galdós o Valle-Inclán— y por la «nueva historia» —memoria, marginalidad, historia cultural, etc.—; literatura y civilizaciones comparadas: 30; arte: 6). Sobre el XX son 600 en total: unas 300 de estudios ibéricos; en ciencias políticas y derecho: 135; economía y gestión: 42; geografía: 67, historia: 20; arte: 21³¹.

De las tesis en curso en el campo de los «estudios ibéricos», un 60 por 100 versa sobre la literatura española: tratan de 65 autores en total (casi la mitad muy contemporáneos, incluyendo a G. Carnero), de los novelistas y de la novela sobre todo (4 sobre Javier Torneo, otras tantas sobre Goytisolo, por ejemplo), luego de la poesía. Se repertorian 26 tesis sobre el arte (16 sobre el cine, 4 sobre Picasso) y unas 80 (40 por 100) sobre la historia, sobre todo cultural (espectáculos, Editora Nacional, traducción, Corín Tellado, libros de texto, sistema escolar, sociabilidad, fiesta, relaciones culturales Francia/España), unas 20 sobre los medios de comunicación de masas, pero aún unas 15 sobre el franquismo, 8 sobre el Rif y Marruecos y un interés más marcado por la España del norte (Cataluña, Galicia, pero no el País Vasco), con un cuasi abandono del sur.

Es de notar que predominan las obras colectivas y los artículos individuales y que se publican pocas obras individuales sobre la literatura o la historia y que persiste la tendencia que consiste en estudiar el fenómeno literario en relación con la historia de las mentalidades y en función de las ideologías —«sigue siendo inconcebible estudiar la literatura fuera de la Historia», diagnostica M.-C. Zimmermann (1998)—, con la consiguiente pluridisciplinaridad, observable, por ejemplo, en el CREC (Centre de Recherche sur l'Espagne Contemporaine) de París III o el CRIME de París IV.

No cabe duda, pues, que la España más contemporánea (la de la «extrema modernidad»), una España menos «típica» y, por supuesto, menos conflictiva viene a ser el objeto científico predominante, «con riesgo, como escribía I. Pérez, de orientarse por vías secundarias».

³¹ No se detallan las aportaciones de los juristas, economistas, geógrafos, etc., algunos de los cuales se tienen muy legítimamente por «hispanistas», y así los califica la Société des Hispanistes Français en su *Anuario*.

El problema será la coherencia de una investigación hoy por hoy un poco *éclatée*, más «actual» (con los inevitables fenómenos de moda) y aún menos «literaria» o supeditada a los aniversarios o conmemoraciones y su articulación con las demás investigaciones de los hispanismos europeos y demás, y de las naturalmente llevadas a cabo en España.

No obstante, poniendo aparte la indispensable función «diplomática» (recordada por la exposición sobre «Les Iberes», donde resulta que uno de los principales yacimientos arqueológicos ibéricos se encuentra en Saint-Germain, en Laye)³² o de comprensión, la función mediadora del hispanismo como «pasarela»³³ estrechamente relacionada con la calidad pluridimensional de su «peritaje» (*expertise*) -incluidas las relaciones humanas- tiene aún porvenir (objetivamente más que su producción propiamente dicha) y que el nuevo espacio europeo -o simplemente mediterráneo- ya esbozado a través de iniciativas de la Sociedad de Hispanistas Franceses [primer encuentro de hispanistas franceses y alemanes de Maguncia (1989), Congreso «europeo» de Burdeos (1993) y Jornadas de estudio sobre las escuelas doctorales de Santiago (1996)], con una relativa dilución de la identidad nacional que funda el hispanismo, la vuelta al concepto de «romanidad» como defensa contra la hegemonía anglosajona y el desarrollo de las comunicaciones electrónicas acarrearán nuevas -y saludables- evoluciones.³⁴

Fuentes utilizadas

Fichier central des theses (Univ. de Paris X Nanterre), *Theses en cours sur l'Espagne contemporaine*.

Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur, *Bulletin bibliographique (1983-1994)*.

³² La política de excavaciones arqueológicas de Francia en España, que se remonta al siglo XIX y sigue llevada a cabo por algunos arqueólogos «hispanistas», merecería un estudio aparte.

³³ Por ejemplo -¡gran ejemplo!-, el *Bulletin d'histoire de l'Espagne contemporaine*, abnegada empresa de unos pocos hispanistas que desde 1971 hasta la fecha, en Pau, Burdeos y últimamente en Aix-en-Provence tiene publicados 55 nutridos números.

³⁴ Este balance que estriba en la información bibliográfica de que dispuso el autor -con todas las posibles omisiones- no pretende, por supuesto, ser exhaustivo.

- Société des Hispanistes Français, *Dix ans de recherche hispanique en France*, Paris, INRP, 20-21 mars 1998.
- Bulletin Officiel de l'Education Nationale, «Programmes des concours de recrutement (CAPES/Agrégation) (1986-1997)».
- Agence Bibliographique de l'Enseignement Supérieur (Télétheses), *Thèses soutenues sur l'Espagne contemporaine entre 1985 et 1996*.
- Bulletin d'histoire de l'Espagne contemporaine (1984-1997).
- GUITTARD, Jean-Michel, *Répertoire des thèses françaises relatives au monde ibérique et ibéro-américain des origines à 1980*, Paris, Klincksieck, 1993.
- MILHOU, Alain (1998), *Statistiques portant sur les dossiers d'Espagnol examinés par la 14e section du CNU en 1996, 1997 et 1998*.

Estudios citados

- BOTREL, Jean-François (1984), «El hispanismo francés (España contemporánea)»., *Revista de la Universidad Complutense*, núm. 1, pp. 21-27.
- (1985a), «L'Espagne contemporaine et l'hispanisme français», en *La recherche hispanique en France (1962-1984)*, Société des Hispanistes Français, Actes du XX^{ème} Congrès, pp. 133-155 (versión en español: *La investigación sobre temas hispánicos en Francia*, Actas del XX Congreso, 1985, pp. 133-156).
- (1985b), «L'Espagne contemporaine et l'hispanisme français: tendances actuelles», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, núms. 3-4, juillet-décembre, pp. 16-18.
- DARBORD, Bernard (1998), «Les recherches sur la linguistique dans l'hispanisme français», *Journées d'études de la Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Paris, 20-21 mars 1998.
- DESVOIS, Jean-Michel (1998), «Les recherches sur la presse et les médias dans l'hispanisme français (1984-1996)»., *Journées d'études de la Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Paris, 20-21 mars 1998.
- GUEREÑA, J.-L.; RUIZ BERRIO, J., y TIANA FERRER, A. (1994), *Historia de la educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, Madrid, CIDE.

- LARRAZ, E., Y SEGUIN, J.-C., «Bilan des recherches sur le cinéma et l'image», *Journées d'études de la Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Paris, 20-21 mars 1998.
- LISSORGUES, Yvan (1998), *El hispanismo en Francia: tradición, balance, orientaciones*, Oviedo, Asociación de Hispanismo Filosófico.
- MAINER, José-Carlos (1988), «Una historia del hispanismo francés», *Saber leer*, núm. 28, octubre, pp. 4-5.
- NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio (1988), *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, Madrid, CSIC, Casa de Velázquez, Société des Hispanistes Français.
- ZIMMERMANN, Marie-Claire (1998), «Bilan des recherches sur la littérature espagnole du xx^e siècle», *Journées d'études de la Société des Hispanistes Français de l'Enseignement Supérieur*, Paris, 20-21 mars 1998.

Reconstruir la España contemporánea (entre la literatura y la historia)

José Carlos Mainer

Imagino que los colegas que han concebido este coloquio esperan de los co-ponentes españoles que confronten su opinión con las sustentadas en los trabajos de sus colegas extranjeros. Implícitamente se supone que no han de ser las mismas; que no puede serlo la de quienes, además de tener por oficio la historia, la sufren o la heredan como ciudadanos, y la de quienes se han acercado a una historia ajena pero no la viven en su realidad diaria.

Para un contemporaneísta especialmente la diferencia es de peso: dedicar una tesis a la Guerra Civil o a las letras de los años de la República, a los inicios del socialismo o a un escritor del exilio en los años sesenta y setenta significaba, entre nosotros, una elección que comprometía muchos resortes de nuestra vida moral, que nos vinculaba o desvinculaba de la tradición de nuestras familias y que nos llevaba por vericuetos bibliográficos no siempre practicables. Y aparentemente para un extranjero no debía ser así... Pero ya no sabría decir si para un colega ultrapirenaico de la edad de Jean François Botrel, que es la mía, una opción de esa naturaleza se sustentaba simplemente en el plano profesional. Pertenecemos a una misma generación histórica y los reflejos son más o menos comunes: si nosotros teníamos la Guerra Civil y a Franco, ellos tenían la dramática experiencia de la ocupación, la resistencia y la colaboración. ¿y quién puede decir que las turbias luchas de la descolonización, o la crisis educacional de 1968, la experiencia moral existencialista o las fiebres estructuralistas no han sido también, de algún modo, referentes españoles? Quizá es la primera vez que esto ha ocurrido en la larga crónica del hispanismo... Y lo

cierto es que además no pocos de los hispanistas franceses que citaremos luego, nacidos después de 1940, tienen un apellido español determinante: pienso en Carlos Serrano, hijo del escritor español Arturo Serrano Plaja (uno de los firmantes de la famosa ponencia colectiva de *Hora de España*), pero también nieto —por la rama materna— de Jean Richard Bloch (uno de los más significativos escritores *engagés* de los años treinta); pienso en Jean Louis Cuereña, hijo del escritor español exiliado Jacinto Luis Cuereña... Otros fueron alumnos de profesores españoles emigrados o compartieron los bancos de la escuela y el Liceo con algún chico más moreno cuyos padres eran de Málaga o Valencia... O supieron de la existencia de la última dictadura nacida del fascismo y participaron sin saber mucho de ella en algún mitin de la Mutualité. O confrontaron sus ideas muy generales con las imágenes más reales de un verano pasado en la España de Franco, donde el biquini estaba mal visto y las parejas no podían besarse por la calle.

A la vista de los muchachos que, provistos de su Beca Erasmus, comparten las aulas con los nuestros puede pensarse que el sentido tradicional del hispanismo ya ha terminado. Siguen abundando entre ellos los apellidos hispanos y muchos son los herederos de una experiencia histórica dramática: la emigración económica que escoltó —y, en parte, financió— el «desarrollo». Pero éstos ya no han hablado español en sus casas, la *quiche* les suele ser más familiar que la tortilla de patatas y, a fin de cuentas, comen idéntica *fast food* cuando salen con sus amigos españoles. Para la mayoría de ellos el descubrimiento de lo español no tiene una especificidad dramática ni puede ser contado en forma de biografía intelectual. Para sus compañeros españoles, en rigor, tampoco... Quizá, al cabo de algunos años, estudien una historia o una literatura europeas y el descubrimiento capital que les concierna sea el confrontarla con la del Magreb o la de América Latina: el patrimonio de quienes ya ocuparán entonces bastantes bancos de sus mismas aulas.

Digo esto, de entrada, porque la reacción tradicional de un español ante el fenómeno cultural del hispanismo no es fácil de describir. Ha escrito Francisco Murillo Ferrol [«En que se trata de los hispanistas (A Cuy Hermet y Edward Malefakis)», *Sistema*, núm. 14, julio de 1976, pp. 3-12] que «la actitud del español ante los hispanistas es ambivalente: de agradecimiento por una parte, ya que nos dedican su atención y su interés, pero de incomodidad por otra, al sentirse observado desde fuera». Por lo pronto, la relación intelectual de Francia y España es

una relación desigual: los problemas de identidad nacional francesa se han librado en la época moderna con Inglaterra y con Alemania. La confrontación anglofrancesa llena los siglos XVIII y XIX; el conflictivo encuentro de Francia y Alemania, tras 1870, no tiene menor entidad histórica. Y no me refiero, por supuesto, a los enfrentamientos bélicos que salpican la relación, sino a las dimensiones intelectuales que van desde la admiración al complejo de inferioridad, desde la burla a la adopción de costumbres. La actitud de un estudioso francés para con España no es la misma que tiene Alexis de Tocqueville cuando examina la democracia en América, de Madame de Staël cuando escribe sobre Alemania, o de Montesquieu o Voltaire cuando analizan la vida social inglesa... Ni siquiera la de un anglófilo superficial como André Maurois o la de un interesado en entender a la Alemania como el lean Giraudoux posterior a 1918. La relación con España depende de la curiosidad exótica o del prejuicio étnico, alimentados siempre por el conocimiento parcial. No hay sino ver lo que la misma Madame de Staël escribía de *De la littérature* al caracterizar las letras españolas que ocupan el capítulo X de su libro, al lado de las italianas: «Aucun élément de philosophie ne pouvait se développer en Espagne; les invasions du nord n'y avait porté que l'esprit militaire, et les Arabes étaient ennemis de la philosophie. Le gouvernement absolu des orientaux, et leur religion fataliste, les portait à détester les lumières philosophiques.» En la carta LXXVIII de las *Lettres Persannes* Montesquieu transcribió la imaginaria carta de un viajero asustado por la intolerancia y el arcaísmo de la sociedad española. E incluso Cadalso -que habría de imitar su modelo literario- replicó con indignación. Hablamos, en definitiva, de percepciones de un país que, por una u otra causa, se advierte como no europeo.

y conviene añadir, por otra parte, que solamente entre nosotros la opinión ajena ha tenido tanta importancia como para conformar la idea de ser víctimas de una «leyenda negra» y para producir batallas como la de los apologistas en el final del XVIII. La última lid al respecto es la de muchos compatriotas contra las interpretaciones ajenas de la Guerra Civil en busca de una interpretación etnocéntrica del conflicto. Solamente así se entiende que José María Gironella pudiera escribir al frente de *Un millón de muertos* (1966) que los novelistas extranjeros que han tratado de la guerra «parcelan a capricho el drama de nuestra Patria, rebosan de folklore y en el momento de enfrentarse resueltamente con el tema, con su magnitud, esconden el rabo. A menudo, pecan

de injustas, de arbitrarias y producen en el lector enterado una notoria sensación de incomodidad». Y que Camilo J. Cela, campeón del misoneísmo etnicista y de un cierto concepto estético de lo español, dedicara *San Camilo* 1936 (1969) «a los mozos del reemplazo de 1937» y, expresamente, «no a los aventureros foráneos, fascistas y marxistas, que se hartaron de matar españoles como conejos y a quienes nadie había dado vela en nuestro propio entierro». ¿Hay algún entielTo de la historia del siglo xx que ya no sea <<nuestro»? ¿No murieron -quizá como conejos- entre nosotros John Cornford o quien firmó como Christopher Caudwell? ¿Escondieron el rabo Georges Bernanos, católico y antifranquista, o César Vallejo, cholo peruano e indigenista, cuando advertía a los niños del mundo que estaba «la madre España con su vientre a cuestras»?

No se trata solamente de una relación desigual la que se traba entre los extranjeros y España. Es también una relación asimétrica: en las letras españolas son excepciones los escritores que han tomado como propio otro idioma, y menos frecuentes aún los que han adoptado otra visión del mundo y una temática ajena a la de su propio país de origen. Los estudios de filologías extranjeras, en el marco de las Facultades de Filosofía y Letras, no existieron hasta los años cincuenta, y entre sus primeros maestros no abundaron las lumbreras: eran, a todo tirar, filólogos con intereses gramaticales o ágrafos contumaces, rebotados de alguna otra disciplina. En un análisis que debería ser de lectura obligada para los docentes de aquéllas, Américo Castro escribía en 1924 que «la carrera de Filosofía y Letras carece entre nosotros de prestigio social. Los alumnos proceden de clases más bien humildes. Son los menos -sobre todo en provincias- los que se atreven a seguir tales estudios sin sustentarlos en los de Derecho». Y añadía por lo que más directamente nos concierne: «Las lenguas modernas, por descontado, no se enseñan en la Universidad, en 10 cual constituye la única excepción entre las europeas. No sentimos curiosidad alguna por conocer los más finos productos de las culturas modernas: ni Dante, ni Moliere, ni Shakespeare, ni Goethe, ni las civilizaciones de que son eco han parecido al poder público temas que podían enriquecer el horizonte de nuestra juventud» [«La organización actual de las Facultades de Letras», en *Lengua, enseñanza y literatura (Esbozos)*, Victoriano Suárez, Madrid, 1924]. Setenta años después las bibliografías de las filologías modernas pueden seguir escribiéndose sin el concurso de un solo nombre español y son pocos los profesores de las mismas que

escriben usualmente en la lengua que profesan (las excepciones se cuentan con los dedos de la mano).

Al lado de esas clamorosas deficiencias lo cierto es también que los hispanistas -como es de sobra sabido- analizan territorios muy a menudo carentes de bibliografía propia y clarifican lo que los indígenas no acertamos a analizar. «Lo grave parece ser (...) -subrayaba Murillo Ferrol en el ensayo citado más arriba- que la cultura española necesita de ojos foráneos para verse a sí misma. Porque los de dentro no poseen casi nunca la libertad suficiente (dándole a libertad el sentido más amplio) o porque sus *idola tribu* son tan densos que ahogan *in nuce* el desasimiento y la distancia suficientes para conseguir la objetividad que se suele llamar trabajo científico.» En la existencia del hispanismo confluyen muchas razones: ¿Por qué en Francia fue de uso del nombre de *hispanissant* aunque hoy se haya impuesto el más profesional de *hispaniste*? El libro de Antonio Niño -*Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España* (1875-1931), CSIC-Casa de Velázquez-Sociedad de Hispanistas Franceses, Madrid, 1988- ha explorado muy bien lo que hubo inicialmente de comercio, colonización cultural y afecto desinteresado: lo que, a fin de cuentas, explicaba aquel matiz de afición del sufijo -*issant* que precedió a la normalización profesional del oficio.

Pero, ¿puede existir una inclinación a los estudios españoles por parte de un extranjero que no comporte algún ingrediente de interés político o algún elemento de comparación implícita? Las preguntas son muy pertinentes cuando se piensa en lo mucho que el estudio de los siglos XVIII y XIX españoles debe a las más veteranas tesis de Estado francesas, y la razón es seguramente múltiple: por un lado, estaba la omnipresente influencia francesa en el XVIII español; por otro, el arraigo de la temática española en el XIX francés (los franceses inventaron la «música española» y la *espagnolade* fue uno de los *bibelots* culturales más prestigiosos de un Segundo Imperio con emperatriz castiza). Pero tampoco ha de desdeñarse la convicción de que la España de la *modernidad insuficiente* presentaba como conflicto insoluble lo mismo que Francia resolvía: el tránsito del Antiguo Régimen, las sublevaciones vendeanas, el pretorianismo, el asentamiento del orden liberal-burgués, la nacionalización del país, la separación Iglesia-Estado...

Ya a finales de los años veinte había llegado a España un joven helenista francés con ánimo de trabajar en los manuscritos griegos de la biblioteca de El Escorial. Y Marcel Bataillon, tal era su nombre,

había acabado por traducir a Unamuno y por dedicar bastantes años de su fecunda vida a rastrear la aventura espiritual del erasmismo en España: un escritor que representaba la pugna entre lo tradicional y lo moderno y una de tantas oportunidades de «pensamiento europeo» que naufragó entre nosotros. Su libro *Erasme et l'Espagne*, publicado en 1937, mereció una inolvidable nota de Antonio Machado y es, desde entonces, una obligada referencia de la historia intelectual española. Un año antes, Pierre Jobit, sacerdote católico, había publicado una considerable monografía en dos volúmenes sobre el krausismo y sus consecuencias con el revelador título de *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, que demostraba, frente a la hostilidad de los ortodoxos nacionales, la profunda espiritualidad y la buena intención pedagógica de los seguidores de Sanz del Río. No deja de ser curioso que la noble actitud de Jobit abrió camino, años después, a nuevos libros sobre el tema que fueron obra de dos españoles comprometidos en sendas organizaciones católicas y no precisamente progresistas: Vicente Cacho Viu, vinculado al Opus Dei, y María Dolores Gómez Molleda, afiliada a las Teresianas del Padre Poveda. Y ambos, como Jobit, se sintieron ganados de algún modo por el atractivo objeto de su estudio. y sus trabajos vieron la luz casi a la par que otro estudio francés, el de Yvonne Turin sobre *L'éducation et l'école en Espagne de 1874 à 1902* (1963, traducción española en 1967, con significativo prólogo de Pedro Laín Entralgo). Todos aquellos volúmenes reconstruían los perfiles nítidos de una ausencia: la del laicismo de un país que no había tenido guerras de religión (ya lo había lamentado Mariano José de Larra) en su edad moderna y que, al final del XIX, tampoco tuvo a Waldeck-Rousseau ni a Jules Ferry.

Aquel ánimo de vindicación de los modestos esfuerzos culturales hispanos y su implícito contraste con el vuelo que tales cosas alcanzan en la cultura europea ha inspirado el fondo de muchos otros trabajos. Buena parte de lo que sabemos sobre las letras del XIX se debe mucho a estudiosos franceses: aunque los trabajos sobre la polémica gaditana del romanticismo de Guillermo Camero hayan arrumbado los muy veteranos de Camille Pitollot, para conocer a Martínez de la Rosa sigue siendo imprescindible la monografía de Jean Sarrailh (1930); para Bretón de los Herreros, la de Georges Le Gentil (1909); para el Duque de Rivas, la tesis de Estado de Gabriel Boussagol (1926); para Bécquer, las investigaciones de Robert Pageard (iniciadas en los años cincuenta)... Pero no deja de ser significativo al respecto que la importancia pro-

porcional de los trabajos franceses sea mucho mayor en lo que toca al siglo XVIII, umbral de la contemporaneidad, que prácticamente ha sido una provincia más de la erudición gala. Ya nadie sustenta la hipótesis central del libro de Jean Sarrailh, *L'Espagne éclairée à la seconde moitié du XVIIIème siècle* (1954), cuya traducción de 1957 fue uno de aquellos libros que todos los estudiosos españoles nunca agradeceremos bastante a las beneméritas prensas del mexicano Fondo de Cultura Económica. Hoy sabemos que las tensiones de 1780-1808 eran menos simples y el dibujo de la Ilustración más complejo. Y lo sabemos en gran medida gracias a los renovadores trabajos que en los decenios sesenta y setenta, presentaron Georges Demerson (sobre Meléndez Valdés, 1962), Albert Dérozier (sobre Manuel José Quintana, 1968, que clarificó su papel en el nacimiento del liberalismo), René Andioc (sobre Leandro Fernández de Moratín, 1970, donde se reconstruyó la intimidad del primer profesional moderno y el significado e impacto de su reforma teatral), Paul Guinard (sobre la prensa de 1737 a 1791, en 1971), Lucienne Domergue (sobre Jovellanos en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, 1971), François López (sobre Juan Pablo Forner, 1976, donde se veía lo que de progresista e ilustrado tuvo este apologista y envidioso feroz), Guy Mercadier (sobre Torres Villarroel, 1978, en cuyo título tan significativo *-Masques et Miroirs-* se anunciaba una reflexión sobre el ejercicio de la autobiografía pero también sobre el estatus *-tan discutido-* del autor, a medias entre preburgués, libertino, epígono quevedesco, semiilustrado, pícaro...)... y no ha cesado esa línea de indagación a la que ahora se unen Françoise Etievre (con sus importantes aportaciones sobre Antonio de Capmany) y Mireille Coulon (con una tesis definitiva sobre Ramón de la Cruz).

Se advertirá que casi todos los anteriores han rendido todavía tributo a la venerable tradición de las «vidas y obras», fruto nada huero del positivismo académico. Porque en él han podido anidar preocupaciones sobre la teoría literaria (como fue el caso señalado de Mercadier) o reflexiones propias de historia cultural o incluso de *nouvelle histoire*. La abierta concepción de la formación del hispanista francés y la propia dinámica de la tesis de Estado llevan aparejada la interdisciplinariedad. Si Andioc ha atisbado la intimidad de Moratín o sus relaciones con Goya, también ha revelado el significado político de la *Raquel* de Garda de la Huerta en relación con el Motín de Esquilache o la trama de intereses que había detrás de la reforma de los teatros de Madrid a principios del XIX. Y François López lo mismo ha propuesto una sugerente

divisoria interna del XVIII como ha trabajado –y sigue haciendo trabajar– en la difusión de la letra impresa en la España moderna. Pero eso también ha seguido en lo que concierne al siglo XIX: *José de Espronceda et son temps* (1974), de Robert Marrast, es, desde entonces, el libro capital sobre el autor, pero además vino a afirmar el sentido popular y progresista de un romanticismo que un católico británico, Edgar Allison Peers, y un antiguo diplomático nazi, Hans Iuretschke, habían preferido asociar a una vaga constante «nacional» o decantado del lado de un eclecticismo tan político como ideológico.

Pero muchas de estas obras, por más que revistan la forma convencional de las grandes tesis, pertenecen por su intención y su contexto a los horizontes de una renovación de la historiografía literaria española que cuajó en tomo a 1970. En 1968 había muerto Ramón Menéndez Pidal, quien representaba la victoria del idealismo interpretativo sobre el batallón positivismo, pero también la continuidad de una interpretación nacionalista-liberal de la historia de España, elaborada con anterioridad a 1936 (en su etapa feliz del Centro de Estudios Históricos) y rehecha y reorientada tras 1939. Pero en 1968 en bastantes aulas convulsas muchos se preguntaban para qué servían los profesores, cuál era la relación entre la investigación y la docencia, o qué significado tenía la enseñanza de un «aparato ideológico de Estado» como, al cabo, era la literatura o la historia. Y se apuntaban horizontes epistemológicos muy distintos: del lado de la óptica estructuralista (lean Paul Sartre *dixit* que aquélla era la última coartada del pensamiento burgués), se abominaba de la historia literaria lineal y convencional; del lado del marxismo, se apuntaba también a una renovación metodológica que coincidía con la anterior en su aversión a la historiografía convencional, progresista o no. Seguramente también se producía paralelamente una renovación biológica de los escalafones, tanto en Francia como –más acentuadamente– en España.

Algunos hechos lo certifican. En 1970 comenzaron las reuniones primaverales de Pau en torno a Manuel Tuñón de Lara, que siempre tuvieron una pequeña pero significativa presencia literaria. En mayo de 1972 la Casa de Velázquez convocó una reunión que todos llamaron de «sociología literaria» (era un marbete de moda) pero que se denominó, en rigor, *Creación literaria y público en la literatura española*. La conferencia inaugural fue de Noël Salomon, cercana todavía la repercusión de sus monumentales *Recherches sur le thème paysan au temps de Lope de Vega*, y participaron, junto con René Andioc y Maxime Chevalier,

tres jovencísimos doctorandos: Jean Sentaurens, que trabajaba sobre la organización teatral sevillana del siglo de Oro, Jean François Botrel que habló de la «entrega» como estructura de producción literaria en el XIX, Y Serge Salaün, que lo hizo sobre la poesía de propaganda en el bando republicano de la Guerra Civil. Por España estuvimos Rafael Pérez de la Dehesa (cuya tesis sobre *Política y sociedad en el primer Unamuno 1894-1904*, publicada por Ciencia Nueva en 1966, nos había conmovido a todos), Andrés Amorós (que en *Sociología de una novela rosa*, 1967, se había atrevido a hablar de Corín Tellado) y quien firma estas líneas, que tenía muy reciente su *Falange y literatura* de 1971.

Nadie sabía muy bien qué cosa era la «sociología de la literatura» pero sí se advertía que aquellos y otros estudiosos creían en una historia literaria que, en primer lugar, lo fuera: decididamente «histórica». Y que abordara territorios y dimensiones que usualmente habían quedado fuera de los estudios al uso. Con tanto candor como convicción lo defendía yo mismo en el prólogo que puse a mi *Literatura y pequeña burguesía en España. Notas 1890-1950*, conjunto de estudios que vio la luz en 1972. Sin tanto énfasis y mayor sabiduría hicieron lo propio estudiosos como Cecilio Alonso, Juan Ignacio Ferreras, Iris M. Zavala y Leonardo Romero Tobar en lo que concernía al siglo XIX (*Literatura y poder*, de Alonso, es de 1971; el inicio de la serie de Ferreras sobre la novela del XIX es de 1973 y el libro de Romero sobre novela popular, de 1976); Carlos Blanco Aguinaga, que publicaba en 1970 *Juventud del 98*; Juan Carlos Rodríguez y su grupo althusseriano de Granada (la *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas* apareció en 1974); Juan Oleza, cuyo libro sobre *La novela del siglo XIX. Del parto a la crisis de la ideología* es de 1976... ¿Un cambio de paradigma? No sé si tanto como para usar del concepto que Thomas Kuhn aplica a la historia de las ciencias, pero piénsese también en lo que, en estas mismas fechas, sucede en torno a las nociones tradicionales sobre la novela picaresca o la sustancial renovación de temas y planteamientos en el terreno de la literatura medieval (los historiadores recordarán, sin duda, que aquéllos eran los momentos de las primeras tesis sobre política electoral, sobre movimientos obreros o sobre la formación de partidos políticos: muy a menudo los historiadores de la literatura y los contemporaneístas coincidíamos en las mesas de la Hemeroteca Municipal de Madrid). Por lo que toca a los campos de trabajo más recientes en el tiempo, se advierte una tendencia que

era ampliamente favorable a la formación tradicional entre los hispanistas franceses: lo interdisciplinario parecía una exigencia de la nueva historia. Y, de otro lado, prevalecían las interpretaciones dialécticas, no menos familiares a una promoción que se había formado en las vísperas de 1968. Cuando en 1984 Botrel prologaba el texto de su tesis *Pour une histoire littéraire de l'Espagne (1868-1914)* apelaba a una idea de Gramsci en los *Quarderni di carcere*: no hay partenogénesis de la literatura, tal como lo habíamos entendido quienes comenzamos a estudiarla hacia 1970. Para que existiera literatura era precisa la intervención del «elemento macho», de la historia. Y a su propósito, Botrel hablaba del *historien historique* y reivindicaba para la historia literaria «un statut comparable a celui qui connaissent l'histoire sociale, l'histoire économique, l'histoire des idées o des mentalités».

Lógicamente, esas actitudes de principio han beneficiado los campos de la contemporaneidad donde más llamativa es la convivencia de las lmsiones de la historia y la creatividad artística. La novela y el pensamiento del siglo XIX es uno de esos ámbitos privilegiados y sobre ambos versan los trascendentales trabajos de Yvan Lissorgues sobre el pensamiento elariniano (su estudio y antología de *Clarín político* es de 1980-1981; su monografía *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas*, de 1983); los de Simone Saillard de nuevo sobre Clarín y sobre la recepción del naturalismo en España; los de Albert Besoussan sobre la obra crítica del catalán Iosep Yxart, quizá la más certera **-un** paso atrás de la de Clarín, por supuesto- de los años ochenta y noventa; las fértiles indagaciones de Iean François Botrel sobre la crematística de Valera, la repercusión y difusión de Galdós, los recovecos de Clarín y el mundo de la edición española de la segunda mitad del XIX se jalonan desde 1970 hasta su imprescindible síntesis *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX* que es de 1994. Pero hay más: a ese mismo impulso corresponden la tesis de Jacques Beyrie sobre Galdós, la de Nelly Clémessy sobre Emilia Pardo Bazán, la de Iean Le Bouill sobre Pereda y los importantes trabajos de Solange Hibbs-Lissorgues sobre prensa y literatura católica.

La escritura del fin de siglo fue otro terreno que llamó la atención en Francia como en el resto del ámbito hispanístico y de la propia España. La cosecha recoge las tesis de formato más convencional de Louis Urrutia (Pío Baroja) y Bemard Sesé (Antonio Machado), pero también otros trabajos que se adentran en lo que entonces era motivo de ardorosa discusión: la polémica de los términos «noventay ocho»

y «mü<lernismo», la interpretación unitaria o dicotómica de Valle-Inclán, la valoración del pensamiento de Unamuno... Sobre Valle-Inclán escribieron Eliane Lavaud-Fage y Jean Marie Lavaud: la primera sobre las narraciones iniciales del autor y su paso del cuento a la novela corta y la novela; el segundo, sobre su teatro en prosa. Y aunque Unamuno cuenta con pocos estudiosos, Jean Claude Rabaté acaba de publicar un excelente estudio sobre *1900 en Salamanca* (1997), ojalá que pórtico de lo que muchos reelamamos hace tiempo: una pormenorizada biografía de Unamuno que supere la notable y bienintencionada de Emilio Salcedo, publicada cuando el centenario de 1964.

Pero la aportación más fecunda son las que podríamos llamar «investigaciones transversales» más que interdisciplinarias. No abundan mucho en España porque los tribunales de tesis suelen torcer el gesto ante los campos poco delimitados y poco propicios a unas conclusiones tajantes. Entre nuestros vecinos, la nueva legislación que autoriza las *theses sur travaux* ha facilitado las cosas, a la vez que la que rige la formación de grupos de investigación ha hecho proliferar las siglas entre pedantes y divertidas, pero tras las que suele haber serios y continuados empeños. Así, el equipo de París VIII (Vincennes) ha trabajado sobre formas de literatura popular y ha rozado, en más de una ocasión, el territorio de una antropología social de lo literario: lo primero está presente en su miscelánea sobre *El Cuento Semanal* (la primera colección española de novelas cortas, nacida en 1907) y lo segundo apunta en sus trabajos sobre Fermín Salvochea, el narrador socialista (y amigo de Unamuno) Timoteo Orbe y ahora la expresión artística de la violencia en la novela *Doña Mesalina* (1910), de José López Pinillos. El grupo coordinado por Jean-Louis Guereña trabaja sobre educación popular, sobre instituciones educativas y sobre prostitución, cristalizaciones de prestaciones sociales y conformación de mentalidades. Jean Michel Desvois y Jean François Botre! siguen impulsando trabajos sobre la historia de la prensa, una disciplina que -como arriba se ha indicado- cambió el rumbo de nuestros estudios: nos obligó a considerar la recepción y repercusión de la letra, nos curó del fetichismo de los títulos de libros, nos ayudó a relativizar las grandes figuras de escritores y nos enseñó el valor axial de la cronología precisa. En el terreno de las artes gráficas, Eliseu Trenc vio publicado su innovador trabajo en 1977 sobre el modernismo catalán y sigue en esa brecha.

La significación política del intelectual ha sido otro aspecto clave. Paul Aubert abordó el sugestivo mundo de la aliadofilia en la España

de 1914-1918 Y es, sin duda, quien más decididamente trabaja en lo que podrían ser capítulos de esa tentadora «historia política de la literatura española»: tal sucede en sus certeros estudios de Antonio Machado y Manuel Azaña. Jaegues Maurice empezó trabajando en historia agraria, luego se interesó por el anarquismo, pero sus últimos trabajos parecen orientados a este mismo ámbito. Ya con Carlos Serrano presentó un meritorio esbozo, *Joaquín Costa. Crisis de la Restauración y populismo* (1977), cuyo título tan expresivo denota los términos de una hipótesis de trabajo muy sugerente. Apareció en la colección «Estudios de Historia Contemporánea» de la editorial Siglo XXI, donde abundaron, por cierto, los nombres franceses. La serie, inspirada y dirigida por Manuel Tuñón de Lara, venía de los coloquios de Pau y allí escribieron Jean René Aymes, Jean Bécarrud, Pierre Conard-Malerbe, Jean Michel Desvois, Vincent Garmendia... En su mareo publicó Carlos Serrano su *Final del imperio. España 1895-1898* (1984), anticipo de su gran libro *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne* (1987). Se trata, en fin, de una renovadora visión de la coyuntura: la primera parte estudia los movimientos sociales «espontáneos» y sus variedades regionales; la segunda, la respuesta de los movimientos obreros organizados ante la crisis; la tercera parte, las tentativas de renovación (los idearios regionalistas, la huella de Blasco Ibáñez y su populismo, el nacimiento de los intelectuales como categoría sociopolítica). Serge Salaün, a quien conocimos trabajando en la poesía de Guerra Civil, lo hace ahora sobre formas populares e ínfimas de cultura, como muestra su conocido libro sobre *El cuplé (1900-1936)* (1990). Con Carlos Serrano, y en 1988, publicó *1900 en Espagne. Essai d'histoire culturelle*, libro de conjunto surgido -como dice su solapa- de las reuniones de un equipo empeñado en un «trabajo colectivo de historia cultural de los siglos XIX y XX» que pretende seguir abordando otras etapas de ese proceso. El índice es revelador de la pretensión y también del reparto territorial de los dominios científicos: el repliegue de la vida política es abordado por Jacques Maurice; las condiciones materiales y legales de la producción cultural, por Jean François Botrel y Jean Michel Desvois; las instituciones y la educación, por Jean Louis Guereña; la presencia de los «intelectuales», por Carlos Serrano; la cultura urbana, por Brigue Magnien y Marisa Villapadierna; los espectáculos, por Serge Salaün y Claire Nicole Robin (que tanto sabe de Joaquín Dicenta); la crisis del realismo como modelo narrativo, por Yvan Lissorgues y Serge Salaün, y la hipótesis final, «1900 o la difícil modernidad», por Carlos Serrano.

Esa troquelación feliz de «la difícil modernidad» parece ser un diagnóstico sagaz pero también el rasgo español más atractivo para quienes lo analizan desde Francia. Por eso sorprende (y no sorprende) que haya menos densidad de dedicación en lo que concierne a las etapas posteriores a 1910: es decir, al momento en que cuaja el regeneracionismo modernizador de Maura o Canalejas, el nacionalismo estético organizado del Centro de Estudios Históricos y ese horizonte artístico tan definido que, a falta de rótulo mejor, hemos bautizado como *novecentismo*, traduciendo del catalán como éste hizo del italiano. La tesis de Bernard Barrere sobre Ramón Cómez de la Serna no ha tenido, por desdicha, la difusión de otras, como fue el caso de la dedicada a Juan Ramón Jiménez por Gilbert Azam, pero posiblemente el fenómeno intelectual de 1910-1920 ha de ser abordado transversalmente como se ha hecho en el caso de 1900 para conseguir que nos entregue un perfil más coherente. Y eso se echa de menos, como sucede en el caso de 1927 y sus aledaños, que son continuidad de aquel impulso hasta que se produce la quiebra de confianza y objetivos en torno a 1928-1934. Ha seguido, empero, la tradición de las tesis sobre los grandes poetas en los renovadores estudios lorquianos de Eutimio Martín, en la monografía de Marie Chevalier sobre Miguel Hernández, en la de Jacques Issorel sobre Fernando Villalón o en la tesis de Claude Le Bigot sobre aspectos retóricos de la poesía comprometida de los años treinta.

¿y lo más actual? ¿Hay también acaso una percepción de las carencias de la «difícil contemporaneidad» cuyos parámetros son el desfase entre desarrollo económico y desarrollo político, la escasa secularización, el ascendiente pretoriano del ejército, la subsistencia de la España tradicional junto a la España modernizada, la debilidad de las soldaduras de la conciencia nacional colectiva? Aunque la transición por antonomasia designa al proceso que siguió a 1975, la historia del franquismo ha sido, en rigor, un proceso de transiciones sucesivas, entendidas como deslizamientos (poco dolorosos pero generadores de insatisfacciones morales) entre dos situaciones *de Jacto*. ¿No fue, en este sentido, una transición la que convirtió la autarquía -económica pero también ideológica y hasta cultural- en el autoritarismo tecnocrático? ¿y no fue otra transición -que enlaza con la de 1975- el largo desgaste del franquismo y sus pugnas internas después de 1970? Son ya bastantes los estudiosos franceses que han abordado con pasión y buen sentido los vericuetos de estos años recientes. A menudo, en llamativa coin-

es, de entre todos los periódicos nacionales, el más ligado a sus orígenes históricos (*El Sol*, por supuesto), el más conscientemente laicista y el más vinculado a una moral heredera, en última instancia, del liberalismo nacionalista y radical. Pero, ¿reprocharemos a nuestros colegas que elijan bien los temas de sus trabajos? Lo cierto es que hoy, afortunadamente para todos, las sagaces prevenciones de Murillo Ferrol que se evocaban más arriba quieren decir ya muy poco: la reconstrucción de nuestra historia es ya obra de todos.

Los primos desconocidos: la historia de la España contemporánea en los manuales escolares italianos de la posguerra

Gabriele Ranzato

Si bien italianos y españoles afirman muy a menudo ser muy parecidos y tener vínculos de gran afinidad, hasta el punto de reconocerse como primos, si no como hermanos, en realidad se conocen muy poco. Se conocen superficialmente, a pesar de las mutuas visitas turísticas cada vez más frecuentes. Se conocen a través del filtro de muchos tópicos, enmarcados todos en el tópico global de la «mediterraneidad».

Eso no significa que entre ellos haya básicamente desinterés o antipatía. Al contrario. En cierta medida se puede decir que ese forzado «hermanamiento» deriva de un deseo de minimizar las diferencias. Si muchos italianos creen -como recientemente subrayaba la publicidad de un curso de lengua española- que para hablar en español basta *grosso modo* añadir una «ese» a las palabras italianas, eso es también la señal de un deseo de fácil comunicación, sustentado en interés y simpatía para con el interlocutor.

Sin embargo, interés y simpatía no generan verdaderas ocasiones de conocerse, sino que a menudo semejanzas equívocas y lazos fenomenológicos distorsionantes, como los «falsos amigos» idiomáticos. Por ejemplo, una de las equivocaciones más frecuentes de los italianos sobre los españoles es la «meridionalidad» de estos últimos, su asimilación en bloque a las gentes del *Mezzogiorno*, sugerida por un rasgo común de vivacidad y por una genérica noción de la multisecular dominación española sobre la Italia meridional. Pero aun prescindiendo del hecho de que ni vivacidad, ni alegría, etc., son generalizables, ni a toda España, ni a todo el *Mezzogiorno* -al cual, a su vez, se le atribuye arbitrariamente una general «napolitánidad»-, los caracteres comunes

a los dos países -**que** indudablemente los **hay**- son en realidad superados por grandes diferencias. Como suele constatar con sorpresa el turista italiano que, más allá de las semejanzas culturales y antropológicas que encuentra en el folklore, en las formas de la religiosidad, etc., en España halla también, por ejemplo, una difusión del civismo y un funcionamiento de los servicios públicos que generalmente no puede encontrar en el mediodía de Italia.

La misma historia común puede ser una «falsa amiga». Y en la trampa de la historia pueden a veces caer no sólo los menos expertos, sino también los historiadores profesionales. Así, por ejemplo, hace algunos años en Italia, en un libro en que se intentaban enfocar las características esenciales de la mafia, con particular atención a sus caracteres originarios, uno de los mejores historiadores italianos de la edad contemporánea, Nicola Tranfaglia, señalando acertadamente como uno de los rasgos comunes en la historia de los dos países la esencia mayoritariamente clientelista de la relación entre administración pública y sociedad civil e indicando su origen en las formas de dominación de la moderna monarquía española, le atribuía, definiéndolo como «modelo español», un peso determinante en el origen de fenómeno mafioso ¹. Y sin embargo -enjaulado por una semejanza en realidad no decisiva-, Tranfaglia no tenía en cuenta no sólo que el «modelo español» no había llegado a engendrar el monstruo mafioso en ninguna otra región de la Italia española, aparte de Sicilia, sino tampoco el hecho evidente de que dicho «modelo» en España nunca ha producido nada comparable a la mafia siciliana, ni en su versión arcaica, ni en su versión moderna ².

En realidad, la clave del insuficiente conocimiento en Italia de los demás países, y no sólo, obviamente, de España, estriba principalmente en el insuficiente conocimiento de su historia. Porque la historia de todo país no es sólo elemento básico de su identidad nacional, de su imagen de cara a sí mismo, de su autoimagen, sino que es también seña de identidad de cara al exterior. No porque un país sea sólo su historia, sino porque sólo su historia revela y llena de sentido muchas de sus peculiaridades. Y aunque las peculiaridades, los perfiles esenciales de un país, sean el fruto tanto de su historia remota como de la reciente, es necesario por lo menos conocer esta última, conocer

¹ N. **TRANFAGLIA**, *La mafia come metodo*, Bari-Roma, Laterza, 1991.

² Sobre el libro de **TRANFAGLIA** véase la reseña crítica de P. **BEVILACQUA**, «La mafia e la Spagna», *Meridj:ana*, núm. 13, 1992.

su historia contemporánea para tener de ese país y de su pueblo una noción algo más que somera.

Ahora bien, la ocasión más institucionalizada de conocer la historia es la que ofrecen la escuela, el sistema de enseñanza y, dentro de éste, los instrumentos didácticos, los libros de texto, que evidentemente no pueden sustituir los encuentros directos entre los pueblos, pero que sí deben proporcionar los elementos básicos, las coordenadas entre las que situar y elaborar las experiencias de los encuentros recíprocos. Bajo esta perspectiva los textos italianos para las escuelas, sobre todo en comparación con aquellos de los principales países europeos, presentan una apertura a la historia internacional, sobre todo contemporánea, bastante satisfactoria. En cierta medida esto refleja también un rasgo de cosmopolitismo, que es sin duda un carácter positivo italiano y que resulta así, sobre todo, en el momento en que se está abriendo con perspectivas de mayor efectividad el camino que lleve a los Estados Unidos de Europa. Si bien a ese mismo rasgo de cosmopolitismo se le puede achacar la débil conciencia como nación, el débil orgullo de sí mismos que muchos italianos atribuyen a sus compatriotas.

En cualquier caso es importante subrayar que en los manuales escolares italianos se reserva un gran espacio a la historia contemporánea de las «grandes naciones» -Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Estados Unidos-, mientras que es mucho menor el dedicado a la historia de los demás países; también de aquellos que, si no por otras razones, por su proximidad y afinidad cultural, sería necesario conocer mejor. Es éste el caso de la historia contemporánea de España, víctima de su decadencia, paralela y opuesta al *risorgimento* italiano, y, por lo tanto, víctima también de cierto sentimiento italiano de superioridad que se presenta también como venganza póstuma por haber estado los italianos dominados por los españoles durante muchos siglos.

Pero lo peor es que lo que aparece de la historia de la España contemporánea en los manuales escolares italianos no sólo es escaso, episódico y frecuentemente insuficiente para delinear con un mínimo de continuidad un perfil, aunque sea resumidísimo, de la historia del país, sino que a menudo es también muy indefinido, impreciso y deformado. Y la causa de estos defectos estriba en parte en la misma forma manualística -verdadera «camisa de Nexos» de la historia- que obliga a síntesis y compresiones de los hechos a menudo irrealizables, cuando no a indefiniciones y deformaciones de esos mismos hechos. Pero, por otro lado, esos resultados tan pobres son también el producto de cono-

cimientos limitados de los autores, que ellos intentan remediar a menudo sin el auxilio de la historiografía, prefiriendo orientarse por esquematismos interpretativos y fórmulas *passerparlout* que prescinden casi por entero de las particularidades de cada país; fórmulas útiles tanto para la historia de España como para la de Italia y de cualquier otro país.

El análisis que sigue, que tiene como objeto los manuales escolares de más amplia difusión destinados a la instrucción superior –es decir, liceos y universidad–, mostrará con mucha evidencia la existencia de esos límites, que aparecerán tanto más graves cuanto más se repare en el hecho de que se trata de instrumentos didácticos dedicados a la formación de la clase dirigente o, en todo caso, a estratos de la población que, aunque se hayan ampliado, constituyen las élites culturales del país, aquellas capas sociales que ya ahora, pero todavía más en el futuro, tendrán las mayores oportunidades, las mejores ocasiones de encontrarse con las capas sociales homólogas de los otros países europeos.

Ahora bien, entre los datos notables que el análisis pone en evidencia destaca, en primer lugar, el hecho de que generalmente los manuales de las primeras décadas de la posguerra dedican a España –siempre en un marco de gran parsimonia de noticias– mayor espacio del que le dedican los manuales del período sucesivo, que en su mayoría tratan casi exclusivamente los hechos de la Guerra Civil 1936-1939 con alguna información sobre sus antecedentes. Lo cual parece un poco paradójico si se tiene en cuenta que la progresiva integración europea justificaría más bien el fenómeno contrario. Pero esto se explica por el hecho de que los programas de historia contemporánea se van ampliando cada vez más con el transcurso del tiempo, precisando la supresión de las nociones que se juzgan menos esenciales, ya que de lo contrario no encontrarían una buena acogida no sólo entre los alumnos, sino tampoco entre los profesores. No es de extrañar que el único manual reciente que constituye una excepción a lo antedicho, ya que trata detenidamente tanto la historia de España como la de los demás países, el de R. Finzi y M. Bartolotti (*Corso di Storia*, Zanichelli, 1990)³, haya tenido una difusión relativamente menor que otros, probablemente por sobreabundante.

³ Todo manual al que se hace referencia en el presente artículo es por lo general el volumen dedicado a la historia contemporánea de una obra de conjunto destinada a la instrucción superior que incluye también los tomos dedicados a la Edad Media y a la Edad Moderna. Normalmente estas obras han tenido un gran número de ediciones.

Tampoco se puede decir que los manuales de la primera época sean completos al presentar la historia de España; más bien podría decirse que son algo episódicos. Los temas que aparecen en ellos con cierta constancia son: la Guerra de la Independencia, la vuelta de Fernando VII, el trienio constitucional, la primera guerra carlista, el sexenio revolucionario, la Restauración -aunque nunca se la llame así para no engendrar confusiones con la anterior Restauración europea-, la crisis del 98, la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, la República y la Guerra Civil, con alguna breve alusión al régimen franquista. Pero sólo en dos manuales aparecen todos. Y el mejor, por lo menos en el aspecto de la abundancia de noticias, es, sin duda, el de A. Camera y R. Fabietti (*L'età contemporanea*, Zanichelli, Bologna, 1967), en el cual es posible delinear un perfil de la historia de la España contemporánea bastante completo, aunque extrañamente termine con la Guerra Civil de 1936 y proponga a veces claves interpretativas demasiado simplificadas. Así, por ejemplo, la época de la Restauración está resumida en un conflicto entre los vanos esfuerzos de un probo soberano -Alfonso XII- y un pueblo reacto a toda modernización que expresa sus resistencias a través de los excesos del carlismo y del anarquismo. De manera que en él se puede leer lo siguiente: «El nuevo rey hizo cuanto podía para dar a la vida política del país un aspecto liberal y logró también aplastar la subversión carlista que duraba desde hacía muchos años. Pero sus esfuerzos no consiguieron los éxitos esperados, porque las masas, incultas y atrasadas, se mantuvieron bajo el yugo de la nobleza terrateniente y del clero, mientras que los anarquistas, muy fuertes en España, manifestaban su aversión a la corona y los métodos de gobierno con frecuentes atentados terroristas» (pp. 1020-21).

El otro libro escolar que mayor espacio dedica a la historia de la España contemporánea es el de A. Saitta (*Il cammino umano*, La Nuova Italia, Firenze, 1954), que ha tenido muchas ediciones y aún hoy se sigue publicando, habiendo sido durante casi tres décadas uno de los manuales más utilizados en la escuela italiana. Es un libro que en el aspecto de atención a la historia europea y extra-europea tiene un enfoque muy apreciable. Pero el hecho singular es que este manual (que en su época fue una bandera de la izquierda en los cursos

Aquí indicamos la fecha de la edición del libro que hemos examinado y que es, por lo general, una de las primeras.

de historia, por el planteamiento daramente marxista de su autor) propone como línea de continuidad en la historia de España el protagonismo de sus reyes, con efectos inevitablemente deformantes.

Así, por ejemplo, por lo que se refiere al período de la Restauración en este manual se puede leer que «el nuevo rey (Alfonso XII) intentó normalizar la vida política española con la concesión de una nueva Constitución y con la alternancia en el poder de liberales y conservadores; pero no obtuvo resultados apreciables y, a su muerte, la regencia de la viuda María Cristina de Habsburgo (...), si bien logró salvar la institución monárquica, no preservó a España de graves calamidades internas y externas» (p. 340). A continuación se dice que «Alfonso XIII prefirió perpetuar el tradicional predominio del dero y de la casta militar, hizo fusilar demócratas y socialistas y -tras haber tenido que soportar un breve período de gobierno liberal- agitó la cuestión marroquí como diversión ante las dificultades de la política interior» (p. 390).

En esta cita del libro de Saitta se pone en evidencia un rasgo recurrente, casi constante en todos los manuales: la deformación, a veces hasta límites ridículos, por necesidad de simplificación y síntesis. Así Alfonso XIII es él mismo el responsable directo del fusilamiento de demócratas y socialistas para que el autor no tenga que pasar por Maura y la «Semana Trágica»; luego, «tras haber tenido que soportar» una fase de gobierno liberal no fácilmente identificable, el rey en persona se convierte en agitador de la cuestión marroquí para que el autor no tenga que explicar la crisis del sistema de la Restauración y el complicado asunto del desastre de Annual.

Otro ejemplo por el estilo lo encontramos en el manual de G. Quazza (*Corso di Storia*, Petrini, Torino, 1973), donde, a propósito de la Guerra Carlista, se lee lo siguiente: «En España, la viuda de Fernando VII, María Cristina, regente en nombre de la menor Isabel II, se bate en una durísima Guerra Civil en contra de su cuñado Carlos, poniéndose a la cabeza de los grupos liberales moderados en contra de la aristocracia latifundista, el alto dero y los municipalistas catalanes, vascos y navarros, partidarios del despotismo carlista» (p. 54). Aquí la tiranía de la síntesis propone a la fantasía de los jóvenes alumnos italianos una Regente-Juana de Arco que sobre su caballo blanco, con su sable desenvainado, conduce a su pueblo al ataque de la aristocracia latifundista, y también en contra de los municipalistas catalanes, vascos y navarros. Y creo que en este punto el desconcierto más que de los estudiantes debe de ser de sus profesores, que tendrían que explicarles

quiénes son esos «municipalistas» y en pocos casos estarían en condiciones de reconocer en este término una alusión, quizás, a la cuestión de los fueros.

Otra frecuente deformación de los hechos históricos que se puede detectar en estos libros es su comprensión del tiempo. Un ejemplo significativo de esta práctica de contracción lo encontramos en la manera en que se explican los acontecimientos de la Segunda República antes de la Guerra Civil en el manual de R. Villari (*Storia contemporanea*, Laterza, Roma-Bari, 1970), en que el autor escribe: «En 1931 [después de haberse proclamado la República] todas las fuerzas de izquierda (comunistas, socialistas, republicanos y anarquistas) se habían empeñado en una acción de profunda renovación de las arcaicas estructuras económicas y sociales del país. Sobre todo en la agricultura, propugnaban una reforma que emancipase a las masas campesinas de la condición de secular miseria en que se encontraban. Pero por lo menos hasta las elecciones políticas de 1936 los radicales, los agrarios, los monárquicos, acaudillados por el conservador católico Gil Robles, se opusieron a cualquier reforma a pesar de las huelgas y las manifestaciones de protesta de los campesinos, de los mineros asturianos y de los obreros catalanes, que casi siempre fueron reprimidas por el ejército con violencia» (p. 504).

En este fragmento se puede ver cómo la exigencia de comprimir en pocas líneas todos los acontecimientos de la Segunda República sugiere al autor: 1) anticipar a 1931 no sólo la alianza del Frente Popular, sino su versión ampliada a los anarquistas, que es posterior al estallido de la Guerra Civil; 2) presentar una coalición conservadora capitaneada por Gil Robles que se opone a las reformas «por lo menos hasta las elecciones políticas de 1936» —y no se entiende ni el «por lo menos», ni la fecha límite de 1936— y [que se opone a las reformas] a pesar de esas huelgas de mineros asturianos y obreros catalanes con las que es presumible que el autor quiera eufemísticamente resumir todos los trágicos acontecimientos de la revolución de octubre de 1934.

Análogo ejemplo de estilo «contractivo» podemos encontrarlo en una obra más reciente, la de P. Ortoleva y M. Revelli (*Storia dell'età contemporanea*, Edizioni scolastiche Bruno Mondadori, Milano, 1993), que es sin duda el manual escolar que mayor espacio dedica a la guerra de España. En este libro se lee: «Las gravísimas consecuencias de la crisis del 29 sobre la frágil economía española erosionaron las bases del consenso en que se apoyaba [la dictadura] y llevaron rápi-

damente a la caída de Primo de Rivera en enero de 1930. Le reemplazó al frente del Gobierno el republicano Manuel Azaña (...). En 1931 cayó también la monarquía» (p. 587). Aquí, a la deformación de la realidad histórica contribuye no sólo el ansia de síntesis que acelera los efectos de la crisis del 29 -hubiesen tenido que ser fulminantes para haber llegado en España en enero de 1930-, sino también el planteamiento economicista que caracteriza a todo el libro. Se habrá notado, por otro lado, la superficial transferencia al área española primorriverista del tema del consenso en el régimen de Mussolini, y también el alto grado de imprecisión en que incurren los autores al hacer nacer el gobierno Azaña antes de la caída de la Monarquía.

En algunos manuales la contracción de los hechos deviene anticipación. Así, por ejemplo, en la obra de C. Capra, G. Chittolini y F. Della Peruta (*Corso di storia*, Le Monnier, Firenze, 1992), la problemática de los nacionalismos periféricos está situada ya en la primera Guerra Carlista, cuando todavía estaba lejos de haber llegado a su madurez. En ella se puede, en efecto, leer que «el hermano de Fernando, don Carlos, dio comienzo a una rebelión en reivindicación de la corona, apoyado por la nobleza, por el clero y por las poblaciones rurales del País Vasco, de Navarra y de Cataluña, regiones en las que existía un fuerte empuje separatista» (p. 149). Igual ocurre en el libro de F. Traniello, G. Cracco y A. Prandi (*Corso di Storia*, SEI, Torino, 1992), en el que se anticipa a la preguerra la alianza de los autonomistas vascos con las fuerzas de izquierda, integrándolos en el Frente Popular. «Las izquierdas -se lee en él- realizaron el primer ensayo de Frente Popular, al que dieron su adhesión los republicanos moderados, los socialistas, los comunistas "oficiales", los comunistas troskistas y los católicos vascos autonomistas, apoyados por un clero abierto a los problemas sociales» (p. 409). Pero en este mismo libro se da, al contrario, el caso de una posposición -concretamente la del hundimiento de la dictadura de Primo de Rivera- allí donde se escribe, con igual deformación de los hechos, que los «republicanos y socialistas aliados ganaron las elecciones de 1931 y derribaron no sólo la dictadura de Primo de Rivera, sino también al mismo rey Alfonso XIII, que dejó España» (p. 409).

Aún más extremado es el ejemplo de anticipación que se puede hallar en el manual de G. Carocci (*Corso di Storia. L'età contemporanea*, Zanichelli, Bologna, 1985), donde los frentes políticos y los conflictos en su interior, que caracterizaron la Guerra Civil de 1936, se anteponen

al estallido de la misma. «Faltaba –se lee en este libro– un verdadero entendimiento entre las fuerzas de la izquierda y particularmente entre anarquistas y comunistas. Los anarquistas querían hacer la revolución social y política; en cambio los comunistas, vinculados a la URSS, eran mucho más prudentes. Entre las fuerzas sinceramente republicanas se hallaban la marina militar, parte del ejército, la burguesía liberal, y, sobre todo, los campesinos y los obreros. Pero también los reaccionarios eran muchos y poderosos: los *telTatenientes*, la Iglesia, gran parte del ejército y una organización de tipo fascista llamada Falange (...)» Podría creer uno que se está hablando del cuadro en que ya se está desarrollando la Guerra Civil. Pero no es así, ya que el texto prosigue así: «Un grupo de oficiales del ejército, entre los cuales llegó a descollar el general Francisco Franco, urdieron una conspiración, se rebelaron contra el Gobierno legítimo y partiendo de Marruecos en julio de 1936 dieron comienzo a una Guerra Civil» (p. 1298). Como se puede ver, teniendo como ingredientes unas noticias bastante acertadas, se hace una gran mezcla que produce singulares desfases temporales y una definición de los campos contrarios bastante heterogénea, en la que se suman y combinan distintas categorías de lo político, de lo social, profesional, etc.

La obligada concisión hace también que resalten con mayor evidencia las orientaciones políticas e ideológicas de los autores. Ya se habrá notado que R. Villari, militante comunista en la época en que escribió el manual, da una gran importancia a la presencia de los comunistas en el panorama de la izquierda desde el mismo comienzo de la República, cuando en realidad aquel partido no la tenía en absoluto. Este mismo autor se convierte en el mejor intérprete de una línea frentepopulista-comunista cuando hablando de las Brigadas Internacionales no dice que fueron una importante aportación a la defensa de la República por parte de la URSS, que las organizó a través de la Comintern, sino que enfatiza la presencia en ellas de voluntarios estadounidenses, sin mencionar, por ejemplo, los contingentes francés o polaco, mucho más importantes. Para asimilar arbitrariamente la guerra de España a la fase conclusiva de la Segunda Guerra Mundial se oculta el hecho evidente de que las alianzas no fueron en absoluto las mismas, y concluye diciendo que la República fue *delTotada* por la «insuficiencia de la ayuda militar prestada por Francia, Gran Bretaña y Unión Soviética» (p. 505). Con lo cual los hechos, muy diferentes, de que los dos primeros países fuesen unidos en la política de no-intervención, de que Gran Bretaña

no tuvo nunca la menor intención de prestar ninguna «ayuda militar» a la República y de que, al contrario, la Unión Soviética dio, durante mucho tiempo, una ayuda vital al bando republicano, se funden, esconden y confunden bajo el término «insuficiencia».

Igual sobrevaloración -aunque en sentido crítico- del papel de los comunistas en el período anterior a la Guerra Civil podemos encontrarla en el libro de Antonio Brancati (*Civiltà nei secoli*, La Nuova Italia, Firenze, 1989), donde el decidido desplazamiento del electorado hacia la derecha en las elecciones de 1933 se achaca al «reformismo gubernamental, al robustecimiento del partido comunista y a la presencia de un fuerte movimiento ácrata, difundido sobre todo en Cataluña», y seguidamente se dice que «1934 fue un año agitado por huelgas y disturbios, que estallaron en diversas partes de la Península, pero con mayor intensidad y decisión en la región minera de Asturias (5-17 de octubre), donde las fuerzas comunistas jugaron un papel de primera línea» (p. 515). Lo mismo hace, pero en un tono de claro aprecio, Pasquale Villani (*L'età contemporanea*, Il Mulino, Bologna, 1993) al hablar de las secuelas inmediatas de la victoria electoral del Frente Popular, cuando escribe: «Tanto las fuerzas de izquierda, de las que formaban parte importante los comunistas y los anarquistas, como las fuerzas de la derecha, tenían actitudes más radicales [que en Francia]» (p. 462). Luego, ya iniciada la guerra, según este autor, «el Gobierno republicano, sustentado por la energía de los comunistas, que se enfrentaron duramente con los anarquistas sobre todo en Barcelona» -y no se entiende por qué, puesto que nunca se explican sus divergencias políticas- «logró organizar, con el apoyo de las Brigadas Internacionales, una larga resistencia» (p. 464).

La valoración exagerada del papel de los comunistas -hasta atribuirles un protagonismo primordial- lleva a R. Finzi y M. Bartolotti a introducir en su manual el tema de la Guerra Civil 1936-1939 de una forma muy extraña, proponiendo además una singular jerarquía de los hechos notables. «En mayo -escriben- Azaña fue elegido presidente de la República en lugar de [Alcalá] Zamora. En septiembre el líder socialista de izquierda Francisco Largo Caballero formó un Gobierno en el que ingresaron también los comunistas. Por primera vez desde la revolución de octubre un partido comunista afiliado a la Komintern ingresaba en un Gobierno nacional de coalición, no revolucionario, junto con fuerzas no socialistas. Ello fue en gran medida consecuencia del hecho de que los comunistas españoles y la central

de Moscú reconocieron la dramática situación de emergencia en que la República se encontró después de la victoria del Frente [popular] y el contexto internacional del que los conflictos españoles entraron inevitablemente a formar parte. El 18 de julio de 1936 el general Franco, que había cesado en su cargo en el Ministerio de la Guerra después de la victoria electoral del Frente, se puso a la cabeza de una rebelión de las fuerza armadas y se adueñó de amplias regiones del norte y del sur del país» (p. 1.536).

Por otro lado, en el manual de G. de Rosa (*Storia contemporanea*, Minerva Italica, Bergamo, 1973), la militancia católica de su autor se traslucía en el particular énfasis con que están tratadas las vicisitudes de la Iglesia durante la Guerra Civil—que normalmente los otros manuales ni mencionan—o En cualquier caso, la perspectiva es la de un catolicismo democrático, así que en una página se cita también una bella frase de Dom Sturzo en que se condenan las matanzas de ambas partes y, sin embargo, se pone el acento sobre las «masacres perpetradas por los defensores de la fe que levantan las insignias de la religión» (p. 393). Pero quizás la atención dedicada a la Iglesia en el conjunto de las dos páginas dedicadas a la Guerra Civil española sea algo desproporcionada y en extremo minuciosa, puesto que, por ejemplo, se adara que «el movimiento falangista y el ejército de Franco tuvieron el apoyo de arzobispos, obispos y mucha parte del clero» (p. 392).

En algunos manuales, sobre todo de la segunda mitad de los setenta, un abstracto lenguaje político-sociológico sustituye a menudo a la descripción de los hechos, con el indudable resultado de hacerlos poco inteligibles a los estudiantes. Un ejemplo entre muchos es el que ofrece el manual de M. Legnani, R. Parenti y A. Vegezzi (*Tempo storico*, Zanichelli, Bologna, 1978), que para ilustrar los hechos que siguieron en la España republicana al fracaso del golpe militar escribe: «La iniciativa popular que se ha armado y ha frustrado el pronunciamiento reaccionario tiende a integrar y a veces a sustituir a los aparatos del Estado, al constituir centros de poder autónomos y organismos de democracia directa. La estrategia de un amplio frente de fuerzas democráticas y progresistas prevalece sobre la de la revolución libertaria, pero consigue sólo parcialmente la movilización de las masas obreras y campesinas» (p. 868).

Es más que dudoso que jóvenes estudiantes puedan comprender a través de este lenguaje el fenómeno de la revolución popular, de los sindicatos, de los comités y el ('ollsiguiente conflicto en el bando

republicano entre revolucionarios y defensores de la República democrática. Como igualmente dudoso es que lleguen a entenderlo a través de las palabras del mismo corte con que P. Ortoleva y M. Revelli intentan reflejarlo de la siguiente manera: «Una vez llegado al Gobierno el frente de las izquierdas manifestó plenamente las contradicciones entre sus componentes: anarquistas y comunistas disidentes (de raíz troskista), del POUM catalán, estaban decididos a continuar e intensificar las presiones desde abajo hacia la colectivización y la inmediata instauración del socialismo, mientras que republicanos y comunistas ponían en primer plano la defensa contra la amenaza derechista y combatían para poner bajo control la conflictividad social» (p. 594).

Otros manuales proponen claves de lectura de los hechos muy esquemáticas, estableciendo rígidas relaciones de dependencia entre las fuerzas sociales y las políticas, como si estas últimas fueran simples mandatarias de las primeras. Es éste el defecto del que adolece particularmente el manual de M. L. Salvadori (*Storia dell'eta contemporanea*, Loescher, Torino, 1990)⁴, uno de los que examinan más ampliamente los acontecimientos de la Segunda República y de la guerra, en el que, por ejemplo, se atribuye un peso determinante en el advenimiento de la República a la burguesía industrial, cuyos intereses económicos la habrían empujado hacia los partidos republicanos. Más en general, para este autor toda la experiencia reformadora de la República se desarrolló entre las pautas de los intereses burgueses, ya que el «Gobierno republicano-socialista, presidido por Manuel Azaña, estaba marcado por la voluntad de la burguesía de no sobrepasar determinados límites al realizar las reformas» (p. 824).

Otro rasgo común a la mayor parte de los manuales escolares al tratar en particular el tema de la guerra de España es su perspectiva italo centrada. Una perspectiva que, combinada con la antifascista, que es también común a todos, hace que se dé menor atención a la intervención de Mussolini –que en el conjunto de los acontecimientos marca, indudablemente, la presencia italiana de mayor peso– que a los voluntarios italianos antifascistas –que como se sabe no fueron el contingente más numeroso–. Así que en casi todos los manuales se recuerda el episodio de Guadalajara, que siendo a menudo la única batalla mencionada, aparece como la batalla más importante de toda la guerra. Sobre todo cuando sucede que no se dice que fue una derrota del

⁴ De M. L. SALVADORI existe tanto un manual para la enseñanza escolar como uno para la universitaria. Nuestras observaciones se refieren a este último.

ejército de Mussolini a la que contribuyeron también los italianos del batallón Garibaldi. Así, por ejemplo, en el manual de De Rosa, donde sólo se escribe: «Un gran éxito obtuvieron los republicanos en la batalla de Guadalajara» (393) sin recordar otras batallas. Pero es sobre todo en el manual de Saitta donde esa batalla se convierte en uno de los momentos principales de la defensa republicana, ya que en él se puede leer lo siguiente: «También gracias al favor de la gran mayoría del clero la rebelión [de los militares en Marruecos] alcanza inmediatamente el territorio metropolitano y conoce un inicio arrollador; pero posteriormente el Gobierno republicano consigue galvanizar la resistencia y en Guadalajara, camino de Madrid, los milicianos de Franco» -nótese la extraña mezcla de términos- «fueron *sanguinosamente fermati* -que es ya un italiano extravagante que se puede traducir como «sangrientamente detenidos, bloqueados»-, así que la situación cristaliza en una despiadada Guerra Civil» (p. 550).

Como puede verse también en este caso el ansia de síntesis lleva a grandes errores y simplificaciones. Como hace también Villani cuando, a causa de la prisa, escribe: «Después de la muerte del general [Primo de Rivera] ya no fue posible mantener la dictadura y la misma monarquía fue arrollada por el voto popular en las elecciones de 1931, que dieron gran mayoría a los republicanos encabezados por Alcalá Zamora» (pp. 461-462). Como puede verse, la concisión arrolla también la «dictablанда», las elecciones administrativas de abril de 1931, todo el abanico de las fuerzas antimonárquicas, etc. Y lo mismo pasa con el libro de A. Giardina, V. Vidotto y G. Sabbatucci (*Manuale di Storia*, Laterza, Roma-Bari, 1988), que aunque presente una de las síntesis más logradas, alista en las Brigadas Internacionales, por no explicar las distintas formas de participación en la guerra de España, a Ernest Hemingway, André Malraux, George Orwell y Carlo Rosselli (p. 604), que, como es sabido, nunca militaron en ellas. Por otro lado, Hemingway -junto con Malraux- aparece en las filas de las Brigadas Internacionales también en el libro de T. Detti, N. Gallerano, G. Gozzini, G. Greco y G. Piccinni (*Profilo di Storia Moderna e Contemporanea*, Bruno Mondadori, Milano, 1998), que, sin embargo, es quizás el mejor de los manuales recientes, y en muchos otros.

Exigencias de concisión y prisa colaboran además a llenar esos textos de otros pequeños y grandes errores. Así, por ejemplo, para Carocci el sufragio universal se introduce en España en 1887 (p. 1.066), para Ortoleva y Revelli la Primera República empieza en 1872 (p. 587),

mientras que, al contrario, para Capra, Chittolini y Della Peruta el rey Amadeo de Saboya abdica en 1874. Para Giardina, Vidotto y Sabatucci (p. 604), el partido único de Franco se llama «Falange Nacionalista», y para Legnani, Parenti y Vegezzi, el comandante de las Brigadas Internacionales fue «el comunista Enrique Listen» (p. 868), que en el libro de M. L. Salvadori se convierte en «el comunista alemán Enrique Listen» (p. 829). Según Traniello, Cracco y Prandi la CEDA ganó las elecciones en 1932 (p. 409) y «el Frente popular ganó las elecciones de 1936, lo que llevó otra vez al Gobierno al republicano Azaña, luego sustituido por Alcalá Zamora» (p. 409). Hasta llegar a algunas inexplicables invenciones como la que encontramos en el manual de Villari, allí donde escribe: «El 17 de julio de 1936 contingentes del ejército mandados por los generales Francisco Franco -secretamente trasladado de Marruecos a España-, Goded, Mola y Sanjurjo, se alzaron contra el Gobierno en varios lugares de España» (p. 505).

Puede ser sorprendente que en el panorama tan decepcionante de la manualística historiográfica italiana -**que** obviamente no es imaginable que dé lo peor de sí misma sólo al tratar de la historia de España- figuren como responsables, en tanto que autores, algunos de los mejores representantes de la historiografía italiana que, fuera de los libros para las escuelas, suelen hacer obras intachables en cuanto a escrúpulo y comprensibilidad. Es probable, por otro lado, que un análisis comparativo no daría mucha ventaja a los autores extranjeros de manuales escolares, y en este sentido sería interesante ver qué resultados ofrecería una investigación sobre la historia de la Italia contemporánea en los manuales españoles. Lo que importa subrayar es que, en cualquier caso -descontada cierta superficialidad de algunos autores por considerar una labor de segunda categoría los manuales escolares, que por tanto confían a veces al cuidado de alumnos desaventajados-, el vicio esté ya en el mismo manual. Una herramienta didáctica que revela tanto más su inadecuación cuanto más se amplía su objeto -**en** este caso la historia.

Será preciso, por tanto, pensar para la enseñanza de la historia en instrumentos didácticos alternativos, aunque es muy dudoso que puedan ser los multimediáticos que hoy proponen las nuevas tecnologías, donde la mayor libertad del discente para moverse a su antojo entre las varias posibilidades que esos medios ofrecen se paga a menudo con la pérdida de hilos interpretativos. En cualquier caso, no se podrá prescindir de la forma-libro, que conservará su primacía, aunque sea

renunciando a la pretensión de explicarlo todo, conformándose con alternar una selección de puros hechos incuestionables con la profundización monográfica en los que se consideren eventos-clave de la historia. Y será preciso también, si los historiadores quieren tener un papel en la edificación de Europa, mirar con mayor atención y respeto la historia de los países que la componen; también, y sobre todo, cuando se trate de hacer libros destinados a la formación de un amplio número de jóvenes.

De la indiferencia simpática al descubrimiento del Mediterráneo. Panorama de la historiografía italiana sobre la historia contemporánea de España

Fernando García Sanz

Parece ser cierto, como una vez más viene a ponernos de manifiesto Gabriele Ranzato, que sólo grandes acontecimientos o períodos particularmente intensos en las relaciones entre España e Italia han servido de telón de fondo o, más directamente, han provocado la elaboración de estudios históricos dedicados al otro país y, en consecuencia, han encontrado espacio en los manuales de Historia. Es cierto en el caso de España hacia Italia y es también constatable en el caso contrario, como desde ambos países ha sido puesto de manifiesto en los últimos años ¹. Los impecables análisis historiográficos realizados hasta este momento coinciden en señalar una serie de características esenciales de la producción historiográfica comunes a los dos países. Por la brevedad que impone el espacio disponible destacaré sólo algunas de las más significativas.

¹ Vid. C. STIFFONI, «Estudios Históricos», *Arbor*, «El Hispanismo italiano», núms. 488-489, 1986, pp. 11-20; M. MUCNAINI, «Alle origini dell'ispanismo storiografico contemporaneo in Italia, 1. I precursori dell'epoca romantica e risorgimentale», *Spagna Contemporanea*, núm. 1, 1992, pp. 7-24; íd., «Aue origini dell'ispanismo storiografico contemporaneo in Italia, 2. Dal decennio cavouriano alla prima guerra mondiale», *Spagna Contemporanea*, núm. 2, 1992, pp. 7-24; I. SANZ, «Dalla Spagna», en F. MAZZONIS (ed.), *L'Italia contemporanea e la storiografia internazionale*, Venezia, 1995, pp. 115-147, sin duda la mejor puesta a punto sobre la producción historiográfica española en torno a la historia contemporánea de Italia. Los trabajos contenidos en F. GARCÍA SANZ (comp.), *Españoles e italiani en el mundo contemporáneo*, Madrid, 1990; F. GARCÍA SANZ, «Españoles e italiani en la época contemporánea», *Bulleün d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 7, 1988, pp. 26-39.

En primer lugar, el *Risorgimento* y el fascismo (años veinte a cuarenta) son los dos grandes períodos que cuentan con una mayor cantidad de títulos, lo cual no quiere decir que todos ellos sean propiamente trabajos históricos, ya que abunda el oportunismo que determinados acontecimientos provocaban, mucho menos que puedan ser engarzados en una lógica secuencia historiográfica. Esto nos lleva a la segunda característica que quiero destacar, y es el uso frecuente, a veces casi dominante, que de las experiencias históricas del otro país se hacía en el propio. Los acontecimientos eran vividos como propios o como sucesos ejemplificantes, de tal manera que *hoy en España, mañana en Italia* encontraría una continuidad desde las primeras experiencias del liberalismo español en el siglo XIX hasta los años centrales de nuestro siglo XX. En tercer lugar, no es justo situar al mismo nivel las dos producciones historiográficas, española e italiana, ya que si bien desde 1945 no ha sido muy abundante la atención que España ha despertado en Italia, su mayor viveza cultural, traducida en una extraordinaria riqueza editorial, elimina los posibles parangones con España, donde la atención dedicada a la historia de otros países ha sido prácticamente nula.¹ De hecho, mientras que sí podemos hablar en la actualidad de la existencia en Italia de un *ispanismo storiografico*, no sucede lo mismo en España, cuando a duras penas sólo desde hace aproximadamente veinte años el estudio de la esfera internacional ha comenzado a penetrar en el campo de interés de nuestros historiadores. El ritmo de crecimiento es lento, pero todos parecen estar de acuerdo en que a pesar de las grandes dificultades pasadas y presentes las líneas de trabajo comienzan a consolidarse, e incluso podemos empezar a plantearnos debates teóricos y metodológicos para profundizar en la historia de las relaciones o para adentrarnos en la esfera de la historia comparada,

² Vid. en este sentido comparativo C. ROSELLI, *Oggi in Spagna domani in Italia*, TORILLO, 1967 (J.ª ed., París, 1938), y en particular el Prólogo a cargo de G. SALVEMINI. Véase también como punto de arranque del simbolismo creado entre las experiencias históricas españolas e italianas los apoyos ofrecidos por los italianos residentes en Cataluña a la lucha contra la reacción durante el Trienio en M. MORÁN OHTI, «Los emigrados italianos de 1821 en la guerra realista de Cataluña», *Itálica*, núm. 18, 1990, pp. 329-363, y la implicación de los reinos de Italia en trascendentales acontecimientos de la historia de España durante el siglo XIX, en J. R. UIHOUO, «Los estados italianos y España durante la primera Guerra Carlista (1833-1840)», *Hispania*, núm. 182, 1992, pp. 947-997.

³ Vid. I. SAZ, *op. cit.*, pp. 115-117, y P. GABRIEL Y E. UCÉLAY DA CAL, «El impacto de la historiografía contemporánea italiana en la española», *Spagna Contemporanea*, núm. 1, 1992, pp. 127-135.

desde mi punto de vista terrenos no sólo nunca excluyentes, sino más bien complementarios 4.

He dejado para el final una de las características subrayadas también por nuestros historiadores que resulta evidente, muy significativa y que provoca desde mi punto de vista, entre otras cosas, algunos de los más graves errores que Ranzato ha detectado en los manuales italianos. Me refiero al vacío de estudios que existe sobre el que de manera común a los dos países podemos denominar como período liberal, desde los años setenta del siglo pasado hasta las dictaduras de los años veinte del presente siglo. Desde mi punto de vista, insisto en lo ya apuntado, existe una relación directa entre el papel internacional que un país desarrolla y la atención que éste despierta, para el caso que nos ocupa, en la literatura histórica de otros países, y en segundo lugar, parece obvio que el grado de intensidad de las relaciones bilaterales resulte también determinante.

Es precisamente durante ese largo período, después de 1870, y en un primer proceso de aceleración hasta 1898, cuando la complejidad de las relaciones internacionales se acentúa al ritmo que su jerarquía interna viene progresivamente más determinada no sólo por la posesión de la fuerza, sino también por la demostración de la misma, por su uso. Esta realidad entra en contraste con la débil respuesta española, sobre la que todavía habría mucho que hablar, y va forjando con rapidez el estereotipo de la España decadente que se aprovecha de la imagen difundida durante el romanticismo y que se extiende a partir de entonces a países que padecen también el peso de los lugares comunes, como la propia Italia. Si en los manuales italianos la historia de otros países se contempla en la medida en que se ha considerado su importancia en la evolución de los acontecimientos internacionales (en relación directa con los manuales de historia universal, que vienen a simplificar ésta en la historia de las grandes potencias) o en la significación que ha tenido para el desarrollo de la propia historia de Italia, el período de la Restauración *no existe*, no tiene trascendencia ni para la historia de Europa ni para la de Italia.

El desastre del 98 no hace más que confirmar esas imágenes que mencionaba y prolongar en adelante su vigencia. Es durante esos años cuando se forja en Italia el cuerpo principal de la visión de España

⁴ Sobre este aspecto, A. Born, «Italia y España en el siglo xx desde la perspectiva de la historia comparada. Un balance finisecular», *Letras de Deusto*, núm. 66, 1995, pp. 109-129.

y de los españoles. Imágenes que dan como resultado primordialmente el sentimiento de superioridad de los italianos y que, en síntesis, concebían una España ajena a las principales corrientes europeas (políticas, sociales, económicas y culturales), de las que Italia sí participaría. Imágenes sobre España y los españoles que como nos recuerda Ranzato han llegado a sustituir a la verdadera historia, trascendido del común de la población al mundo de la cultura sin excluir a los historiadores.

Sin el período de la Restauración el análisis del acontecimiento clave de la historia contemporánea de España, la Guerra Civil, puede aparecer así cuajado de problemas, cuando no de graves errores como nos describe Ranzato, que no encuentran explicación, que flotan en el vacío o que se resuelven con un esquematismo que va más allá del encorsetamiento que imponen las necesidades de espacio que exige un manual y que entronca mejor con las imágenes ya seculares de España. Por poner un ejemplo, la cita que hace Ranzato del conocidísimo manual de Armando Saitta nos ofrece una descripción de la Restauración que podría haber sido escrita con anterioridad a la Guerra Civil: aparece como un período de estancamiento casi total en el que nada evoluciona, no hay proceso, y el régimen se ve retratado como en los peores días de la protesta europea por el proceso y ajusticiamiento de Francisco Ferrer y Guardia. A pesar de todo no fue la Restauración un período tan inmóvil, tan de *fracaso* o tan ausente de cambios como muchas veces se ha puesto de manifiesto. La relación de España con los países de su entorno europeo fue mucho menos lineal, con más matices, que la imagen de singularidad o incluso de aislamiento con la que tan frecuentemente se define. Con sus avances y retrocesos, con la dificultad con la que España e Italia buscaron su espacio en la Europa que precede a los fascismos, la historia de ambos países presenta la suficiente cantidad de matices, puntos de aproximación y de divergencia como para que se den los alicientes necesarios tanto para un estudio de relaciones internacionales como para iniciar de una vez de forma continuada trabajos de historia comparada ⁵.

Segismundo Moret, durante muchos años el cerebro de la política exterior de los liberales, realizaba ya en plena Regencia un análisis de las relaciones internacionales de España describiendo la trascendencia que en ellas ocupaban todos y cada uno de los mayores países

⁵ Como ejemplo de las posibilidades que abre este sector historiográfico *vid.* G. RANZATO, «La fOlja de la soberanía nacional: las elecciones en los sistemas liberales italiano y español», *Ayer*, núm. 3, 1991, pp. 115-138.

Europeos, incluyendo a Italia, en la esfera de las grandes potencias. Destacaba la importancia de Francia, Gran Bretaña y Alemania, tanto desde el punto de vista estrictamente político como comercial, sin dejar de subrayar que en unas buenas relaciones con Francia se depositaba también buena parte de la tranquilidad interna de la estrenada Regencia española. ¿Qué pasaba con Italia? Las relaciones con la *sorella latina* eran definidas casi enigmáticamente como de *indiferencia simpática*. Pero al mismo tiempo, para el alma de la política internacional de los liberales «Italia (era) la nación más indicada en el mundo para intimar con España, para servirla de enlace con las grandes potencias y para ayudarla prácticamente en sus empresas en el Mediterráneo, en África y aún en la América del Sur». La indiferencia era entendida como un escalón más negativo aún que *frialdad* en las relaciones o incluso que *desprecio*, era algo más parecido a la no consideración y muy próximos, por tanto, a la negación de otorgar cualquier valor al otro en la esfera internacional. Pero la indiferencia era mutua y Moret acusaba al padre de la Restauración, Antonio Cánovas, de haber promovido esa indiferencia hacia todo lo exterior, hacia la evolución europea en particular y, en concreto, al papel que en ella desarrollaba y aún podía tener Italia, defendiendo una extraña neutralidad que podía resultar, profetizaba a finales de 1888, fatal para España: «Los indiferentes no tienen amigos el día de la desgracia»⁶.

Las relaciones con Italia presentaban en teoría, por tanto, unas grandes posibilidades de desarrollo que nunca llegaron a llevarse a buen puerto. Andando el tiempo se pondría de manifiesto que la razón fundamental de ese estado de cosas, de esa especie de querer y no poder, estribaría no tanto en una posible actitud de rechazo por parte de los españoles o de los italianos, sino de la propia jerarquización de las relaciones internacionales y del papel que cada país ocupaba en ella. De ahí que la débil mutua atención historiográfica sería sólo una más de las muchas consecuencias de esa realidad. Dicho de otra forma, mientras que para España, Italia podía ser punto de referencia en distintos aspectos y para distintas fuerzas políticas y sociales, desde el período estrictamente liberal hasta el fascismo, no ocurre lo mismo al contrario, porque los puntos de referencia italianos se sitúan históricamente fuera de la Península Ibérica, muy lejos de los entusiasmos

⁶ Archivo General Palacio, 12817/4 (Memoria sobre la política exterior de la Regencia), Segismundo Moret, 30 de noviembre de 1888.

que despertara el liberalismo español de primera hora ⁷. El interés con el que se siguió desde España el proeeso de unidad italiana, que llegó incluso a acentuar las fracturas existentes entre las fuerzas políticas ⁸, encontró una cierta continuidad durante la Restauración entre representantes de distintas fuerzas políticas y sociales, aunque ciertamente no muchos entre las filas del conservadurismo. No era extraño encontrar todavía ocasionales recuerdos y alabanzas al *Risorgimento*, a una Italia que aparecía como suma de virtudes, como retrataba *El Liberal*, diario filorepublicano, dando la bienvenida en 1886 a una delegación de periodistas italianos presididos por Cavallotti: «cuando se establezca la República en España, si necesita pedir un presidente a tierra extranjera podrá buscarlo en Italia para que el jefe temporal del Estado reúna el genio político de Maquiavelo, la profundidad diplomática de Cavour, el heroísmo de Manin, la austeridad de Mazzini y el patriotismo de Garibaldi» ⁹. Dentro de los parámetros regeneracionistas de modernización o de europeización de España el modelo italiano, que aparecía con la atrayente imagen de haber logrado grandes cambios en poco espacio de tiempo, se presentaba también como un ejemplo a seguir y un objetivo alcanzable para España ¹⁰.

Analizado aunque sea superficialmente el sentido de la *indiferencia*, ¿en qué términos se establecía la *simpatía*? Pues muy seguramente en el fácil trato que siempre envolvía los encuentros entre españoles e italianos, en la facilidad para entenderse y en ocasiones al menos la sensación, si no la certeza, de compartir problemas que arrancan de la misma raíz que con tanta frecuencia, como acertadamente subraya

⁷ Vid. a este respecto G. SPINI, *Mito e realta della Spagna nelle rivoluzioni italiane del 1820-1821*, Roma, 1950. En un ámbito más general, sobre la historiografía italiana en torno a la España del siglo XIX, además de los trabajos ya reseñados, M. MUGNAINI, *Italia e Spagna nell'eta contemporanea. Cultura, politica e diplomazia (1814-1870)*, Alessandria, 1994; id., «Un esempio di circolazione deHe elites: Italia e Spagna dal 1808 al 1860, rassegna deHa storiografia italiana», en F. GARCÍA SANZ (comp.), *Españoles e italianos, op. cit.*, pp. 3-45; C. VENZA, «Diplomazia, re Amedeo, movimento operaio: la Spagna dal 1860 al 1898 vista dagli storici italiani», en *ibid.*, pp. 87-128.

⁸ Vid. A. ELORZA, «El *Risorgimento* visto por la prensa española», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 128, 1963, pp. 137-161; J. PABÓN, *España y la cuestión romana*, Madrid, 1972.

⁹ ¡Viva Italia! ¡Viva España! *Recuerdo de la visita hecha a nuestro patrio suelo por la representación de la prensa italiana*, por DMLG, Madrid, Imp. de F. G. Pérez, 1886, p. 55.

¹⁰ Sobre estos aspectos F. GARCÍA SANZ, *Historia de las relaciones entre España e Italia. Imágenes, comercio y política exterior (1890-1914)*, Madrid, 1994.

Ranzato, se establece en una *mediterraneidad* difícil de ser definida. Creo que independientemente al período fascista, a la Guerra Civil y a los largos años de dictadura del general Franco, la simpatía entre España e Italia ha sido algo permanente. Aun con las paradojas que señala Ranzato, en líneas generales podemos decir que esa *simpatía* crea *ambiente* en las relaciones entre españoles e italianos, aunque no sé si tanto entre los Estados español e italiano. Quizás porque el mismo *ambiente* de simpatía puede generar ocasionalmente exceso de confianza, sin olvidar, por supuesto, que al margen del trato bilateral, España e Italia se encuentran en diversos foros internacionales en los que priman los intereses nacionales frente a cualquier tipo de *simpatía* y es fácil que de ahí surjan malentendidos y se cometan errores que, hoy más que nunca, tienen una trascendencia inmediata a la opinión pública. Escuchar entonces los viejos calificativos sobre la arrogancia española o *i soliti italiani!* no resulta tan difícil, aplicando términos a lo político que son frecuentes también en el terreno deportivo.

Pero volvamos a la *mediterraneidad* y retornemos también al título de esta breve intervención. Lo que he llamado el descubrimiento del Mediterráneo tiene, evidentemente, una proyección irónica, paradójica si se quiere, en cuanto a que, sobre todo desde Italia, parece caerse recurrentemente en la cuenta de forma repentina de la existencia de España en el occidente mediterráneo y de su valor como factor importante en todas las cuestiones que afectan al complejo mundo de intereses que representa el Mediterráneo, con su indisociable línea de continuidad con la situación europea. Lo que en los años precedentes al estallido de la Primera Guerra Mundial se tradujo, dentro de las relaciones hispano-italianas, en la especulación sobre un posible acuerdo político (sólo hipotético) en torno al Mediterráneo, alcanzó casi dentro de los mismos parámetros a los años del fascismo y a aportar también una de las principales apoyaturas a la intervención de Italia en la Guerra Civil española. Es decir, el factor determinante fue siempre el mismo: el papel de Francia en Europa y, en concreto, su presencia en el Mediterráneo occidental. La misma Francia contra la que se elaboró el *Pacto Secreto hispano-italiano* que de forma tan impecable, y desgraciadamente sin continuidad, historió Federico Curato ¹¹; la Francia contra la que Italia pensaba salvaguardarse intentando una aproximación a España poco antes del asesinato de Sarajevo; otra vez la Francia que cercena

¹¹ Federico CUHATO, *La questione marocchina e gli accordi mediterranei italo-spagnoli del 1887 e del 1891*, Milano, 1961-1964, 2 vols.

las aspiraciones españolas en el norte de África, que se interpone en Tánger; en fin, la Francia que se presenta como el principal obstáculo para que la Italia fascista pudiera llevar a cabo sus aspiraciones imperiales en el Mediterráneo y contra la que Mussolini interviene en la Guerra Civil española.

Es este aspecto de la *mediterraneidad* el primero que dio origen en Italia a una serie de trabajos históricos que, aunque desiguales en su factura y en buena medida provocados por el ambiente del momento, años treinta y cuarenta, rescataron una parte importante del inmediato pasado de España, sobre todo en cuanto a la cuestión de Marruecos se refería, para avalar muy posiblemente las hipotéticas perspectivas de futuro, la *nuevafunción mediterránea de España*, utilizando el título de un artículo de Pietro Silva ¹², dentro de un panorama en el que tampoco faltaron las contribuciones con referencias mucho más generales a la historia de España ¹³. Ese sentido de la *mediterraneidad* que no tenía precedentes no tuvo tampoco continuidad en Italia como no la tuvo en España, que por los mismos años conoció también un gran número de títulos dedicados a Italia ¹⁴.

La experiencia de la 11 República española y, sobre todo, la Guerra Civil marcaron a partir de 1945, salvo raras excepciones, los temas principales de atención a España, como el repaso de algunas recopilaciones bibliográficas pone de manifiesto ¹⁵. Sólo a partir de 1975, y en particular desde los años ochenta, España vuelve a ser *descubierta* historiográficamente (en relación directa a su apertura política internacional España se pone *de moda*) en una dimensión más amplia de la estrictamente circunscrita a la Guerra Civil, aunque este período

¹² P. SILVA, «La funzione mediterranea deHa Spagna», *Storia e politica internazionale*, a. 1, f. III, 1939, pp. 497-506; L. POLLINI, «Funzione storica deHa Spagna nella politica europea», *Rassegna di Politica Internazionale*, a. IV, 11, 1937, pp. 544-564; S. NAVA, *La spartizione del Marocco. Sue vicende politico-diplomatiche*, Firenze, 1939; E. GHERSI, *La questione marocchina nella politica europea (1830-1912)*, Firenze, 1939; A. FESTA, *La Spagna e il Marocco (1844-1912)*, Roma, 1943.

¹³ Me refiero a los trabajos, por ejemplo, de T. CELIOTTI, *Storia di Spagna*, Milano, 1940; A. SOLMI, *Lo Stato nuovo nella Spagna di Franco*, Milano, 1940; N. QUILICI, *Spagna*, Roma, 1938, y A. FERRARIN, *Storia di Spagna*, Milano-Messina, 1945.

¹⁴ Vid. I. SAZ, *op. cit.*, pp. 131-138.

¹⁵ Vid. N. TORCELLAN, *Gli italiani in Spagna. Bibliografia della guerra civile spagnola*, Milano, 1988, con *Prefazione* de Enzo COLIOTTI (en la que subraya brevemente las fases en la que puede dividirse la atención historiográfica italiana por la Guerra Civil); U. BARDI, *La guerra civile di Spagna. Saggio per una bibliografia italiana*, Urbino, 1974.

histórico también retoma el vuelo que había decaído a finales de los sesenta, con estudios que abarcan desde los inicios del siglo XIX hasta la transición democrática. Mientras la falta de homogeneidad sigue siendo la principal característica del hispanismo italiano, se ha ganado notablemente en continuidad y en profundidad ¹⁶. Por otro lado, han comenzado a analizarse problemáticas que habían sido prácticamente olvidadas a lo largo de este siglo, como es el caso de la historia económica. Si la mayor influencia de la historiografía italiana que puede detectarse en España en los últimos cuarenta años viene a través de la recepción de Gramsci y de los estudios de Emilio Sereni, no puede decirse, sin embargo, que ello provocase en España e Italia la apertura de investigaciones comparativas sobre el desarrollo económico. Al margen del pionero trabajo de Sánchez Albornoz ¹⁷, sobre el que influyó tanto *Capitalismo e mercato nazionale in Italia* (Roma, 1966), de Sereni, en el que señaló algunas características diferenciadoras entre el comportamiento de la economía española e italiana, debemos esperar a los años ochenta con el ya famoso artículo de Rosa Vaccaro ¹⁸, también sin continuidad inmediata, y las iniciativas de los años noventa, encabezadas por Grohmann, Zamagni y Prados, para poder hablar de la existencia de una línea de estudios que obtiene además buenos resultados ¹⁹. Al margen de esquematismos que de forma un tanto forzada han buscado en lo *mediterráneo* el denominador común que explique un particular comportamiento histórico de España e Italia que se entiende similar y diferenciado del resto de Europa, sea en lo político como en lo económico ²⁰, es cierto que la búsqueda de un posible patrón mediterráneo de desarrollo económico o de los países del sur de Europa, como la

¹⁶ Por la brevedad que imponen estas páginas citaré sólo algunos de los autores cuyos trabajos han alcanzado ya consistencia, remitiendo al lector a los repertorios citados anteriormente para obtener la cita de sus obras: Aldo ALBONICO, Alfonso BOTTI, Paola BRUNDI, Luciano CASALI, Giuliana DI FEBBO, Marco MUGNAINI, Manuel PIANA, Gabriele RANZATO, Giorgio ROVILLA, Claudio VENZA, etc.

¹⁷ N. SÁNCHEZ ALBORNOZ, «La integración del mercado nacional. España e Italia», en *Jalones en la modernización de España*, Barcelona, 1975, pp. 99-146.

¹⁸ R. VACCARO, «Industrialization in Spain and Italy (1860-1914)», *Journal of European Economic History*, núm. 3, 1981, pp. 709-751.

¹⁹ Vid. A. GROHMANN (ed.), *Due storiografie economiche a confronto: Italia e Spagna (dagli anni '60 agli anni '80)*, Milano, 1991; L. PRADOS DE LA ESCOSURA y V. ZAMAGNI (eds.), *El desarrollo económico de la Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*, Madrid, 1992.

²⁰ Vid. S. GINER, «La modernización de la Europa meridional», en F. D'AURIA y J. CASASSAS (coords.), *El Estado moderno en Italia y España*, Barcelona, 1993, pp. 113-153.

clave para entender la diferenciación con el modelo británico, ha movido las investigaciones sobre la historia económica italiana desde España. A ello ha ayudado también el progresivo abandono del concepto de fracaso que en España, con más larga pervivencia historiográfica que Italia, se situaba como punto de partida del análisis sobre el salto a la industrialización. La experiencia italiana se convierte así en un válido e interesante punto de referencia para nuestros historiadores de la economía, pero hay que reconocer que no sucede lo mismo desde Italia. En fin, afirmar que las relaciones hispano-italianas se desenvuelven, como las vicisitudes históricas singulares de sendos países, en un contexto europeo resulta tan obvio como al mismo tiempo imprescindible, pues también es un motivo historiográfico recurrente destacar la esfera mediterránea de Europa no ya como una particularidad del desarrollo histórico de Europa considerada en su conjunto, sino como un mundo aparte, muchas veces ajeno y distante al resto del continente.

A pesar de los trabajos de investigación desarrollados por los hispanistas italianos, sus resultados no han encontrado todavía el camino para ser divulgados a través de los manuales de historia. Ni tampoco éstos parecen considerar la rica actividad de la historiografía española en lo que a la época contemporánea se refiere. Es evidente que un manual, reitera justamente Ranzato, no da para muchos matices, pero ya no se justifica tanto que las fuentes en las que se basen sus autores, todos ellos de una indiscutible categoría, siga distinguiéndose por la ausencia de referencias españolas. Son, en efecto, las traducciones al italiano de las obras de hispanistas franceses, ingleses y norteamericanos (Broué, Témime, Thomas, Jackson, Brenan, Carr), con la excepción de Tuñón de Lara, y a partir de 1975, la aparición de las primeras obras de hispanistas italianos, como Ranzato y Plana, las citas principales en los manuales de mayor prestigio²¹. Para explicar este hecho quizás tendríamos que acudir a la escasa penetración de los trabajos de los hispanistas italianos, hoy ya meritorios, que posiblemente sigan teniendo un carácter de marginalidad dentro del panorama historiográfico y, por qué no, teniendo en cuenta la supuesta accesibilidad del idioma español

²¹ Véanse como ejemplo las citas bibliográficas sobre la Historia de España en F. DELLA PERUTA, *Storia del Novecento. Dalla «grande guerra» ai giorni nostri*, Firenze, 1995 (edizione aggiornata, I.^a ed., 1991). Se trata de uno de los mejores manuales actualmente en circulación y que, aun con una especial referencia a la historia de Italia, recrea un completísimo panorama de la historia universal del siglo xx desde la Primera Guerra Mundial.

para los italianos, la falta de acceso a fuentes directas españolas podría considerarse una consecuencia más de la *falsa amicizia* de la lengua que nos recuerda Ranzato.

Lo cierto es que ante estas ausencias no es extraño que los manuales italianos de historia recojan tantos errores, deformaciones y hasta pasajes que lleguen a la caricatura desde el punto de vista histórico. Tampoco resulta sorprendente que la Guerra Civil figure como protagonista principal en los manuales a la hora de considerar la historia de España, aunque no lo resulta tanto cuando se presenta de forma aislada y sin la contextualización histórica necesaria. La Guerra Civil fue un importantísimo acontecimiento para la historia de Europa, central en lo que al período contemporáneo se refiere para la historia de España y fundamental también para la propia historia de Italia. Tanto es así que la experiencia de la Guerra Civil informó en gran medida la cultura política e ideológica del antifascismo italiano, de tal manera que es un acontecimiento histórico que aún despierta grandes polémicas que trascienden con mucho al mero campo de la historia. La demostración palpable la tenemos en nuestros días, cuando lo que, desde mi punto de vista, supone una desafortunadísima interpretación de la Guerra Civil y del régimen de Franco realizada por Sergio Romano en su prólogo a un libro recientemente publicado (*Due fronti. La guerra di Spagna nei ricordi personali di opposti combattenti di sessant'anni fa*) sobre las experiencias de dos combatientes italianos en los dos bandos de la guerra, ha trascendido con una fuerza extraordinaria a los medios de prensa italianos más importantes²². Es muy posible que esta polémica, en torno a la taxonomía del régimen franquista (autoritario, fascista,

²² Quizás para un público español resulte de utilidad hacer una breve reseña de los artículos publicados en este sentido: Pierluigi BATTISTA, «Spagna, la campana suonò per la causa sbagliata», *La Stampa*, 9 de mayo; Mario PIRANI, «Quando si riscrive la Stmia», *La Repubblica*, 13 de mayo; íd., «Spagna 1936. Avevano ragione i ragazzi di Salò?», *La Repubblica*, 21 de mayo; Nello AJELLO, «Come si cambia la StO'ia», *La Repubblica*, 13 de mayo; íd. (entrevista con Leo Valiani), «Noi, dalla parte giusta. La polemica sul franchismo», *La Repubblica*, 20 de mayo; Mario CERVI, «Il registro degli indagati per concorso in revisionismo», *Il Giornale*, 14 de mayo; Renzo FOA, «L'ultimo franchista», *L'Unità*, 15 de mayo; Gabriele POLO, «Indecenza», *Il Manifesto*, 15 de mayo; Alfonso BOTTI, «Polio Franco per la storia. Revisionismo ultima puntata: il Caudillo riabilitato», *Il Manifesto*, 15 de mayo; Barbara SINELLI, «Le democrazie a rischio di viltà. L'Europa e il pericolo degli estremismi», *La Stampa*, 17 de mayo; Giovanni BELARDELLI, «"Dagli al franchista". La vecchia musica del confOlmismo», *Corriere della Sera*, 17 de mayo; Sergio ROMANO, «Cari amici indignati...», *Liberal*, 28 de mayo; Indro MONTANELLI (entrevista), «Il golpe di Franco? Impedì l'arrivo di Stalin

totalitario), sobre la *consapevolezza* de Franco de estar luchando contra el imperialismo comunista, lo que permitió que España no se convirtiera en una República Democrática al estilo de las de Europa Oriental (Romano); sobre el papel de los comunistas en la guerra; sobre la elarividencia de Franco que supo mantener a España alejada de la Guerra Mundial, etc., generará, así lo esperamos, nuevos trabajos históricos. Sin embargo, sin querer entrar en estas páginas en el mérito del debate, sí me gustaría subrayar la forma en la que los manuales de historia recogen en ocasiones uno de los puntos más controvertidos en la polémica actual. Me refiero a la supuesta habilidad de Franco para mantener a España fuera del conflicto bélico que empeñaba entonces a toda Europa. Este hecho ha llegado a formar parte de los estereotipos más poderosos sobre la historia de España y ciertamente, aunque sea de manera indirecta, laudatorio sobre la persona de Franco. Es un lugar común que, al menos en Italia, no es difícil localizar en amplios estratos de la sociedad, alcanzando los niveles de mayor cultura y hasta de mayor representación política ²³.

En fin, es cierto que del panorama que nos ha trazado Gabriele Ranzato sobre la atención dedicada a la historia contemporánea de España en los manuales de historia italianos se corre el peligro de perdurar en la imagen de una España dicotómica, en blanco y negro, sin matices, dividida en dos mitades casi perfectas, reacción y revolución, fascismo y antifascismo, franquismo y antifranquismo, estancamiento y desarrollo acelerado, etc.

m Spagna», *Oggi*; Gabriele RANZATO, «Perché nascondere i crimini di Franco?», *La Repubblica*.

²³ Sirvan de ejemplo las palabras del Presidente de la República de Italia, fuera de toda posible duda sobre su talante democrático, cuando en su visita a España, junio de 1996, manifestó: «Se in Spagna e in Italia si oscurò o si spense la fiaccola della libertà, da voi vinse la saggezza di salvare il vostro popolo della tragedia dell'ultima guerra; purtroppo non da noi», *Brindisi del Presidente della Repubblica Osear Luigi Scalfato in occasione del pranzo di gala offerto in suo onore dalle LL.MM. il Re e la Regina di Spagna*, Madrid-Palazzo Reale, 27 giugno 1996, p. 4.

El franquismo en la historiografía italiana y la mirada del otro sobre los relatos de otras miradas

Alfonso Botti

I. Premisa

Historiar la historiografía italiana sobre el franquismo resulta al tiempo fácil y muy complicado. Fácil porque nuestro hispanismo sobre la edad contemporánea no ha tenido hasta hace unos años la consistencia que tienen otros hispanismos, como el inglés, el francés y el estadounidense. Complicado porque el hispanismo italiano de los últimos tres lustros me afecta directamente y resulta siempre difícil historiar la historiografía de amigos y compañeros, por no hablar de la propia.

Partiendo de que se excluye drásticamente todo lo que se refiere a la guerra civil (no por no tener vinculación con el régimen sucesivo, sino porque la abundante literatura que circula en Italia sobre el tema está relacionada sobre todo con la participación italiana y con el marco internacional de los años treinta)¹, la presente aportación está estructurada en tres partes, cada una de las cuales viene articulada en distintos puntos integrados por varias reflexiones. La primera es de análisis de la historiografía italiana que se ha ocupado de la experiencia franquista. La segunda plantea algunas consideraciones con respecto a la historiografía española sobre el franquismo, destacando críticamente los aspectos que desde fuera (es decir: desde la perspectiva de las pistas

¹ Sobre la producción y las ediciones italianas con respecto a la guerra civil, cf. Nanda TORCELLAN, *Gli italiani in Spagna. Bibliografia della guerra civile spagnola*, Presentazione di Enzo COLLOTTI, Milán, Franco Angeli, 1988, y la sucesiva puesta al día de Luciano CASALI y Luigi PASELLI, «Un aggiornamento alla bibliografia sulla guerra civile spagnola in Italia», *Spagna contemporanea*, núm. 10, 1996, pp. 183-208.

abiertas en el debate contemporaneísta italiano) son más sobresalientes, y hace alusión a los cambios que se perciben en la historiografía actual española. En la tercera parte: *a)* se defiende la tesis que la mirada desde fuera es de por sí una forma de comparación y se valora como positiva la pluralidad de los enfoques; *b)* se desarrollan algunas reflexiones sobre las relaciones franquismo-fascismo a partir de la historiografía italiana sobre este último y, en conclusión, *e)* se facilitan dos sugerencias para seguir los estudios sobre el franquismo.

2. La historiografía italiana frente al franquismo

Hay dos categorías de historiadores italianos que se han aproximado al tema. A la primera pertenecen los que no tienen específica competencia sobre temas hispánicos; es decir: los historiadores del fascismo italiano o del nacionalsocialismo alemán, los contemporaneístas que han hecho alguna referencia al régimen español y los historiadores que de manera ocasional se han cruzado con el tema del franquismo. A la segunda pertenecen los hispanistas. Como se dirá en el tercer apartado, el tema del título se puede enfocar, al margen de las posturas de concretos historiadores, también a partir de algunas características que se han desarrollado en el debate historiográfico italiano o que caracterizan a la historiografía en su conjunto.

¿Cuándo la historiografía italiana se plantea el tema del franquismo y por parte de quién? Con relación a la percepción de España en Italia, se desconoce historiográficamente -con la excepción que se señalará a continuación- lo que ocurre desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los sesenta. El aislamiento español y las preocupaciones por la reconstrucción posbélica en Italia dejan muy poco espacio a la atención hacia el país ibérico. A partir de *Il Politecnico* de Elio Vittorini ², el tema de España sale en la prensa y en las manifestaciones antifascistas; lo que se publica sobre la dic-

² A partir del primer número de la primera revista importante de área comunista italiana de la inmediata posguerra, los temas de la guerra civil española, del compromiso eclesástico en la misma y del régimen franquista fueron constantemente tratados. Tan sólo como ejemplo, cfr. E. V. [Elio Vittorini], «Il popolo spagnolo attende la liberazione», *Il Politecnico*, núm. 1, 1945, p. 1; en el mismo número aparece el artículo «C'è un lungo conto con Franco», p. 3; A. GAROSCI, «Nota sul carattere e i limiti della costituzione spagnola del '31», núm. 5, p. 1; Jean VERNET, «Spagna fuori di Spagna», núm. 27, 1946, pp. 1-2.

tadura española tiene carácter militante y arranca de los ambientes democráticos y de la izquierda política:⁴. Sin embargo, faltan investigaciones sobre este tipo de literatura (*Unita*, *Avanti!*, *Rinascita*, *Il Ponte*, *L'Astrolabio* y a partir de los sesenta revistas católicas progresistas) que podrían tener cierto interés, por lo que se refiere a la imagen del país vecino y a la sensibilidad internacionalista de los demócratas italianos. Por contra, con relación a otros ambientes en el mismo período, resultan de gran interés las páginas que Riccardi y Giovagnoli han dedicado a la percepción del régimen español por parte de la derecha curial y católica que en él siguió viendo hasta el Concilio Vaticano II una alternativa a la democracia pluripartidista y un modelo de Estado católico⁴.

Hay que suponer que por debajo de las primeras aproximaciones historiográficas están latentes imágenes y valoraciones que se han construido a lo largo del tiempo y que inicialmente no son propiamente historiográficas. Esas imágenes se remontan a las fuentes contemporáneas (por ejemplo, lo que los fascistas y antifascistas italianos piensan y escriben primero de la Falange y después del franquismo, a raíz de la participación de ambos en la guerra civil). Se apoyan en un segundo momento en los reportajes periodísticos desde España de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, que en ocasiones cuentan con enviados de excepción como, tan sólo por poner un ejemplo, Moravia y Montale que desde el país ibérico escriben en el *Corriere della Sera* en 1954⁵. Al margen de algunos episodios editoriales, prácticamente sin ecos, como el trabajo de Mammucari sobre el problema de la sucesión⁶, las imágenes de la España franquista empiezan a tener alguna consistencia científica cuando se traduce la primera historiografía sobre

⁴ De entre los ejemplos más significativos de esta producción militante destacaría: *La Spagna contro Franco. Una lotta eroica per la pace*, Roma, CDS, s.f. (¿1949?); «Spagna quando?», número monográfico de la revista *Il Ponte*, núm. 12, 1964; VV AA, *La Spagna si muove*. Milán, Istituto di Propaganda Libreria, 1967.

⁴ Aml'ea RICCARDI, *Il "partito romano" nel secondo dopoguerra (1945-1954)*, Brescia, Morcelliana, 1983, pp. 31 Y ss.; Agostino GIOVAGNOLI, «Lo Stato spagnolo come modello di Stato cattolico. Dal "partito romano" al Vaticano II», en M. TEDESCHI (ed.), *Chiesa cattolica e guerra civile in Spagna nel 1936*. Napoli, Guida Editori, 1989, pp. 195-247.

⁵ Para las correspondencias de Alberto MORAVIA, cff. *Corriere della Sera*, 6, 16 Y 28 de mayo, 3, 9 Y 23 de junio y 10 de julio de 1954; para las de MONTALE en el mismo periódico, cff. 28 de julio, 11 y 19 de agosto de 1954.

⁶ Giovanni MAMMUCARI, *Il Caudillo di Spagna e la sua successione*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1955. El libro presenta los textos de la Ley de sucesión, del Fuero de los españoles y de las otras Leyes fundamentales aparecidas hasta entonces.

el franquismo que, con excepción de la temprana traducción de la síntesis de Tuñón de Lara sobre el siglo XX⁷, uno de los contemporaneístas españoles que más lectores tendrá en Italia⁸, no llega hasta los años setenta. Mientras tanto, como episodios editoriales, han sido publicados en 1968 *Spagna senza mili* de Ludovico Garruccio⁹, el reportaje del periodista yugoslavo Frane Barbieri¹⁰ y han empezado a tener una discreta difusión los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, sin duda la revista de la oposición española más conocida en los medios intelectuales progresistas italianos. A la década de los setenta se remontan las primeras traducciones y la circulación en Italia de los trabajos sobre el franquismo que, como es de sobra conocido, con las debidas excepciones, no proceden de estudiosos españoles. Me refiero a la aportación de Juan J. Linz sobre las oposiciones antifranquistas, que introduce y socializa en Italia el tema de la distinción entre régimen totalitario y régimen autoritario¹¹; a los trabajos de Jaques Georgel¹² y Max Gallo¹³. Mientras, el atentado de ETA contra Carrero Blanco, el aproximarse la muerte del Caudillo, las expectativas de la izquierda social y política por un cambio radical de la situación española (que, no se olvide, se enmarcan en las expectativas nacidas a raíz de la revolución de los claveles portuguesa) y el comienzo de la transición, se traducen en un improvisado aumento de interés, que puede apreciarse en el plano editorial con la traducción de *In Hidding* de Ronald Fraser¹⁴

⁷ Manuel TUÑÓN DE LARA, *Storia della Repubblica e della guerra civile in Spagna*, Roma, Editori Riuniti, 1966.

⁸ Para un perfil del historiador, dr. J. I. DE LA GRANJA y A. REIG TAPIA, *Manuel Tuñón de Lara, el compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1993; para algunas observaciones sobre su impacto en Italia, cfr. A. BOTTI, «Manuel Tuñón de Lara nella storiografia spagnola», *Spagna contemporanea*, núm. 6, 1994, pp. 97-118.

⁹ Ludovico GARRUCCIO [L. Incisa da Camerana], *Spagna senza miti*, Milán, Mursia, 1968.

¹⁰ Frane BARBIERI, *Dopo Franco*, Milán, Longanesi, 1968.

¹¹ Juan J. LINZ, «L'opposizione in un regime autoritario. Il caso della Spagna», *Storia contemporanea*, núm. 1, 1970, pp. 63-102, 299-355, donde presenta al lector italiano la definición de «régimen autoritario» de anteriores artículos aparecidos en inglés.

¹² Jaques GEORGEI, *Il franchismo. Storia e bilancio, 1939-1969*, Turín, Sei, 1972 (ed. al. francés, 1970).

¹³ Max GALLO, *Storia della Spagna franchista*, Bari, Laterza, 1972 (ed. al. belga, 1969).

¹⁴ Ronald FRASER, *Il buco nel muro*, Milán, Bompiani, 1974 (ed. al. inglés, 1972).

y, más adelante, del libro de Amando de Miguel ¹⁵, con el innecesario librito de Leoni ¹⁶ y con otro, más digno a pesar del corte periodístico de Cian Piero Dell'Acqua ¹⁷; con una literatura sobre y vinculada a las luchas del movimiento obrero español ¹⁸ y a la evolución de la situación eclesial y del catolicismo ¹⁹; en fin, con breves síntesis ya animadas por preocupaciones historiográficas y dotadas de la indispensable bibliografía, como la de Manuel Plana ²⁰. Unos años después saldrá un libro que puede considerarse modélico de la mirada desde fuera: el que recoge las impresiones del viaje de 1962 -por encargo del PCI-, que Rossana Rossanda publicará en 1981 ²¹.

Con todo, episodios recientes, como el discurso del presidente Scalfaro del 27 de junio de 1996 con ocasión de su visita a España ²² y la publicación aún más cercana de un librito con las experiencias autobiográficas de dos combatientes italianos en los dos bandos de

¹⁵ Amando DE MIGUEL, *L'ideologia dei capifranchisti*, Nápoles, Liguori, 1978 (versión italiana de *Sociología del franquismo*, Barcelona, Euros, 1975).

¹⁶ Francesco LEONI, *La Spagna dopo Franco*, Bologna, Cappelli, 1974.

¹⁷ Cian Piero DELL'ACQUA, *Spagna. Paura della libertà*, Milán, Mondadori, 1975.

¹⁸ Sin ninguna pretensión de exhaustividad, merece la pena destacar los siguientes trabajos: *Spagna '70. Dall'offensiva operaia dell'inverno '69-70 al terrorismo fascista del proceso di Burgos*, Turín, Musolino Editore, 1971; Marco CALAMAI, *La lotta di classe sotto il franchismo*, Bari De Donato, 1971; *id.*, *Storia del movimento operaio spagnolo dal 1960 al 1975*, Bari, De Donato, 1975; VV AA, *Spagna '75*, Bari, Laterza, 1975, donde aparecen aportaciones de españoles e italianos; Francesco CIAFALONI, «Economia e lotta di classe nella Spagna degli anni '70. La crescita delle organizzazioni operaie e degli scioperi all'interno di uno stato corporativo», *Quaderni piacentini*, s.a. 11976J, núms. 58-59, pp. 125-139. Al mismo año se remontan la versión italiana de M. TUÑÓN DE LARA, *Storia del movimento operaio spagnolo*, Roma, Editori Riuniti, 1976, y el libro *Spagna 1976. Le radici del futuro*, Roma, Alfani, 1976.

¹⁹ Muestra de ello son, entre otros, Francesco AMOVERI, *Stato cattolico e chiesafascista in Spagna*, Milán, Celuc, 1973; Mario ILURDOZ, *Stato e Chiesa in Spagna dalla collaborazione all'opposizione*, núm. 12, Roma, Quaderni della FIAP, 1974; Francesco AMOVERI, *Il Carcere vaticano. Chiesa e fascismo in Spagna*, Milán, Mazzotta, 1975.

²⁰ Manuel PLANA, *La Spagna franchista*, Rimini-Florencia, Guaraldi, 1977.

²¹ Rossana ROSSANDA, *Un viaggio inutile o della politica come educazione sentimentale*, Milán, Bompiani, 1981.

²² El presidente Scalfaro hizo referencia a la «sabiduría» que había salvado al pueblo español de la tragedia de la última guerra y que permitió, de esta forma, la recuperación «llena de la dignidad de la persona humana». Sobre el episodio, al margen de los artículos en los periódicos de los días sucesivos, *dr. el Dossier*, «Il Presidente Scalfaro e "Spagna contemporanea": a proposito della neutralità spagnola nella seconda guerra mondiale», *Spagna contemporanea*, núm. 10, 1996, pp. 113-128.

la guerra civil²³, incluyendo el debate que han suscitado en la prensa, han puesto de manifiesto el nivel de desconocimiento del franquismo y de la historiografía sobre la dictadura española por parte de importantes sectores de la opinión pública del país.

El interés de los historiadores italianos del fascismo hacia el régimen español se enmarca en el debate internacional sobre los fascismos que arranca en la inmediata posguerra, sigue en los años cincuenta a raíz de la aportación arendtiana sobre el totalitarismo y continúa en la década sucesiva dando lugar a una abundante literatura que resulta innecesario reseñar en esta sede.

Por contra, merece la pena destacar que en la primera nota de la primera página del tercer volumen de su biografía del Duce que sale en 1968, Renzo De Felice parece aceptar la perspectiva de la existencia de «distintos regímenes fascistas», sensación que está confirmada en la página siguiente cuando hace referencia al fascismo como «modelo» y a «otros fascismos»²⁴. Sin embargo, unos años después, en la famosa entrevista de 1975, cuando Michael A. Ledeen observa que en su opinión el régimen de Franco no es un régimen fascista, De Felice contesta: «Indudablemente hoy no lo es, y habría que debatir si alguna vez lo ha sido. Más probablemente es un clásico régimen autoritario con unos injertos modernos, pero nada más que esto»²⁵. Con respecto a este cambio de actitud caben tres hipótesis. La primera es que De Felice no incluyese el franquismo en las variedades de los fascismos en lo que escribía en 1968. La segunda es que haya evolucionado desde el 68 hasta el 75, y que la evolución se haya producido en virtud del estudio del fascismo italiano hasta llegar a la convicción de su unicidad y diferencia de todos los regímenes anteriormente considerados de naturaleza parecida o similar. La tercera

²³ Nino ISAIA, Edgardo SOGNO, *Duefronti. La guerra di Spagna nei ricordi personali di opposti combattenti di sessant'anni fa*, Introduzione di Sergio ROMANO, Florencia, Liberal Libri, 1998. De entre las muchísimas afirmaciones inconsistentes desde el punto de vista histórico que el librito contiene, merece la pena destacar que Sogno atribuye a Franco la pacificación de España (p. 67) y la «obra maestra histórica» de haber preparado la transición democrática (p. 68); mientras por su parte Romano afirma que si la República hubiese triunfado España habría sido la primera democracia popular de Europa (p. XIII) Y que Franco fue «clarividente» en no entrar en la guerra a lado del Eje (p. XV).

²⁴ Renzo DE FELICE, *Mussolini: il fascista. L'organizzazione dello Stato fascista, 1925-1929*, Turín, Einaudi, 1968, pp. 3-4.

²⁵ Renzo DE FELICE, *Intervista sul fascismo*, a cura di Michael A. Ledeen, Roma-Bari, Laterza, 1975, pp. 60-61.

es que, en el concreto caso del franquismo, el cambio se haya producido a raíz de la adopción de las posturas de Linz sobre el «régimen autoritario», no casualmente publicadas justamente en la revista de De Felice²⁶. Sea como fuere, con respecto al régimen español, la del mayor conocedor del fascismo italiano es tan sólo una opinión. Una opinión que ha quedado, más allá de la intención del mismo De Felice, como la postura más excluyente del franquismo de los regímenes fascistas en el panorama historiográfico italiano.

En efecto, casi todas las posturas que se reseñan a partir de aquí, con distintos matices, aceptan la inclusión del régimen español, hasta una época que puede variar y que en distintos casos queda indefinida, en el marco de las experiencias fascistas de entreguerras. Nicola Tranfaglia en 1982 esboza un análisis comparado del fascismo y del franquismo. El texto aparece en un volumen publicado en 1984 y vuelto a publicar en una nueva editorial en 1989. En él trata antes del movimiento y después del régimen. Por lo que se refiere a la primera fase destaca la falta de un «nacionalismo activo y agresivo» en España y la «sustancial semejanza en la crisis de las dos democracias, aun si indudablemente difieren mucho de los procesos que se siguen». Por lo que respecta al régimen, escribe que hay una «evolución casi indolora hacia un autoritarismo bastante "clásico" y tradicional en la segunda posguerra»; que Franco no quiere fastidiar la gran propiedad latifundista con una política económica industrial; que en España el partido no tiene el papel que tiene en Italia y que tampoco consigue afirmar aquella política nueva centrada sobre la ritualidad en las relaciones con las masas; que el liderazgo de Franco no cuestiona el tradicional aspecto de la sociedad española y define de sabia la elección de no entrar en la segunda guerra mundial. Cuando tiene que tomar posición sobre la inclusión o no del régimen español en el fascismo, escribe que eso depende de lo que se entienda por fascismo y, en cualquier caso, admite que «aun con importantes diferencias», por lo menos por la primera década hay que inscribir el franquismo entre las variedades de fascismos existentes en Europa. Más adelante vincula el surgimiento de una nueva oposición, sobre todo juvenil, al desarrollo económico que empieza a finales de los años cincuenta y ubica en esos años la «rara conjugación entre la ética del catolicismo tradicional y la del moderno capitalismo». Acaba con unas consideraciones sobre las modalidades a través de

²⁶ Juan J. LINZ, «L'opposizione in un regime autoritario: il caso della Spagna», cil.

las cuales los dos países vuelven a la democracia, que no es pertinente tratar aquí ²⁷.

Enzo Collotti inicialmente en su intervención en el Congreso boloñés de 1987 sobre la naturaleza del franquismo, lanza la hipótesis de la existencia de «una área de fascismo católico» ²⁸ y más detenidamente en el sucesivo *Fascismo, fascismi*, desarrolla unas consideraciones que si, por un lado, subrayan las afinidades ideológicas del falangismo con el fascismo en la fase del "movimiento"; por otro, destacan el carácter tardío de la desfascistización franquista como consecuencia de la conclusión del conflicto mundial, su caracterización totalitaria, debido a la voluntad de eliminación de los adversarios políticos y de integración forzada de minorías y autonomías ²⁹.

En la última edición de la *Storia dell'Europa dal 1945 a oggi* de Ciuseppe Mammarella ³⁰, el franquismo desaparece por completo y España reaparece con la transición. Franco Caeta habla tan sólo de «régimen conservador-clerical» en la conclusión de las páginas que dedica a la guerra civil española en su trabajo sobre la Europa de entreguerras ³¹, donde se afirma que más que fascistización se produce una dericalización del régimen. La más reciente *Storia dell'Europa* de Calasso dedica al asunto pocas líneas para destacar que hasta que el fascismo fue fuerte (es decir, hasta 1942-1943), influyó sobre el

²⁷ Nicola TRANFAGLIA, «Italia e Spagna: due regimi autoritari a confronto», en *id.*, *Labirinto italiano*, Turín, Celid, 1984, pp. 27-4], y después con el mismo título, Florencia, La Nuova Italia, 1989, pp. 21-39. Merece la pena señalar que las fuentes historiográficas de Tranfaglia son: Roviola (1980), Tuñón (1966), Jackson (1978), Payne (1964, 1980), Linz (1981), Fontana-Nadal (1980, en la *Storia economica d'Europa*, dirigida por Cipolla), Gallo (1972), Estefan (1978), Southworth (1978), Georgel (1976), Carr y Fusi (1981), De Esteban y López Guerra (1977); al mismo tiempo hay que destacar que no aparece ninguna referencia al tema de las «familias», a pesar de la traducción en Italia del libro de Amando de Miguel.

²⁸ Enzo COLLOTTI, «Cinque folme di fascismo europeo. Austria, Germania, Italia, Spagna e Portogallo», en L. CASALI (ed.), *Per una deinizione della dittatura franchista*, Milán, Angeli, 1990, pp. 41-5.5, p. 47.

²⁹ *Id.*, *Fascismo, fascismi*, Florencia, Sansoni, 1989, pp. 105-117. Y también el sucesivo «Il fascismo neHa storiografia. La dimensione europea», en A. DEL BOCA, M. LEGNANI, M. C. ROSSI (eds.), *Il regime fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1995, pp. 17-44.

³⁰ Giuseppe MAMMARELLA, *Storia dell'Europa dal 1945 a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 1980 (se utiliza aquí la edición del 1992), pp. 454-458, sobre la Transición; pp. 567-568 sobre la España democrática.

³¹ Franco CAETA, *Denwcrazie e totalitarismi dalla prima alla seconda guerra mondiale*, Rolonia, Il Mulino, 1982 (edición de 1989), sobre la guerra civil, pp. 402-4]5.

franquismo, aun si en este último el partido no tuvo el papel relevante que tuvo en Italia³².

Quizás no es inútil destacar en ese contexto que en el Seminario barcelonés de 1987, cuyas actas han sido publicadas en 1990 bajo el título *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya* (1938-1959), Francesco Barbagallo y Silvio Lanaro debaten entre ellos sobre el fascismo italiano; siendo Lanaro quien introduce la única referencia comparada cuando niega que en el fascismo y en el posfascismo se produzca una represión como la franquista³³.

También merece la pena recordar la ya citada referencia al régimen español que aparece en algunos estudios sobre la Curia romana³⁴ y, en el marco de las relaciones internacionales, los trabajos de Paola Brundu sobre la política exterior de los Aliados con relación a España en la segunda posguerra³⁵.

Por lo que se refiere a los hispanistas, Giorgio Rovida publica en 1980 la voz «Franchismo» para una *Storia dell'Europa* organizada por temas que alcanza una considerable difusión, siendo uno de los primeros instrumentos de trabajo con estas características. La suya es una síntesis historiográfica muy bien estructurada, puntual por lo que se refiere a las dificultades de interpretación, completa en el apartado bibliográfico... en fin, la mejor sistematización que se ha producido en Italia hasta ese momento. En ella Rovida critica las definiciones omnicomprendivas y las politológicas (Linz), no toma postura sobre cuestiones concretas, ni tan siquiera sobre la vinculación o no del franquismo con el fascismo. En cambio, subraya la necesidad de una aproximación que tenga en la debida consideración las distintas fases, que reseña con amplias referencias a la historiografía, desde la guerra civil hasta 1977³⁶.

³² Giuseppe GALASSO, *Storia dell'Europa*, 3. *Età contemporanea*, Roma-Bari, Laterza, 1996, pp. 338-339.

³³ Francesco BARBAGALLO, «Societat de masses i organització del consens a la Itàlia feixista» y «Debats», en *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya* (1938-1959), Barcelona, Crítica, 1990, pp. 23-49, p. 43.

³⁴ Andrea RICCARDI, *Il «partito romano» nel secondo dopoguerra* (1945-1954), cit.; Agostino GIOVAGNOLI, «Lo Stato spagnolo come modello di Stato cattolico...», cit.

³⁵ Paola BRUNDU, *Ostracismo e realpolitik. Gli Alleati e la Spagna franchista negli anni del dopoguerra*, Cagliari, Ceh, 1984; Id., *L'anello mancante. Il problema della Spagna franchista e l'organizzazione della difesa occidentale* (1947-1950), Sassari, Università degli studi di Sassari, 1990.

³⁶ Giorgio ROVIDA, *Franchismo*, en B. BONCIJOVANNI, C. JOCTEAU, N. TRANFAGLIA (eds.), *Storia dell'Europa*, Florencia, La Nuova Italia, 1980, 1, pp. 348-373.

Luciano Casali en 1990 habla de un fascismo de tipo español con la preocupación de subrayar los aspectos imperialistas e ideológicos del franquismo³⁷. Aborda detenidamente el tema en una sucesiva introducción a una recopilación de documentos procedentes del fascismo, del nacionalsocialismo y del franquismo. En ella critica en primer lugar las posturas que más han insistido en el carácter «personal» de la dictadura española, subrayando por contra el papel de Serrano Súñer en la construcción política del régimen. Destaca a continuación que, en la actuación política respecto a las distintas fuerzas que apoyaron la dictadura, Franco no jugó un papel diferente de Mussolini y Hitler. En tercer lugar, recuerda la gradual aparición en el debate español del tema del consenso, añadiendo algunas consideraciones sobre los sectores sociales que constituyeron la base del franquismo y sobre el papel de la propaganda. Continúa examinando algunos aspectos ideológicos del franquismo y haciendo alguna referencia a la modernización económica a partir de finales de los cincuenta³⁸. En general defiende, apoyándose en más datos, la anterior valoración del franquismo como variante del fascismo.

Gabriele Ranzato, que sólo de paso se había ocupado del régimen franquista con anterioridad³⁹, en su intervención en el Congreso de 1987 ya mencionado, aborda el tema de la base de masas del franquismo, afirma que el régimen de Franco goza del consenso católico y que ese consenso arranca de la guerra civil debido a las violencias anticlericales. A este respecto escribe que «el apoyo de la iglesia al bando "nacional" no fue anterior y por ende "justificó" la persecución, sino sucesivo a la persecución, la cual obligó a casi todos los católicos a tomar postura a favor del bando que les garantizaba la supervivencia»⁴⁰.

³⁷ Luciano CASALI, «Il fascismo spagnolo», en L. CASALI (ed.), *Per una definizione della dittatura franchista*, cit., pp. 7-37.

³⁸ Id., *Fascismi. Partito società e stato nei documenti del fascismo, del nazional-socialismo e del franchismo*, Bolonia, Cleub, 1995. La introducción lleva por título «Note introduttive per uno studio sui fascismi» (pp. 11-93). Sobre el tema del consenso véase también: Cándida CALVO VICENTE, «El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista», *Spagna contemporanea*, núm. 7, 1995, pp. 141-158.

³⁹ Gabriele RANZATO, «La guerra civile spagnola e il franchismo», en N. TRANFAGLIA e M. FIHO (dir.), *La Storia. L'età contemporanea. Dal primo al secondo dopoguerra*, Turín, Utet, 1986, pp. 437-461, sobre el franquismo, pp. 452-459.

⁴⁰ Id., «All'origine della base di massa del regime franchista», en L. CASALI (ed.), *Per una definizione della dittatura franchista*, cit., pp. 155-165, p. 161. Quizás habría que distinguir entre colocación, apoyo y cruzada. La colocación y el apoyo eran, por

Por mi parte he abordado el tema del franquismo en mi trabajo sobre el nacionalcatolicismo. En él he intentado demostrar que el nacionalcatolicismo, a pesar de sus raíces contrarrevolucionarias, tradicionalistas e integristas, es una ideología político-religiosa que se transforma y estructura entre finales del siglo XIX y principios del XX. Muy esquemáticamente se puede decir que los cambios decisivos se producen a lo largo de tres ejes. Por lo que se refiere al Estado, con el cambio de actitud que desde la afirmación integral de la *tesis* católica lleva a la *hipótesis* y con ella a la integración católica en el Estado de la Restauración. Respecto a la organización territorial del Estado, con el pasaje desde actitudes anticentralistas (las más típicas las del carlismo, pero difundidas en todo el área del tradicionalismo católico a raíz del modelo francés de Estado moderno centralizador) a posturas unitarias y centralistas. Por lo que se refiere a la economía, con el tendencial y progresivo abandono de las posturas ruralistas y de resistencia a la industrialización y con la asunción de posturas industrialistas y, por así decirlo, desarrollistas en lo económico.

De esta forma el nacionalcatolicismo sería, desde el punto de vista ideológico, el equivalente hispánico del moderno nacionalismo, del cual representaría la versión compatible con la ortodoxia católica. Moderno, porque surge en el marco de un Estado que existe, que está en crisis y que se propone fortalecer; porque se presenta como tendencialmente totalitario en relación con los problemas de integración regional; en fin y sobre todo, porque surge sobre una base de nacionalismo económico y de empuje hacia la creación de una industria nacional.

Más aún, sería la ideología que vertebra la derecha española en la cual se insertan, en una época determinada y sin alcanzar la hegemonía, los aspectos más claramente fascistas. Sería, además, la ideología del franquismo, no porque está producida por el franquismo, sino porque es la que el franquismo emplea y enriquece, cuya fuerza deriva de su larga duración. Sería, en conclusión, una ideología en absoluto antimoderna y arcaizante, sino que acepta los aspectos económicos y tecnológicos de la modernidad, rechazando sin fisuras los aspectos políticos (liberalismo, democracia, pluripartidismo, secularización, etc.). En fin, industrialización y desarrollo capitalista sin democracia en un marco confesional de unidad católica.

así decirlo, un hecho natural, mientras resulta muy probable que la cruzada (es decir, la sacralización de la guerra y la actitud militante de la Iglesia española al lado del bando franquista) vino determinada por las violencias anticlericales.

Con ello el franquismo deja de ser un largo paréntesis, una anomalía, y se inserta de una forma coherente en la historia contemporánea española. Deja de ser un misterio el hecho de que es justamente en España –en el contexto de un catolicismo que se considera generalmente como atrasado y antimoderno–, donde se produce en la segunda mitad de los años veinte la reflexión de Ramiro de Maeztu sobre las relaciones entre catolicismo y capitalismo y donde nace, con el Opus Dei, la espiritualidad más compatible con las exigencias de la modernización capitalista. Así deja de ser incomprensible la modernización económica de los sesenta que no se produce a pesar del franquismo, sino porque en él están elementos desarrollistas en lo económico; el régimen ha garantizado la acumulación primaria y con la represión el marco socio-político en el cual puede producirse la «gran transformación» ⁴¹.

3. La mirada del otro sobre el relato de otra mirada

No corresponde al objetivo de esta aproximación abordar el tema de la historiografía española sobre el franquismo, ni el de la eventual influencia sobre ella de la historiografía italiana sobre el fascismo. Sin embargo, en virtud del hecho de que la mirada del otro mira al objeto (franquismo) también a través del relato de otra mirada (la historiografía sobre el franquismo), la mirada desde fuera, la mirada desde lejos, descubre y tiene algo que decir también sobre la historiografía.

Lo que intento a continuación no es una valoración de conjunto de la historiografía española sobre el franquismo, sino de lo que desde la perspectiva del debate historiográfico italiano, sea por analogía, sea por su contrario, llama la atención. El alto nivel ideológico del enfrentamiento historiográfico y la influencia del antifranquismo político sobre las interpretaciones propiamente historiográficas es algo, por ejemplo, que tiene bastantes analogías con la situación italiana. Me refiero concretamente a las dificultades que se han encontrado en reconocer la modernización económica de los años sesenta o en enfocar el tema del consenso o, en fin, en reconocer los aspectos ideológicos del franquismo. En particular ese último tema se ha planteado de una forma no muy diferente de como ha sido planteada en Italia. Por una larga época los historiadores italianos se han resistido en aceptar la existencia

⁴¹ Alfonso BUITI, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992.

de una ideología del fascismo. En España también se ha subrayado el carácter coercitivo del régimen. La diferencia no reside en la falta de ideología, sino en el hecho de que mientras Mussolini fue también un ideólogo (aunque siendo, antes que nada un pragmático, un político), Franco no se caracterizó justamente por su aportación a la ideología del régimen. ¿Quiere esto decir que el régimen no tuvo una ideología? Pues, no. Es más: no hay que confundir el escaso nivel cultural e ideológico de Franco con el del franquismo. Podría ser una consideración muy obvia, si no fuera que algunos historiadores después de haber demostrado que el pensamiento de Franco, al margen de ser muy pobre y sencillo, era tradicional y arcaizante, sacan la conclusión de que la ideología del franquismo ha sido tradicional y arcaizante.

Por contra, la hegemonía durante toda una fase de los enfoques politológicos y sociológicos, la subordinación de la historiografía a esos enfoques y, en consecuencia, el excesivo interés en establecer la *naturaleza* del régimen, llama la atención justamente por la razón opuesta: es decir, por no haberse producido en Italia en relación con el fascismo. Llama, en fin, la atención el trasfondo historiográfico en relación con el fascismo italiano que caracteriza las aproximaciones de politólogos y sociólogos cuando comparan el franquismo al fascismo construido como tipo ideal, así como las comparaciones que se han desarrollado en sede propiamente historiográfica. A este respecto lo que quiero destacar es que el conocimiento del fascismo italiano en España se ha producido durante una larga fase, al margen de la obra de Tasca⁴², principalmente a través de la historiografía anglosajona (Tannenbaum⁴³, Payne⁴⁴), mientras que de todo el debate italiano alrededor de la obra de De Felice ha llegado tan sólo un débil eco. Sigo pensando que de De Felice se conoce la famosa entrevista y apenas se ha ojeado su biografía del Duce, al mismo tiempo que no han tenido casi entrada ni la abundante literatura italiana sobre las relaciones Iglesia-fascismo, ni el debate que estas investigaciones ha suscitado en Italia⁴⁵, ni los trabajos de Emilio Gentile. Lo mismo podría afirmarse de otros trabajos

⁴² Angelo TASCA, *El nacimiento del fascismo*, Barcelona, Ariel, 1967 (2.^a ed., 1983).

⁴³ Edward R. TANNENBAUM, *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, 1975.

⁴⁴ Stanley G. PAYNE, *Fascismo, comparación y definición*, Madrid, Alianza, 1982.

⁴⁵ Llama poderosamente la atención que, dado el carácter confesional del régimen franquista, ninguna de las numerosas investigaciones llevadas a cabo en Italia sobre las relaciones Iglesia-fascismo esté publicada en España. Más aún sorprende la escasa disponibilidad en las bibliotecas españolas (incluidas las universitarias) de los ins-

sobre los intelectuales y la organización de la cultura, de Zunino sobre la ideología ⁴⁶, de Salvati sobre los empleados ⁴⁷, etc.

Más en general, con respecto a la historiografía española que se ha dedicado al franquismo, destacaría tres consideraciones. La primera es que si no ha habido hasta la fecha ni un solo historiador italiano del franquismo, tampoco ha habido un solo historiador español sobre el fascismo (es decir: que haya trabajado sobre fuentes directas y que haya aportado algo significativo en el plano de la interpretación, valorado como tal por parte de la comunidad científica). Así que no es de extrañar que, por la misma razón, no se ha producido hasta la fecha una convincente comparación entre los dos regímenes ⁴⁸.

La segunda es que en término medio toda operación historiográfica de sustracción del franquismo del fascismo se ha fundamentado principalmente sobre las valoraciones siguientes: a) el retraso económico-social español en relación con Italia; b) la falta en España de un moderno nacionalismo; c) el carácter católico del fascismo español y del régimen después; d) una visión del fascismo como fenómeno todo moderno y secularizado; e) una visión dicotómica de las sociedades modernas y de las tradicionales (según el patrón de la sociología clásica y de la de los años sesenta), y f) una visión del catolicismo español como ideología religiosa siempre antimoderna (en lo político y en lo económico).

La tercera se refiere al sustrato sociológico de las aproximaciones historiográficas. Althusser ha puesto de relieve la existencia de una filosofía espontánea en los científicos ⁴⁹. ¿Existe una sociología espontánea (por así decirlo) de los historiadores? Habría que investigar la sociología latente en la historiografía. En la historiografía española desde

trumentos básicos para el conocimiento del fascismo italiano. Cualquiera puede averiguarlo por vía telemática y está al alcance de todos. Si no me equivoco, por ejemplo, en la Biblioteca Nacional de Madrid, he localizado sólo el primer volumen de la biografía del Duce de De Felice.

⁴⁶ Piel' Giorgio ZUININO, *L'Ideologia del fascismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bolonia, Il Mulino, 1985.

⁴⁷ Mariuccia SALVATI, *Il Regime e gli impiegati. La nazionalizzazione piccolo-borghese nel ventennio fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1992.

⁴⁸ Eso supone, al margen de las pistas que abren y de los aspectos concretos que abordan, que no se consideran satisfactorios los conocidos trabajos al respecto de Payne, Tusell, Casali, Botti, Vcelay da Cal, etc.

⁴⁹ El concepto, utilizado por el filósofo francés en su Introducción al *Cours de philosophie pour scientifiques* de octubre-noviembre de 1967, se encuentra explicado en *Philosophie et philosophie des savants*, 1967. Me refiero aquí a la edición italiana,

finales de los sesenta hasta los años ochenta domina la palabra «fracaso»; así como a partir de la mitad de los ochenta empieza a aparecer el término «modernización» que tendrá con posterioridad y hasta la fecha un verdadero éxito. No es difícil ver tras los que hablaban de fracaso la sociología de los años sesenta sobre las teorías de la convergencia. Así como en la historiografía posterior la adopción de la sociología de la modernización que ve la sociedad moderna como antitética a la tradicional. De entre los críticos más autorizados de este planteamiento está Eisenstadt. Resulta interesante constatar que su trabajo de 1974 sobre los estudios de la modernización y la teoría sociológica sale en traducción italiana en 1974 y en edición española tan sólo en 1992⁵⁰. En fin, tengo la sensación de que los múltiples lazos entre lo moderno y lo tradicional que se presentan en los procesos de modernización no han alcanzado todavía el puesto que les corresponde en el trasfondo del trabajo historiográfico.

La historiografía española y, más en general, sobre la España contemporánea se encuentra hoy en día en una fase de cambio. La tendencia estaba ya en el aire a principios de los noventa, por esta razón no me atribuyo ningún mérito particular, ni me parece presuntuoso, si afirmo que el libro sobre el nacionalcatolicismo plantea con mucha claridad la necesidad de superar algunos tópicos y de mirar la historia contemporánea española desde una perspectiva diferente⁵¹. En este caso también la mirada desde fuera ha facilitado la percepción. Sin entrar en un análisis pormenorizado de las causas, de las características y de los trabajos que mejor representan esta tendencia, haré unas pinceladas sobre esos tres aspectos.

Por lo que se refiere a las causas hay que buscarlas, en primer lugar, en la estabilidad democrática que se consolida en el posfran-

L. ALTHUSSER, *Filosofía e filosofia spontanea degli scienziati e altri scritti*, Bari, De Donato, 1974, concretamente a las pp. 93-109.

⁵⁰ Shmuel N. EISENSTADT, «Studies of Modernization and Sociological Theory», en *History and Theory*, núm. 3, 1973, pp. 225-252, publicado en versión italiana en id., *Il mutamento sociale e tradizione nei processi innovativi*, Nápoles, Liguori, 1974, y castellana en Teresa CARNERO ARBAT (ed.), *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 35-70. Véase también id., *Modernità, modernizzazione e oltre*, Roma, Armando Editore, 1997.

⁵¹ Alfonso BOTTI, *Cielo y dinero*, cit. En él, desde las primeras páginas se afirma que el «laberinto español» no existe, se critican algunos mitos historiográficos y las imágenes más tópicas de España, se toma reiteradamente distancia de las categorías *defracaso* y del paradigma del atraso para explicar aspectos fundamentales de la historia contemporánea española.

quismo. Un presente vivido como normal solicita, empuja, hacia una lectura del propio pasado como igualmente normal. Destacaría después el papel de la gran cantidad de investigaciones de historia económica, el sector que más se ha desarrollado en las últimas dos décadas, que sobre la base de nuevos datos han demostrado que la distancia que separaba a España de otros países de Europa (concretamente de Italia, pero no sólo) no era tan grande como se había pensado con anterioridad. Subrayaría, en fin, la mayor y mejor circulación de las historiografías y de los propios historiadores que, recorriendo otras pistas, han conseguido el mismo resultado; es decir, la reducción de la presunta anomalía española.

Respecto a las características, se trata en algunos casos de la sustitución del tradicional pesimismo noventaochista con un optimismo neoilustrado, liberal-demócrata, hasta cierto triunfalismo; en otros, de recuperación de algunos aspectos culturales e institucionales anteriormente infravalorados en el marco de una más equilibrada síntesis de la historia contemporánea del país que adopta como centro la categoría de atraso relativo. En general, lo que parece socializarse de entre los historiadores es el rechazo de la visión trágica, de fracaso, tremendista. NO se puede esconder que en esa nueva visión, una concepción democrática, consensual y pactada de España como nación no siempre resulta completamente respetuosa de las diferencias e identidades reivindicadas por catalanes, vascos, gallegos y otras comunidades autónomas que han recorrido un itinerario nacionalista en el posfranquismo.

Por lo que se refiere, en fin, a los trabajos que hay que enmarcar en esa línea, sin ninguna pretensión de exhaustividad, haría referencia a la *Breve historia de España* de F. Gareía de Cortázar y Í. M. González Vesga⁵², al libro de Í. P. Fusi y Í. Palafox⁵³, y en fin, al de David Ringrose⁵⁴.

⁵² Fernando GARCÍA DE CORTÁZAR y José Manuel GONZÁLEZ VESGA, *Breve historia de España*, Madrid, Alianza, 1994.

⁵³ Juan Pablo FUSI y Jordi PALAFOX, *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1997.

⁵⁴ David RINGROSE, *España, 1700-1900. El mito del fracaso*, Madrid, Alianza, 1997 (ed. original *Spain, Europe and the "Spanish Miracle" 1700-1900*, Cambridge, University Press, 1996).

4. Sobre las ventajas del mirar desde lejos y otras consideraciones

a) En este apartado se defiende la tesis de que la mirada desde afuera es de por sí comparación. Obviamente este requisito no garantiza la calidad del resultado. Por supuesto no ocupa todo el campo de las comparaciones posibles. Pero es una forma concreta de comparación. Giovanni Sartori ha puesto de relieve que en las universidades estadounidenses se definen como comparatistas a los politólogos que no se ocupan de los EEUU sino de otro país y por el sólo hecho de no ocuparse del propio, aun cuando no comparen nada. Mariuccia Salvati ha escrito que «el ejemplo de investigación comparada más simple y evidente estaría representado por el aplicarse de un investigador de un país dado al estudio de *otro* país» a raíz de la curiosidad de buscar respuestas a interrogantes que plantea el país de origen. Con anterioridad Luciano Cafagna había hecho referencia a las «fermentaciones analógicas en las que culturalmente se genera, en la mente del historiador, el problema histórico»⁵⁵. No voy a detenerme en este aspecto que he desarrollado en otros lugares⁵⁶. Lo que sí quiero volver a subrayar es que la mirada desde fuera no es ni directa ni inocente, sino que supone el empleo de gafas historiográficas (las del país de procedencia o más generales) que afectan y condicionan la mirada. Y que son justamente esas gafas las que permiten plantear problemas, descubrir aspectos, establecer paralelismos y, sobre todo, construir objetos, que quien mira desde dentro (por supuesto, no sin gafas, sino con otras) no percibe, no ve y, sobre todo, no puede construir. Los ejemplos podrían ser miles.

A este respecto, dicho sea entre paréntesis, habría que historiar la recepción-percepción de la producción hispanista por parte de la

⁵⁵ Cfr. Giovanni SARTORI, «Comparazione e metodo comparato», en L. MORLINO y G. SARTORI (eds.), *La comparazione nelle scienze sociali*, Bologna, Il Mulino, 1991, p. 26; Mariuccia SALVATI, «Storia contemporanea e storia comparata oggi: il caso dell'Italia», *Rivista di storia contemporanea*, núms. 2-3, 1992, p. 489; Luciano CAFAGNA, «Comparazione e modernizzazione nella storiografia», en Paolo ROSI (ed.), *La storia comparata. Approcci e prospettive*, Milán, Il Saggiatore, 1990.

⁵⁶ Sobre este aspecto y, más en general, sobre el papel fundamental de las historiografías en las aproximaciones comparativas, cfr. Alfonso BOTTI, «Los fantasmas de Clío. A propósito de franquismo y fascismo en la perspectiva de la historia comparada», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia contemporánea*, núms. 8-9, 1991-92, pp. 21-34, y *íd.*, «Italia y España en el siglo xx desde la perspectiva de la historia comparada. Un balance finisecular», *Letras de Deusto*, núm. 66, 1995, pp. 109-129.

historiografía española y su cambio de actitud al respecto en la última década más o menos. Se evidenciaría en primer lugar un sincero agradecimiento a los anglosajones que han llevado a cabo las primeras investigaciones sobre la Segunda República y la guerra civil. Después se produce una toma de distancia y un tendencial escepticismo: como si los hispanistas tuvieran sentido sólo porque desarrollaban una suplencia, una función, que a los historiadores nativos no les estaba permitida por causa del franquismo y, en cambio, ahora con la democratización las aportaciones desde fuera carecieran de sentido. En fin, como una innecesaria invasión de mirar con celos, sobre todo si tiene éxito editorial.

No defiendo la categoría de los hispanistas, con la que no me identifico o me identifico sólo parcialmente. Afirmo la utilidad heurística, historiográfica, de multiplicar los puntos de vista y la necesidad de reconocer la existencia de distintas sensibilidades, afinadas en los distintos *humus* culturales e historiográficos, cada uno de los cuales (si se pone sobre una base de cientificidad) aporta un elemento de interpretación con el cual medir y confrontar la propia en un abanico de posibilidades interpretativas que por ser plural no necesariamente tiene que desembocar en el relativismo. Eso por lo menos hasta que no sea real, efediva, la circulación y la socialización de las historiografías y pierdan su caracterización nacional para dejar el sitio a un pluralismo únicamente metodológico e ideológico-cultural.

b) Entrando ya en el fondo de lo que, en el sentido que acabo de indicar, la mirada desde la historiografía italiana permite valorar del franquismo en relación con el fascismo, diría que hay que ser coherentes y comparar por niveles homogéneos. El fascismo ha sido una ideología, un movimiento y un régimen. Hay que comparar la ideología con la ideología, el movimiento con el movimiento y el régimen con el régimen. Todo lo anterior en su historicidad. Cuando se afirma que el fascismo fue revolucionario y moderno, ¿a qué nos referimos? Si nos referimos a la ideología y buscamos el específico fascista en este plano nos encontramos con la necesidad de separar en ella lo que es novedoso y moderno, que aparece por primera vez, de lo que estaba y se conocía ya. ¿En qué consiste ese específico fascista?

Lo esencial me parece la idea de superar la conflictividad social (la lucha de clases) por medio de la integración de la sociedad en la nación y de la nación en el Estado, en la dirección del Estado totalitario y de una política exterior de expansión. Lo demás, vitalismo, exaltación de la juventud, violencia, anticlericalismo, antimarxismo,

imperialismo, movilización, corporativismo, etc., no son aspectos novedosos. Como máximo, es novedosa su mezcla.

Esta tendencia revolucionaria y moderna en lo ideológico coexistió con otras, más tradicionales, más conservadoras, católicas. Volvió a resurgir en 1943 con la República Social Italiana en el Norte del país. ¿Resulta correcto caracterizar como revolucionaria, novedosa y moderna toda la ideología fascista, cuando se trata de un aspecto que históricamente se encuentra inframezclado con otros y que tan sólo una operación historiográfica de análisis de las ideas permite extraer y sacar a relucir? Dicho de otra forma, en el plano ideológico, ¿el fascismo es sólo eso o hay que valorar como ideología fascista toda la mezcla? Tengo mis dudas al respecto. En cualquier caso, lo que sí me parece claramente incorrecto es identificar el fascismo con su ideología.

Cuando se afirma que el fascismo fue revolucionario y moderno, nos referimos también al fascismo movimiento. Efectivamente lo fue hasta su derechización en 1921-1922, es decir, que su carácter revolucionario no alcanzó los dos años de vida. Su transformación en partido concluyó la parábola de derechización. Y el mismo Mussolini fue el artífice de esa derechización. El fascismo (a pesar de la existencia de una fase revolucionaria) no hizo ninguna revolución y alcanzó el poder por vías extralegales, pero en absoluto revolucionarias. Es más, ¿ganó en virtud de sus novedades revolucionarias y modernas? Pues, no. Fue en virtud de la capacidad de mediación, de asimilación de posturas reaccionarias clásicas, conservadoras, autoritarias, derechistas más tradicionales de Mussolini. Y de su gran habilidad de maniobra política.

Entonces, ¿fue por lo menos revolucionario y moderno el régimen que Mussolini construyó a partir de 1925? Si hacemos caso al mayor estudioso del fascismo italiano, habrá que contestar que no. En una de las primeras páginas del segundo volumen, segundo tomo, de la biografía del Duce, *Mussolini il fascista, L'organizzazione dello Stato fascista, 1925-1929*, De Felice escribe: «En la forma **-en fin-** el fascismo fascistizó los./*iancheggiatori*, en la sustancia estos consiguieron desrevolucionarizar al fascismo, convertirlo en buena parte en su instrumento y enmarcarlo en gran medida en el cauce de la tradición conservadora. En el "régimen fascista" que tomó progresivamente forma después del 3 de enero [1925] la sustancia fue así, el *régimen*, que

de hecho quedó **-en** las hipocresías y en los formalismos pseudo-constitucionales **también-**, el viejo régimen tradicional, aún con camisa negra y con toda una serie de transformaciones en sentido autoritario (pero de un autoritarismo todavía sustancialmente clásico, en el que los injertos demagógicos-sociales más típicamente modernos no habrían estado por tiempo suficiente para caracterizarlo como verdadero totalitarismo, como, por contra, habría sido en Alemania el régimen nazista); [...]. Así que en practica del renovado y fortalecido compromiso (que habría alcanzado su máxima difusión sólo después de 1929, es decir después de la Conciliación) los que acabaron por sacar los mejores beneficios fueron *losfiancheggiatori*, la vieja clase dirigente y las clases sociales que la expresaban, mientras para el fascismo la operación se redujo en gran medida en la gestión para su élite del equilibrio de una serie de intereses conservadores (aquéllos contra los que al principio se había apuntado la revuelta pequeño-burguesa del fascismo revolucionario)>> ⁵⁷.

Como es de sobra conocido De Felice defiende el escaso totalitarismo del régimen italiano en relación con el caso alemán que considera como totalitarismo modélico. Sobre el carácter totalitario del régimen fascista italiano el debate continúa abierto. ¿Nos contentaremos con decir que, sea lo que fuera, el franquismo lo fue menos? ¿En qué? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿En qué sentido?

Lo que resulta sinceramente inaceptable es que al mismo tiempo se admita la valoración defeliciana de moderno y de revolucionario con respecto al fascismo italiano (que De Felice limita a una fase del fascismo movimiento), se considere el franquismo (régimen) como no fascista por no ser moderno y revolucionario y se desconozca lo que De Felice escribe sobre las características tradicionales del régimen fascista hasta la segunda mitad de los años treinta. Es más, dicho sea de una forma paradójica, la verdad es que a menudo se tiene la sensación de que para excluir el franquismo del fascismo se emplean esquemas, interpretaciones y modelos del fascismo en los que no encajan ni el fascismo italiano y ni tan siquiera el propio Mussolini.

e) De entre las sugerencias posibles en relación con las investigaciones en este ámbito, destacaría por lo menos dos. La primera

⁵⁷ Renzo DE FELICE, *Mussolini il fascista. L'organizzazione dello Stato fascista, 1925-1929*, Turín, Einaudi, 1968, p. 9.

es genealógica y tiene por objeto la historia de las ideas. España comparte con Italia la recepción tardía de la obra de Zeev Sternhell, a la que añade la igualmente tardía recepción del debate que las investigaciones del historiador israelí han suscitado en Italia ⁵⁸. Si hiciéramos con respecto a España la misma operación que ha hecho Sterhell en relación con Francia, no digo a la búsqueda de los orígenes ideológicos del fascismo, sino más modestamente de las ideas que confluirán después en la derecha radical de los años treinta (Falange) y luego en el franquismo, encontraríamos segmentos que constituyen una tradición ideológicamente significativa. Me refiero, tan sólo para facilitar algún ejemplo, a la aparición de posturas antiparlamentarias, al debate sobre el papel de las minorías y de las élites, a la reflexión nacionalista de algunos regeneracionistas, a la idea de revolución desde arriba, a la justificación ideológica de las milicias armadas, etc.

La segunda se refiere al tema de las religiones civiles que se enmarcan en los procesos de secularización de la política. Esos procesos, sin embargo, se desarrollan en el marco de una religión que, en el área católica, está politizada (la Iglesia a través de la ideología político-religiosa de la cristiandad se plantea como modelo para la sociedad civil y el Estado). Al mismo tiempo es curioso que mientras hay secularización de la política se produce una sacralización de la misma. Es decir, la política se sustrae al control del factor eclesiástico, se laiciza, y para conseguir mejor este resultado se sacraliza de una forma autónoma. Me refiero específicamente al caso italiano del culto del *littorio* estudiado por Emilio Gentile ⁵⁹. ¿Qué ocurre? Ocurre que la religión fascista (culto, ritualidad, teología política, etc.) tiene por modelo, dicho de otra forma, copia de la religión tradicional, concretamente

⁵⁸ A este respecto cfr. Leonardo RAPONE, «Fascismo: né destra né sinistra», -*"tudi storici*, núm. 3, 1984, pp. 799-820; Francesco GERMINARIO, «Un fascismo senza fascio? Note sull'ultimo libro di Zeev Sternhell», -*"tudi bresciani*, núm. 6, 1992, pp. 139-153; íd., «Fascisme et idéologie fasciste. Problèmes historiographiques et méthodologiques dans le modèle de Zeev Sternhell», *Revue Française d'Histoire des idées politiques*, núm. 1, 1995, pp. 39-78; Marco REVELLI, «Prefazione», en Zeev STERNHELL, Mario SZNAJDER, Maia ASHERI, *Nascita dell'ideologia fascista*, Milán, Baldini & Castoldi, 1993, pp. VII-XXI.

⁵⁹ Emilio GENTILE, *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993, y también la amplísima y puntual reseña de Renato MORO, «Religione e politica nell'età della secolarizzazione: riflessioni su di un recente volume di Emilio Gentile», *Storia contemporanea*, núm. 2, 1995, pp. 255-325.

del catolicismo. Es más, todas las veces que el fascismo tiene que decir lo que va a ser el Estado totalitario no tiene otro modelo que el representado por la Iglesia católica. Todo lo anteriormente dicho, ¿no es suficiente para replantear también en España de una forma distinta el tema de las relaciones entre catolicismo, Iglesia, autoritarismo, fascismo y totalitarismo?

El objeto cercano. La dictadura franquista en la historiografía italiana

Ismael Saz

Creo obligado iniciar mi comentario congratulándome del tema elegido por Alfonso Botti para su exposición, así como por el enfoque que ha dado al mismo. Primero, porque, como intentaré poner de manifiesto, el problema de la dictadura merecía un tratamiento monográfico en una reunión como ésta. Y, segundo, porque Alfonso Botti ha abordado la cuestión con una claridad y una valentía que favorecen extraordinariamente el cumplimiento de otro de los objetivos de este seminario: el debate abierto entre distintas perspectivas y la reflexión sobre los fundamentos culturales, historiográficos y políticos, de las distintas construcciones de la imagen de la España contemporánea. Consecuentemente, mi exposición se desarrollará en dos partes bien diferenciadas aunque claramente interrelacionadas: una más general y complementaria a la exposición de Alfonso Botti y otra en la que se intenta establecer un diálogo con algunas de las tesis por él mantenidas.

1. La España contemporánea en el espejo de la dictadura

¿Qué puede haber influido más en la imagen de España, en la percepción de la imagen de España, dentro y fuera de sus fronteras, que la existencia de una dictadura de cuarenta años? Por supuesto, la imagen de una España que no marchaba al compás de Europa tenía, como es sobradamente conocido, una larga tradición ya en los años treinta, y la propia guerra civil se encargaría de magnificar esas percepciones. Pero la dictadura vino a amplificarlas todavía más, a fijarlas

como inmutables, y a suponer de algún modo la confirmación última y definitiva de todas las disfuncionalidades preexistentes. Si existía la imagen histórica de una España negra, ¿qué mejor demostración de su inmutabilidad que una dictadura que ofrecía impudicamente, en sus primera décadas al menos, la más clara y tangible materialización de esa negritud? En cierto sentido, por tanto, la dictadura se podía explicar por la existencia de un pasado excepcional cuya excepcionalidad venía a su vez magnificada por la propia dictadura.

Vale la pena señalar que esta fijación de una determinada imagen de España tuvo mucho que ver con la larga duración de la dictadura, con su prolongación treinta años más allá de 1945. Hasta esa fecha, sin embargo, la dictadura franquista no había sido sino una más entre las muchas europeas del período de entreguerras. Y a todas ellas se les podía haber aplicado —y de hecho se les aplicó— la idea de la dictadura como revelación de taras o males seculares de sus respectivos países, de su historia, de sus estructuras, del carácter mismo de sus ciudadanos. Más adelante y de forma mucho más sofisticada, algunas teorías como la del *Sonderweg*, para Alemania, o la *rivoluzione pasiva*, para Italia, darían cuenta de las respectivas dictaduras en clave de continuidades históricas y déficits de modernidad socioeconómica y política.

Así pues, había una excepcionalidad española que no lo era tanto; y otra, posterior a 1945, plenamente tangible y absolutamente operativa en su proyección sobre el pasado. Sin embargo, también los países que vivieron experiencias dictatoriales traumáticas en el período de entreguerras hubieron de seguir conviviendo, aunque de otra manera, con el peso de las mismas. Y de hecho, como revelan los recientes debates y querellas historiográficas en Alemania e Italia, siguen haciéndolo.

Por una parte, sigue abierto en estos países el problema de la reconstrucción de una historia nacional en cuyo centro se halla la ominosa mancha de una dictadura aberrante; por otra, se plantea el problema complementario de la fundamentación-legitimación de las democracias instauradas en 1945. Por supuesto, en esta última fecha los valores dominantes eran los del antifascismo, aunque éstos no pudieran aplicarse del mismo modo en todas partes. En Alemania, por ejemplo, los mimbres de la resistencia antifascista habían sido débiles y su memoria se iba a escindir, además, irremediabilmente entre las dos Alemanias. En Italia, en cambio, el antifascismo y la resistencia podían considerarse

en cierto modo victoriosos, hasta el punto de que sus valores adquirieron el papel de mito fundacional de la República.

Medio siglo más tarde son, precisamente, los valores del antifascismo los que han sido sometidos a un asalto generalizado desde posiciones revisionistas. Para estos sectores, historiográficos o no, aquellos valores son insuficientes, o sesgados, a la hora de reconstruir un pasado nacional, una historia nacional aceptable. La cual, además, debería constituir la base para la fundamentación de un nuevo patriotismo considerado imprescindible como elemento de cohesión social frente a los desafíos y disfuncionalidades de la sociedad posindustrial.

Tales fueron a grandes rasgos las bases de la *Historikerstreit* o de los sucesivos debates que vive la historiografía italiana ante la constante ofensiva de un revisionismo de marca *defeliciana*. Las experiencias fascistas de ambos países arruinaron el atractivo, y hasta la respetabilidad, de toda retórica nacionalista o patriótica. ¿Cómo resucitarlos entonces? No había otra salida que la de rescatar los elementos de sano patriotismo o sano nacionalismo que pudieran existir en el interior de las propias experiencias dictatoriales. La respuesta en Alemania la proporcionó básicamente E. Nolte al acentuar los elementos reactivo-defensivos del nacionalsocialismo frente al bolchevismo. Las barbaridades perpetradas por los segundos exigían una reacción a la vez burguesa y nacional que los nazis asumieron y distorsionaron hasta la aberración. Pero esto último no eximía la necesidad de lo primero. El colofón era claro: había un nacionalismo sano no nazi que había que rescatar y había, por tanto, una historia nacional asumible y respetable a reconstruir ¹.

En Italia la operación era más compleja. Primero, porque la tradición antifascista era más sólida y poderosa, y, segundo, porque no existía como en Alemania una fortísima prevención anticomunista. Desde el punto de vista nacional, en fin, el fascismo no sólo había contribuido a causar un daño universal sino que había concluido en un inmenso fiasco hasta quedar reducido a un estado satélite de la Alemania nazi.

¹ Cfr. E. NOLTE, *La guerra civil europea, 1927-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, 1994; íd., *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo xx*, Barcelona, 1995. Para una visión de conjunto de la *Historikerstreit*, Ch. S. MAIER, *The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity*, Harvard, 1998, y G. ELEY, «Nazisme, política i la imatge del passat. Idees al voltant de la *Historikerstreit* d'Alemanya Occidental, 1986-1987», *Afers*, núm. 25, 1996, pp. 585-621.

A diferencia del caso alemán, en fin, los valores del antifascismo y la resistencia podían plantearse, además, como los verdaderamente nacionales. ¿Cómo fundamentar entonces un patriotismo distinto? Pues bien, por una parte rebajando las dimensiones del *mal*, es decir, acen- tuando las diferencias con la mucho más perversa y terrorífica expe- riencia nazi. Por otra parte, rescatando lo que pudiera haber de patrio- tismo en el propio fascismo. Y, finalmente, diluyendo los contenidos nacionales del propio antifascismo. El último libro de Renzo De Felice, *Rosso e Nero*, incidía de forma clara y meridiana en los dos últimos supuestos: la creación de la República de Saló por Mussolini no habría estado exenta de móviles patrióticos, en el sentido de ahorrar males mayores a Italia, y los comunistas italianos no habrían sido sino una pieza del «sistema de poder mundial de la URSS»².

Todo esto no implica ningún tipo de defensa del fascismo, pero sí apunta a la existencia de la presencia distorsionada en él de un nacionalismo subyacente y por ello rescatable. Lo que se complementa con la progresiva elevación del comunismo a la categoría de *mal* igual, cuando no mayor, que el propio fascismo. Hay algo de paradójico en el hecho de que el final de la guerra fría y la desaparición del comunismo haya supuesto el inicio de una formidable ofensiva anticomunista. Por supuesto, tal ofensiva es, hasta cierto punto, tan justa como necesaria, pero si se observa más el cómo y cuándo de la misma se podrá convenir con facilidad que el gran objetivo no eran tanto los comunistas como los amigos de los comunistas, no tanto la cultura comunista como la cultura del antifascismo. Un objetivo que aparece dibujado de forma meridianamente clara en *El pasado de una ilusión*, de F. Furet, texto en el que es tan apreciable la voluntad de ajustar cuentas con la cultura del antifascismo francés, como la de hacerlo vía aproximación de los dos grandes males, el comunista y el fascista³.

¿Qué tiene todo esto que ver con España? Mucho más de lo que a simple vista podría parecer. Porque España y su guerra civil habían constituido precisamente el punto de referencia, europeo y mundial, del antifascismo. François Furet era plenamente consciente de ello y en su libro extraería las pertinentes conclusiones. La guerra de España habría sido el mayor logro de la capacidad de engaño de fascistas y comunistas para atraerse a incautos aliados. El antifascismo habría

2 R. DE FELICE, *Rosso e Nero*, Milán, 1995, pp. 73 Y 109-133.

3 F. FURET, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Madrid, 1995.

sido hábilmente manipulado por Stalin hasta el punto de que la España republicana dejaba de constituir un ejemplo de lucha por la libertad y una anticipación de la guerra mundial antifascista, para convertirse en el precedente más inmediato de las democracias populares de la posguerra.

¿Y qué tiene todo esto que ver con la mirada italiana sobre España? Mucho más todavía. Porque en Italia se dan juntos y con efectos multiplicadores todos los elementos que hasta aquí hemos tratado separadamente. En primer lugar, la necesidad para determinados sectores de reivindicar un nuevo nacionalismo, un nuevo patriotismo, por supuesto distinto –o liberado– de las aberraciones fascistas, pero radicalmente diferente, y enfrentado, a la cultura del antifascismo. En segundo lugar, la exigencia de una cierta demonización, no ya del comunismo genérico sino del occidental y, muy especialmente, del italiano. En tercer lugar, y sobre todo, la existencia de una línea directa entre los mitos fundacionales del antifascismo y la resistencia y la guerra de España. La presencia de los voluntarios antifascistas en España puede considerarse –y de hecho se considera– como un hito fundamental, cuando no fundacional, de la resistencia.

Es aquí, precisamente, donde entran en juego los otros dos factores. Si podía existir un nacionalismo sano subsumido en la distorsión fascista y si la España republicana no era sino una anticipación de las democracias populares, entonces el conflicto se daba entre fascismo y comunismo, y, consecuentemente, podría haber algo de sana prevención a la vez nacional y anticomunista en aquellos que fueron a combatir en España, no con la República sino con Franco.

No estamos abandonándonos a un ejercicio de caprichoso encadenamiento de hipótesis. En el pasado mes de mayo se han publicado en los principales periódicos italianos decenas de artículos centrados en la guerra civil española. Se trata de un debate ácido, pero que han podido seguir miles de lectores, infinitamente más de los que podrán seguir nunca nuestras reflexiones acerca de la mirada de los otros hacia España. El punto de partida de esta especie de *Historikerstreit* a la italiana sobre España ha sido un texto de un diplomático liberal –que no fascista o posfascista–, Sergio Romano. En él se defiende la posición de muchos de los que vinieron a luchar a España con los rebeldes en el mareo de la intervención fascista; se reduce la guerra de España a un capítulo de la expansión de la URSS; y, por último, se reconoce

a Franco el doble mérito de haber salvado a España del comunismo, primero, y de la II Guerra Mundial, después ⁴.

¿Qué se puede deducir de todo esto? En primer lugar, y por tangencial que resulte al objeto de nuestra exposición, debería reflexionarse sobre el hecho de la escasa excepcionalidad de algunos debates españoles acerca de la enseñanza de la historia --el debate de las humanidades- y su trasfondo. También el franquismo desgastó y arruinó la respetabilidad del patriotismo español y la retórica nacionalista. Asistimos ahora a la necesidad de determinados sectores de reconstruir una imagen sana y presentable de la historia de España. Éste es, por lo visto, el sino de los países que habían vivido experiencias dictatoriales de signo nacionalista. No estaría de más por ello que tuviésemos presente esta circunstancia transnacional.

En segundo lugar, debería reflexionarse acerca del lugar de la dictadura española en el imaginario europeo. Existe la tendencia a considerar como definitivamente concluido el capítulo de la valoración --digamos moral- de las dictaduras. Pero los debates europeos demuestran que éste no es, en absoluto, un capítulo cerrado. El extraordinario desparpajo mostrado por muchos polemistas acerca de la historia reciente de España, de la guerra civil y la dictadura, muestra hasta qué punto ciertos estereotipos, como el del Franco salvador, se muestran resistentes a los logros de la historiografía seria, española o no. En este sentido, la presencia activa en el debate italiano de los «hispanistas» --como Botti y Ranzato, por citar a los dos aquí presentes- demuestra la alteración radical del significado del «hispanismo» mismo. Si éste había pecado en algún momento y circunstancias --allá por principios de siglo-, de orientalismo, es evidente que ahora desempeña una función absolutamente distinta.

La tercera reflexión, que es la que guiará el resto de mi exposición y la más pertinente al objeto de nuestro tema, se refiere al peso del pasado --de ese pasado que no quiere pasar- en la cultura e historiografía italianas sobre la España contemporánea. Es aquella que permite subrayar el presentismo y cercanía con que la historia española es vivida en el país transalpino. De las ventajas e inconvenientes que ello puede suponer es de lo que nos ocuparemos a continuación.

⁴ Véase, en este mismo volumen, el artículo de F. GARCÍA SANZ, «De la indiferencia simpática al descubrimiento del Mediterráneo...».

2. La mirada a la historiografía española

Me parece que algunas de las reflexiones críticas de Alfonso Botti a propósito de la historiografía española son plenamente asumibles. Así, por ejemplo, el fuerte contenido ideológico que sigue impregnando los debates sobre el franquismo, la herencia e influencia del antifranquismo político, la notable presencia en los estudios iniciales sobre el régimen de otras ciencias sociales, el conocimiento un poco de «pres-tado», es decir, a través de estudios de terceros, de la experiencia del fascismo italiano, y, en fin, ciertas peculiaridades del debate acerca de la naturaleza del régimen.

Estas críticas, sin embargo, se pueden matizar en varios sentidos. No creo, por ejemplo, que la politización del debate o la herencia del anti-franquismo funcione en una sola dirección. Al contrario, considero que en algunos casos puede darse la tendencia a subrayar en exceso los elementos arcaicos del franquismo, pero en otros puede operar en la dirección de acentuar los aspectos fascistas del régimen, y, en otros, ambas cosas a la vez. Los efectos potenciales de esa conocida tendencia a pensar que cuanto más negro se pinta al enemigo mejor se le combate son, en efecto, ilimitados. Aunque no estaría de más recordar al mismo tiempo que no todos los sectores de la historiografía española se deslizan por esa pendiente. O mejor aún, que cada vez son más los que no lo hacen.

Algo similar cabría afirmar respecto de la presencia sobredimensionada de sociólogos y politólogos así como de la excesiva prolongación o incidencia en el problema de la naturaleza del régimen. No me encuentro entre los partidarios de establecer contraposiciones rígidas entre la historiografía y otras ciencias sociales; ni tampoco entre los que consideran que el debate sobre la naturaleza del régimen está agotado. Los modelos elaborados por los sociólogos pueden ser tan útiles y fructíferos como los elaborados –**si** es que así se **hace**– por los historiadores y no entiendo cómo se puede investigar el franquismo sin la utilización seria y bien delimitada de determinados instrumentos conceptuales. Podríamos decir en este sentido que el problema no radica tanto en el debate en sí acerca de la naturaleza del régimen como en lo que haya podido tener de debate mal planteado o puramente nominalista.

Creo que en esto estamos sustancialmente de acuerdo, como lo demuestra el hecho de que la práctica totalidad de la exposición de

Botti gira en torno a ese problema. De modo muy acertado, además, puesto que, si no me equivoco, lo que hace es plantear una serie de reflexiones encaminadas a que ese debate pueda desarrollarse sobre bases más firmes y por eso mismo potencialmente más fecundas.

En este último sentido, debo decir que estoy sustancialmente de acuerdo con el enfoque de Alfonso Botti en lo relativo al problema de la excepcionalidad o no de la historia contemporánea de España. Considero que cualesquiera fueran los elementos de atraso socioeconómico de la España de principios de siglo, éstos no eran suficientes para condicionar negativamente la existencia de pautas culturales y políticas semejantes a las europeas. O, dicho de otro modo, que la evolución política de la España del siglo XX responde en líneas generales a los mismos grandes procesos que la del resto de Europa y que lo que tiene de peculiar debe estudiarse en un marco conceptual similar. Lo que no quiere decir, evidentemente, que las respuestas españolas no pudieran diferir de las del resto de Europa. Entre otras cosas porque las de todos y cada uno de los países europeos difirieron también de las del resto de Europa.

Desde este punto de vista hay motivos para congratularse, como afirma Botti, de la existencia de aproximaciones como las de Fusi y Palafox o Ringrosse. No debería olvidarse, sin embargo, que ni este tipo de enfoques es tan nuevo ni todo va en la misma dirección. No es tan nuevo, como lo demostraría el hecho de que el propio Botti abundara ya en esta dirección hace algunos años. Pero también porque existe una larga tradición de estudios dedicados desde hace mucho tiempo a cuestionar las tesis de lo que podría llamarse el *Sonderweg* español en su forma de ausencia-frustración de la revolución burguesa, predominio de las élites terratenientes preburguesas, bloques históricos y culminación -casi lógica e inevitable- en el fracaso de la 1ª República e imposición de la dictadura franquista⁵.

Tampoco vamos todos por el mismo lado, porque la patente de normalidad no puede funcionar en modo alguno como relajación de la función de la crítica histórica o como simple homologación, sin más,

⁵ Cfr. 1. S. PÉREZ GARZÓN, «La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979», en M. TUÑÓN DE LARA (ed.), *Historiografía española contemporánea*, Madrid, 1980, pp. 91-138; P. RUIZ TORRES, «Un balance global. Del Antiguo al Nuevo Régimen: carácter de la transformación», en A. M. BERNAL et al., *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, vol. 1, Madrid, 1994, pp. 159-191.

de la historia de la España contemporánea. La existencia de un mareo europeo en el que debe inevitablemente encuadrarse la experiencia española implica la renuncia al trazo grueso y al determinismo economicista. Todo esto no exime **-al revés, lo exige-** la utilización de un amplio abanico de colores que, en ocasiones, puede venir a *normalizar* el comportamiento de las clases dominantes o élites dirigentes españolas; pero que puede exigir, también, una acentuación de las consideraciones críticas acerca de esas élites. Subrayar, por ejemplo, la normalidad, en tanto que liberalismo de los notables, de la España de la Restauración no supone sino la determinación de un mareo que hace resaltar más aún lo que en aquellas élites había de mayor conservadurismo, autoritarismo e inmovilismo respecto de otras europeas, o, por decirlo de otro modo, de menor sensibilidad y capacidad de respuesta a los desafíos, sociales, políticos y nacionales, de la moderna sociedad de masas.

En este sentido, apuntaría muy brevemente, algunos de mis desacuerdos con Botti. Creo que, a diferencia de lo que él sugiere, la aparición de una ideología nacionalista española, a la vez reaccionaria y moderna, fue relativamente tardía. No, por supuesto, por la ausencia de condiciones socioeconómicas o por ningún tipo de atraso secular, sino fundamentalmente por razones políticas. Esto es, por el comportamiento excesivamente conservador de las élites de la Restauración y la consiguiente inexistencia de aquellos avances democráticos que obligaron en muchas partes a la modernización en sentido nacionalista y antiliberal de sectores importantes de la derecha conservadora. La mejor prueba de ello está en Cataluña y, en cierto modo, en el País Vasco, donde sí surgió un moderno nacionalismo en buena parte por la existencia de más claros y poderosos desafíos a las clases dominantes.

No creo, por tanto, que pueda hablarse de la existencia de una ideología nacionalista, a la vez reaccionaria y moderna --como lo eran las de *Action Française* y la *Associazione Nazionale Italiana*-- en la España de principios de siglo. Había, claro es, elementos dispersos susceptibles de una ordenación racional que permitiese una construcción ideológica coherente. Pero esos elementos siguieron dispersos hasta los años treinta. La mejor demostración es que el Menéndez y Pelayo que abrazaba la modernidad industrial a finales del siglo XIX, abrazaría con ella el liberalismo conservador. Haría falta el gran desafío de los años treinta para que una ideología ya plenamente elaborada procediese a la construcción de un Menéndez y Pelayo todo de una pieza y, ahora sí, nacional-católico y antiliberal compacto.

En conclusión, estoy de acuerdo en lo fundamental con Botti, esto es, en lo que se refiere a la necesidad de estudiar en sí misma la evolución de la derecha española, sin remisiones a pautas funcionalistas o deterministas, aunque no en la cuestión relativamente menor del despliegue del moderno nacionalismo español. Tampoco, en la proyección a la ideología nacional-católica de una multiplicidad de funcionalidades que la haría apta para una gama tan amplia de opciones como las que irían del liberalismo conservador, a la España de los sesenta, de la deriva fascista de la dictadura a la autoritaria. Creo que estos temas aparecen entremezclados de nuevo cuando nos aproximamos al modo en que la historiografía italiana ha tratado esas mismas cuestiones. Tengo la impresión, además, que con las debidas excepciones, esta historiografía no ha conseguido resolverlas de modo mucho más eficiente que la española.

3. Franquismo y dictadura en la historiografía italiana

En el cuadro que Alfonso Botti traza de la historiografía italiana en su relación con España se establece una oportuna diferenciación entre lo que sería la historiografía italiana sobre el fascismo, por una parte, y la de los especialistas en la historia de España, por otra. En lo que toca al carácter del régimen de Franco, se nos viene a decir, algunos de los primeros consideran que el franquismo no puede ser incluido dentro de la categoría genérica de fascismo, mientras que otros consideran lo contrario. En el campo de los especialistas en España, algunos se inclinarían por asumir el carácter fascista de la dictadura española mientras que otros no se pronunciarían explícitamente.

Dado que no es mi intención introducir aquí el debate acerca de la naturaleza del franquismo, mis observaciones se ceñirán al terreno de la «circulación de las tesis» entre los sectores mencionados y la proyección que ello tiene sobre la percepción de la contemporaneidad española. Más exactamente, reflexionaré acerca de las relaciones existentes entre aquel sector de la historiografía italiana especialista en el tema del fascismo -italiano o genérico- que subraya el carácter fascista de la dictadura española -Collotti o Tranfaglia, por ejemplo- y el de los especialistas en historia de España que hacen lo propio.

Creo que esta conexión no funciona exactamente en el sentido sugerido por Alfonso Botti. O, más claramente, entiendo que los supuestos

que llevan a los primeros a certificar el carácter fascista del franquismo son justamente los contrarios a los defendidos por Botti. Este último rompe, como veíamos, con esa visión de la España contemporánea como cadena superdeterminada de atrasos: del económico al social, y de éstos a los políticos e ideológicos. Consecuentemente, considera que la sociedad española era perfectamente apta -léase modema- para albergar una experiencia fascista. Por otra parte, se reconoce que en el caso español había dos peculiaridades bien sobresalientes: la presencia de la Iglesia como suministradora de ideología y la del ejército como protagonista central de la contrarrevolución.

El problema estriba, desde mi punto de vista, en el hecho de que los mismos E. Collotti y N. Tranfaglia, que se toman como expertos incuestionables en materia de fascismo italiano y genérico, explican esas peculiaridades del «fascismo español» en clave precisamente de atraso socioeconómico. Para Collotti, por ejemplo, las diferencias entre los fascismos italiano y alemán, de una parte, y otros menos extremos, de otra, se explican por las que existían entre unas sociedades industrializadas, con fuerte concentración urbana y estratificaciones sociales definidas, y aquellas otras con un limitado proceso de democratización y sin condiciones para el desarrollo de «modernos movimientos de masas». De un modo aún más directo, Tranfaglia afirma que el papel central de los militares en España, y en Portugal, se debió a la «ausencia de un desarrollo económico que haga emerger en medida relevante nuevas clases medias»⁶. Cabe preguntarse a raíz de esto qué fue, si es que llegó a existir, la 11 República, qué se entiende por movilización de masas, o si las clases medias en Cataluña, Madrid, País Vasco o País Valenciano, por ejemplo, eran menores y menos modernas en 1936 que las de la Italia quince años antes.

Este recurso a la perspectiva del atraso encuentra su justa correspondencia en la atribución de un carácter católico al fascismo español. Operación que es, por supuesto, completamente legítima, pero que remite inevitablemente a una concepción extensa del fascismo que acentúa la dimensión conservadora del fenómeno. De ahí, la tendencia a reivindicar en este extremo, pero sólo en este extremo, al primer Nolte, el de *El fascismo en su época*. De ahí también, la no menos significativa

(E. COLLOTTI, *Fascismo, fascismi*, Florencia, 1989, pp. 16-17; *id.*, «Cinc formes de feixisme europeu. Austria, Alemanya, Italia, Espanya i Portugal», *Afers*, núm. 25, 1995, pp. 511-524; N. TRANFAGLIA, *La prima guerra mondiale e il fascismo*, Turín, 1995, pp. 659-661.

propensión a hacer coincidir los elementos de la ideología fascista subrayados por éste con los apuntados por otro historiador alemán, este marxista, como R. Kühnl; aunque por el camino se pierda el primero de los motivos de la ideología fascista apuntados por este último: el relativo a la ideología de la comunidad. Circunstancia que resulta todavía más curiosa si se tiene en cuenta que ese punto constituye el núcleo de la caracterización del fascismo de otros autores, como Ph. Burrin, por otra parte, unánimemente exaltados ⁷.

4. Las peculiaridades de la historiografía italiana

Fueren cuales fueren las razones de estos olvidos, las propensiones apuntadas vienen a coincidir en cierto modo con otra serie de enfoques que han caracterizado durante mucho tiempo a la historiografía italiana de origen radical-marxista. Tales son, por citarlos brevemente, la escasa relevancia concedida, como se acaba de ver, a lo que había de específico en la ideología fascista; la prácticamente nula importancia concedida al partido fascista como componente esencial de la dictadura fascista y como instrumento central, imprescindible e insustituible del culto fascista al Estado; la resistencia a asumir no ya las tesis defelicianas acerca del consenso, sino la centralidad que esta problemática tiene en toda dictadura fascista; la fijación en la idea de la subordinación del régimen fascista respecto de la gran industria; el muy tardío abandono de las tesis de la continuidad histórica del fascismo respecto del pasado liberal, o, en fin, la tendencia a detener la experiencia fascista en los últimos años veinte, ignorando la *svolta totalitaria* que De Felice sitúa a mediados de los años treinta y Gentile retrotrae a la esencia misma del fascismo ⁸. En suma, lo que parece apuntarse en esta historiografía es justamente lo contrario de lo que Boui atribuye a la española: una fuerte tendencia bien a minusvalorar o desconocer los ele-

⁷ R. KÜHNL, *Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués*, Barcelona, 1982, pp. 148-152; Ph. BUHIN, «Politica i societät. Les estructures del poder a l'Itàlia feixista i a l'Alemanya nazi», *Afers*, núm. 25, 1995, pp. 485-510.

⁸ Para esto último, R. DE FELICE, *Mussolini il duce. Lo Stato totalitario, 1936-1940*. Turín, 1981, pp. 8 Y ss., Y E. GENTILE, *La via italiana al totalitarismo. Il partito i lo Stato nel regime fascista*, Roma, 1995, especialmente pp. 113 ss. Sobre el papel del partido, P. POMBENI, *Demagogia e tirannide. Uno studio sulla forma partito del fascismo*, Bolonia, 1984; sobre esto mismo y el lugar del partido en la instrumentación del culto fascista, respectivamente, E. GENTILE, *Storia del partito fascista, 1919-1922*.

mentos novedosos, laicos, modernos y revolucionarios de la experiencia fascista italiana misma, bien a considerarlos como relativamente prescindibles.

Las razones de esta tendencia deben buscarse tal vez en el mismo lugar que Botti señala para el caso español, esto es, en la excesiva politización del debate italiano. Y, en un sentido más amplio, en aquellas circunstancias que he intentado dibujar en la primera parte de mi exposición: la existencia de un fuerte desafío revisionista que se orienta a combatir decididamente el carácter de mito fundacional de los valores del antifascismo y la resistencia.

Por supuesto, el talante de esta ofensiva podría ayudar a comprender la existencia de cierta sensación de acoso y la necesidad de reafirmar algunos de los supuestos fundamentales en que ha descansado durante mucho tiempo la historiografía radical italiana. Desde el punto de vista historiográfico, sin embargo, que es el que aquí nos interesa, lo que llama la atención es el hecho de que, en términos generales, una historiografía de similar origen y que tiene que soportar similares desafíos como es la alemana haya reaccionado en forma diametralmente opuesta. Se puede subrayar sin temor a equivocarse que la historiografía alemana ha venido a ocupar un papel de vanguardia en la renovación de los estudios sobre el fascismo.

No sería justo, sin embargo, ni demonizar los planteamientos «revisionistas» -que consideramos, más allá de nuestro radical desacuerdo, tan legítimos como cualesquiera otros-, ni ignorar algunos de los logros sustanciales de la historiografía italiana sobre el fascismo. Tampoco sería justo desconocer, en fin, que muchas de las más recientes investigaciones están superando algunas de las limitaciones y obsesiones que hemos venido apuntando⁹. El problema estriba en la articulación de esta renovación historiográfica con la construcción y reconstrucción de la imagen de España. Es de esperar que esa articulación no tarde en producirse. Que, en la medida en que algunos sectores de la historiografía italiana se liberen de la tendencia a proyectar una imagen unilateralmente conservadora, tradicional y reaccionaria del fascismo, necesitarán cada vez menos del apoyo en una experiencia similar en la vecina península ibérica. En otras palabras, no necesitarán interpretar

Movimento e rinilizia. Roma-Bari, 1989, y, del mismo, *Il culto del Littorio*. Roma-Bari, 1993.

⁹ Numerosos ejemplos de ello en la obra colectiva, *Il regime fascista. Storia e S/oriografia*. Roma-Bari. 1995.

a esta última desde la perspectiva de quien observa a un hermano menor algo más atrasado en la escala de la modernidad que, por ello mismo, puede funcionar de espejo, o de apoyo, para la revelación de algunas de las características supuestamente fundamentales del fascismo italiano.

Creo que líneas de investigación como las emprendidas hace ya varios años por Alfonso Botti caminan precisamente en esta dirección. Se trataría simplemente de reconocer que los mismos problemas desde el punto de vista de los procesos generales europeos tuvieron concreciones diferentes en España e Italia; de asumir simplemente el carácter distinto de las respuestas; y de reinterpretar el conjunto en función de claves socio-políticas y culturales que poco tendrían que ver con la situación de ambos países en una imaginada escala de la modernidad.

Se trataría, en suma, de un reconocimiento de la distancia. Como se ha puesto de manifiesto en las distintas intervenciones sobre el tema, todo parece indicar que el espejismo de la proximidad, incluso en términos de parentesco, ha funcionado muchas veces en detrimento del conocimiento recíproco. Tal vez un cierto relajamiento de los vínculos familiares -pasando, por ejemplo, de primos hermanos a primos segundos- y un olvido de las «edades en la modernidad», ayudaría a superar algunos de los problemas apuntados en esta reunión. De paso, contribuiría a subrayar, más que a disminuir, el hermoso gesto de los antifascistas italianos que hace ya seis décadas decidieron venir en apoyo de la libertad en España.

El hispanismo británico y la historiografía contemporánea en España

Sebastian Balfour

El título de este coloquio -**La** mirada del **otro**- implica evidentemente visiones de la historia de España a través de culturas y tradiciones historiográficas distintas a la española. Tener que analizar la visión de uno de los «otros» -**la** británica- me obliga a girar la lente o el espejo a través del cual los historiadores británicos hemos observado la historia de España hacia nosotros. Y esto entraña no sólo intentar hacer una pequeña historia de la manera en que volvimos los ojos hacia este país en primer lugar, sino también hacer una síntesis de nuestras diferentes interpretaciones de su historia y explicar, además, los motivos, las teorías y las metodologías que las han condicionado. En esta tarea me han ayudado, además de las reflexiones de otros connacionales, los trabajos de dos historiadores españoles que han escrito sobre el tema del hispanismo británico, Enrique Moradiellos y Ángela Cénarro; en este caso ha sido la mirada del «otro» al «otro».

Pero antes de abordar el asunto, quisiera hacer una reflexión, que casi nunca se ha hecho en todos estos análisis, sobre la influencia del mercado editorial en el Reino Unido en el trabajo de los hispanistas. Hasta la Guerra Civil, la demanda de libros sobre España se enfocó sobre todo en aspectos de su civilización, o sea menos en su historia y más en amplias generalizaciones —el conjunto de su cultura, arte, geografía, costumbres etc.-. Durante la Guerra Civil emergió un público más amplio para libros sobre la historia española contemporánea debido a la percepción de que esa historia formaba parte central de la gran lucha europea entre el fascismo y el comunismo o, por otra parte, entre fascismo y democracia. Y con la expansión masiva y la reestructuración

de las universidades en los años sesenta, la demanda para estudios históricos sobre España se multiplicó. A medida que el número de especialistas sobre España creció en las universidades, las revistas académicas abrieron sus páginas cada vez más al estudio de este país. Sin embargo, el interés en la historia de España ha sido mucho menor que el interés en la historia de Francia o Alemania *inter alia*, o, como era previsible, en la de los Estados Unidos. Esto se debe evidentemente a la mayor importancia comercial, política y cultural que tienen estos países en Gran Bretaña.

Además, en contraste con lo que pasa en España, en el Reino Unido hay una falta notable de instituciones públicas y privadas para financiar las publicaciones académicas, al menos en las humanidades y ciencias sociales. El resultado es que, por regla general, los historiadores británicos que se especializan en la historia de España han tenido que adoptar un enfoque bastante amplio en términos temáticos o en cuanto a la periodización se refiere para poder responder a las demandas de las editoriales, cuyo mercado principal para tales publicaciones es el de los estudiantes universitarios y un público especializado, aparte de obras sobre temas de un especial interés tradicional en el país, como la Guerra Civil. Incluso al nivel de las revistas académicas de historia, se tienden a publicar aquellos artículos que tienen un enfoque restringido temática o geográficamente en razón sobre todo de su aportación teórica o de su valor comparativo. Las revistas académicas del hispanismo británico, por otra parte, han sido dominadas por los estudios literarios, lingüísticos y culturales. Las consecuencias de tales planteamientos no son necesariamente negativas, ni van contra los intereses de la investigación o las estrategias de historiadores individuales. De hecho, como sostendré más adelante, las metahistorias o narrativas de largo alcance forman parte de una fuerte tradición historiográfica en Gran Bretaña.

Por el contrario, la existencia en España de fondos para la investigación histórica, sobre todo a escala regional y local, puede tener desventajas. El enfoque en un tema, lugar o período histórico, porque coincida con los intereses de la institución que patrocina el proyecto, no significa que necesariamente suponga una contribución importante a la historiografía. Por el contrario, la proliferación de tales estudios puede conducir a la fragmentación o al puro empirismo. La selección del tema debería determinarse por su relativa importancia en la teoría o en la interpretación de amplios procesos históricos; o sea, por su

idoneidad como modelo o su contribución a la acumulación de pruebas que conduce o sostiene una hipótesis.

Claro está que, por otra parte, las interpretaciones de largo alcance típicas en la tradición historiográfica británica pueden conducir a generalizaciones que resulten difícil verificar apropiadamente con datos empíricos y en las que más fácilmente el punto de partida ideológico del historiador pueda tener una influencia deformadora. Ésta es sin duda una característica común entre algunos de los primeros análisis de la historia española hechos por académicos británicos en el siglo XX. Sin una fuerte base empírica, éstos revelan los prejuicios de sus autores, prejuicios políticos e induso raciales, derivados del residuo del paternalismo imperial británico o del liberalismo conservador y anglicano del siglo XIX.

Un breve repaso de la historia de la historiografía británica de las primeras décadas del siglo demuestra, en contraste con su equivalente europeo, el desarrollo tardío de perspectivas y metodologías basadas en la revolución intelectual de las ciencias humanas en la segunda mitad del siglo pasado que se produjo bajo el impulso primero de Marx y luego de Freud, Weber, Durkheim, Croce y otros. Los círculos académicos británicos no sólo no habían participado en esta renovación científica sino que se habían quedado más bien aislados en una autarquía intelectual casi impermeable, caracterizada por el positivismo metodológico y el liberalismo tradicional. No habían faltado críticos de este continuismo desde la derecha y la izquierda tales como Carlyle, Ruskin y Morris ¹. Pero la relativa estabilidad política en Gran Bretaña y la consecuente ausencia de grandes movimientos sociales revolucionarios habían impedido el desarrollo tanto del antiliberalismo conservador como de la sociología marxista o *marxisant*.

Sólo con el socialismo cristiano de R. H. Tawney y la creación de su revista *Economic History Review* empezaron a penetrar en la torre de marfil británico aires intelectuales de Europa ². Sin embargo, no se desarrolló una historiografía multidisciplinar informada por consideraciones teóricas. Por el contrario, predominaba una fragmentación de las subdisciplinas historiográficas en las cuales se infiltró la sociología pero sobre las cuales la tradicional historia política y constitucional

¹ Gareth STEDMAN JONES, «History: the Poverty of Empiricism», en Robin BLACKBUHN (ed.), *Ideology and Social Science*.

² Entre las obras más destacadas de TAWNEY figura su *Religion and the Rise of Capitalism*, London, 1926.

mantenía todavía su hegemonía. Lejos de la metanarrativa o el determinismo social de la tradición marxista, este liberalismo británico insistía en la autonomía del individuo y el papel de la suerte y de la indeterminación en el devenir de la historia. La radicalización ideológica de los años treinta despertó un gran interés en el marxismo entre los intelectuales británicos, pero no condujo a una seria reestructuración teórica de la historiografía sino simplemente al mayor desarrollo de investigaciones sobre la historia social y del movimiento obrero.

Veamos ahora el lugar que ocupó el hispanismo historiográfico en este contexto académico. En contraste con su equivalente francés, el hispanismo académico británico sólo empezó a desarrollarse después de la primera guerra mundial. Hasta la Guerra Civil, su enfoque principal y casi exclusivo fue la literatura, el arte y la lingüística. Al menos en estos campos, mucho se hizo para desterrar la tradicional leyenda negra y los mitos románticos sobre España que habían dominado las percepciones británicas. Éstos derivaron sobre todo, como ha señalado Enrique Moradiellos, de las relaciones históricas hispanobritánicas³. La Leyenda Negra, que pintaba a la nación española como la personificación de la crueldad y de la ignorancia, fue en realidad la expresión británica de la rivalidad colonial y religiosa entre los dos países en los siglos XVI y XVIII. El mito romántico, por otra parte, tenía su origen en parte en el cambio de estas relaciones cuando el pueblo español se alzó contra Napoleón en 1808, colocando a España dentro de la red internacional antirrevolucionaria británica. Pero correspondía también al nuevo gusto por el exotismo en la Europa en vías de desarrollo. La visión de la España romántica en Gran Bretaña no distaba mucho de las imágenes de los escritores y músicos franceses como Merimée y Bizet. El carácter español, en este mito, se definía por su individualismo y heroísmo y el supuesto colorido de su entorno, tan distinto de las ciudades grises llenas de niebla tóxica de la Europa del norte en las cuales la industria y la burocracia iban imponiendo su ritmo. Incluso a los escritores británicos con más interés en conocer la España «profunda», como George Borrow y Richard Ford, no les faltó una visión distorsionada de las realidades españolas⁴.

³ Enrique MORADIELLOS, «El espejo distante: España en el hispanismo británico contemporáneo», *Revista de Extremadura*, núm. 24, septiembre-diciembre 1997, pp. 7-3.

⁴ Para una apreciación reciente de estos dos escritores, véase Antonio GIMÉNEZ

En el período posterior a la primera guerra mundial, el hispanismo británico tomó un cierto auge gracias a la labor del catedrático de estudios españoles de la Universidad de Liverpool, Edgar Alison Peers, que fundó en 1923 la primera revista británica dedicada al estudio de España, el *Bulletin Of Spanish Studies* (que posteriormente se tituló *Bulletin Of Hispanic Studies*). Sin embargo, el enfoque de la revista era casi exclusivamente literario y lingüístico y se mantuvo esta tendencia hasta los años setenta. De hecho, según Ángela Cenarro, tan sólo 25 artículos sobre la historia de España aparecieron en las páginas de la revista en todo este período⁵, de los cuales sólo algunos versaron sobre la España contemporánea, aunque casi siempre contenía un resumen de los acontecimientos políticos, al menos bajo la dirección de Alison Peers. Esta relativa falta de interés en el ámbito universitario por la historia contemporánea de España se reflejó también en la escasez de trabajos de investigación en las revistas británicas de historia; el *Bulletin Of the Institute Of Historical Research* de la Universidad de Londres, por ejemplo, sólo dedicó un artículo a la historia de España del siglo XX entre 1923 (cuando también se fundó) y 1952⁶. El contraste con el hispanismo francés no podía ser más llamativo.

Fue sobre todo la Guerra Civil lo que transformó el hispanismo en el Reino Unido. Durante y después del conflicto, se despertó en este país un enorme interés por España. Este interés puede atribuirse a distintos motivos. Uno era la percepción generalizada de que el conflicto era una guerra civil europea en miniatura, o una guerra entre la democracia y el fascismo, según algunos, o entre el comunismo y la tradición, el orden y la religión, según la derecha. Evidentemente, estas visiones pecaban de un cierto reduccionismo, ignorando las realidades específicas del conflicto español. Pero el instinto político de los que se lanzaron a defender la República en las Brigadas Internacionales o detrás de las líneas o en las páginas de los periódicos era mejor que los políticos británicos y la burocracia sindical, para quienes España y luego Checoslovaquia eran «países lejanos». Por el contrario, para los primeros, el desenlace del conflicto era de una impor-

CRUZ, *¡Cosas de los ingleses! La España vivida y soñada en la correspondencia entre George Borrow y Richard Ford*, Madrid, 1977.

⁵ Ángela CENARRO, «Dels viatges en Calessa a l'academia. Orígens i consolidació de la historiografia angloamericana sobre l'Espanya contemporània», *El Contemporani*, 11-12 (gener-agost, 1997), pp. 61-68.

⁶ *[ibid.]*, p. 67, nota 6.

tancia vital para el futuro del continente europeo. El compromiso de varios intelectuales británicos con la causa de la República es bien conocido y las opiniones del pueblo inglés que se reflejaban en las encuestas durante la segunda mitad de la Guerra Civil sugieren que la mayoría apoyaba a la República y sólo una pequeñísima minoría sentía lo propio hacia los nacionalistas. Según el *British Institute of Public Opinion* en 1939, el 72 por 100 de los encuestados apoyaba a la República y tan sólo el 9 por 100 a los Nacionales, quedando un 19 por 100 sin opinión ⁷. Además, en un momento en que la democracia liberal en Europa estaba siendo amenazada por todos los frentes, la brevedad y la supuesta incapacidad de la democracia parlamentaria en España para mantener un consenso político y social estimularon el debate sobre la historia española como paradigma o, en caso contrario, como excepción.

El interés en el Reino Unido por la Guerra Civil no terminó con el franquismo y la Segunda Guerra Mundial. Las conferencias y seminarios sobre los años treinta en España continúan despertando fascinación y polémica. Se ha reavivado una fuerte polémica sobre la participación del escritor inglés Laurie Lee en la Guerra Civil, no en las páginas del hispanismo académico, sino, lo que es significativo, en las columnas de las revistas y periódicos. La controversia gira en torno a las afirmaciones del autor, muerto hace un año, en su libro *A Moment of War*, de haber tomado parte en las filas de la Brigada Internacional británica en la batalla de Teruel ⁸. En la revista *The Spectator* de enero de este año, el veterano comandante de la Brigada, Bill Alexander, autor también de un libro sobre la experiencia de esta Brigada ⁹, negó tajantemente que Lee estuviera en Teruel y describió sus afirmaciones como «pura fantasía». Un artículo reciente del diario *The Guardian*, en cambio, consagró dos páginas defendiendo a Lee y afirmando que podría haber participado a pesar de haber reconstruido sus movimientos en sus memorias de forma demasiado rudimentaria ¹⁰.

Volviendo al tema de las interpretaciones sobre la Guerra Civil, los escritores y académicos británicos encontraron distintas explica-

⁷ Tom BUCHANAN, «A Far Away Country of Which We Know Nothing. Perceptions of Spain and its Civil War in Britain, 1931-1939», *Twentieth-Century British History*, vol. 4, núm. 1, 1993, pp. 1-24.

⁸ Laurie LEE, *A Moment of War*, London, 1991.

⁹ Bill ALEXANDER, *British Volunteers for Liberty*, London, 1982.

¹⁰ Michael EAUDE, «Fighter of fakes», *The Guardian*, 13 de mayo de 1998.

ciones a la derrota de la República. La posición de los intelectuales que tomaron parte en la guerra, como fue el caso de George Orwell y de Arthur Koestler, es bien conocida ¹¹. El abanico de opiniones entre los académicos está ilustrado en el trabajo de Allison Peers, por una parte, y el catedrático de música J. B. Trend, por otra. El primero reflejaba la percepción de los conservadores en el Reino Unido de que la República fracasó debido al extremismo de la izquierda, la supuesta falta de un líder carismático entre las filas republicanas y la ineptitud de los liberales progresistas ¹². En consonancia con el elitismo paternalista típico del liberalismo tradicional, Allison Peers estimó, en vísperas de la Guerra Civil, que España sólo podría salvarse si surgiera un gran líder «capaz de gobernar con moderación y prudencia, de superar los objetivos recriminatorios de la política de los partidos» ¹³. Siendo católico, le hirió especialmente la violencia contra la propiedad de la Iglesia en las primeras semanas de la Guerra Civil. Sin distinguir entre este brote de violencia espontánea y momentánea en las filas republicanas y la violencia sistemática y oficial de los Nacionales contra la sociedad civil, terminó condenando a los dos bandos en igual medida por las atrocidades. Su falta de entendimiento de la naturaleza del franquismo, compartida por muchos otros conservadores y católicos, quedó bien demostrada en la creencia de que el gobierno de Franco iba a ser, tal y como él escribió durante la Guerra Civil «un gobierno suave en el que todos los españoles pacíficos podrán vivir satisfechos» ¹⁴.

¹¹ George ORWELL, *Homage to Catalonia*, London, 1938; Arthur KOESTLER, *Spanish Testament*, London, 1937. No es el lugar aquí para enumerar la enorme cantidad de libros de autores británicos, testigos, participantes o comentaristas de la Guerra Civil, ya que el enfoque principal de este artículo es el mundo académico.

¹² Además de artículos, Alison PEERS publicó cinco libros sobre los acontecimientos en España tan sólo en seis años: E. Alison PEERS, *The Spanish Tragedy, 1930-1936: Dictatorship, Republic, Chaos*, London, 1936; *Catalonia Infelix*, London, 1937; *The Church in Spain*, London, 1938; *The Spanish Dilemma*, London, 1940; *Spain in Eclipse, 1937-1943; A Sequel to The Spanish Tragedy*, London, 1943.

¹³ *The Spanish Tragedy*, p. 222. Esta actitud había sido compartida por los círculos diplomáticos británicos. En un informe al Primer Ministro Sir Edward Grey el 24 de octubre 1909 sobre la Semana Trágica, el Embajador en España, E. Grant Duff, escribe: «Desgraciadamente, faltan en este país, ahora como siempre, hombres que combinen la moderación con el sentido común. Todo el mundo tiende a ser o un Torquemada o un Ferrer... Hasta que un estadista surja que tenga el poder y el coraje de purificar la administración y contener la Iglesia dentro de sus debidos límites, España continuará siendo una perfecta y nefasta demostración para el resto de Europa», *British Documents*, part 1, vol. 28, Doc. 34, núm. 39721, p. 74.

¹⁴ *Catalonia Infelix*, op. cit., p. 297.

Alison Peers ignoraba completamente, por ejemplo, el odio de los Nacionales contra el regionalismo, que él apoyaba con entusiasmo, entendiendo Catalunya como una nación. Por el contrario, él veía a los Nacionales como una amenaza menor para el regionalismo que la extrema izquierda (la cual imaginaba que había dominado la República) y reivindicaba haber visto concesiones hacia el regionalismo por parte de Franco y Mola ¹⁵.

Trend, por el contrario, fue parte de una mayoría aplastante de intelectuales que apoyaba la República. En su libro *The Origins of Modern Spain*, que se publicó antes de la Guerra Civil, se adelantó con explicaciones que acabarían por resultar ortodoxas en los años venideros, argumentando que la República fue un intento de modernizar España según las líneas propuestas originariamente por la Institución Libre de Enseñanza ¹⁶. En un libro posterior a la Guerra Civil, *The Civilization of Spain* (que fue para mí, en mis estudios secundarios en los años cincuenta, un libro de lectura obligatoria) afirma, adoptando explícitamente una actitud muy crítica contra Alison Peers, que el programa de reformas progresistas de la República falló a causa de la reacción de los militares, la iglesia y la oligarquía terrateniente ¹⁷. El hecho de que el trato académico que se ha dado a la Guerra Civil fuese visto principalmente a través de los ojos de la disciplina de «civilización» - Trend era principalmente musicólogo, por ejemplo- ilustra la escasez de historiadores profesionales de entonces especializados en la España contemporánea.

El primer trabajo de la prolífica producción del hispanismo histórico británico fue *El laberinto español* de Gerald Brenan, escrito en 1943, unos veinte años antes de la transformación de los estudios hispánicos en las universidades británicas ¹⁸. En *The Civilization of Spain* Trend mismo elogió el libro de Brenan como el único sobre la Guerra Civil que se podía leer con verdadero respeto. Brenan no era un académico, sino poeta y escritor sobre temas literarios. Había sido participante de la famosa escuela estética denominada Bloomsbury de las primeras décadas del siglo, a la cual también habían pertenecido Virginia Woolf y John Maynard Keynes, que se había formado en torno a la convicción

¹⁵ *ibid.*

¹⁶ J. B. TREND, *The Origins of Modern Spain*, London, 1934.

¹⁷ J. B. TREND, *The Civilization of Spain*, London, 1944.

¹⁸ GERALD BRENAN, *The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Spanish Civil War*, London, 1943.

en la importancia del papel de las artes en la sociedad. Es sorprendente, en consecuencia, que su libro sobre la problemática española rechazase las perspectivas tradicionales de los estudios de la civilización para enfocarse en los problemas sociales y económicos. No en vano, Brenan había vivido en un pueblo en las Alpujarras durante casi dieciséis años antes de la Guerra Civil y conocía de primera mano los problemas de los labradores andaluces, además de haber estudiado las obras de Costa, Díaz del Moral y Bernaldo de Quirós entre otros ¹⁹.

En realidad, su libro echó los cimientos de todas las serias investigaciones posteriores sobre los años treinta en España, tanto en Gran Bretaña como en otros países. El enfoque estructural del libro permitió conjeturar que las tensiones que dieron lugar a la Guerra Civil tenían sus raíces en la sociedad española y que no fueron simplemente el resultado de la lucha entre el fascismo y la democracia. Este enfoque particular se aleja de la historiografía británica tradicional, caracterizada sobre todo por una preocupación por la narrativa y el estudio de la política de partidos y la diplomacia. Sin ser tan deterministas o teleológicas como las de algunos análisis marxistas, las explicaciones de Brenan exponen los procesos sociales y económicos a largo plazo como la raíz de los hechos políticos, y no así las acciones de los hombres de Estado. No es decir que algunos de los juicios de Brenan no fuesen cuestionados por la investigación posterior. Pero, como sabemos, gran parte de su tesis ha sido aceptada en la historiografía.

Entre los juicios de dudosa valía que se encuentran en *El laberinto español* figuran algunas variantes de los viejos estereotipos sobre el carácter español compartidos por muchos ingleses y otros extranjeros. Refiere en el prefacio a la segunda edición del libro de 1950 el estado de ánimo de los españoles como «destrutivo y escéptico que viene acompañado, muchas veces en la misma persona, por un vivo deseo de fe y certidumbre» ²⁰. En la primera edición, afirma que «los estratos más profundos del pensamiento político y del sentimiento español son orientales» ²¹. Trend también repite el famoso estereotipo del español típico que aparentemente se resiste a participar en una colectividad política por ser demasiado individualista ²². Estos tópicos sobre un

¹⁹ Jonathan GATHORNE-HARDY, *A Life of Gerald Brenan. The Interior Castle*, London, 1994.

²⁰ Traducción del autor, edición de 1963, p. VII.

²¹ *Ibid.*, p. XVI11.

²² J. B. TREND, *The Civilization*, p. 182.

supuesto carácter nacional los compartían otros escritores y periodistas de la izquierda británica. Destacaban los estereotipos del individualismo español, productos de la combinación de la Leyenda Negra y del romanticismo, que versaban sobre la ineficiencia de los españoles, su crueldad y violencia innatas cuya expresión más típica era la corrida, la siesta como prototipo de la pereza española, la naturaleza subdesarrollada y feudal de la sociedad agrícola etc.²³ El poeta, W. H. Auden, tan comprometido con la República, definió a España en un poema con el mismo título como

«aquel cuadrado árido, aquel fragmento cortado de la caliente
África, soldado de forma tan rudimentaria a la Europa inventiva» 24

En realidad, en una época tan ligada todavía al colonialismo y en la que las ciencias sociales todavía se habían desarrollado relativamente poco, quedaba el residuo de prejuicios raciales o nacionalistas incluso entre los sectores que más luchaban contra el racismo de los nazis.

El laberinto español se convirtió en punto de referencia importante para los hispanistas posteriores y de hecho a finales de los años cincuenta era ya un libro de texto para estudiantes universitarios británicos e irlandeses que empezaban la carrera de lengua y literatura española, como yo. Brenan, sin embargo, no era el originario de estas escuelas ni el eslabón vivo entre los viejos y nuevos enfoques del estudio de España. No era profesor universitario y después de volver a España en el año 53, se quedó allí hasta su muerte. De hecho, el resurgimiento del hispanismo histórico fue algo fortuito. Siendo un joven profesor titular de la Universidad de Oxford, Raymond Carr decidió emprender una historia de España tras haber sido enviado a Andalucía para convencer a Brenan para que la escribiese, a lo que Brenan respondió que se sentía demasiado viejo. Según se dice, Hugh Thomas empezó su investigación sobre la Guerra Civil como resultado de un encargo. Sir John Elliot cuenta como un viaje por la península en el año 1950 le abrió los ojos a la posibilidad de escribir una tesis doctoral sobre la historia de España²⁵.

²³ BUCHANAN, «A Far Away Country».

²⁴ Traducción del autor. En el original, "... that arid square, that fragment nipped off from hot Africa, soldered so crudely to inventive Europe... », "Spain", en *Selected Poems*, London, 1979, p. 53.

²⁵ Jolm ELLIOTT, «El Hispanismo británico», *Donaire*, núm. 7, diciembre 1996, pp. 74-81.

La investigación de la historia de España del siglo xx se enfrentó, claro está, con enormes obstáculos durante la dictadura de Franco. De hecho, las malas condiciones de muchos de los archivos, el acceso difícil a la consulta de éstos y, sobre todo, el franquismo mismo desviaron a muchos historiadores jóvenes hacia otros países europeos. Pero estos mismos obstáculos también supusieron una ventaja crucial para el hispanismo extranjero y en concreto para un hispanismo imbuido de las tradiciones de la historiografía británica liberal. La imposición de la mitología franquista en las universidades y la censura posterior en las publicaciones hicieron que para los historiadores españoles resultase casi imposible ejercer su profesión. E incluso la destrucción y el cierre, o el acceso restringido a los archivos dificultó tremendamente la investigación empírica. Así, la escuela británica de historiografía que premiaba la narrativa y las interpretaciones amplias y a largo plazo sin apoyarse en la acumulación de datos, contó con una ventaja considerable. En los años sesenta, las dos obras británicas que formaban parte de esta tradición, la de Thomas en 1961, *The Spanish Civil War* y la de Raymond Carr en 1966, *Spain, 1808-1939*, tuvieron una influencia enorme, sobre todo en España, como se sabe²⁶. El libro de Thomas sobre la Guerra Civil se introdujo de contrabando en España en la traducción de Ruedo Ibérico hecha en París y cientos de copias fueron confiscadas por la policía en las numerosas redadas contra opositores del régimen²⁷. Tuvo un enorme éxito editorial en otras partes, contando con varias ediciones y reimpressiones en diferentes idiomas.

Sin embargo, estas dos obras difieren mucho entre sí. Aunque tienen un mismo punto de partida ideológico, el liberalismo democrático tradicional de Gran Bretaña, sus actitudes ante la historia son completamente diferentes. La obra de Carr adopta unas perspectivas estructurales socioeconómicas de largo alcance sin menospreciar la narrativa ni el papel de la política en el desarrollo de la historia. Su tesis centra la atención en el fracaso del sistema de la Restauración de llevar a cabo una modernización política y económica de España, confrontándose con la oposición de la oligarquía terrateniente, la Iglesia y los militares. El libro de Thomas, en cambio, es fundamentalmente una narrativa sin un aparato analítico muy desarrollado y, en consecuencia, minimiza las especificidades españolas de la Guerra Civil, favoreciendo en cambio

²⁶ La edición del libro de CARR es de Oxford y la de THOMAS de Londres.

²⁷ Paul PRESTON, «The War of words: the Spanish Civil War and the historians», en PRESTON (ed.), *Revolution and War in Spain 1931-1939*, London, 1984, p. 4.

la dimensión internacional de la contienda, el papel, por ejemplo, de la diplomacia y de las Brigadas Internacionales.

Se ha dicho que Carr y Thomas fundaron escuelas de hispanismo, una en Oxford y la otra en Reading²⁸. Sin embargo, es importante distinguir entre las escuelas y los núcleos de historiadores que trabajaban en un mismo campo. Lo que entiendo por el término escuelas es un *corpus* de investigación imbuido de las mismas teorías y/o metodología. La diversidad del hispanismo británico de los setenta hacia delante es tal que sería inexacto decir que estaba dividido en escuelas. Más bien había núcleos importantes de individuos dentro de instituciones o agrupados en torno a seminarios de investigación fuera de estas instituciones, o sea existían bases institucionales para el estudio de la historia de España. La primera fue aquella formada por Raymond Carr en Oxford en la que varios historiadores españoles distinguidos como Romero Maura tomaron parte. Pese a que fue el primer núcleo en Gran Bretaña que introdujo rigor intelectual y el uso de los utensilios de la investigación histórica de la España contemporánea, no se caracterizó por enfoques teóricos o metodológicos similares dentro de la disciplina de la historia. Esto se dio aún menos en el núcleo de investigadores que se formó en torno a Hugh Thomas en la Universidad de Reading en los años setenta, y que incluía a historiadores como Paul Preston, Michael Alpert y Jill Edwards.

Es importante recordar que dentro de la historiografía británica de los sesenta había diferentes escuelas, siendo una de las más importantes la Marxista o la escuela *marxisant*, cuyos exponentes más importantes fueron E. H. Carr, E. P. Thompson y Eric Hobsbawm. De hecho, hubo una expansión extraordinaria del mundo académico en Gran Bretaña en los años sesenta y setenta como en otras partes de Europa, que enriqueció las formas de hacer historia con la multiplicación de metodologías y teorías de partida. La concesión de becas también permitió la consulta de archivos en el extranjero. Al igual que en otros lugares, la historia se convirtió en una actividad multidisciplinar, que utilizaba la sociología, antropología y en los últimos años los estudios

²⁸ MORADIELLOS, *El espejo* (pp. 32-33), utiliza el término «escuela», primero en cursiva y luego sin cursiva. Los que estudiaron en Oxford bajo la dirección de CARR fueron, entre españoles y británicos, Juan Pablo Fusí, Joaquín Romero Maura, José Varela Ortega, Paul Preston, Martin Blinkhorn, Frances Lannon, Richard Robinson. THOMAS, por otra parte, tuvo como alumnos a Preston (antes de empezar su doctorado en Oxford), Michael Alpert y Jill Edwards, entre otros.

culturales como nuevas perspectivas y métodos de investigación. Así se transformó la historiografía tradicional británica, que antes había estado basada *inter alia* en la narrativa, la elegancia literaria y la función pedagógica y moral.

El trabajo de E. H. Carr, Thompson y Hobsbawm, sobre todo, rompió con estas tradiciones liberal-positivistas, base del concepto Whig de la historia. La idea de que la interpretación de la historia surge de la acumulación de datos fue puesta en tela de juicio. La nueva escuela sostuvo que lo que se estudia, incluso los datos que el historiador escoge estudiar, provienen de un sistema específico de valores. Los hechos no son autónomos sino dependen de cómo se les interpretan. y las interpretaciones, por su parte, dependen de los valores. O sea que hacer historia es hacer teoría ²⁹. De igual modo, se cuestionó la suposición de la historia liberal según la cual el devenir de la historia dependía sobre todo del individuo, del agente moral, del papel de la suerte. De este modo, la historia social o la historia del movimiento obrero en Gran Bretaña emergió en los años sesenta de su estrecha especialización para proponer la construcción de totalidades históricas basadas en el análisis de las estructuras socioeconómicas ³⁰.

La expansión de la historiografía hispanista en Gran Bretaña fue en parte el resultado del auge de las universidades en los años sesenta. Pero estaba ligada también a la llegada de una nueva generación de investigadores cuyo interés por España provenía de su identificación con la lucha contra Franco y su rechazo al papel jugado por la diplomacia británica en el debilitamiento de la República. No en vano, la proliferación de investigación histórica sobre España estuvo impregnada de fuertes polémicas. Surgieron dos interpretaciones marcadamente distintas sobre la Segunda República y la Guerra Civil. Una fue principalmente el producto del núcleo de Oxford dirigido por Raymond Carr (pese a la contienda mantenida por dos de sus más importantes investigadores). Denominada en 1973 por uno de sus críticos internos, Martin Blinkhorn, como la «nueva ortodoxia conservadora» ³¹, esta interpretación (descodificación) de la historia española echa la culpa de la Guerra Civil principalmente al extremismo de la organización revolucionaria y al fracaso de la izquierda parlamentaria para llegar a un

²⁹ Edward Hallett Carr, *What is history?*, Basingstoke, 1986.

³⁰ Stedman Jones, *History*, pp. 110-111.

³¹ «Anglo-American Historians and the Second Spanish Republic: the Emergence of a New Orthodoxy», *European Studies Review*, vol. 3, núm. 1, 1973, pp. 81-87.

acuerdo con sus colegas de la derecha. A estos últimos, en cambio, se les presenta como una formación cristianodemócrata comprometida en principio con la democracia.

Esta tesis tuvo un quasilanzamiento a comienzos de los años setenta con la publicación de cinco libros de hispanistas británicos y norteamericanos. Uno de estos libros era un volumen de ensayos, editado por Raymond Carr y escrito por algunos de los mismos autores, al cual el historiador más o menos oficial del régimen, Ricardo de la Cierva, también contribuyó. De hecho, un La Cierva entusiasta acogió esta nueva ola de publicaciones sobre la historia de España como la legitimación del franquismo renovado por Fraga Iribarne³². De los componentes británicos de esta nueva tendencia, I. W. D. Trythall publicó una biografía más o menos exonerativa de Franco, poco después de dos libros casi hagiográficos sobre el dictador de dos historiadores conservadores británicos, George Hills y Brian Crozier³³. Les siguió Richard A. H. Robinson con un libro que intenta demostrar que Gil Robles y la CEDA tuvieron que renunciar a la democracia a regañadientes por la intransigencia revolucionaria de la izquierda³⁴.

Estas interpretaciones, compartidas en su totalidad, o en parte, por los historiadores conservadores norteamericanos, como Payne y Malefakis³⁵, fueron impugnadas por otros, como Romero Maura y Preston que se propusieron demostrar que fueron las oligarquías y la CEDA las que habían paralizado la reforma y, por tanto, creado la base de la reacción. Lo que se esconde detrás de esta polémica no es simplemente la interpretación de fuentes primarias, sino las diferencias ideológicas que separaban a la izquierda de la derecha en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Sin embargo, no queda asomo de duda de que, ideologías aparte, fueron los críticos izquierdistas de la interpretación conservadora los que resultaron más convincentes debido a su marco interpretativo mucho más sofisticado. Sin menospreciar el debate sobre

³² PHESTON, «The War of Words», *op. cit.*, pp. 7-8.

³³ J. W. D. TRYTHALL, *Franco: A Biography*, London, 1970; George HILLS, *Franco: the Man and his Nation*, London, 1967; Brian CROZIER, *A Biographical History*, London, 1967.

³⁴ *The Origins of Franco's Spain. The Right, the Republic and Revolution, 1931-1936*, Newton Abbot, 1970.

³⁵ Stanley G. PAYNE, *The Spanish Revolution*, London, 1970; Edward E. MALEFAKIS, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain*, New Haven, 1970.

la política, hicieron hincapié en los antecedentes socioeconómicos como condicionante de las tensiones que dieron lugar a la Guerra Civil ³⁶.

El mismo problema de contextualización ha dominado el debate sobre de la Guerra Civil dentro del hispanismo británico. Paul Preston ha jugado, sin duda, un papel fundamental en la elaboración de un análisis sofisticado de los acontecimientos y los procesos del conflicto, compartido por la mayoría de los historiadores británicos de la Guerra Civil ³⁷. Este análisis ha sido enriquecido por las contribuciones, entre otras, de Blinkhorn sobre el Carlismo, Graham y Heywood sobre los Socialistas, Frances Lannon y Mary Vincent sobre la Iglesia, Gerald Howson sobre los problemas de compra de armamento con los que se enfrentó la República y la monumental historia oral de Ronald Fraser sobre la Guerra Civil ³⁸. Pero la cuestión del papel del Partido Comunista llegó a ser motivo de fuerte polémica después de la publicación en Nueva York de un libro del autor galés, Burnett Bolloten, en 1961, el cual tuvo tres ediciones, la última de las cuales apareció en España en 1989 y en Gran Bretaña en 1991 ³⁹. Bolloten, quien estuvo en España como corresponsal de United Press durante la Guerra Civil, dedicó casi cincuenta años a desenmascarar el lado oscuro del papel de los

³⁶ Paul PRESTON, *The Coming Of the Spanish Civil War*, London, 1978; Martin BINKHORN, *Carlism and the Crisis in Spain 1931-1939*, Cambridge, 1975. Para la visión crítica de las interpretaciones conservadoras Martin BUNKHOHN, «Anglo-American historians and the Second Spanish Republic: the emergence of a new orthodoxy», *European Studies Review*, 3, núm. 1, 1973. También la *Revista Internacional de Sociología*, 3-4 (julio-diciembre 1972), en la que aparece J. ROMERO MAURA, «Unas palabras sobre el debate historiográfico acerca de la segunda República»; José VARELA ORTEGA, «Reacción y revolución frente a reforma», y Paul PHESTON, «El accidentalismo de la CEDA: ¿aceptación o sabotaje de la República?».

³⁷ Entre sus obras destacan, *A Concise History Of the Spanish Civil War*, London, 1996; *The Politics Of Revenge: Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain*, London, 1990, y *Franco: A Biography*, London, 1993.

³⁸ Martín BUNKHORN, *Carlism and Crisis in Spain, 1931-1939*, Cambridge, 1975; Helen GHAM, *Socialism and War: the Spanish Socialist Party in Power 1931-1939*, Cambridge, 1991; Paul HEYWOOD, *Marxism and the Failure of Organized Socialism in Spain 1879-1936*, Cambridge, 1990; Frances LANNON, *Privilege, Persecution and Prophecy: The Catholic Church in Spain 1875-1975*, Oxford, 1987; Mary VINCENT, *Catholicism in the Second Spanish Republic: Religion and Politics in Salernanica 1930-1936*, Oxford, 1996; Gerald HOWSON, *Aircraft of the Spanish Civil War 1936-1939*, Londres, 1990; Ronald FRASER, *Blood Of Spain: The Experience of War 1936-1939*, Londres, 1979.

³⁹ La edición española es: *La guerra civil española: revolución y contrarrevolución*, Madrid, 1989.

comunistas en la contienda. Su afirmación de que el gobierno de Negrín subordinó la República a las necesidades de la política exterior de la Unión Soviética ha sido debidamente cuestionada. A pesar de lo meticuloso de su investigación, el problema con su análisis es que en parte ignora el contexto de la preguerra, concretamente los profundos problemas socioeconómicos y la crisis ideológica de la izquierda. En parte, también, omite la compleja historia interna del movimiento socialista durante la guerra y subestima la necesidad de asegurar el orden dentro de la República y mantener el suministro de armas de la Unión Soviética ⁴⁰.

Se podría decir que otra polémica, mucho menos acalorada por cierto que las desatadas por la Guerra Civil, tuvo lugar en la interpretación del franquismo y de la transición a la democracia, no sólo entre historiadores británicos sino también entre españoles, europeos y norteamericanos. La tendencia conservadora argumentó que, a pesar de los excesos cometidos por el franquismo y la falta de democracia, la dictadura fue una experiencia positiva en el sentido de que creó las bases de la modernización de España ⁴¹. Los historiadores críticos del franquismo, por el contrario, sostenían que el cambio de política en 1957 fue una reacción pragmática y superficial a una serie de problemas socioeconómicos específicos y que la apertura de la economía iba en contra de todo a lo que Franco tenía apego ⁴². Sin la dictadura, la reestructuración y el despegue de la economía española podía haber empezado una década antes. Los profranquistas también resaltaban la voluntad de los reformistas internos de transformar la dictadura en democracia, viendo en las negociaciones de las élites y el papel del Rey la causa principal de la transición ⁴³. Otros, por el contrario, argumentan que la presión por una reforma democrática procedía también desde abajo, de los movimientos populares reivindicativos, de las organizaciones regionales y de la oposición política al franquismo. Según este

⁴⁰ Para el debate sobre la tesis de BOLLOTEN, véase Helen GRAHAM, «Spain and Europe: the View from the Periphery», *The Historical Journal*, 35, 4, 1992, pp. 969-983; la reseña de Herbert R. SOUTHWORTH en *ACIS Journal*, 4, 2, 1991; Julio ARÓSTEGUI, «Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: la persistencia del "Gran Engaño"», *Historia contemporánea*, núm. 2, 1990, Y Sebastian BALFOUR, «Burnett Bolloten, The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution», *Bulletin 01 Hispanic Studies*, LXX (1993), pp. 476-477.

⁴¹ Por ejemplo, Stanley PAYNE, *The Franco Regime 1936-1975*, Madison, 1987.

⁴² PRESTON, *Franco*, p. 669.

⁴³ Charles T. POWELL, *El piloto del cambio*, Barcelona, 1991.

análisis, el acuerdo constitucional fue el resultado de una dialéctica entre movilización social y negociación entre élites. Sin embargo, como yo intenté demostrar, el carácter local y diferenciado fue la fuerza de los movimientos sociales durante el franquismo y su punto débil en la transición porque no tenían ni expresión ni peso político ⁴⁴.

Detrás de estas diferencias interpretativas se esconden las distintas visiones en torno a la manera en que se hace la historia. Una de estas visiones parte de una tradicional historiografía liberal británica como hemos visto, enfatiza que la historia está gobernada hasta cierto punto por el azar y la indeterminación y, por tanto, premia el papel del individuo que parece tener un margen bastante amplio de autonomía. La otra, coherente con la tradición socialista o marxista británica, enfatiza en la dinámica de la historia moderna el papel de las estructuras socio-económicas, los intereses enfrentados y los movimientos sociales.

No cabe duda de que entre la vasta mayoría de los historiadores británicos que trabajan sobre España en este momento, se puede encontrar como base en su decisión de especializarse en historia española un fuerte compromiso político de izquierdas. Para la generación más vieja de los historiadores ejercientes esta decisión se originó principalmente en su contacto con la lucha en contra de la dictadura franquista durante los años sesenta y setenta. Pero detrás de este compromiso, se encuentra una fuerte tradición antifascista en Gran Bretaña que ha quedado expresada a través de los contactos mantenidos entre los veteranos sobrevivientes de las Brigadas Internacionales y el nuevo centro de hispanismo histórico británico creado por Paul Preston, primero en Queen Mary College, y ahora situado en la London School of Economics. Otro foco de interés de los historiadores de España es la transición española a la democracia como modelo o paradigma de otras transiciones. Ésta evocó un interés considerable en la disciplina de las ciencias políticas y llevó a una nueva generación de estudiantes al estudio sobre España.

Con su permiso, me detendré un momento para considerar mi propia trayectoria, que podría servir como ejemplo de la renovación del interés

⁴⁴ Sebastian BALFOUR, *Diclatorship, Workers and the City. Labour in Greater Barcelona since 1939*, Oxford; BALFOUR, «El movimiento obrero desde 1939», *Working Papers*, Institut de Ciències Polítiques i Soeials, núm. 24, Barcelona, 1990; Paul PRESTON, «Recientes estudios de historia del movimiento obrero español», *Sistema*, núm. 106, enero 1992, pp. 109-114; otro historiador británico que ha subrayado el papel de la movilización obrera es Joe FOWERAKER, *Making democracy in Spain; grassroots struggle in the south, 1955-1975*, Cambridge, 1989.

por España entre historiadores británicos. En 1968, me encontraba fortuitamente trabajando en París cuando se desarrollaron los acontecimientos de mayo y me lancé de forma bastante vaga e intrascendental a participar en el movimiento. Mi nuevo compromiso político continuó en Inglaterra después y empecé a cursar estudios latinoamericanos a nivel doctoral en consonancia con el auge del Tercer Mundo como objeto de fascinación para los politizados de mi generación. Sin embargo, desde el año 73 más o menos, tenía que acompañar a un grupo de estudiantes cada año a España y como consecuencia, presencié la represión franquista y la fuerte lucha democrática de los estudiantes y los obreros. Me chocó luego el saldo de tanta lucha en el acuerdo democrático que se selló con el pacto de silencio y la subordinación o el olvido de los que lucharon y sufrieron y los que torturaron durante la dictadura. Me puse entonces, bastante tarde en cuanto a la carrera, a estudiar el movimiento obrero en la dictadura y la transición españolas. Tuve como director de tesis a Preston, que había sido miembro de la Junta Democrática.

En definitiva, es claro que desde la llegada de la democracia y la extraordinaria expansión de las universidades españolas, el hispanismo extranjero ya no es tan influyente como lo fue durante la dictadura. Se abrieron los archivos, aparecieron nuevas fuentes de ayudas económicas y se desarrollaron en España nuevos enfoques y metodología en la historiografía, de tal forma que se multiplicaron los estudios de historia local, regional, económica, social etc. Sin embargo, el hispanismo histórico británico sigue contribuyendo a la comprensión de la historia de España del siglo xx de dos formas distintas. La primera trata de su aportación tradicional de estudios de gran síntesis y la segunda en su renovación de la historiografía a través de la interdisciplinariedad y del desarrollo de las perspectivas del estudio de la cultura, asignatura que está todavía en su infancia en España debido a la fuerte *compartimentalización* de las disciplinas. Los orígenes de esta nueva disciplina o interdisciplina en Gran Bretaña se remontan a los últimos años cincuenta y a comienzos de la década de los sesenta cuando Raymond Williams y Richard Hoggart ampliaron la práctica de la crítica literaria a los fenómenos culturales y E. P. Thompson publicó su obra maestra sobre la cultura de la clase obrera inglesa, que fue mucho más allá de la tradicional historia social.

Desde entonces los estudios culturales han ido creciendo y asimilando una multitud de escuelas y disciplinas -desde la Escuela

Frankfurt y el marxismo hasta la psicología, el estructuralismo, la semiótica, el posmodernismo en definitiva-o Algunos de sus componentes más radicales, como se sabe, cuestionan incluso la legitimidad de la historiografía como tal, argumentando que es sólo un discurso entre otros posibles discursos. El planteamiento de E. H. Carr '¿Qué es la historia?', ha dado paso, en esta nueva polémica, a otro: ¿se puede hacer historia como tal? ⁴⁵ No creo, en realidad, que nos enfrentemos a una seria crisis epistemológica sino a la necesidad de abrir la historiografía a nuevos y distintos metodologías y enfoques teóricos. Aparte de sus excesos, típicos de la juventud, los nuevos planteamientos pueden representar un enriquecimiento de la historia. Un reflejo en el hispanismo británico de este enriquecimiento es el libro editado por Jo Labanyi y Helen Graham cuyo título es *Spanish Cultural Studies. An Introduction*, al que han contribuido profesores británicos y españoles de diferentes disciplinas. No dudo en absoluto que el hispanismo británico producirá nuevas y gratas sorpresas en el futuro.

⁴⁵ Keith JENKINS, *On "What is History?"*. From Carr and Elton to Rorty, arul White, London, 1995; Richard I. EVANS, *In Defence of History*, London, 1997.

Más allá de la Leyenda Negra y del Mito Romántico: el concepto de España en el hispanismo británico contemporaneísta

Enrique Moradiellos

En un sentido lato, el sintagma «hispanismo histórico británico contemporaneísta» designa a un grupo de historiadores profesionales de la Gran Bretaña que han venido dedicando al campo de la historia contemporánea española su labor de estudio e investigación fundamental. En otras palabras: la «escuela británica del hispanismo histórico contemporaneísta». Pero al margen de esta descripción neutra, la cuestión reside en hallar un conjunto de caracteres comunes y sustantivos para definir con rigor como escuela a un grupo plural y heterogéneo de personas y de obras que tiene ya más de medio siglo de existencia académica. Estas páginas pretenden esbozar una conceptualización de dicho grupo como escuela (o tradición) historiográfica reconocible más allá del hecho evidente de la nacionalidad británica compartida de todos sus integrantes. El punto de partida de esta tentativa radica en una hipótesis sobre el origen del propio fenómeno. Todo indica que el hispanismo británico contemporaneísta tiene su carta de fundación en una coyuntura histórica singular: se constituye a partir de la guerra civil española de 1936-1939 como resultado del impacto histórico-cultural de la contienda en la sociedad británica. Además, dicha escuela nacida como secuela de la guerra de España cuenta con un artífice indiscutible: Gerald Brenan, escritor británico que publicaba en 1943 la obra *El laberinto español*, cuyo subtítulo rezaba: *Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil* ¹.

¹ Todos los estudios sobre el hispanismo británico contemporaneísta coinciden en esta consideración de Brenan como autor clave en su configuración: Ana Clara GUERRERO

Como es patente, sostener que el hispanismo británico nace tras la guerra civil y tiene a Brenan como fundador significa afirmar que no existía previamente en Gran Bretaña una escuela de hispanistas dedicados al estudio histórico de la España contemporánea. Lo cual no es óbice para que puedan enumerarse una serie de especialistas británicos en lengua y literatura hispanas que habían escrito y publicado sobre la historia española del siglo XIX y principios del XX. No en vano, como ha escrito sir John Elliott, «la profesionalidad (en el hispanismo británico) llegó antes al estudio de la literatura que al de la historia»². Dentro de esa nómina cabría mencionar a Edgar Allison Peers, fundador del *Bulletin of Spanish Studies*, la revista más prestigiosa del hispanismo en el mundo anglosajón entre 1923 y 1940. También podría citarse a sir Charles Petrie, William C. Atkinson o John Brando Trend. Todos estos autores, estudiosos de la lengua y la literatura española, escribieron sobre temas históricos contemporáneos de manera ocasional, como derivación de sus trabajos literarios y lingüísticos y sin que mediara una investigación histórica sobre fuentes documentales primarias constante. Por eso no constituyeron un grupo profesional reconocible y cualificado en el plano historiográfico.

El hispanismo histórico británico contemporaneísta configurado tras la guerra civil de la mano de Brenan estuvo definido por una característica temática sustancial. Su propósito fundamental ha sido explicar los orígenes, el curso y las implicaciones de la propia contienda española. Reformulando el juicio de un miembro de la escuela, podría afirmarse que su rasgo predominante ha sido su obsesión «con el examen de las causas, el desarrollo y las consecuencias de la guerra civil»³. Esta concentración temática es ya por sí sola un reflejo elocuente del impacto que la guerra civil tuvo en Gran Bretaña. Los motivos de esa resonancia

y Abdón MATEOS, «Algunas notas sobre el hispanismo británico. Del *Laberinto Español* de Brenan al *Franco* de Preston», *Spagna Contemporanea*, núm. 8, 1995, pp. 133-147; Julián CASANOVA, «Narración, síntesis y primado de la política: el legado de la historiografía anglo-americana sobre la España contemporánea», *Revista de historia Jerónimo Zurita*, núm. 71, 1995, pp. 237-251; Ángela CENARRO, «De ls viatges en calessa a l'Academia. Orígens i consolidació de la historiografia angloamericana sobre l'Espanya contemporània», *El Contemporani*, núms. 11-12, 1997, pp. 61-68.

² Sir John ELLIOTT, «El hispanismo británico», *Donaire*, núm. 7, 1996, pp. 79-81 (la cita en p. 80).

³ Paul PRESTON, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 1997, p. 11. La edición original inglesa es de 1990.

de la lucha española sobre la opinión pública británica fueron básicamente dos: la presencia de una analogía esencial y de una sincronía temporal entre la crisis específica española y la crisis general europea de los años treinta. A tenor del primero, la contienda española entre las fuerzas de una República democrática y socialmente avanzada contra un Ejército autoritario y católico-integrista parecía reproducir en pequeña escala la tensión europea entre el bloque democrático liderado por Gran Bretaña y Francia y el Eje contrario formado por la Alemania nazi y la Italia fascista. El segundo motivo derivaba del hecho de que la guerra española había surgido y se desenvolvía en estrecho paralelo cronológico con el deterioro de la situación europea que habría de conducir a la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. En consecuencia, la guerra de España no sólo parecía ser una pequeña guerra civil europea en miniatura, sino que también era el prólogo y proemio de la guerra mundial en ciernes. Y ello tanto para los partidarios en Gran Bretaña de la República como para los simpatizantes del general Franco. Aunque la diferencia de visión entre ambos fuera notoria: los unos interpretaban el conflicto como una batalla decisoria entre las Democracias y el Fascismo, mientras los otros lo interpretaban como un combate frontal entre el Comunismo y la Civilización Occidental ⁴.

Esta interpretación de la guerra española como un espejo distante y exagerado de una Europa dividida quedó enmarcada e integrada en una percepción de España y de los españoles muy arraigada en los ámbitos populares y oficiales de Gran Bretaña. En efecto, la lectura del conflicto español entre la población y los gobernantes británicos se hizo bajo el prisma de los estereotipos acuñados históricamente sobre España y el carácter nacional de los españoles: el derivado de la Leyenda Negra sobre España y el surgido del Mito Romántico sobre España. Las enraizadas imágenes implícitas en esos dos fenómenos histórico-culturales constituyeron el filtro y el prisma sustancial a cuyo través se percibió y se comprendió la guerra civil española en el Reino Unido ⁵.

⁴ Sobre el impacto de la guerra española en Gran Bretaña véase Juan AVILÉS, *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Madrid, Eudema, 1994, y Enrique MORADIELLOS, *La perfidia de Albión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

⁵ Sobre este asunto resulta esclarecedor Enric UCELAY DA CAL, «Ideas preconcebidas y estereotipos en la guerra civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, núm. 6, 1990, pp. 23-43. Cfr. sir John ELLIOTT, *op. cit.*, p. 80.

Un ejemplo bastará para demostrar cómo se interpretaba el conflicto español a la luz de los tópicos heredados del pasado. En noviembre de 1938, cuando las tropas del general Franco se aprestaban a lanzar su ofensiva final y victoriosa contra la República, el mayor Edmond Mahony, agregado militar británico en España, remitía a sus superiores un informe reservado sobre la situación en el que afirmaba:

El español no es un hombre que se guíe por la razón y tampoco valora la sabiduría si ésta aconseja algo que va en contra de lo que le dictan sus instintos. Siendo como es por completo un esclavo de sus pasiones, en las circunstancias presentes podemos esperar que prolongue su resistencia hasta el límite máximo de la capacidad humana. (...) La guerra civil forma parte de la tradición nacional; al igual que la corrida de toros proporciona un dividendo gratificante en forma de excitación emocional. Por eso, la perspectiva de una prolongación indefinida de la guerra civil probablemente causa menos consternación entre la tropa y en España en general que la que suscita en el extranjero ⁶.

Así pues, resulta evidente que tanto los sectores populares británicos como los círculos oficiales tendieron a descifrar e interpretar el complejo conflicto español de acuerdo con las ideas y concepciones abrigadas sobre España y el carácter de los españoles. Unas ideas y concepciones que eran el fruto decantado de una experiencia histórica dilatada de relaciones bilaterales y cuya manifestación más palmaria se recogía en dos núcleos de estereotipos básicos: la Leyenda de la España Negra y el Mito de la España Romántica. Sin comprender el origen y morfología de ambos resulta difícil, si no imposible, calibrar el significado cultural del hispanismo británico historiográfico.

El origen de ese conjunto de ideas negativas sobre España y los españoles denominado la *Leyenda Negra* debe buscarse en los fuertes recelos despertados en varios países europeos ante la incontestada hegemonía alcanzada por la monarquía católica hispana durante casi todo el siglo XVI ⁷. Sólo resta insistir en que esa visión adversa tuvo un desarrollo mucho mayor en Inglaterra (y como derivación en el mundo

⁶ Reproducido en E. MORADIELLOS, «El espejo distante. España en el hispanismo británico contemporáneo», *Revista de Extremadura*, núm. 24, 1997, pp. 7-38 (cita en pp. 12-13).

⁷ El origen del vocablo tiene fecha y autor: el erudito Julián JUDERÍAS en *La leyenda negra y la verdad histórica* (Madrid, 1914); Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992; Carlos GÓMEZ-CENTURIÓN, «Bajo el signo

cultural anglosajón) que en cualquier otro estado continental⁸. Las razones son fácilmente comprensibles. En el caso de la Inglaterra de Isabel 1, el enfrentamiento con la España de Felipe 11 tuvo caracteres de lucha por la supervivencia a vida o muerte del propio Estado inglés, de su Iglesia nacional reformada y de sus incipientes proyectos de expansión naval y colonial. En otras palabras: la rivalidad anglo-española que estalla en la segunda mitad del siglo xvi y pervive hasta el siglo xix era de naturaleza casi omnicomprendensiva.

Ante todo, Inglaterra se oponía a la hegemonía político-militar española en el continente y por esa razón prestaba ayuda a los rebeldes holandeses en las Provincias Unidas y a todos los enemigos de España en Francia y Alemania. En segundo orden, Inglaterra se oponía a España en el plano religioso porque la monarquía inglesa, cabeza de la Iglesia Anglicana, se había erigido en defensora del protestantismo frente a la ortodoxia católica romana defendida por España y el Papado. Finalmente, Inglaterra se resistía a la pretensión española de monopolizar el comercio marítimo con América y restringir la colonización del nuevo continente por otras potencias europeas. Esta enconada rivalidad política, religiosa, marítima y colonial habría de servir como contexto fecundo y caldo de cultivo fructífero para la cristalización en Inglaterra de ese conjunto de imágenes negativas y adversas sobre España y los españoles. Sobre todo tras la victoria inglesa frente a la Armada Invencible en 1588, el perfil de la Leyenda Negra alcanzó rasgos de una hispanofobia popular visceral.

A tenor de esa leyenda, España se presentaba como una potencia expansionista y opresora, el temible brazo armado de la Contrarreforma católica y servilmente aliada al Papado de Roma. Por su parte, el carácter nacional de los españoles sintetizaba todos los vicios y defectos imaginables en el ser humano. El español era por naturaleza violentamente cruel, fanáticamente intolerante y vanidosamente fanfarrón. *Cruelty*, *Bigotry* y *Vanity* eran los tres atributos más reiterados a la hora de definir a los españoles de la época y de todo tiempo y lugar. Tales atributos tomaban como referencia los tres tipos humanos españoles más visibles y temidos en la época: el conquistador de Indias cruel, el inquisidor fanático y torturador, y el hidalgo altanero de insoportable

de Sagitario. La visión europea del poder español (siglos xvi-xvii)», *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 16, 1995, pp. 201-237.

⁸ William S. MAITRY, *La Leyenda Negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

suficiencia. Sin duda, la virulencia de ese sentimiento antihispánico fue amortiguándose a medida que el imperio español entraba en su prolongada crisis. Aun así, todavía en el siglo XVIII, además de los denuestos tradicionales, España recibió el atributo de la decadencia como rasgo novedoso mientras los españoles sumaban los calificativos de perezosos.

A principios del siglo XIX surgió una imagen diferente sobre España y los españoles. Se trataba de una percepción derivada del Mito Romántico sobre el país y sus habitantes que haría olvidar selectivamente a la opinión pública británica y a sus gobernantes los estereotipos adversos⁹. Si la Leyenda Negra había nacido de la rivalidad anglo-española en el siglo XVI, el mito de la España romántica iba a surgir en un contexto histórico radicalmente distinto: el del espontáneo levantamiento popular contra los ejércitos franceses de Napoleón en 1808. El comienzo de la Guerra de Independencia en España provocó un entusiasmo sin precedentes en Gran Bretaña y generó una nueva sensibilidad oficial y popular hacia España y los españoles. No en vano, el levantamiento ocurría en medio de una agotadora guerra entre Gran Bretaña y Francia iniciada en 1793 y sólo concluida en 1815. Por eso mismo, Gran Bretaña, enfrentada en solitario al empuje militar napoleónico, recibió con enorme alivio la insurrección y se aprestó a concluir la alianza política y militar hispano-británica contra su enemigo común francés.

Como resultado de la consecuente hispanofilia súbita, los tópicos plasmados por la Leyenda Negra sufrieron una revisión completa en favor de una imagen igualmente mítica pero contrapuesta: la *España Romántica*. A tenor del nuevo estereotipo, la percepción negativa de España y de los españoles se trocó en una imagen positiva y ponderativa. En un plazo breve, los vicios y defectos de los españoles se volvieron virtudes y perfecciones. Así, por ejemplo, la crueldad hispana se convirtió en valentía indómita, el execrable fanatismo devino pasión indomable, y la soberbia altanera se hizo orgullo patriótico e individualista. Los tipos humanos que encarnaban esta imagen serían ahora los guerrilleros anónimos, los defensores de Zaragoza, los cientos de Quijotes amantes de su libertad e individualidad. La popularización del nuevo estereotipo fue articulada a través de dos vías. En primer orden, por los poetas románticos británicos cautivados por la gesta española: lord Byron,

⁹ Como introducción al Mito Romántico véase Ian ROBERTSON, *Los curiosos imperitinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Barcelona, Erliciones del Serbal, 1988.

Wordsworth, sir Walter Scott, etc. En segundo, por los relatos publicados por viajeros británicos que durante el siglo XIX se acercaron al país para descubrir su exotismo: George Borrow, Richard Ford, etc.¹⁰

Durante la guerra civil de 1936-1939, las imágenes tradicionales asociadas a España y a los españoles resurgieron con un vigor extraordinario en el Reino Unido: tanto la imagen negativa de la Leyenda Negra como la imagen positiva del Mito Romántico. Ambas coexistieron y se entretijeron con profusión. Simplemente se llevó a cabo una división de atributos según que las preferencias políticas del observador se inclinaron a favor de la República o en pro del bando del general Franco. Para la izquierda británica, la abominable España negra era sin duda la España franquista, en tanto que la España romántica cobraba cuerpo en la España leal a la República. Por el contrario, para las derechas, la España negra tenía su expresión en la zona de las turbas rojas y ateas, en tanto que la romántica era aquella que había emprendido una Cruzada contra el Comunismo y en defensa de la civilización occidental.

Esas visiones contrapuestas constituyeron el trasfondo ideológico y cultural de la labor historiográfica emprendida por Gerald Brenan y los historiadores hispanistas contemporaneístas. Gracias a sus investigaciones iba a ser posible la lenta tarea de criba y trituración de todo el conjunto de interpretaciones basadas en mitos estereotipados a fin de sustituirlas por una explicación histórica fundamentada y crítica de la España contemporánea en su compleja realidad¹¹. En eso consistió la novedad del hispanismo histórico británico: en ofrecer un análisis y explicación de la historia contemporánea española que huía de interpretaciones apriorísticas sobre el carácter innato de los españoles y de la consideración de España como un enigma histórico inaprensible y ajeno al resto de los países europeos. Por el contrario, la nueva escuela del hispanismo británico trataría de explicar los procesos históricos españoles dentro del contexto general del continente y atendiendo a los factores materiales de orden social, económico, cultural y político

¹⁰ Erasmo BUCETA, «El entusiasmo por España en algunos románticos ingleses», *Revista de Filología Española*, tomo X, núm. 1, 1923, pp. 1-25; Jan ROBERTSON, «Testimonios literarios británicos del período bélico», en el catálogo de la exposición conmemorativa: *La alianza de dos monarquías. Wellington en España*, Madrid, Museo Municipal, 1988, pp. 109-143.

¹¹ Sobre la pervivencia de esos estereotipos ofrece buena prueba Emilio LAMODE ESPINOSA, «La mirada del otro. La imagen de España en el extranjero», *Información Comercial Española. Revista de Economía*, núm. 722, 1993, pp. 11-25.

que fueron conformando su peculiar, pero no excepcional, desarrollo contemporáneo. En esta cesura radical con las interpretaciones míticas legadas por el pasado y el entronque con los métodos y presupuestos de la historia científica residió la novedad historiográfica de la tradición inaugurada por Brenan.

Desde el principio, el hispanismo británico fue un fiel reflejo de las características que definían a la escuela histórica inglesa tal y como se había desarrollado desde mediados del siglo XIX tras la obra pionera de Thomas Babington Macaulay (autor de la *Historia de Inglaterra desde la entronización de Jacobo II*). En abierto contraste con la escuela histórica alemana (personificada por la figura contemporánea de Leopold von Ranke), la historiografía británica tuvo una serie de rasgos definitorios bien perceptibles y constantes ¹².

El primero de esos rasgos, compartido por la escuela germana, estribaba en la redacción de obras que tenían como soporte y apoyatura una amplia base documental y testimonial probatoria y cotejable, tanto de naturaleza archivística como bibliográfica o hemerográfica. En otras palabras, siempre se respetó la máxima *Quod non est in actis, non est in mundo*. Quizá la pequeña pero reveladora diferencia en el caso de los historiadores ingleses residiera en la mayor aceptación de las fuentes literarias como material de consulta y uso en las labores de investigación y redacción histórica. Cabría pensar que la influencia de la novela historicista de sir Walter Scott evitó el triunfo incontestado de la sobriedad germánica al utilizar sólo fuentes administrativas estatales.

El segundo rasgo definitorio radicaba en la atención prestada a la belleza formal y estilística de la narración histórica. Para la escuela inglesa, el relato histórico no sólo debía ser verdadero y apoyado en evidencias documentales, sino también elegante y a ser posible bello. La historia científica seguía siendo un género literario cuyo objetivo era explicar los procesos pretéritos a un público general culto y no

¹² Peter R. H. SIEF, *Learning and a Liberal Education. The Study of Modern History in the Universities of Oxford, Cambridge and Manchester, 1800-1914*, Manchester, Manchester University Press, 1986; J. R. HALE (ed.), *The Evolution of British Historiography: From Bacon to Namier*, Londres, Macmillan, 1967. Una comparación entre las escuelas inglesa y alemana en JAMES JOLL, *National Histories and National Historians: Some German and English Views of the Past*, Londres, The German Historical Institute, 1985. Una crítica de las peculiaridades inglesas en Gareth Stedman JONES, «Historia: la miseria del empirismo», en Robin BLACKBURN (ed.), *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Crijalbo, 1977, pp. 109-131.

destinarse sólo a los colegas de profesión. La razón de esa doble necesidad científica y divulgativa era clara: en la sociedad británica decimonónica, próspera, estable, liberal (*whig*) y satisfecha de sí misma, la historia tenía una función pedagógica cívica y formativa inexcusable. Este compromiso político liberal (implícito en la llamada «interpretación *whig*» de la historia) fue definido en 1900 por Richard Congreve: la historia no podía ser «mero divertimento sino el fundamento sólido para nuestra guía como hombres y ciudadanos»¹³.

El tercer elemento definitorio era la aceptación explícita de la necesidad de que el historiador participase personalmente en la narración histórica. Lejos de considerar (como Ranke y sus discípulos) que el narrador era una especie de notario aséptico y neutral, los historiadores británicos, siguiendo a Macaulay, asumían como inevitable la intervención personal en la percepción y narración de los fenómenos históricos. El único requisito de objetividad aceptado y exigido era el respeto al *dictum* clásico de Tácito: había que escribir historia *bona fides, sine ira el studio*. En otras palabras: con buena fe interpretativa, sin encono partidista y tras intenso análisis de las evidencias disponibles.

El cuarto rasgo discernible en la historiografía británica consistía en su atención a los aspectos políticos de los fenómenos históricos. Ello derivaba de una concepción de la historia como proceso humano en el cual, sin olvidar totalmente las dimensiones sociales, económicas y culturales, el plano preferencial de análisis era el político por su condición de ámbito de resolución de los problemas planteados en las sociedades (el ámbito de configuración del poder). Esta marcada preferencia conllevaba dos efectos. Por un lado, la atención histórica solía centrarse en los grandes protagonistas de la lucha por el poder: dirigentes políticos y sociales, estadistas, etc. Por otro, el análisis imponía un empirismo descriptivo y la huida de generalizaciones abstractas y conceptos anónimos y suprasubjetivos. Nada más lejano a los historiadores británicos que la antropomorfización de unos conceptos generales a los cuales se atribuía sentimientos, voliciones y capacidad de actuación (del tipo «la burguesía tomó el poder» o «el proletariado hizo la revolución»). Una advertencia cautelara de sir Lewis Namier puede servir como exponente de ese recelo hacia las concepciones organicistas: «Cinuenta hombres nunca forman un ciempiés»¹⁴.

¹³ Citado en Peter R. H. SIFF, *op. cit.*, p. 21.

¹⁴ Recogido en Fritz STERN (ed.), *The Varieties of History. From Voltaire to the Present*, Londres, Thames and Hudson, 1956, p. 372.

El hispanismo británico, en su condición de grupo específico dentro de la escuela histórica británica, reflejaría todos esos rasgos en mayor o menor medida según los casos y las épocas. Cabría añadir otras dos características propias que completarían esta tentativa de definición historiológica de la tradición heredera de Brenan. Ante todo, destaca en sus investigaciones la presencia activa de un marco comparativo siempre implícito de carácter supranacional. Detrás de toda obra sobre historia española puede observarse de modo latente, a veces explícito, una comparación con el modelo ofrecido por el proceso histórico de la Gran Bretaña contemporánea. En segundo orden, resulta patente la concentración en temas históricos de amplio alcance. En parte, esa atención a los grandes temas o períodos históricos es el resultado de una exigencia académica. No hay que olvidar que el hispanista británico es un especialista que trabaja sobre la historia de un país extranjero y distinto a aquél en el que vive, trabaja, enseña y publica. Por tanto, debe atender a las necesidades de explicaciones genéricas y sucintas de su propio público discente o lector, que le pide respuestas a interrogantes sobre cuestiones generales y no monografías minuciosas sobre naderías irrelevantes (para ese público).

La obra de Gerald Brenan es un claro reflejo de todos esos rasgos definitorios apuntados en mayor o menor medida. Brenan (1894-1987) era un escritor de talante liberal y excéntrico (como buen miembro del grupo de Bloomsbury) que residió en el sur de España entre 1919 y 1936 (casi siempre en Yegen, en las Alpujarras granadinas). El estallido de la guerra civil le obligó a repatriarse en septiembre de 1936 y sólo en 1953 regresaría a España para asentarse en Churriana y luego en Alhaurín el Grande (Málaga)¹⁵. A principios de 1938, poco después de su regreso a Inglaterra, Brenan comenzó la redacción de una obra que sólo se publicaría en 1943 bajo el título de *El Laberinto español* y que era una tentativa de respuesta a la angustiosa pregunta de cómo había sido posible la guerra civil en España¹⁶.

¹⁵ Dos obras de BRENNAN ofrecen una panorámica biográfica completa: *Memoria personal, 1920-1975*, Madrid, Alianza, 1979, y *Al sur de Granada*, Madrid, Siglo XXI, 1979; Sam ABRAMS, «Aproximación a la vida de Gerald Brenan», *Litoral. Revista de la poesía y el pensamiento* (Málaga), número monográfico titulado *Gerald Brenan. Al sur del laberinto*, 1985, pp. 25-38; Jonathan GATHORNE-HARDY, *A Life of Gerald Brenan. The Interior Castle*, Londres, Sinclair-Stevenson, 1994.

¹⁶ *The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1943. Versión española

El libro no es un relato cronológico de los acontecimientos que llevaron desde la Restauración de los Borbones en 1874 al estallido de la contienda civil en 1936. Se compone de capítulos engarzados que pasan revista a distintos temas de la historia contemporánea española para buscar el origen de los varios conflictos que se combinaron y dieron origen al enfrentamiento armado de 1936: el contencioso entre la Iglesia católica y el liberalismo anticlerical, el antagonismo entre Estado centralista y nacionalismos periféricos, el agudo problema agrario en el sur latifundista, las razones del peculiar vigor del carlismo y luego del anarquismo, etc.

En su conjunto, el trabajo de Brenan ofrece un fresco vivo en el que se aportan varias razones que hicieron posible que la polarización social y política en España traspasara el umbral de la guerra civil, atendiendo a explicaciones inmanentes y materiales, huyendo de los estereotipos sobre la violencia innata de los españoles y su incapacidad para el compromiso y la vida en paz. En gran medida, su originalidad reside también en haber sido «el primer estudio que integró una rica variedad de datos económicos y sociales en un libro sobre la historia contemporánea de España»¹⁷. Todo ello en una narración escrita en lenguaje diáfano, donde el marco general descende en ocasiones a un detallismo simbólico que actúa al modo de un microcosmos de la situación histórica general descrita. Buena prueba del acierto de las explicaciones de Brenan es que una parte sustancial de su obra sigue conservando validez general, a pesar del tiempo transcurrido y del inevitable envejecimiento de varias de sus tesis parciales.

El segundo gran aporte historiográfico del hispanismo británico vio la luz en el año 1961. Se trataba del libro de Hugh Thomas (1931-) titulado *La guerra civil española* y publicado simultáneamente en inglés, francés y español¹⁸. Pocos años después, tras la aparición de una primera

de José CANO RuZ publicada en París por Ruedo Ibérico en 1962 bajo el título de *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*. La última versión española conocida ha sido publicada en Barcelona por Plaza y Janés en 1996.

¹⁷ Gabriel JACKSON, «Homenaje a Gerald Brenan», *Litoral* (número monográfico), pp. 133-137 (la cita exacta en p. 135). También Paul PRESTON subraya la condición de pionero de BRENNAN en su artículo «The Spanish Civil War and the Historians», en P. PRESTON (ed.), *Revolution and War in Spain, 1931-1939*, Londres, Methuen, 1984, pp. 1-13 (la referencia a BRENNAN en p. 5). Traducción española: *Revolución y guerra en España*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 5-24.

¹⁸ *The Spanish Civil War*, Londres, Eyre and Spottiswoode, 1961. La versión francesa se tituló: *La Guerre d'Espagne*, París, Robert Lallont, 1961. Traducción de Jacques

revisión del original inglés en 1965, la obra sería traducida al resto de los principales idiomas del mundo. Así comenzaba su espectacular éxito que le llevaría a sumar varias ediciones y reimpressiones en casi todas sus versiones idiomáticas ¹⁹. El estudio de Thomas era una minuciosa crónica del conflicto español y de sus antecedentes escrita desde una perspectiva liberal democrática y con propósito de imparcialidad respecto de las pasiones partidistas aún vigentes. El estilo narrativo era muy fluido, a la par que el fenómeno bélico aparecía como resultado de acciones y omisiones de hombres, grupos políticos y organizaciones sociales, y no como un acontecimiento exigido necesariamente por la evolución organicista de estructuras históricas anónimas y suprasubjetivas. En este sentido, el libro era un verdadero exponente del empirismo de la historiografía británica.

En gran medida, la fortuna de la obra de Thomas residió en el oportuno momento de su publicación. A principios de la década de los años sesenta estaban disponibles los suficientes materiales testimoniales para redactar esa crónica narrativa y existía un mercado potencial de lectores, españoles y extranjeros, ávidos de información actualizada y ponderada. Como el propio autor reconocería, «en el extranjero "necesitaban" una historia de la guerra civil, al decir de los editores» ²⁰. Thomas redactó la obra en el momento preciso, con el formato idóneo y sin competencia alguna de entidad (los trabajos del galés B. Bolloten y de los franceses P. Broué y E. Témime eran de otro carácter) ²¹.

Brousse y Lucien Hess. La primera edición española fue publicada en París por Ruedo Ibérico en 1961.

¹⁹ La segunda edición inglesa revisada fue publicada en Harmondsworth por Penguin Books en 1965. Dicha casa sería responsable de una edición aumentada en 1977, todavía en circulación. En 1967 hubo una nueva edición española en París de Ruedo Ibérico, basándose en la edición inglesa de 1965. Una nueva edición aumentada se publicó por primera vez dentro de España en 1976 a cargo de la editorial barcelonesa Grijalbo en dos volúmenes y con el texto traducido por Neri Daurella. Su éxito fue tal que en 1985 esa versión ya iba por la novena edición. Excusamos mencionar las ediciones paralelas y reimpressiones a cargo de Círculo de Lectores (1977), Éxito (1978) y Urbión (1979).

²⁰ «Prólogo» a la edición Grijalbo de 1976. Citamos por la octava edición de 1983, p. 19.

²¹ La obra financesa, titulada *La Revolution et la Guerre d'Espagne* (parís, Minuit, 1961), era una visión analítico-estructural y de compromiso político filo-trotsquista. Edición española: México, FCE, 1962. La de Bolloten (*The Grand Camouflage. The Communist Conspiracy in the Spanish Civil War*, Londres, Hollis and Cartel', 1961) era un estudio minucioso pero parcial sobre la actividad comunista durante la guerra

En esta falta de competencia fue ayudado, no cabe duda, por la política del régimen franquista hacia el conocimiento del inmediato pasado histórico español. En la España de Franco, al margen de las historias oficiales sobre la guerra, laudatorias y desprovistas de valor historiográfico, era imposible acceder a los fondos archivísticos y publicar con mínima imparcialidad sobre el período bélico. Por eso, la historia de Thomas se convirtió en una obra de referencia básica, tanto dentro de España como en el exterior. El cambio de circunstancias tras el final de la dictadura franquista, junto con la proliferación de investigaciones históricas sobre el tema, han contribuido a envejecer esta obra pionera a pesar de sus frecuentes revisiones.

Pocos años después de la aparición del libro de Hugh Thomas, el hispanismo británico llegó a su máximo esplendor con la publicación de una obra magistral. La fecha de edición era 1966. Su autor: Raymond Carr (1919-), profesor de la Universidad de Oxford²². Y su título era corto y preciso: *España, 1808-1939*²³. El libro contenía una densa panorámica de la historia contemporánea de España desde la Guerra de Independencia hasta la victoria franquista en la guerra civil. Su originalidad radicaba en su amplísima expansión temática y temporal, su profundidad explicativa y su brillante composición y estilo narrativo. Fue percibida desde el principio como un clásico de la historiografía española y británica cuyo impacto todavía hoyes difícil de minusvalorar.

Hay que recordar que a mediados de los años sesenta no existía una obra general sobre historia contemporánea española de mínimo rigor documental, intensidad analítica y ponderación de juicio. La his-

y estaba escrito con una perspectiva «un tanto inquisitorial» (según Thomas en el prólogo citado en nota previa). Julio ARÓSTEGUI, «Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española: La persistencia del "Gran Engaño"», *Historia Contemporánea*, núm. 3, 1990, pp. 151-177.

²² Sobre la vida y obra de Carr resulta imprescindible Malcolm DEAS, «Raymond Carr: Approaches to the History of Spain», en FRANK LANNON y PAUL PRESTON (eds.), *Élites and Power in Twentieth-Century Spain. Essays in Honour of Sir Raymond Carr*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 1-9. Véase igualmente el prefacio de los editores de dicha obra, pp. V-VIII.

²³ *Spain, 1808-1939*, Oxford, Clarendon Press, 1966. La segunda edición revisada y ampliada sería publicada bajo el título *Spain, 1808-1975* por la misma editorial en 1982. La primera edición española, revisada y aumentada, se publicó en Barcelona por Ariel en 1969 bajo el título *España, 1808-1939*, con traducción de Juan Ramón Capella, Jorge Garzolini y Gabriela Ostberg. La segunda edición revisada y ampliada se publicó por la misma editorial en 1982 bajo el título *España, 1808-1975*. Prueba del éxito del texto es que en 1990 se hubiera llegado ya a la quinta edición de la versión de 1982.

toriografía española contemporaneísta, lastrada por la vigilancia de los censores franquistas y por las prohibiciones de acceso a los archivos pertinentes, apenas podía vanagloriarse de la contribución de Vicens Vives y de las aportaciones de Artola, Cacho Viu, Jover Zamora, Pabón o Seco Serrano. En ese contexto desolador, Carr publicó un estudio omnicomprendivo de la España contemporánea donde los aspectos políticos estaban en íntima conexión con las estructuras sociales, se entretajían con los procesos económicos y tenían su reflejo en las esferas cultural e ideológica. Desde el principio, quedaba clara la pretensión de articular todas las dimensiones históricas en la explicación del desarrollo peculiar pero no excepcional de la España contemporánea:

La explicación más verosímil del fracaso de la revolución liberal en España es que el cambio político no fue acompañado por aquellas mutaciones sociales y económicas que dan su contenido a la revolución política. La leyenda negra de una sociedad cerrada, que orgullosamente repudia las ideas modernas, se transfiere de las esferas de la intransigencia intelectual a los ámbitos inferiores de la necesidad económica; son causas del fracaso liberal la carencia de capital, la persistencia de métodos artesanales en la industria y la rutina en la agricultura; sus símbolos son el arado de madera, la hoz, la era y el alto horno de leña²⁴.

Esa perspectiva analítico-estructural se combinaba con una elegante capacidad narrativa, una profunda atención al detalle significativo, y una aversión explícita a las explicaciones basadas en conceptos impersonales (del tipo entonces en boga por influencia marxista: «revolución burguesa», «fracción de base», «modo de producción»...). Quizá esa combinación de análisis estructural y narración colorista y a veces microhistórica hayan hecho del libro el clásico historiográfico que sigue siendo²⁵.

El impacto de la obra de Carr fue tan grande que en torno a su persona se agrupó una pléyade de discípulos que dio origen a la llamada

²⁴ Éste es el inicio del capítulo primero de la obra. Citamos por la quinta edición de Ariel de 1990, p. 17.

²⁵ Por ejemplo, CalT fue el primero en descubrir a sus lectores aspectos insólitos y, sin embargo, muy reveladores de los protagonistas de la historia española. Gracias a su obra pudieron saber que el general Espartero, la espada del liberalismo progresista decimonónico, era hijo de un humilde carretero y creyente católico hasta la superstición; que Cánovas del Castillo, aparte de ser el arquitecto conservador de la Restauración, era también un asiduo lector de Immanuel Kant; o que Lerroux, al tiempo que dirigía al lumpen-proletariado barcelonés en campañas anticlericales, era uno de los escasos ciclistas empedemidos que había en el país.

«escuela de Oxford» del hispanismo británico contemporaneísta. En efecto, alrededor del Centro de Estudios Ibéricos del Sto Anthony's College fue configurándose un grupo definido de investigadores, tanto británicos como españoles. Entre estos últimos cabría mencionar a tres cuya fecunda producción historiográfica refleja por sí sola la impronta del magisterio de Carr: Joaquín Romero Maura, José Varela Ortega y Juan Pablo Fusi Aizpurúa²⁶. Su contribución a la modernización historiográfica española desde la etapa tardofranquista es conocida y apreciada.

De los discípulos británicos más destacados de la escuela de Oxford cabría mencionar a cinco nombres todavía activos: Richard Robinson, Martin Blinkhorn, Frances Lannon, Shlomo Ben-Ami, Paul Preston y Charles Powell. Todos ellos cursaron sus estudios total o parcialmente en Oxford y realizaron sus tesis doctorales bajo la dirección de Carr²⁷. Fue dentro de esta segunda generación de hispanistas británicos donde tuvo lugar el intenso debate sobre la interpretación de la Segunda República que dividió al conjunto de la escuela en «conservadores» revisionistas frente a «liberales» ortodoxos. Sin duda, el clímax de ese debate lo constituyó la polémica entre Robinson y Preston sobre las responsabilidades atribuibles a la derecha católica y a la izquierda socialista en el fracaso de la breve experiencia democrática republicana. Al margen del interés historiográfico de la polémica, su importancia

²⁶ J. ROMERO-MAURA, *La rosa de fuego : El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, Grijalbo, 1974; J. VARELA ORTEGA, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración, 1875-1900*, Madrid, Alianza, 1977; J. P. FUSI, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Turner, 1975.

²⁷ Los principales trabajos de estos autores fueron (orden de cita en texto): *The Origins of Franco's Spain. the Right, the Republic and Revolution*, 1931-1936, Newton Abbot, David & Charles Publishers en 1970 (traducción española: *Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y Revolución*, 1931-1936, Barcelona, Crijalbo, 1(74); *Carlism and Crisis in Spain*, 1931-1936, Cambridge, CUP, 1975 (*Carlismo y contrarrevolución en España*, Barcelona, Crítica, 1979); *Privilege, Persecution and Prophecy. The Catholic Church in Spain, 1875-1975*, Oxford, OUP, 1987 (*Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España*, Madrid, Alianza, 1990); *the Origins of the Second Republic in Spain*, Oxford, OUP, 1978 (*Los orígenes de la Segunda República en España*, Madrid, Alianza, 1990); *the Coming of the Spanish Civil War*, Londres, Macmillan, 1978 (*La destrucción de la democracia en España*, Madrid, Turner, 1(78); *El piloto del cambio. El rey, la monarquía y la transición a la democracia*, Barcelona, Planeta, 1991).

radica en la demostración de la altura científica de la propia escuela oxoniense y de su talante autocrítico ²⁸.

Con posterioridad a la polémica, Preston se reveló como el autor más prolífico e influyente de los discípulos de Carro. De hecho, sus trabajos últimos, incluyendo su exhaustiva biografía del general Franco, le han convertido en el más claro heredero de Raymond Carr al frente de la tradición hispanista británica contemporaneísta ²⁹. No en vano, Preston es el maestro reconocido de lo que podría llamarse la tercera generación de hispanistas británicos surgida a la vida pública a lo largo de los años ochenta. Su lugar de formación ha sido el *Centre for Contemporary Spanish Studies* que dicho profesor dirige en la Universidad de Londres desde 1984 (primero en el *Queen Mary College* y desde 1991 en la *London School of Economics*). Miembros de esta nueva «escuela de Londres» son Sheelagh Ellwood, Sebastian Balfour, Paul Heywood o Helen Graham ³⁰. Todos ellos han seguido roturando diversos campos de la historia política, social y cultural española. Quizá la gran diferencia de esta tercera generación con respecto a las precedentes es su mayor vinculación con otras tradiciones historiográficas aparte de la tradición liberal *whig*. Por ejemplo, la tradición marxista británica (E. P. Thompson, E. Hobsbawm), la tradición radical-popular (el matrimonio Webb o los Hammond), o la tradición histórico-sociológica norteamericana (Barrington Moore, Tilly).

En definitiva, a juzgar por la nómina de obras y autores citados, no cabe duda de que la sombra proyectada por Brennan es alargada. Gracias a los trabajos del hispanismo británico contemporaneísta (sumados a los del hispanismo modernista de figuras como sir John Elliott)

²⁸ Martin BLINKHORN, «Anglo-American historians and the Second Spanish Republic: the emergence of a new Orthodoxy», *European Studies Review* (Laneaster), vol. 3, núm. 1, 1973, pp. 81-87.

²⁹ *Franco. A Biography*, Londres, Harper Collins, 1993 (*Franco. Caudillo de España*, Barcelona, Grijalbo, 1994).

³⁰ S. ELLWOOD, *Pietas las filis. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984; P. HEYWOOD, *Marxism and the Failure of Organised Socialism in Spain, 1879-1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. Traducción española: *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España*, Santander, Universidad de Cantabria, 1993; S. BALFOUR, *Dictatorship, Workers and the City: Labour in Greater Barcelona since 1939*, Oxford, Oxford University Press, 1989. Traducción española: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona, 1939-1988*, Valencia, Institueió Alfons El Magnanim, 1994; H. GRAHAM, *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

ha sido posible rasgar el tupido velo creado por la Leyenda Negra y el Mito Romántico y descubrir la variada y un tanto prosaica realidad histórica de la España contemporánea. Al llevar a cabo esa tarea, los hispanistas han proporcionado a sus lectores británicos y españoles una imagen más precisa, más plural, más compleja y menos simplificada de la España de los siglos XIX y XX, desmintiendo al mismo tiempo los arraigados tópicos sobre la diferencia esencial y la idiosincrasia peculiar de los españoles en el mareo de los pueblos europeos circundantes. El valor socio-cultural de esa tarea se magnifica aún más si se tiene en cuenta la persistencia de imágenes míticas derivadas del pasado ³¹.

La mirada desde afuera sobre España proporcionada por el hispanismo británico y otras escuelas hispanistas ha generado resultados muy fructíferos y siempre complementarios con la mirada desde dentro ofrecida por la renovada historiografía española. Así debiera seguir ocurriendo en el cercano porvenir para bien de los lectores británicos y de los lectores españoles. No en vano, en palabras certeras y recientes de Antonio Muñoz Molina: «Hay que estudiar historia porque la ignorancia lleva al recelo y alodio. Hay que estudiar historia y hay que volverse un poco extranjero» ³².

³¹ E. LAMO DE ESPINOSA, *op. cit.*, p. 21. Según una encuesta de 1988 en Europa el porcentaje de británicos que tenía una opinión sobre España «bastante mala» era del 9,1 por 100 (el segundo más bajo en Europa después del 12,1 por 100 de holandeses). Por contra, sólo el 3,9 por 100 de franceses, el 4,] por 100 de alemanes o el 2,4 por 100 de portugueses abrigaban una opinión similar sobre España.

³² A. MUÑOZ MOLINA, «La mirada de fuera», *El País*, 20 de noviembre de 1996, p. 38.

La historiografía contemporánea en Norteamérica

Adrian Shubert

Irónicamente, el nombre de este coloquio «La mirada del otro», es especialmente apropiado para discutir el lugar que ocupa España en la historiografía norteamericana. Cuando los historiadores de Norteamérica lanzan una mirada ocasional a España, se trata bastante de «la mirada del otro». A los ojos de profesores de historia de Norteamérica, especialmente de aquellos historiadores que se especializan en «Historia de Europa», España es lo que a mí me gusta llamar «el otro interior de Europa». La historia de España, y sobre todo la de su historia contemporánea, ha tenido desde siempre una presencia minúscula y marginal en los departamentos de historia canadienses y norteamericanos. Reconocer este estatus marginal, el cual se debe de alguna manera a nuestra propia actuación, es vital para entender el desarrollo de la historiografía norteamericana de la España contemporánea, especialmente en los últimos años.

* * *

En 1983 Joan Connelly Ullman publicó un breve artículo titulado «Spanish History in the American University. Statistics and Considerations» ¹. Sus conclusiones y su tono general eran pesimistas. La historia española como una materia específica tuvo una llegada tardía a las universidades americanas, y aunque ella no lo mencionara, también

¹ Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, *Bulletin*, octubre 1983, pp. 10-21.

a las canadienses. Hubo un pequeño impulso en los sesenta y a principios de los setenta, pero después del año setenta y cinco el campo empezó a encogerse. Esto fue debido, en parte, al *shock* general sufrido por la educación universitaria norteamericana tras la crisis del petróleo del setenta y tres, pero las consecuencias fueron más dañinas que para otras áreas más establecidas.

Aunque es verdad que había en 1983 algunas universidades que contaban con un especialista en historia de España donde anteriormente no había ninguno, también es verdad que durante los últimos cinco años los puestos ocupados por dichos especialistas se han perdido. Algunos han muerto, otros se han retirado, dimitido o abandonado su puesto por diversas causas y no han sido reemplazados. Además, después de 1970, varios especialistas en España fueron adscritos a nuevos departamentos de historia, y cuando partieron hacia otra universidad no fueron reemplazados por otro historiador especializado en España.

Dentro de la historia de España, la historia contemporánea fue generalmente la más perjudicada. Sin lugar a dudas es injusto señalar casos individuales, y la profesora Ullman no lo hizo, pero permítaseme indicar uno como sintomático: cuando Edward Malefakis abandonó la Universidad de Michigan, en 1975, no fue reemplazado. Desde entonces, Michigan, que era uno de los mejores departamentos del continente, no ha tenido ningún historiador de la España contemporánea².

En cuanto a tesis doctorales, la imagen era igualmente depresiva. De 321 doctorados en Historia de España otorgados por universidades americanas entre 1892 y 1982, el 31 por 100 fueron otorgados sólo entre 1970 y 1974. La década de los setenta vio un promedio de 15,9 títulos por año, mucho más que ninguna década anterior. Sin embargo, como este aumento coincidió con la contracción del mercado laboral tras 1973, «sólo algunos pocos de aquellos que consiguieron el título se han asegurado un puesto de trabajo académico»³. Los potenciales estudiantes de doctorado sacaron las apropiadas conclusiones: durante los tres primeros años de los ochenta hubo sólo cuatro *PhDs* en Historia de España por año, la media más baja desde los años cincuenta.

En términos generales, la situación no ha cambiado demasiado desde que Ullman escribió el artículo. La historia de España, especialmente

² *ibid.*, p. 15.

³ *ibid.*, p. 15.

la contemporánea, sigue siendo marginal —o está incluso aislada— respecto a la historia de Europa que se escribe y enseña. España y el resto de Europa han sido separadas en dos soledades.

Hay una forma básica y fácilmente cuantificable de expulsión de España de Europa, o al menos de la Europa académicamente definida, una forma de la que somos perfectamente conscientes todos, especialmente aquellos que tenemos estudiantes graduados. En un artículo que todos los historiadores sobre España deberían leer, Michael Geyer lo explica daramente: «la pregunta definitiva» es, dice, «¿a quién contratan como europeístas los departamentos?»⁴. Todos los historiadores sobre España saben la respuesta, o al menos nosotros sabemos la respuesta a la misma pregunta formulada de otra manera: ¿a quién no contratan los departamentos como europeístas? Para ir más allá de una mirada impresionista recorrí la edición de 1993-1994 de la *Cuide to Departments of History* que edita la American Historical Association. Allí encontré 625 departamentos de historia: 589 en los EEUU y 36 en Canadá. También hallé 24 personas que se declaraban especialistas en la historia contemporánea de España; 22 eran de Estados Unidos y dos de Canadá. Esto viene a ser un 3,8 por 100 de los departamentos mencionados; induso si doblamos esta cantidad para corregir aquellos que podemos no haber contado, el resultado es daro. En abierto contraste, el número de especialistas en historia moderna de Francia o Alemania sobrepasaba el de España antes de llegar a la letra C en el listado alfabético. Las cosas no mejoran en el nivel de graduados: de los 50 mayores programas de doctorado en historia, todos menos uno tienen un especialista en historia moderna de Francia o Alemania y la mayoría tienen uno de cada, pero sólo siete tienen un especialista en historia contemporánea de España.

La separación virtual de España respecto de «Europa» también puede ser calibrada de otras formas. El cuadro siguiente muestra el número de artículos sobre historia contemporánea de una serie de países aparecidos en dos de las más prestigiosas revistas de historia en Norteamérica, el *Journal of Modern History* y la *American Historical Review* durante los años noventa⁵.

⁴ Michael GEYER, «Historical Fictions of Autonomy and the Europeanization of National History», *Central European History*, 1989, pp. 318-319.

⁵ Estas cifras no incluyen artículos sobre el holocausto o la Revolución Francesa, los cuales incrementarían sensiblemente los totales para Alemania y Francia.

	JMH	AHR	Total
Francia	17	5	22
Alemania.....	24	8	32
Italia	7	0	7
España	1	1	2
Grecia	1	0	1

En un artículo sobre «la situación de la historiografía contemporánea griega» que refleja muchos de los matices que señalo aquí, Thomas Gallant proporciona un cuadro que recoge el número de trabajos presentados sobre países europeos en los encuentros anuales, en 1991 y 1994, de la *Social Science History Association*. Sin mayor sorpresa, Gran Bretaña (38), Francia (29) y Alemania (24) lideran la lista. Grecia (0) ocupa el último lugar, mientras España (2) está algo mejor, aunque se encuentra muy por detrás de Holanda (14), Suecia (8), Rusia (7), Italia (7), Irlanda (6), Noruega (6) y Bélgica (5) ⁶.

Dije antes que esta triste situación se debe, en parte, a nuestro propio trabajo. Las generalizaciones son siempre peligrosas, pero me arriesgaré diciendo que la historia contemporánea de España se ha escrito, en Norteamérica al igual que en España, de una forma muy ensimismada. De la misma manera, y esto es casi una consecuencia lógica, gran parte de nuestra historia ha sido positivista, empirista y no teórica. El resultado es que escribimos historias que sólo otros especialistas en España y estudiantes de historia de España pueden leer, lo que constituye una audiencia realmente pequeña. La actitud consistente en que «cualquier investigación (es) significativa por sí misma y no porque se refiera a un tema más amplio en historia europea o mundial» nos ha encerrado en lo que Enric Ucelay da Cal ha llamado «the Hispanic Studies Ghetto» ⁷.

(6) T. GALLANT, «Greek Exceptionalism and Contemporary Historiography: New Pitfalls and Old Debates», *Journal of Modern Greek Studies*, 1997, p. 211.

(7) E. UCELAY DA CAL, «The Hispanic Studies "Ghetto"», *Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, Bulletin*, Fall 1994, pp. 11-15. Los comentarios de GALLANT sobre el «excepcionalismo» son casi idénticos: «Temas como la historia de la Grecia

El desafío que tenemos por delante es el de ampliar esa audiencia escribiendo historias que concentren en España la atención de más gente. Michael Geyer hace un llamamiento en este sentido para que vayamos más allá de la Nación-Estado y otras ficciones de autonomía, tales como «la pureza de la etnia», para interesarnos en «la gran fragilidad y permeabilidad de todas las... construcciones nacionales», en busca de lo que él llama «historias transaccionales emergentes»⁸. Permítaseme sugerir, más modestamente, que escribamos historias sobre temas de España que sean comparativos y estén teóricamente informados, historias que puedan participar en discusiones intelectuales más amplias.

Esto nos lleva a la pregunta de qué historia enseñamos. España se encuentra básicamente ausente de la historia moderna de Europa que se enseña en muchas de las universidades de Norteamérica. Sin duda alguna, existen muchas razones para que esto suceda, pero una muy importante reside en el tipo de historias que se explican en los cursos de estudios europeos. Incluso hoy en día estos cursos se ocupan básicamente de diplomacia, alta política y alta cultura. Si esto es lo que importa en historia, entonces nadie debiera sorprenderse de que Europa sea poco más que Francia y Alemania y de que España esté ausente. O de que sólo esté presente cuando sea el escenario temporal de importantes eventos, como durante la Guerra de la Independencia o la Guerra Civil española.

No hay duda de que tras la expansión liberadora que ha supuesto el reconocimiento de nuevos sujetos históricos las historias de que tratan estos cursos habrán de ser más variadas. Una vez nos movamos dentro de la esfera de la historia social, la identificación de Europa con Francia y Alemania perderá toda justificación. Si queremos hablar a nuestros estudiantes de la debilidad del liberalismo, o sobre el desplazamiento de las instituciones religiosas y la naturaleza de las creencias religiosas, o sobre la experiencia de las mujeres, o la emergencia de nacionalismos

contemporánea deben tratarse de forma relevante para la corriente principal; en caso contrario serán descuidados. Naturalmente, los historiadores sobre Grecia pueden continuar como antes y mantener su monólogo interior. Alguno puede incluso orgullecerse en esta obstinada insularidad... Pero las consecuencias de esta postura no tardarán en apreciarse: carencia de plazas en los currícula universitarios y de trabajo para nuestros estudiantes. Nuestras pérdidas serán tanto prácticas como intelectuales... debemos ser conscientes de que es tarea nuestra hacer que el resto de la disciplina conozca lo que estamos haciendo. Debemos integrar nuestro trabajo en la corriente principal», *Greek Exceptionalism*, p. 214.

⁸ GEYER, «Historical Fictiolls», p. 341.

minoritarios, o la participación de europeos en el mercado laboral transatlántico, o sobre la pérdida del imperio (sólo por mencionar unos pocos aunque importantísimos temas en la historia europea) entonces España ocupará un lugar tan interesante, por lo menos, como cualquier otro.

Aun así, España permanece generalmente ausente de los trabajos comparativos a gran escala sobre temas en los que la experiencia española tendría mucho que decir. Citaré tres ejemplos. El controvertido libro de Amo J. Mayer, *The Persistence of the Ancien Regime*⁹, contradecía la teoría de la preponderancia burguesa en la pre-guerra mundial y argüía que cuando el continente entraba en la Primera Guerra Mundial un antiguo orden «completamente pre-industrial y pre-burgués» seguía constituyendo «la verdadera esencia de las correspondientes sociedades civiles y políticas de Europa». En una época en la cual la ortodoxia prevaleciente mantenía que España había fracasado al no experimentar la prescrita «revolución burguesa», uno esperaría que fuese utilizada como primer ejemplo para ilustrar un caso así. Sin embargo, Mayer examinó «Europa desde Inglaterra hasta Rusia», incluyendo Italia, pero sin una sola mención a España. Más recientemente, Liah Greenfeld publicó un libro tremendamente influyente, *Nationalism: Five Roads to Modernity*, que ignoraba de nuevo a España, el país que probablemente ha dado a luz más nacionalismos que ningún otro¹⁰. En 1995 el historiador alemán Jürgen Kocka publicó en una de las revistas más prestigiosas de los Estados Unidos un importante artículo sobre la clase media en Europa, en el cual la palabra «España» ni siquiera aparece¹¹.

Sin embargo, no es bastante afirmar que la historia de España es una parte integral de la historia de Europa; tenemos que hacer que sea así. Esto significa escribir una historia que nuestros colegas que trabajan en otros países europeos quieran leer. Significa también incluir a España en el panorama histórico más amplio que enseñamos a nuestros alumnos, porque al hacerlo cambiamos también la naturaleza de ese panorama. En suma, una enorme tarea.

Nuestros colegas que trabajan en la España moderna se encuentran en una situación parecida. Durante siglo y medio la historiografía esta-

⁹ A. MAYER, *The Persistence of the Ancien Regime. Europe in the Civil War* (New York, 1981), pp. 4-6.

¹⁰ L. GREENFELD, *Nationalism. Five Roads to Modernity* (Cambridge, 1992).

¹¹ J. KOCKA, «The Middle Class in Europe», *Journal of Modern History*, diciembre 1995, pp. 783-806.

dounidense ha estado ¹² dominada por lo que Richard Kagan llamó «el paradigma Prescott». La *History of the Reign of Fernando and Isabel*, de William H. Prescott, publicada en 1837, «modeló tanto el carácter como la dirección que las investigaciones históricas tomaron en los estudios españoles durante todo un siglo». «El paradigma Preseott» muestra la «insalubre combinación de despotismo político e intolerancia religiosa» de España como la antítesis del republicanismo protestante de los EEUU. Frente a la noción de «excepeionalismo americano», según el cual los EEUU «poseían una historia única, destinada a su propia grandeza», Prescott describía un excepcionalismo español que separaba a España de la gran corriente europea, mayoritariamente protestante, y que, consecuentemente, la apartaba del progreso y de la prosperidad que fluían en su despertar.

Vista desde la parte occidental del Atlántico, España permanecía como una potencia imperial –una potencia católica a combatir– que se interponía en las ambiciones imperiales estadounidenses, especialmente respecto a Cuba. (Por supuesto, en 1835 y en 1848 los americanos se habían apropiado brutalmente de la mitad de lo que una vez fue conocido como Nueva España, pero que por entonces era el México independiente.) Mucho después de que España se hubiera convertido en una potencia de segunda o tercera clase a ojos europeos seguía siendo un rival para los Estados Unidos, por lo cual la leyenda negra tuvo una vida más larga allí. Cuando los EEUU entraron en conflicto militar con España, la leyenda negra fue sacada a relucir con toda la intensidad del siglo xvi. Se publicó entonces en Nueva York una nueva edición del libro de Bartolomé de las Casas sobre el maltrato dado por los españoles a los indígenas americanos y otros trabajos propagandísticos que contenían el mismo mensaje. Así I. J. Ingalls escribía en su *America's War for Humanity*: «España ha sido juzgada y condenada en el fórum de la historia. Su religión no ha significado otra cosa que intolerancia, sus sacramentos han sido solemnizados por el látigo y la rueda. Sus hombres de Estado han sido infames... sus guerras, masacres; su supremacía ha resultado una condena y un infortunio, condenando continentes enteros a la esterilidad y a sus habitantes a la muerte» ¹³.

¹² R. KAGAN, «PrescoU's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain», *American Historical Review*, abril 1996, pp. 425, 429-431.

¹³ J. J. INGALLS, *America's War for Humanity* (New York, 1898).

Los modernistas norteamericanos tienen ahora la tarea de socavar el paradigma Prescott, tal y como muestra el excelente artículo historiográfico de Kagan. En un frente amplio «antiguas orientaciones y presupuestos están siendo descartados... La "España" monolítica que Prescott y otros describieron está siendo desmantelada por unos estudiosos que la examinan microhistóricamente, la dividen en regiones, examinan las periferias más que los centros y observan los pequeños detalles de la vida cotidiana». Kagan sitúa el cambio de paradigma más importante en el estudio de la religión, al explorar los historiadores los registros de la Inquisición para convertir lo que Prescott y otros «ridiculizaron como fanatismo y superstición» en «una fuerza vital y constituyente que extraía sus energías de una sociedad rural y dotaba a los campesinos de medios para enfrentarse a las dificultades de la vida cotidiana»¹⁴. Todo esto parece apoyar la premonición de Ioan Ullman de que «los jóvenes estudiosos e innovadores se han dirigido a esos campos (la España medieval y moderna) buscando un revisionismo creativo, porque encuentran allí problemas y metodologías más interesantes que desafiar»¹⁵.

Los historiadores norteamericanos de la España contemporánea se hallan algo rezagados respecto de los de la época anterior, aunque recientemente han iniciado una renovación historiográfica similar. Si se me permite otra arriesgada generalización, es esto lo que distingue la historiografía norteamericana de la británica. Mientras esta última aún retiene su inclinación por la República y la Guerra Civil como objetos principales de estudio y por la historia política como enfoque, la norteamericana ha demostrado una mayor atracción por la historia social y cultural y un mayor compromiso con los problemas historiográficos y teóricos que trascienden los campos nacionales. La expresión «historiografía anglosajona» está perdiendo rápidamente la validez que pudo tener en algún momento¹⁶ (aunque los movimientos incipientes hacia los estudios culturales de algunos historiadores británicos especialistas en España, como Helen Graham, podrían invertir esta divergencia).

* * *

¹⁴ KAGAN, «Prescott's Paradigm», pp. 441-443.

¹⁵ ULLMAN, «Spanish History», p. 11.

¹⁶ Pamela RADCLIFF ha apuntado algo similar. Véase «Anglo-American Modern Spanish Historiography», Society for Spanish and Portuguese Historical Studies, *Bulletin*, Fall 1994, p. 21.

Hay otro tema que debe ser abordado. Es un problema delicado que quizás requiera más tacto del que yo pueda mostrar. Es una cuestión que podría parecer planteada, superficialmente al menos, por la convocatoria de este seminario: ¿Cómo reciben a la historiografía norteamericana los contemporaneístas españoles?

Cuando llegué por primera vez a España, a principios de los setenta, como estudiante de investigación, la historiografía americana y especialmente los trabajos de Raymond Carr, Paul Preston, Gabriel Jackson, Stanley Payne y Edward Malefakis gozaban de un enorme prestigio. De hecho, mi propia posición como pupilo de Preston conllevó una cálida bienvenida y una solidaridad y ayuda que nunca será capaz de retribuir (pienso que algo contribuyó a ello el hecho de ser canadiense y, por tanto, un poco exótico). En los tres años que duró mi estancia en España (1979-1982) vi cómo esta actitud empezaba a cambiar; poco antes de mi marcha estuve presente en una charla en Madrid, en la cual un historiador español extremadamente distinguido lanzó lo que sólo puede ser considerado como una diatriba contra la historiografía «anglosajona». A partir de ahí la situación ha llegado a ser progresivamente esquizofrénica: mientras muchos de los historiadores que acabo de mencionar gozan de un prestigio en España que ni siquiera podrían imaginar en sus propios países, la actitud negativa hacia los historiadores angloparlantes en general parece profundizarse. Uno oye y oye hablar de gente que afirma que los norteamericanos «no pueden hacer» historia de España o que «no tienen nada que decir» a los españoles. Conozco a un joven español, un doctor reciente, que fue criticado por su director de tesis por hacer demasiadas referencias a historiadores angloparlantes. Enric Ucelay da Cal ha ido incluso más lejos —y está impreso—: «La historiografía española hoy en día (incluyendo historiadores catalanes, vascos, gallegos, etc.) es casi universalmente hostil a los trabajos de fuera, especialmente en inglés, y más especialmente si vienen de los EEUU. Esta tendencia no es tan rigurosa con el hispanismo francés»¹⁷. ¿Se trata de reacciones desmesuradas a comentarios ocasionales u obedecen a una animadversión genuina y creciente que podría provocar, entre otras cosas, que el mundo del historiador norteamericano de la España contemporánea se haga mucho más pequeño de lo que ya es?

* * *

¹⁷ UCELAYDA CAL, «Hispanie Sludies», p. 13.

Dedicaré lo que queda de este ensayo a discutir algunos de los trabajos más significativos sobre la España contemporánea realizados por historiadores norteamericanos en los últimos quince años. Antes de empezar, sin embargo, anticiparé una de las conclusiones que debería aliviar un poco el tono pesimista de mi presentación hasta ahora: desde que Ioan Ullman escribiera su artículo en 1983 ha surgido una cohorte de historiadores comprometidos con un «revisionismo creativo» e incluso incondicional iconoclasta. Algunos, quizás muchos de los nombres que mencione a partir de ahora pueden resultar poco familiares, espero que no por mucho tiempo.

Quizás el rasgo distintivo más llamativo de esta historiografía es el modo en que los historiadores norteamericanos han abandonado la Segunda República y la Guerra Civil como temas en sí mismos. Tanto Stanley Payne como Burnet Bolloten publicaron importantes trabajos, el primero sobre la República, el segundo (póstumamente) sobre la Guerra Civil; en ambos casos se trataba, sin embargo, de la continuación de las líneas que habían marcado sus carreras ¹⁸. Lo mismo puede decirse acerca del estudio de Robert Whealey sobre la intervención alemana en la Guerra Civil ¹⁹. *Spain at War*, de George Esenwein y yo mismo, es otra clase de libro: una historia sintética de la República y la Guerra Civil dirigida a estudiantes universitarios británicos y estadounidenses realizada por dos estudiosos que nunca habían trabajado extensamente en este período.

Los aspectos más populares de dicho período siguen siendo aquellos que tienen que ver directamente con otros países además de España. Douglass Little analiza las relaciones de España con Gran Bretaña y EEUU durante los años treinta y halla las raíces de la «No-intervención» de estos países en su miedo a la revolución, reforzado por sus difíciles relaciones con los gobiernos de la Segunda República ²⁰. Las Brigadas Internacionales continúan siendo un asunto de interminable fascinación. R. Dan Richardson se ocupa de la cuestión de las relaciones de éstas con el movimiento comunista y concluye que eran una parte integral

¹⁸ S. PAYNE, *Spain's First Democracy. The Second Republic, 1931-1936* (Madison, 1993); B. BOLLOTEN, *The Spanish Civil War: Revolution and Counter-revolution* (Chapel Hill, 1991).

¹⁹ R. WHEALEY, *Hitler and Spain. The Nazi Role in the Spanish Civil War* (Lexington, 1989).

²⁰ D. LITTLE, *Malevolent Neutrality: the United States, Great Britain and the Origins of the Spanish Civil War* (Ithaca, 1985).

del aparato de la Comintern en España. El libro de James Hopkins, «*Today the Struggle*»: *the British in the Spanish Civil War*, es completamente fiel a su título. Se trata de un estudio sobre algunos intelectuales que lucharon en España en el cual los aspectos españoles de la guerra -incluyendo la presencia de los españoles mismos- son ignorados, mientras España se convierte en el telón de fondo accidental frente al cual otra gente intentaba resolver sus propias preocupaciones.

Dos estudios aportan una nueva perspectiva a este período. El primero es el estudio de Martha Acklesberg sobre las Mujeres Libres, un primer intento de aplicar las contribuciones de la historia de las mujeres y del género al estudio de la Guerra Civil ²¹. Acklesberg mantiene que la creación de esta organización de mujeres y sus difíciles relaciones con la Confederación Nacional del Trabajo reflejan la incapacidad del anarcosindicalismo para dar respuesta a los problemas específicos y las necesidades de las mujeres, a pesar de su teórico compromiso con la igualdad en todas las áreas de la vida.

Mucho más revisionista, de hecho profundamente tal, es el trabajo de Michael Seidman. Como su título indica, su libro, *Workers Against Labor in Paris and Barcelona during the Popular Fronts*, es un estudio comparativo de la conducta de los trabajadores en dos de las ciudades «más rojas» de Europa. Pero más que un trabajo comparativo, el libro desafía una de las tradiciones fundamentales en la historia del trabajo: que los trabajadores vieran el trabajo como una actividad significativa, argumentando que el trabajo no es «un área de liberación potencial» y que «la utópica dimensión de la resistencia» les condujo a desobedecer a los líderes sindicales y políticos, incluso cuando el Frente Popular estaba en el poder ²². Seidman alcanza su mejor momento al describir la resistencia de los trabajadores a las demandas de las nuevas autoridades en la Barcelona revolucionaria, lo cual le conduce a preguntarse hasta qué punto las organizaciones formales de los trabajadores representaban a la clase obrera. Este escepticismo es nuevo en la historiografía española, pero el examen de Seidman sobre la disyuntiva entre los valores y la cultura del movimiento obrero y aquellos de los trabajadores

²¹ M. ACKLESBERG, *Free Women of Spain. Anarchism and the Struggle for the Emancipation of Women* (Bloomington, 1991).

²² M. SEIDMAN, *Workers Against Work: Labor in Paris and Barcelona during the Popular Fronts* (Berkeley, 1991), p. 16.

de base refleja las preocupaciones de la *Alltagsgeschichte* alemana, la historia de la vida cotidiana²³.

En una serie de artículos sucesivos Seidman ha llevado este enfoque a la Guerra Civil misma, intentando recuperar la experiencia de «los individuos anónimos que afirmaron sus propios intereses contra las demandas de varias causas y colectividades»²⁴. Usando un amplio espectro de documentos de los sindicatos en el Archivo Histórico Nacional, Sección de la Guerra Civil, Seidman documenta cómo «muchos trabajadores no siguieron los caminos colectivistas trazados por varias organizaciones, sino que, por el contrario, antepusieron sus intereses personales a cualquier otra cosa», exigiendo aumentos de sueldo, negándose a contribuciones forzadas, ignorando la semana de cuarenta horas para hacer horas extras, llegando tarde y yéndose antes de hora y robando²⁵. Su artículo «Frentes en calma de la Guerra Civil», basado en la investigación en el Servicio Militar Histórico y en Salamanca, examina el comportamiento de los soldados ordinarios²⁶. Seidman mantiene que la escasez de alimentos y equipamiento socavó la moral de los soldados republicanos, quienes mientras la guerra avanzaba establecían treguas informales con el enemigo y se mostraban más reticentes a entrar en combate. También señala que el individualismo, por el cual «la supervivencia de uno mismo» era la virtud principal, y no el compromiso con una causa social o política, estaba extendido durante los años treinta suministrando la base para el consumismo despolitizado que empezaría en los sesenta²⁷.

Especial mención merece el libro de Gerds-Rainer Horn, *European Socialists Respond to Fascism*²⁸. Horn es principalmente un historiador de Alemania y su libro analiza las respuestas de los partidos socialistas de cinco países: Austria, Bélgica, Francia, Alemania y España a la llegada al poder del nazismo en enero de 1933. Fijándose en los cuarenta meses transcurridos entre el triunfo nazi y la victoria del Frente Popular francés, en abril de 1936, Horn mantiene que ésta fue una época de

²³ See G. EILEY, «Labor History, Social History, *Alltagsgeschichte*», *Journal of Modern History*, 1989, pp. 423-443, para una excelente introducción a esta línea historiográfica.

²⁴ M. SEIDMAN, «Individualisms in Madrid during the Spanish Civil War», *Journal of Modern History*, marzo 1996, p. 63.

²⁵ *Ibid.* p. 83.

²⁶ M. SEIDMAN, «Frentes en calma de la Guerra Civil», *Historia Social*, 27, 1997, pp. 37-59.

²⁷ *Ibid.*, p. 59.

²⁸ G. R. HORN, *European Socialists Respond to Fascism* (New York, 1997).

crisis en la cual las estrategias innovadoras, como el frente unido, el planismo radical y el frente popular, pudieron tener, y tuvieron, un impacto significativo en la socialdemocracia. Hom sostiene que las respuestas a la crisis y su ritmo temporal fueron parecidas en los cinco partidos considerados, a pesar de que las circunstancias políticas y económicas en las que se encontraban eran muy diferentes. Éste es un ejemplo muy interesante de historia transnacional que, efectiva y significativamente, introduce a España en un marco mucho más amplio. Muchos europeístas se sorprenderían si supieran cuánta resonancia tuvieron los acontecimientos de Asturias en toda la izquierda europea.

El movimiento obrero es otro asunto que ha perdido mucho de su encanto para historiadores norteamericanos. La historia del trabajo empezó como la historia de las instituciones e ideas, y cada enfoque ha inspirado un nuevo libro. En *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, George Esenwein analiza la conflictiva evolución de la ideología entre los anarquistas españoles y su impacto en las tácticas y estrategia del movimiento obrero²⁹. Esenwein critica el enfoque milenarista del anarquismo español desarrollado por Díaz del Moral y popularizado en el mundo angloparlante por Gerald Brenan y Eric Hobsbawm, en tanto que traza una equivocada y simplificada descripción del anarquismo de finales del XIX. Esenwein es un guía excelente a través de esta compleja jungla ideológica, y su descripción de individuos como José Prat y Ricardo Mella es una importante aportación a la literatura en inglés. En ocasiones, Esenwein se mueve más allá del enfoque de la ideología para explorar el contexto en el cual ésta se difundía; su discusión sobre el café como lugar de sociabilidad donde los trabajadores aprendían sobre anarquismo hace que uno desee que hubiese tratado esos temas más a menudo. El enfoque institucional lo aporta Benjamin Martin. Su *Agony 01 Modernization* proporciona una historia comprensiva de las principales organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera española desde mediados del siglo XIX hasta el final de la Guerra Civil³⁰. (Un epílogo breve cubre los años de Franco). Una de las principales características de este libro es el extenso tratamiento de las organizaciones obreras católicas,

²⁹ G. ESENWEIN, *Anarchist Ideology and the Working-Class Movement in Spain, 1868-1898* (Berkeley. 1989).

³⁰ B. MARTIN. *The Agony of Modernization. Labor and Industrialization in Spain* (hhaca. 1990).

las cuales se estudian generalmente con brevedad o son enteramente ignoradas.

Dos estudios más sobre la clase trabajadora en España se salen del enfoque tradicional de las instituciones políticas y la historia del movimiento obrero y adoptan una perspectiva más socio-histórica. Aunque los dos tratan de Asturias, fueron publicados con una diferencia de más de diez años, y esta diferencia cronológica significa que las preguntas que se formulan y las perspectivas que se adoptan son bastante diferentes. *The Road to Revolution in Spain*, mi estudio sobre los mineros de carbón en Asturias, desde los comienzos de la industria minera hasta la insurrección de octubre del 34, intentaba abordar una cuestión antigua desde una nueva perspectiva³¹. Al mismo tiempo, se integraba dentro de la literatura internacional sobre las causas de la militancia entre los mineros. Muy influido por el trabajo de E. P. Thompson, el libro aspiraba a ser una historia social de los propios mineros, más que una historia de sus instituciones formales, y de forma muy característica por lo que respecta a gran parte de la historia del trabajo de finales de los setenta y principios de los ochenta –al menos en el mundo angloparlante–, buscaba la explicación del comportamiento de los trabajadores principalmente en el proceso laboral.

Mi libro es un producto de un período anterior a que el feminismo y los estudios del género dejaran su huella en la escritura de la historia; el libro de Pamela Beth Radcliff, *From Mobilization to Civil War. The Politics of Polarization in the Spanish City of Gijón, 1900-1937*, se halla al otro lado de esta divisoria y es, por ello mismo, mucho más rico³². El libro tiene dos propósitos: «aclarar los orígenes a largo plazo de la Guerra Civil española y arrojar una nueva luz sobre la transición a la política de masas que afrontaron los países europeos en el siglo XIX y principios del XX». El primer tema es un clásico de la historiografía española y la respuesta de Radcliff –que la experiencia de las esperanzas defraudadas durante la República le costaron al régimen su legitimidad entre la clase obrera, conduciendo a la completa polarización de la ciudad– no es nueva, pero el libro proporciona una de los más detallados y sofisticados análisis de ese proceso de polarización. La originalidad de este libro reside en el segundo propósito, una preo-

³¹ A. SHUBERT, *The Road to Revolution in Spain* (Urbana, 1987). Edición española, *Hacia la revolución* (Barcelona, 1984).

³² R. RADCLIFF, *From Mobilization to Civil War. The Politics of Polarization in the Spanish City of Gijón, 1900-1937* (Cambridge, 1996), p. 1.

cupación compartida por los historiadores de Europa, y especialmente en su concepción de la política: «En vez de estar confinada al campo de la lucha institucional, la cultura política se moldea en el campo más amplio de los valores públicos, la acción colectiva y la expresión simbólica... la política consistía en conflictos colectivos sobre las relaciones de poder que tenían lugar en una serie de diferentes escenarios: desde el lugar de trabajo y el ayuntamiento hasta el centro cultural, el vecindario y las calles de la ciudad». El género, que está totalmente ausente en *The Road to Revolution*, queda impecablemente incorporado en una historia de la clase obrera más completa y lograda.

Ningún tema concreto ha desplazado a los años treinta como foco de discusión. Más bien, los norteamericanos han recorrido «todo el mapa» o, al menos, toda la cronología: desde la guerra contra Napoleón hasta el régimen franquista. Si existe algún rasgo distintivo de su trabajo es el interés por la historia social y su predilección por las síntesis interpretativas.

Tres libros sobre aspectos de la «crisis del antiguo régimen» han aparecido en la última década. Bastante diferentes en enfoque, todos suponen contribuciones al tema. El estudio de John Tone de la guerrilla navarra posee el enfoque más estrecho. Basado primordialmente en investigaciones de archivos en Madrid, Pamplona y París, *The Fatal Knot* se propone cuestionar algunos de los mitos que rodean a la guerra de guerrillas contra los franceses: que fue «un esfuerzo nacional unánime»; que estaba motivado por «lealtades al rey, a la patria y a la religión» y que la guerrilla navarra era un «monstruo destroza-hombres», por lo que la victoria era «inevitable». Tone eligió Navarra «porque produjo el más perfecto movimiento guerrillero en España»³³. La explicación de esto la halla en la naturaleza de la sociedad rural navarra, y buena parte del libro es un análisis de esa sociedad y las modos en que alimentó la lucha anti-francesa. Aquí se destaca la región de la montaña, específicamente la dispersión de la población entre un amplio número de pequeñas aldeas, la naturaleza democrática del gobierno local y la muy extendida posesión de la tierra. Al mismo tiempo, esta historia social no puede, según Tone, proporcionar una explicación completa del éxito final de esta lucha; contingencias de «batalla, política y personalidad», tales como las deficiencias de los franceses y la habi-

³³ J. TONE, *The Fatal Knot. The Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleon in Spain* (Chapel Hill, 1994), pp. 6-8.

lidad de Espoz y Mina, combinadas con las estructuras sociales de Navarra, produjeron la victoria.

El libro de Renato Barahona, *Vizcaya on the Eve of Carlism*, tiene una mayor amplitud cronológica, cubriendo el período de 1800 a 1830, aunque por otro lado comparte algunas características con *The Fatal Knot*. Ambos libros están basados en una impresionante investigación en archivos tanto españoles como franceses. Ambos buscan una explicación a la masiva movilización campesina y ambos proporcionan una combinación de análisis político y social. El propósito de Barahona es llevar a cabo un «examen histórico del trasfondo y los orígenes generales de la Primera Guerra Carlista»¹⁴. A tal fin, va más allá de las aproximaciones en términos políticos e ideológicos predominantes cuando realizó su investigación y descubre que durante las primeras décadas del siglo XIX Vizcaya era el escenario de «un profundo conflicto de clases» que enfrentó a las clases altas con las «clases medias y bajas -pequeños y medianos propietarios, campesinos, arrendatarios, trabajadores rurales, artesanos, tenderos, contrabandistas, notarios y, por supuesto, el clero-» y tuvo «un lazo directo y discernible con el ascenso del carlismo vizcaíno». Barahona también señala los conflictos con la Diputación de Madrid respecto a asuntos como la conscripción, la tasación y el comercio, los cuales no se produjeron solamente durante los breves períodos de gobierno constitucional; de hecho, esas tensiones fueron «sentidas probablemente de forma más aguda durante la Década Ominosa»¹⁵.

El más ambicioso de estos libros es el de Jesús Cruz, *Gentlemen, Bourgeois and Revolutionaries*¹⁶. Cruz cubre cronológicamente todo un siglo. Su investigación y metodología, basadas fundamentalmente en testamentos e inventarios (particiones de bienes) de 549 banqueros, comerciantes, oficiales del gobierno y políticos madrileños depositados en el Archivo Histórico de Protocolos, que él convirtió en cinco bases de datos con más de setenta variables, son realmente sofisticadas. Por encima de todo su ambición reside en su objetivo historiográfico: «la revisión del paradigma existente de la revolución burguesa»¹⁷. La estra-

¹⁴ R. BARAHONA, *Vizcaya on the Eve of Carlismo Politics and Society, 1800-1833* (Reno, 1989), p. XIV.

¹⁵ *ibid.*, pp. 223-225.

¹⁶ J. CHUZ, *Gentlemen, Bourgeois and Revolutionaries. Political Change and Cultural Persistence Among Spanish Dominant Groups, 1750-1850* (Cambridge, 1996).

¹⁷ *ibid.*, p. 6.

tegia de Cruz para tal revisión consiste en el estudio de la formación de la burguesía madrileña en los términos de sus estrategias económicas y modelos de conducta social y, en particular, en hacer uso de enfoques desarrollados por antropólogos para determinar si antes de la mitad del siglo XIX España tenía «una cultura burguesa... que habría sido la expresión de la conciencia de una nueva clase social adquirida por los protagonistas de la revolución española entre 1812 y 1843»³⁸.

Su análisis lleva a Cruz a rechazar la validez del concepto de revolución burguesa para España. Sus élites podrían ser consideradas fácilmente como una burguesía, pero él advierte la existencia de demasiadas diferencias importantes entre ellas: «la diversidad hallada en sus orígenes sociales, la naturaleza y el origen de su riqueza y su conducta social» hace que más que una «nueva clase social» representen «un conglomerado de clases caracterizado por su posición socialmente dominante». El predominio de familias de la baja y media nobleza provincial y «la persistencia de mecanismos sociales tradicionales de solidaridad y lealtad» hablan en contra de la existencia de una nueva y ascendente burguesía. Uno de los momentos más sobresalientes del libro es la discusión de Cruz sobre «las experiencias ambivalentes de Francisco de Cabarrús» (pp. 177-194). Por decirlo educadamente, los pronunciamientos públicos políticos del conde no eran consecuentes con sus prácticas privadas. O como dice Cruz:

Mientras el discurso público era fundamentalmente ideológico, su discurso privado era esencialmente social y se preocupaba por la vida diaria y el mantenimiento de la dominación social. Así pues, la familia Cabarrús mantenía una posición pública de libertad e igualdad, pero cuando se trataba de conservar el control sobre sus propiedades y asegurar su continuidad, la familia confiaba en la autoridad, el exclusivismo y la vieja corrupción³⁹.

Finalmente, Cruz rechaza tanto el término de revolución burguesa como la idea de que, cualquiera sea el nombre, la revolución de España fuera esencialmente social. Aunque hubo cambios revolucionarios durante la primera mitad del siglo XIX, Cruz lo ve como una revolución esencialmente política «dentro del marco de continuidad social y lento desarrollo económico», una combinación a la cual él prefiere darle la etiqueta que yo también prefiero: revolución liberal.

³⁸ *ibid.*, p. 10.

³⁹ *ibid.*, pp. 275-276.

Cruz hace de Madrid un caso convincente, pero éste debería ser comparado con estudios minuciosos de la evolución en otros lugares de España, y especialmente en las periferias económicamente dinámicas. Eduardo Jorge Glas ha realizado tal estudio, en este caso de la elite empresarial de Bilbao, aunque sólo para la segunda mitad del siglo XIX ⁴⁰. Más allá de esta común atención a las élites, el libro de Glas comparte otros rasgos con el de Cruz: el uso de papeles notariales y privados, el interés por explicaciones sociales y, especialmente, culturales, además de las políticas y económicas, y un propósito revisionista.

La primera mitad del libro explora el desarrollo de la economía de la región de Bilbao en las décadas posteriores a 1850, pero es en la segunda parte donde emerge la originalidad de Glas. Aquí, Glas aporta una historia social de los empresarios de la ciudad en cinco décadas que se centra en su relativa apertura como grupo social. Sigue a esto un examen de su cultura que le lleva a afirmar que «actitudes religiosas, redes sociales, estructuras familiares, educación, prácticas testamentarias y estilos de vida contribuyeron a promover actividades económicas en la región» ⁴¹. La descripción de la centralidad de las conexiones familiares y los lazos de parentesco nos recuerdan a la élite madrileña descrita por Cruz. En el capítulo final, Glas se enfrenta con las creencias establecidas de que la élite vasca empresarial era hostil a los fueros vascos y a las instituciones locales de gobierno. En este sentido, afirma que los empresarios de Bilbao se beneficiaban de leyes e instituciones provinciales, disfrutando «un gobierno local competente que mantenía bajos los impuestos y... mejoraba las infraestructuras sociales mediante la construcción de carreteras, una línea de ferrocarril para el sector minero y otros trabajos públicos». Estas políticas favorables no existían porque la élite empresarial hubiera conquistado el poder local, sino que eran continuación de la «tradición beneficiosa establecida durante el régimen foral» ⁴². El poder de la elite empresarial era mucho mayor en el ámbito nacional como se demostró al monopolizar los escaños parlamentarios de Vizcaya durante dos décadas, empezando a finales de la década de 1880.

La reciente tesis doctoral de Stephen Jacobson, el primer producto del programa doctoral comenzado por José Álvarez Junco, examina otra

⁴⁰ Eduardo Jorge GLAS, *Bilbao's Modern Business Elite* (Reno, 1997).

⁴¹ *Ibid.*, p. XVI.

⁴² *Ibid.*, p. 214.

clase de élite en una parte diferente del país: los profesionales del derecho en Barcelona entre 1830 y 1900 ⁴³. Este estudio del desarrollo de la profesión y su papel en la creación del nacionalismo catalán reúne dos preocupaciones historiográficas, una de la historia española (nacionalismo catalán) y otra de la historia más ampliamente europea (profesionalización), al tiempo que enlaza eficazmente la historia social, legal y política. Jacobson rechaza la perspectiva altamente difundida de que el nacionalismo catalán era un movimiento reactivo de auto-defensa propagado por la burguesía barcelonesa y ve este movimiento, por el contrario, como una iniciativa «proactiva» de un dinámico grupo profesional que buscaba construir las estructuras ideológicas y administrativas que sirvan a su identidad corporativa e intereses. Estos abogados eran la vanguardia de la organización corporativa y profesional en España, y como los grupos profesionales similares de toda Europa, sus relaciones con el Estado les convirtieron en elementos centrales en la formulación de los proyectos nacionalistas.

Geoff Jensen ha analizado la historia intelectual de otro grupo profesional, aunque uno muy diferente, en su tesis doctoral «Intellectual Foundations of Dictatorship: Spanish Military Writers and their Quest for Cultural Regeneration, 1898-1923». De momento ha publicado un artículo que examina el papel de José Millán Astray en el desarrollo del concepto de «Cruzada» que sirvió de base a la ideología nacionalista durante y tras la Guerra Civil. En el libro de Millán Astray *La Legión* (1923), Jensen encuentra «las nociones... que eventualmente derivarían en el concepto de "cruzada" moral contra la República» ⁴⁴. Curiosamente, Jensen ubica la inspiración de algunas de las ideas de Millán Astray en el Bushido, el código del samurai japonés.

Quizás movidos por las conmemoraciones en torno a 1898, los historiadores están empezando a reincorporar el imperio en la historia de España. De momento en Norteamérica hay un ejemplo destacado: *Empire and Antislavery: Spain, Cuba and Puerto Rico, 1833-1874*, de Chris Schmidt-Nowara. Este estudio sobre la política de la esclavitud y la anti-esclavitud es una contribución importante tanto para la historia

⁴³ S. JACOBSON, «Professionalism, Corporatism and Catalanism: the Legal Profession in Nineteenth-Century Barcelona» (phD Dissertation, Tufts University, 19(8).

⁴⁴ R. GEOFFREY JENSEN, «Intellectual Foundations of Dictatorship: Spanish Military Writers and their Quest for Cultural Regeneration, 1898-1923» (PhD Dissertation, Yale University, 19(5); «José Millán-Astray and the Nationalist "Crusade" in Spain», *Journal of Contemporary History*, 1992, p. 434.

de las colonias como para la de su metrópoli, además de decir cosas importantes sobre la España de las décadas centrales del siglo XIX. Más específicamente, Schmidt-Nowara ilustra la importancia de lo que Habermas llamó la «esfera pública» en la vida política española y el papel central de los abolicionistas coloniales en su consolidación. Además, Schmidt-Nowara conecta hábilmente la política de libre cambio y protección, la primera basada en Madrid, la última en Barcelona y Sevilla, con la política de abolición y anti-abolición. Hubo, afirma, «una clara conexión entre proteccionismo y anti-abolicionismo», especialmente en Barcelona. La abolición era un «tema definitorio y divisorio» para los revolucionarios de 1868, y cuando este tema se hizo patente durante el Sexenio, los anti-abolicionistas en Cuba fueron capaces de atraer a las «clases proteccionistas», ya movilizadas en España, para una campaña masiva que incluía más de cien peticiones que se oponían a la abolición de la esclavitud ⁴⁵.

John Tone también se ha fijado en Cuba y se está dedicando a escribir una historia de la guerra de 1895-1898. De momento ha publicado un artículo que promete una perspectiva altamente revisionista. En «The Machete and the Liberation of Cuba» Tone revisa las tácticas del Ejército Cubano de Liberación para cuestionar el mito, largamente sostenido, de que el machete era el arma principal de los cubanos. Usando memorias y diarios de guerra de ambas partes, al igual que documentos de hospitales militares españoles del Archivo General Militar, Tone demuestra que el machete era usado en el campo de batalla sólo en algunas circunstancias y que el éxito militar cubano llegó «fundamentalmente porque utilizaban sus rifles más eficazmente que las tropas españolas» ⁴⁶. Por otra parte, los insurgentes cubanos usaban frecuentemente el machete contra los civiles cubanos que colaboraban con los españoles. Tone concluye que la verdadera importancia del machete radicaba menos en su uso como arma militar que como «icono de uso retórico contra el imperialismo español y norteamericano», permitiendo a los intelectuales cubanos a través del siglo XX, especialmente

⁴⁵ C. SCHMIDT-NOWARA, *Empire and Antislavery: Spain, Cuba and Puerto Rico, 1833-1874* (pittsburgh, en prensa). Las citas corresponden a las pp. 313, 325 Y 388 de su tesis «The Problem of Slavery in the Age of Capital: Abolitionism, Liberalism and Counter-Hegemony in Spain, Cuba and Puerto Rico» (University of Michigan at Ann Arbor, 1995).

⁴⁶ J. TONE, «The Machete and the Liberation of Cuba», *Journal of Military History*, enero 1998, p. 9.

tras la revolución cubana, negar que la liberación nacional tuviera ninguna deuda con los americanos, quienes suministraron las armas y las municiones que hicieron posible la victoria cubana ⁴⁷.

El período franquista permanece fundamentalmente intacto. Aparte de los trabajos de científicos políticos, sólo tenemos uno de Stanley Payne. El magistral *The Franco Regime, 1936-1975* es una historia política del régimen en sentido literal ⁴⁸. Siguiendo a Juan Linz, Payne caracteriza el régimen como autoritario, aunque declara que «las similitudes entre el sistema de Mussolini y los primeros ocho años de régimen franquista son mucho mayores de lo que generalmente se piensa» ⁴⁹. También establece comparaciones con otras dictaduras, aunque más sucintamente que en su trabajo comparativo, *Fascism* ⁵⁰.

Existe también una reciente disertación de Aurora Morcillo-Gómez sobre la presencia de mujeres en las universidades durante los años cincuenta ⁵¹. Aprovechando perspectivas teóricas tanto feministas como posestructuralistas, Morcillo-Gómez examina los diversos discursos sobre femineidad desarrollados por el régimen y por organizaciones de mujeres católicas universitarias. Estas mujeres, cuyo testimonio oral constituye una de las principales fuentes de la tesis, crearon un discurso de femineidad católica que era autónomo del oficial, aunque sin contradecirlo, un discurso que, como Morcillo-Gómez pone de manifiesto, les permitió crear su propio espacio público que les protegía de la intervención estatal, al igual que de una censura social más amplia.

Dos historiadores se han dedicado a escribir sobre religión y la Iglesia, aunque en direcciones radicalmente opuestas. William Christian Jr., un estudioso independiente norteamericano, que vive ahora en España, empezó ocupándose de historia moderna ⁵², pero más recientemente sus intereses se orientaron hacia el siglo xx. En *Moving Crucifixes in Modern Spain* examina una serie de visiones religiosas en el norte de España en los primeros años del siglo e intenta explicar cómo fueron recibidas y por qué. El enfoque de Christian se detiene en «los niños

⁴⁷ *ibid.*, p. 28.

⁴⁸ S. PAYNE, *The Franco Regime, 1936-1975* (Madison, 1987), p. XIII.

⁴⁹ *ibid.*, pp. 626, 628.

⁵⁰ PAYNE, *Fascism* (Madison, 1996).

⁵¹ A. MORCILLO-GÓMEZ, «Shaping True Catholic Womanhood: Contested Discourses on the Presence of Women in the Universities of Francoist Spain during the 1950s» (phD Dissertation, University of New Mexico, 1995).

⁵² Por ejemplo, *Local Religion in Sixteenth-Century Spain* (Princeton, 1981) y *Appearances in Late Medieval and Renaissance Spain* (Princeton, 1981).

casi anónimos, mujeres y hombres de las ciudades, pueblos y aldeas que veían moverse los crucifijos, sus párrocos y sus predicadores misioneros», aunque no aísla estos episodios del contexto nacional de conflictos sociales y políticos⁵³. Las visiones habían sido comunes en la época moderna, pero habían desaparecido entre 1760 y 1900. Christian ve la irrupción que empezó en Candía en 1918 como un «resucitar de antiguas estrategias religiosas... que estaban latentes en el repertorio cultural y que venían demostrando un inusitado vigor en Francia y en Italia», algo que estaba íntimamente relacionado con la popularidad del santuario francés de Lourdes entre los católicos de Valencia, Cataluña y las provincias vascas⁵⁴. Un contexto más amplio fue «un catolicismo que se sentía acosado y una inflación devocional debida al fabuloso éxito de Lourdes»⁵⁵. Christian ofrece un completo análisis de los hechos y las respuestas a ellos por parte de los responsables eclesiásticos, aunque nunca olvida a los anónimos habitantes que los aceptaron en primer lugar; de hecho, acaba el libro con «la mirada desde el pueblo... (y) las conexiones personales que parecen tan importantes para la credibilidad inicial de los acontecimientos y para la identificación con las personas implicadas en ellos»⁵⁶.

Moving Crucifixes es un pequeño libro sobre tres visiones; *Visionaries* es uno grande sobre un solo episodio. El contexto de las visiones es «la situación política y social de España y el País Vasco», pero a pesar del subtítulo el libro está menos preocupado por la política nacional que por temas religiosos, especialmente por «cómo llegaron a ser esos nuevos mundos religiosos»⁵⁷. Christian ve las visiones religiosas en Ezkioga como un desafío al control clerical por parte de mujeres y niños, los visionarios que «absolvían, distribuían gracia y respondían a preguntas no respondidas». Christian distingue entre los videntes que tenían visiones y los creyentes y los promotores que las convirtieron en un fenómeno de masas que es descrito como «empresa de colaboración de cientos de miles de personas» implicados en un proceso de selección que suponía «eliminar material que no ajustaba» y recompensar aquellos videntes que «se dedicaban a ciertos problemas». Aún así, los videntes no eran marionetas de nadie; aquellos que conseguían fama era merced

⁵³ W. CHRISTIAN, Jr., *Moving Crucifixes in Spain* (Princeton, 1992), p. 4.

⁵⁴ *ibid.*, pp. 9-15.

⁵⁵ *ibid.*, p. 27.

⁵⁶ *ibid.*, p. 145.

⁵⁷ CHRISTIAN, *Visionaries* (Berkeley, 1996), pp. 6, 8.

a su «cuidado, sensibilidad a los sentimientos humanos y necesidades, su carácter extrovertido con los extraños y su capacidad para absorber material escrito»⁵⁸.

En claro contraste con las dos microhistorias de Christian, William J. Callahan ha estudiado las relaciones entre la Iglesia Católica y la sociedad y la política española durante dos siglos y medio. En *Church, Politics and Society in Spain, 1750-1874*, Callahan se centra en las reacciones de la imponente y rica Iglesia del Antiguo Régimen ante los cambios políticos y sociales de la primera parte del siglo XIX y su incapacidad para adaptarse al mundo liberal y capitalista en que España se había convertido definitivamente. El segundo volumen, que aún no ha sido publicado, prosigue la historia desde 1875 hasta nuestros días⁵⁹. Callahan es crítico con la resistencia secular de la Iglesia a aceptar el liberalismo, aunque sin caer en una fácil demonización de la institución. De hecho, uno de los puntos mejor tratados del libro de Callahan es la presentación de la Iglesia como una organización altamente compleja, lejos del monolitismo. Aunque esta observación no es original, raramente se ha planteado de una manera tan convincente, especialmente en el período de la Segunda República. Estos dos libros combinan el dominio de una literatura masiva con un juicio equilibrado y un claro y agudo estilo. Ambas son magníficas visiones de conjunto y modelos de síntesis a gran escala.

Callahan es uno de los historiadores norteamericanos que han elegido escribir la historia de asuntos específicos a lo largo de un período de tiempo extenso. Carolyn Boyd, autora de un soberbio estudio sobre el conflictivo papel de la historia en los colegios españoles en el siglo que abarca desde los comienzos de la Restauración hasta el final del régimen franquista, es otra⁶⁰. A cierto nivel, *Historia Patria* es un análisis detallado de los libros de texto de historia y de «los múltiples y confrontados mensajes sobre el carácter nacional» que ellos llevaban, aunque también es mucho más que esto. Boyd utiliza este análisis para hacer una contribución significativa a nuestro entendimiento del nacionalismo español: «Para iluminar ciertos rasgos de la historia política y social de la España contemporánea... la llamativa

⁵⁸ *ibid.*, pp. 396-401.

⁵⁹ W.J. CALLAHAN, *Church, Politics and Society in Spain, 1750-1874* (Cambridge, 1984).

⁶⁰ C. Bom, *Historia Patria: Politics, History and National Identity in Spain, 1875-1975* (Princeton, 1997).

ausencia de un movimiento nacionalista español y la leve atracción de lo español, en contraste con la identidad local o regional»⁶¹. Boyd también se muestra cuidadosa en evitar una visión mecánica de la educación en la cual aquellos que mandan, disponen, y la gente obedece pasivamente. Por el contrario, ve la escuela como «una esfera semiautónoma donde la inercia institucional, la cultura de la clase y los libros de textos cambiaban... sólo gradualmente y de una manera incompleta»⁶². Además, Boyd presenta a los padres de clase media, motivados por el *documentalismo* y el precio de los libros de texto como actores principales en esta historia. *Historia Patria* fue publicado justo cuando el gobierno de Aznar desveló su controvertido «Decreto de las Humanidades» y su apenas menos discutible reforma sobre el precio de los libros de texto, y debería ser una lectura obligatoria para aquellos que estén preocupados con estas cuestiones.

Dos trabajos de síntesis, uno de historia económica, el otro de historia social, han desafiado la visión dominante del «excepcionalismo» español, con radicales reinterpretaciones de la historia de la España moderna como un todo. *Spain, Europe, and the «Spanish Miracle», 1700-1900*, de David Ringrose, re-examina la historia económica del país durante dos siglos para cuestionar la creencia prevaleciente del «fracaso» económico español. Ringrose toma como unidad de análisis las redes económicas basadas en regiones y sus vínculos con el comercio internacional en vez de las relaciones económicas en el ámbito de la Nación-Estado. Rechaza la pregunta «¿qué hicieron mal España y los españoles?», porque desde «una perspectiva económica (España) es un conjunto de redes de actividades regionales que resultan distintas, autónomas y superpuestas, muchas de las cuales se extienden más allá de los confines políticos de la «nación» española»⁶³. El análisis sofisticado de cuatro de estos sistemas de redes regionales: el sistema urbano mediterráneo; el sistema cantábrico; Madrid y el interior castellano, y la cuenca del Guadalquivir le permite concluir que «las variables económicas subyacentes muestran que España siguió un camino de expansión económica gradual y acelerada a lo largo de los siglos XVIII y XIX»⁶⁴. No contento con este asalto a la ortodoxia del «fracaso»,

⁶¹ *Ibid.*, pp. XVIII-XX.

⁶² *Ibid.*, p. 303.

⁶³ D. RINGROSE, *Spain, Europe and the «Spanish Miracle», 1700-/900* (Cambridge, 1996), p. 10.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 390.

Ringrose dispone de otro argumento: que las bases para los logros del XIX se crearon ya durante el siglo XVIII y que «la crisis del Antiguo Régimen» fue mucho menos importante para la economía de lo que se había creído. En general, visto desde la perspectiva de los sistemas regionales, «cada región experimentó una expansión consistente a lo largo de los dos siglos en cuestión». Examinadas por separado, más que como un todo homogeneizado, vemos que cada una fue consistentemente dinámica y abierta al cambio económico, aunque en formas diferentes y con distintas limitaciones. En cada caso los fundamentos del siglo XX fueron parte de la historia del siglo XVIII así como de la del siglo XIX ⁶⁵.

El cuadro que Ringrose construye de la historia económica española es congruente con el que yo he desarrollado para su historia social en los siglos XIX y XX: «más que excepcional», en los siglos XIX y XX España ha navegado por las mismas aguas que Europa...; ha experimentado las tendencias fundamentales del desarrollo histórico en Europa ⁶⁶. Más allá de este argumento, lo mejor del libro, en mi opinión, consistía en el respeto por la diversidad regional del país, en el tratamiento conjunto de una amplia serie de asuntos y temas y en situar ciertas materias, como familia, mujeres y ocio, en un lugar central.

Una intención iconoclasta similar tiene mi historia social sobre los toros, de inmediata publicación ⁶⁷. En la corrida confluyen la leyenda negra de la crueldad española y la visión romántica del «otro» primitivo que se ha tomado, tanto por españoles como por extranjeros, como el síntoma, e incluso la causa, de la peculiaridad española, traducida como atraso. Lo que intento es invertir esta percepción. En lugar de analizarla como una «peculiaridad», sitúo la historia del toreo dentro de una historiografía internacional existente, la del deporte y el ocio. Desde esta perspectiva, ubico la *corrida* como pionera de uno de los rasgos más distintivos de la sociedad moderna: los espectáculos de masas comercializados. Aparte del teatro, los toros constituyeron la primera forma de espectáculo de masas en la sociedad occidental, adelantándose en más de un siglo a eventos análogos, como el fútbol o el béisbol. También ataco aproximaciones de tipo esencialista, enfa-

⁶⁵ [ibid., p. 394.

⁶⁶ A. SHUBERT, *A Social History of Modern Spain* (London, 1990), pp. 1, 262. Edición española, *Historia Social de España, 1800-1990* (Madrid, 1991).

(1) A. SHUBERT, "At Five in the Afternoon": *A Social History of Bullfighting* (New York, en prensa).

tizando constantemente que el toreo, como la sociedad de la que forma parte, tiene una historia y que la relación entre espectáculo y sociedad fue siempre cambiante.

El libro tiene seis capítulos. El primero examina la fiesta como negocio, centrándose en grupos de interés como promotores, criadores, dueños de plazas de toros y prensa especializada, y en los variantes sistemas de conflicto y adaptación entre ellos. El segundo capítulo proporciona una historia social de los toreros mismos: sus orígenes sociales y geográficos, sus carreras y sus ganancias, al igual que su estatus dentro de la sociedad española. Tras esto sigue un capítulo sobre el género que se fija en la larga tradición de mujeres toreras, en su acogida y en el discurso sobre los géneros que rodearon a la corrida misma, especialmente después del desastre del 98. Un capítulo sobre el público trata de captar la sensación de ir a una corrida de toros, incluyendo el trato con revendedores y vendedores de refrescos, y analizando también las maneras en las que los españoles reaccionaron ante este fenómeno original y eminentemente moderno. En «Reglamento» examino los debates alrededor del toreo en los siglos XVIII y XIX Y la legislación que éstos produjeron, incluyendo la altamente politizada Ley del Descanso Dominical de 1904. El capítulo final analiza los modos en que las corridas estuvieron diseñadas para determinados y cuidados fines políticos y describe la construcción simbólica del público y de la corrida misma en las llamadas *funciones reales* que se mantuvieron hasta 1906. Examina también las maneras en que estas corridas políticas eran convertidas en vehículos para el nacionalismo de masas, al igual que los diferentes significados nacionalistas que adquiría la corrida en México y Cuba.

* * *

Empecé esta reVISIÓN de la historiografía norteamericana sobre la historia de España contemporánea de un modo decididamente pesimista; la terminaré de una forma un tanto más optimista. La historiografía norteamericana de los últimos quince años continúa limitada en cuanto a cantidad, pero muestra una serie de características atractivas:

1. Posee una saludable diversidad de intereses y ha rechazado centrarse en un área específica. Ciertamente hay un interés relativamente escaso en la política de los años treinta. Ir más allá de nuestra obsesión con la Guerra Civil sólo puede contribuir a la importante tarea de

desacreditar el «excepcionalismo» y reintegrar España en la historia de la Europa contemporánea.

2. Está caracterizada por un fuerte énfasis en la historia social y cultural, por oposición a la historia política y diplomática.

3. Muestra una voluntad creciente de participar en debates históricos que van más allá de España y de revisar clichés historiográficos y estereotipos sociales.

4. Está generalmente basada en una impresionante investigación de archivo. A pesar del aumento de los costes y los continuos recortes en los fondos disponibles, los estudiosos norteamericanos, y especialmente los más jóvenes, se las han arreglado para conseguir largas estancias en los archivos más importantes, dondequiera que estuvieran.

5. Incluye una serie muy diversa y amplia de síntesis.

España permanece en los márgenes de las universidades norteamericanas. Demasiados departamentos de historia siguen considerando la España contemporánea como un lujo superfluo. Joan Ullman no fue sustituida cuando se retiró recientemente de la Universidad de Washington, y hay que preguntarse qué pasará cuando otros antiguos colegas se retiren de sus actuales puestos. Pese a todo esto, las cosas parecen ir a mejor. Para empezar, la *Society/or Spanish and Portuguese Historical Studies* (SSPHS) crece cada día y hoy tiene más de 400 miembros, la mayoría de ellos en los EEUU y Canadá. El número de trabajos sobre la España contemporánea presentados en el encuentro anual de la Society se ha incrementado en años recientes gracias al creciente número de nuevos estudiantes de doctorado. El número de plazas en Historia de España no se ha incrementado, pero doctores recientes han conseguido puestos en «European History»: Jesús Cruz en la Universidad de Delaware, David Ortiz en la de Arizona, Sandie Holguín en la de Oklahoma y Geoff Jensen en Southern Mississippi, y la universidad de California, en San Diego, suplió la vacante que dejó Gabriel Jackson contratando a Pamela Radcliff. Además, se ha fundado una nueva cátedra, la «Prince of Asturias Chair of Spanish Culture and Civilization» en *Tufts University*, ocupada por Álvarez Junco, y se ha abierto recientemente el «King Juan Carlos Centre for the Study of Spain and the Spanish-speaking World» en la universidad de Nueva York. Todo ello en conjunto debería dotar a España y a su historia contemporánea de un pelfil mucho mejor del que nunca ha tenido en Norteamérica.

La mirada americana. La evolución de un estereotipo

Rafael Sánchez Mantero

Estas breves páginas no tratan de analizar la imagen que tenían de España los intelectuales americanos o la gente de una cierta cultura y de una educación universitaria. Quiere centrarse más bien en la idea de España y de los españoles que tenía la gente corriente que simplemente iba a la escuela primaria o secundaria y que leía el periódico de vez en cuando en los Estados Unidos, y en cómo esa idea fue evolucionando a través del tiempo. El objetivo no es fácil, porque no disponemos de mucho espacio y la tarea de delimitar un imaginario colectivo en un país tan diverso y extenso requeriría otros elementos de análisis más precisos y rigurosos. No obstante, he aquí algunos rasgos esenciales sobre las claves que han determinado la formación de esa imagen.

En los más de doscientos años en los que España y los Estados Unidos de América han tenido algún tipo de relación no puede decirse que los americanos hayan adquirido un conocimiento exacto, o ni siquiera cercano, de nuestro país ni de los españoles. Más bien la visión que desde la otra orilla del océano se ha tenido de España y de los españoles ha sido una visión muy vaga y además sesgada y condicionada por una serie de factores históricos y por no pocos prejuicios sobre nuestro pasado. Todo ello ha contribuido a crear un estereotipo que ha pervivido sustancialmente a lo largo de estos dos últimos siglos con pocos cambios.

Los españoles participaron en la independencia de las Trece Colonias mediante la prestación de una ayuda que tomó formas diversas durante el reinado de Carlos III. Bien es verdad que a España no le interesaba tanto la independencia de unas colonias rebeldes, que podían constituir

un peligroso ejemplo para las suyas propias, como el abrir un nuevo flanco a su enemigo en la guerra que mantenía con Gran Bretaña. La ayuda española fue menor de la que esperaban los colonos americanos y sin embargo contribuyó a que finalmente consumaran su independencia frente a la metrópoli ¹. España contribuyó al nacimiento de la nueva nación y, sin embargo, no hubo reconocimiento a la actitud española y no quedó en la memoria colectiva ningún tipo de recuerdo para quienes se habían puesto a su lado como aliados contra Inglaterra. Todo lo contrario de lo que ocurrió con respecto a la Francia prerrevolucionaria, cuya ayuda -sin duda más generosa y decidida- quedó reflejada para los siglos venideros en la figura del general La Fayette, cuya estatua es venerada todavía hoy frente a la Casa Blanca, en el centro de la capital de los Estados Unidos.

A lo largo del siglo XIX la imagen de España que fueron configurando los ciudadanos de esa nueva nación americana se basaba esencialmente en el papel que nuestro país había jugado en la Conquista y en la Colonización del centro y del sur del Nuevo Continente. El norte de América había sido colonizado por los protestantes puritanos, que habían buscado en aquellas tierras un nuevo horizonte en el que emprender otra vida diferente mediante el esfuerzo individual y la laboriosidad propia de quienes se habían formado en países industriales y de una moral estricta y rigurosa. No podían entender la actitud de los españoles en América desde que pusieron el pie en ese continente, y su actuación fue fuertemente criticada, pues sólo veían en ella la codicia, la rapiña y el deseo de hacerse ricos rápidamente con los tesoros de Méjico, del Perú y de otros territorios que caían bajo su dominio. No habían llegado a aquel continente para cultivar la tierra, ni para crear con su trabajo una nueva sociedad desarrollada y moderna, como había ocurrido en el norte. Y esa idea prevalecía en cualquier consideración que se realizaba con respecto a España.

A crear ese estereotipo de la España conquistadora, llena de codicia y de afán de riqueza, contribuyeron de forma muy clara los textos escolares que circularon por las escuelas norteamericanas a lo largo de todo el siglo XIX. En el interesante estudio que realizó Ruth Elson ² sobre estos manuales escolares en los Estados Unidos se pueden encon-

¹ efr. R. SÁNCHEZ MANTERO, «La misión de John Jay en España (1779-1782)>>, *Anuario de Estudios Americanos*, tomo XXII, Sevilla, 1966.

² Ruth ELSON, *Guardians of tradition: American schoolbooks of the Nineteenth Century*, Lincoln, Nebraska, 1964.

trar interesantes consideraciones en torno a esta cuestión. Por la influencia que ejercieron en la educación de tantas generaciones de jóvenes, dichos manuales configuraron una imagen de España que sería muy difícil de desterrar. Esa imagen estaba cargada de todos aquellos elementos negativos que llevó aparejado ese pasado imperial. La España negra de la crueldad, la avaricia, la intolerancia de la Inquisición y de la expulsión de los judíos prevaleció sobre cualquier otra consideración. Uno de los motivos de esa mala imagen de España en estos libros era su condición de país católico, puesto que la abundancia de clero y las riquezas de la Iglesia en medio de una población que vivía en la miseria habían influido negativamente en el carácter de los españoles, entre quienes era común «la práctica del comercio ilícito y el adulterio bajo la máscara de la religión» ¹. Frente a la colonización que los ingleses hicieron de la parte norte del Nuevo Continente, los españoles salían mal parados en la comparación. En uno de los textos analizados por R. Elson se llegaba a afirmar lo siguiente: «Fue una suerte para nuestro país que los españoles... desembarcasen primero en el sur, dejando la costa atlántica del norte de América a los ingleses. Los españoles eran crueles y avariciosos: no vinieron a América para trabajar la tierra y para desarrollar un trabajo honrado, sino con la descabellada esperanza de hacerse ricos rápidamente con las minas de oro y plata» ⁴.

Esa imagen que transmitían los manuales escolares no podía evolucionar mucho en el tiempo, porque el aislamiento internacional de España y la falta de contactos con los Estados Unidos, en los que la emigración española era muy minoritaria en relación con la de otros países europeos, no ayudaban a cambiar un estereotipo tan negativo como el que se había acuñado con estos rasgos tan simples y tan críticos.

La guerra hispano-norteamericana volvió a poner en contacto a los dos países que se habían ignorado durante tanto tiempo. La intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba puso de nuevo en marcha unos mecanismos de descalificaciones mutuas que vendrían a acentuar la imagen negativa de España y de los españoles. Ahora, la cruel y despiadada política colonial española podía encontrar respuesta en la acción de un vecino que encarnaba la libertad y la salvaguardia del continente frente a la presencia de una vieja potencia europea que

¹ *Ibidem*, p. 151.

⁴ *Ibidem*, p. 153.

se resistía a abandonar los restos de su antiguo imperio. En otros libros de texto recogidos por Arthur Walworth ⁵ se pone de manifiesto el mayor deterioro que sufrió la consideración sobre España en sus páginas a raíz de su conflicto con Cuba: «... el denostado carácter de los españoles empeoró aún más a partir de 1895, cuando el general Weyler confinó a los patriotas cubanos en campos de concentración, lo que levantó una gran indignación en los Estados Unidos». Walworth afirma que los jóvenes que estudiaban estos libros -entre los que se encontraba él mismo- tenían la sensación de que la gente que se hallaba en una latitud por debajo de ellos era inferior también en cuanto a virtud. «Acostumbrábamos a mirar hacia "abajo", tanto moral como geográficamente, cuando analizábamos la historia de las actividades españolas en la región del Caribe» ⁶.

Conocidas son ya, por otra parte, las campañas que la prensa norteamericana puso en marcha para levantar a la opinión pública de aquel país con el objeto de presionar a su Gobierno en favor de la intervención. Los adjetivos que se vertieron en aquella campaña sirvieron para reavivar los viejos fantasmas que volvieron a sacar a aquella España imperial del siglo XVI del fondo de la memoria histórica de muchos americanos. Cuando se denostaba al general Weyler por su crueldad se le comparaba con el duque de Alba o con Torquemada ⁷. Y lo peor era que esta consideración se extendía sutilmente a todos los españoles, a los que se hacía directamente herederos y partícipes de aquellas características de sus antepasados de hacía trescientos años.

Sin duda, la guerra hispano-norteamericana señaló el momento más crítico en las relaciones entre los dos países y al mismo tiempo aquel en el que se difundió una imagen más negativa de España en los Estados Unidos.

En los comienzos del siglo XX, las cosas comenzaron a cambiar a medida que fueron cicatrizando las heridas de la guerra. La opinión pública norteamericana dio muestras de un mayor interés por España, y sin duda eso contribuyó a ir desvaneciendo algunos clichés tan arraigados hasta entonces en la conciencia de muchos ciudadanos de Norteamérica. Se difundieron algunos libros de viajeros que habían visitado

⁵ Arthur WALWORTH, *School Histories at War*, Harvard UP, Cambridge Mass., 1938, p. 71.

⁶ *Ibidem*, p. 58.

⁷ Gerard LINDERMAN, *The Mirror (If) War. American Society and the Spanish-american War*. Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1974.

España y que dejaron en letra impresa sus impresiones sobre un país al que no encontraron tan primitivo ni tan atrasado como habían pensado. En uno de ellos se reconocía que «... España ha cambiado mucho desde los días de la Inquisición, aunque esto cuesta trabajo reconocerlo en América»⁸. Evidentemente, España había cambiado, aunque todavía presentaba rasgos peculiares --como una cierta falta de libertad- con respecto a otras naciones. Otros viajeros eran más concretos y afirmaban en las páginas de sus libros que lo que les habían dicho sobre los malos ferrocarriles o sobre las comidas deficientes nada tenía que ver con la realidad: lo que encontraban era mejor de lo que habían esperado⁹. Destaca por su entusiasmo en este sentido Arthur S. Riggs¹⁰, para quien España había entrado en su segundo Renacimiento. El motor, el teléfono, la electricidad, el cine, habían provocado en los últimos años más cambios que el descubrimiento y la pérdida de América. El progreso --de la-- había hecho olvidar muchas costumbres, lo cual no siempre era bueno.

En aquellos años posteriores al conflicto hispano-norteamericano se tradujeron al inglés algunas obras de autores españoles, como Pío Baroja o Pérez de Ayala. Aunque el escritor que alcanzó mayor difusión en los Estados Unidos fue el valenciano Vicente Blasco Ibáñez. Entre 1911 y 1929 se publicaron en los Estados Unidos veinticuatro de sus obras, y una de ellas, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, fue llevada al cine con un gran éxito de público. También sería llevada a la gran pantalla su conocida novela *Sangre y Arena*, lo cual contribuiría a reforzar la imagen tópica de la España de la peineta y de los toros.

En 1904 nació en Nueva York la *Hispanic Society*, que jugó un papel fundamental en la difusión de la lengua, la cultura y la historia españolas por los Estados Unidos. Por la tribuna de aquella institución, situada entre la calle 156 y la Broadway Avenue de Nueva York, pasaron notables intelectuales españoles y personajes del mundo académico que difundieron la idea de una España más acorde con la realidad. Las publicaciones y las exposiciones que patrocinó esta institución permitieron a muchos americanos conocer algunos aspectos de la España del arte y la cultura.

Pero lo que puede resultar más llamativo es que la prensa norteamericana de mayor difusión incrementó considerablemente sus noti-

⁸ Hobart CHATFIELD-TAYLOR, *Tawny Spain*, Boston-New York, 1927.

⁹ Cfr. Philip S. MARDEN, *Travels in Spain*, Boston-New York, 1910.

¹⁰ Arthur Stanley RIGGS, *The spanish pageant*, Indianapolis, 1928.

cias y sus infonnaciones sobre España y sobre los españoles a partir de los primeros años del nuevo siglo. Curiosamente, en un país de arraigada tradición republicana, fue la figura del rey Alfonso XIII la que suscitaba una mayor atracción entre las noticias de nuestro país recogidas en los periódicos. En *The New York Times*, pero también en *Chicago Tribune* o *Los Angeles Times*, comenzaron a publicarse un creciente número de artículos y de editoriales sobre España y sobre los españoles. En un país de una arraigada tradición republicana, la institución de la Monarquía española, y especialmente la figura del rey Alfonso XIII, acaparaban buena parte de la información que recogía la prensa norteamericana sobre nuestro país. Puede resultar significativo que de las tres ocasiones en que se dedicó a España la portada de la prestigiosa revista semanal *Time* entre 1923 -fecha de su aparición- y 1931, dos de ellas recogían el retrato del monarca español. La tercera de estas portadas estaba dedicada a Raquel Meller ¹¹. En aquellos años, la identificación de lo español con el folklore de la mantilla y de la pandereta funcionaba también en América como en otros países europeos.

La Guerra Civil significó un vuelco de la atención mundial sobre España, y los Estados Unidos también participaron de aquel fenómeno. Ahora bien, a la hora de valorar el conflicto de nuevo aparecía el estereotipo simplificador. Algunos historiadores ¹² han puesto de manifiesto cómo la República se convertía en la representación del progreso, la educación, la tolerancia, y la España sublevada en la encarnación del oscurantismo fanático, de la crueldad inquisitorial y de la violencia anti-libertad. Hemingway y la Brigada Lincoln no fueron ajenos a esta Imagen.

La victoria de Franco dio paso a esta última España, que encajaba perfectamente con la idea de nuestro país que había prevalecido durante tanto tiempo en los Estados Unidos. Su actitud durante la Segunda Guerra Mundial y su proximidad a las potencias del Eje no contribuyeron precisamente a abrir el interés ni la simpatía de los norteamericanos por España. La falta de libertades y la peculiaridad del régimen político español, encabezado por el general Franco, volvieron a sacar de nuevo a la España inquisitorial y fanática, tan arraigada en otros tiempos en la conciencia de los norteamericanos. Y sin embargo, en el mundo

) Cfr. *Time*, 22 de diciembre de 1924, 26 de abril de 1926 y 23 de julio de 1938.

¹² Cfr. J. ÁLVAREZ JUNCO, «España: el peso del estereotipo», *Claves*, núm. 48, diciembre 1994.

académico y universitario se intensificaron, a partir de los años sesenta, los contactos y las relaciones gracias al Comité Conjunto Hispano-Norteamericano para la Cooperación Cultural y Educativa y al Programa Fulbright, financiados con la ayuda que los Estados Unidos prestaron a España a cambio de la utilización de las bases militares conjuntas en la Península. En unos años en los que no era frecuente que los españoles proyectasen fuera de España la imagen de su país, ese programa, que dio lugar a miles de intercambios, permitió que muchos jóvenes universitarios españoles dejaran sentir su presencia en los centros educativos superiores de los Estados Unidos. Por otra parte, los norteamericanos que visitaron España dentro de ese mismo programa contribuyeron a atraer sobre ella el interés de sus conciudadanos, muchos de ellos como hispanistas y otros como simples profesionales que pudieron disfrutar de la experiencia española durante uno o dos años y transmitirla a su regreso.

La muerte de Franco y la iniciación del proceso de transición política hacia la Monarquía democrática han sido decisivos para la difusión de una nueva imagen de España en los Estados Unidos de América¹³. La prensa escrita comenzó a reflejar el interés de la opinión pública de aquel país por el cambio que se produjo en España a partir de 1975. Nunca, desde la Guerra Civil, se le dedicaron tantas editoriales a nuestro país como en el período de cinco años que se abrió en aquella fecha. Primero fue la curiosidad, teñida de un cierto escepticismo, sobre la salida de la situación política lo que suscitó el interés de los periódicos. En muchos artículos sobre los funerales de Franco se hacía un balance de su larga etapa de gobierno, y las posturas oscilaban entre el juicio más condescendiente por los logros conseguidos del *New York Times* a la postura más crítica y dura del editorial de *Los Angeles Times*. Después, la jura del nuevo rey Juan Carlos 1, que provocó un despliegue informativo aún más amplio y que volvió a poner de manifiesto de nuevo la fascinación que muchos norteamericanos, a pesar de su republicanismo, sienten por las monarquías europeas. Sin embargo, cuando más interés despertó el rey Juan Carlos en los Estados Unidos fue a raíz de su primera visita a aquel país, en junio de 1976. El *Washington Post* encabezaba con este título el editorial que le dedicaba a su visita: «The New Spain». En efecto, la figura del rey encarnaba ya para los

¹³ Cfr. R. SÁNCHEZ MANTERO, «La imagen de España en los Estados Unidos y la transición a la democracia», en *Historia de la transición y consolidación democrática en España. 1975-1986*, Madrid, UNED, Universidad Autónoma, 1996.

norteamericanos una nueva España que comenzaba a despojarse de los rasgos tan negativos que habían mareado su imagen durante muchos años. Una España joven que buscaba un lugar entre los países occidentales modernos y que se presentaba con un dinamismo y un deseo de abrirse al mundo desconocidos hasta entonces. De forma parecida, los principales periódicos de aquel país americano destacaron la visita de los principales líderes políticos españoles a los largo de estos años. Adolfo Suárez, como jefe de Gobierno; Felipe González, como líder del principal partido de la oposición y, sobre todos, Santiago Carrillo. El secretario general del PCE se convirtió en el primer dirigente de un partido comunista de la Europa Occidental que era autorizado a entrar en los Estados Unidos desde el inicio de la Guerra Fría, y ese hecho suscitó mucha curiosidad. A pesar de que las autoridades oficiales ignoraron la presencia de Carrillo en América, la prensa le dedicó mucho espacio en sus páginas y destacó la moderación y la sensatez del líder comunista español.

Otros jalones del proceso de la transición política española fueron seguidos con interés por los periódicos de aquel país. El referéndum para la reforma política, las primeras elecciones y la aprobación de la Constitución parece que convencieron a los norteamericanos de que en España era posible el establecimiento de un sistema político democrático sin traumas ni enfrentamientos como los que habían tenido lugar en otros momentos de su historia reciente.

Ahora bien, la capacidad de los españoles para autoimponerse un nuevo sistema de libertades y para mostrarse con un talante renovado ante los norteamericanos no significaba la automática desaparición de todos los prejuicios con los que se nos contemplaba desde la otra orilla del Atlántico. La información que los norteamericanos recibieron sobre España en aquellos años fue en cierta medida episódica y superficial¹⁴, y la percepción de una modernización política no implicaba necesariamente un cambio de la imagen de España en otros planos.

La imagen de España en los Estados Unidos ha cambiado sustancialmente en las dos última décadas, pero eso no impide que muchos norteamericanos sigan identificando a los españoles con el estereotipo que se creó en el pasado y que se basaba esencialmente en el legado histórico de los siglos de la Conquista.

¹⁴ Alex KEISSAR, «The American Media», en K. MAXWELL, *The Press and the Rebirth of Iberian Democracy*, Westport, Greenwood Press, 1983, p. 140.

La historiografía alemana sobre la Guerra Civil y el franquismo

Walther L. Bernecker

A lo largo del siglo xx el hispanismo alemán se ha definido primordialmente como filología y lingüística. En comparación con el sector filológico-lingüístico, los estudios históricos sobre España son mucho más reducidos, concentrándose, además, en determinadas fases de la historia, como, por ejemplo, en el siglo xvi o en la Guerra Civil española. En ambos casos se trata de puntos de coincidencia entre la historia española y la alemana ¹. La historiografía alemana sobre la Guerra Civil española, por ejemplo, es altamente significativa no sólo por las aportaciones que hace y que han contribuido al esclarecimiento de varios aspectos importantes, sino también (hasta 1989) como reflejo de dos sistemas políticos diferentes (la República Federal de Alemania, capitalista y con un sistema político de democracia parlamentaria, y la República Democrática Alemana, comunista, con un sistema político de «democracia popular»).

En la historiografía alemana existieron, pues, dos corrientes paralelas que discrepaban profundamente en cuanto al aparato conceptual, metodológico e incluso documental. La competencia ideológico-científica entre las dos Alemanias forzó a los historiadores alemanes a replantear y sofisticar sus enfoques, conceptos y métodos. Esto referido ante todo a la historiografía sobre la Guerra Civil española, ya que sobre otras épocas de la historia apenas hubo la misma competencia entre las dos Alemanias debido a que la producción historiográfica en la República

¹ Véase J. J. CARRERAS ARES, «España en la historiografía alemana», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 1995 («La Historia en el Horizonte del año 2000»), pp. 253-267.

Democrática Alemana sobre España osciló entre mínima e inexistente. Este fenómeno refleja, indudablemente, la situación política de la posguerra, ya que hasta finales de los años sesenta regía la llamada Doctrina Hallstein, según la cual Alemania occidental sólo mantenía relaciones diplomáticas con un país si éste no tenía al mismo tiempo relaciones con la Alemania del Este. Por tanto, entre Alemania oriental y la España franquista no existían relaciones diplomáticas, y menos culturales y científicas. El conocimiento mutuo era mínimo, y reflejo de ello es la inexistente historiografía germano-oriental sobre la España de Franco².

El caso de Alemania occidental con respecto a la historiografía sobre la España contemporánea es bien diferente. Si bien obras históricas de carácter científico escritas en la época del franquismo son escasas, no lo son artículos de prensa o publicísticos. Estos artículos crearon y al mismo tiempo reflejaron una imagen de España en Alemania característica de los años cuarenta hasta los setenta. Lo interesante es que esta imagen -íntimamente relacionada con la situación política de aquellos años- perpetuó, en cierta manera, la imagen tradicional de poetas y filósofos alemanes, una imagen superidealizada, a veces rayana en la caricatura y en los estereotipos a fuer de superlativos.

Otra característica de la historiografía alemana sobre España merece ser destacada desde un principio: esta historiografía no está institucionalizada académicamente. No hay ni una cátedra universitaria dedicada exclusivamente a la historia de España, a pesar del creciente interés por la lengua española y las literaturas hispana y latinoamericana. Sí hay gran cantidad de hispanistas, pero el término hispanismo se reduce, en Alemania, al estudio de la lengua y filología españolas y no abarca la historia del país. Los pocos hispanistas con una plaza universitaria que se dedican a estudios sociales sobre España están, por tanto, obligados a cooperar intensamente para que sus voces sean escuchadas; de ahí que el reducido grupo de investigadores comprenda, junto a historiadores, también a sociólogos, politólogos, antropólogos

² Sobre las relaciones entre la España franquista y Alemania (occidental) véase M. POSTH, *Grundprobleme der spanischen Außenpolitik von 1945 bis 1950*, Bonn (tesis doctoral) 1973; P. M. WEBER, *Spanische Deutschlandpolitik 1945-1958. Entsorgung der Vergangenheit*, Saarbrücken, 1992; C. COLLADO SEIDEL, *Die deutsch-spanischen Beziehungen in der Vachkriegszeit: Das Projekt deutscher Militiirstützpunkte in Spanien 1960*, Saarbrücken, 1991, así como los respectivos ensayos en W. L. BERNECKER (ed.), *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Frankfurt am Main, 1992.

sociales y culturales, geógrafos económicos y algún representante más de una ciencia social vecina. Desde hace años existe una discrepancia entre esta falta de institucionalización académica y el creciente interés, tanto universitario como por parte de un público general, por la historia de España.

I. España en la publicística de la posguerra

Después de 1945 se pueden diferenciar varias fases en la publicística alemana sobre España: la primera va desde 1945, recién acabada la Guerra Mundial, hasta aproximadamente el año 1950. Es la fase en la que Alemania occidental estaba ocupada por los aliados, no tenía soberanía propia y estaba interesada en ganar prestigio internacional, distanciándose todo lo posible del pasado alemán nazi y de los aliados del Tercer Reich, como lo fue el general Franco durante la Segunda Guerra Mundial. Para la Alemania surgida de la Guerra Mundial la España de Franco era el último reducto del fascismo en Europa. Los informes sobre España eran críticos y escépticos.

Esta postura crítica iría a cambiar, en una segunda fase, muy rápidamente; esta segunda fase abarca prácticamente las dos décadas de los años cincuenta y sesenta. A principios de los años cincuenta ya había irrumpido la Guerra Fría, y ahora el principal adversario de las democracias occidentales era la Unión Soviética, el comunismo. Franco se presentaba a los ojos occidentales como un importante aliado anti-comunista, habida cuenta de la especial importancia geo-estratégica de España. En la prensa alemana empezaba a distinguirse sutilmente entre el régimen de Franco, que era calificado de conservador y pro-monárquico, y el fascismo, identificado éste con la Falange.

Era ahora cuando renacían los tópicos y estereotipos sobre España. Eran continuas en la prensa y las revistas culturales las alusiones al «enigma España», a «España como problema», a los «demonios españoles». En la revista católico-conservadora *Das Neue Abendland* («El Nuevo Occidente») se preguntaba: «¿Dónde está la verdadera España?» -esa España que era «verdadero occidente»-. Europa y el Imperio (medieval) recibían, como respuesta a las aberraciones de Hitler, una re-interpretación cristiana. Y ya en 1950 se discutía en la prensa alemana si España no podría ocupar en la OTAN el lugar previsto inicialmente para Francia. Bajo el signo de la Guerra Fría, Europa y España se

acercaban rápidamente, por lo menos en las interpretaciones periodísticas ¹.

Indudablemente estas interpretaciones hay que verlas sobre el trasfondo de la situación alemana. Alemania y España corrían una suerte paralela: ambos países eran, después de sus respectivas guerras, los parias de Europa, ambos estaban aislados, ambos necesitaban del apoyo y reconocimiento occidental. El final del aislamiento español podía ser un buen augurio para Alemania. El católico *Rheinischer Merkur* («Mercurio del Rin») hablaba, en 1951, de una metamorfosis en España que la convertía en aliado de Europa. Estaba claro: eso era lo que se deseaba también para Alemania.

Los gobiernos conservadores de Bonn estaban convencidos de que la entrada de España en la OTAN conduciría a una evolución de la política interior española, a una paulatina democratización del país. Al insistir en que la cuestión española no debía ser contemplada de manera aislada, sino en el contexto europeo, se aludía al mismo tiempo a la situación alemana, que también debía ser resuelta en ese contexto.

En una investigación sobre la tendencia política de artículos conmemorativos de la Guerra Civil española el historiador Rainer Wohlfeil llegó en 1966 a la conclusión de que la temática principal de los periodistas no solía ser la Guerra Civil misma, sino que ésta era más bien una especie de pretexto para tomar partido (de manera cauta y un tanto velada) a favor del bando insurgente ². Se podían apreciar claros prejuicios contra el bando republicano, especialmente cuando el recuerdo del pasado era instrumentalizado como arma en la discusión política alemana. La imagen de España creada por la propaganda nazi sobrevivió al Tercer Reich e influyó por mucho tiempo los informes periodísticos sobre España. Por lo general, los puntos de vista eran de derechas.

En una tercera fase que empezaría en 1969 volvió a cambiar la imagen de España. Esta fase comprende en Alemania los años de la coalición social-liberal, con Willy Brandt y Walter Scheel, y en España los años de la crisis del tardofranquismo. En comparación con las décadas anteriores, esta fase de la política alemana era acentuadamente más

¹ Para algunos de estos aspectos véase D. BRIESEMETER, «Die Iberische Halbinsel und Europa», en *Aus Politik und Zeitgeschichte* B8/86, del 22 de febrero de 1996, pp. 13-27.

² R. WOHLFEIL, «Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939. Zur Deutung und Naehwirkung», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, núm. 16, 1968, pp. 101-119.

izquierdista, y la postura política hacia dictaduras derechistas era mucho más crítica que antes. En la prensa y en la opinión general predominante sobre España esto se reflejaría en una postura más diferenciada que antes. La prensa alemana se volcó en esos años, hasta el fallecimiento de Franco, en la información sobre la lucha contra la dictadura, las grandes huelgas en las universidades españolas, las primeras manifestaciones y detenciones de curas en Barcelona, el papel de resistencia antifranquista del Abad de Montserrat, las cada vez más frecuentes huelgas de trabajadores, los mineros de Asturias, los metalúrgicos de Bilbao, los obreros de la construcción en Madrid, la paralela intensificación de la represión, los primeros serios conatos de distanciamiento de la Iglesia con respecto al régimen, las protestas de los obispos españoles -una figura muy popular en los medios informativos alemanes en aquellos años fue el Cardenal Primado de España, Monseñor Enrique y Tarancón-. La actitud de la iglesia católica española hallaba eco en la prensa de las iglesias alemanas, en *Publik y Christ und Welt*, que empezaban a tomar clara postura en contra del régimen.

2. La historiografía sobre la época franquista

Al igual que muchos artículos periodísticos, los primeros estudios científicos alemanes sobre el franquismo reflejan la preocupación de los historiadores sobre su propia historia, ante todo sobre la variante alemana del fascismo. No es de extrañar, pues, que en una investigación de 1963 Bernd Nellesen haya analizado, desde un punto de vista marcadamente conservador, la trayectoria de la Falange hasta la unificación de 1937, poniendo de relieve ante todo las diferencias entre la «vieja» y la «nueva» Falange y entre el movimiento fascista español, por un lado, y el papel del Partido Nacionalsocialista en la toma del poder por Hitler, por el otro. Nellesen también ha publicado, en traducción alemana, una serie de escritos y discursos de José Antonio Primo de Rivera⁵. El papel de la Falange ha venido ocupando a toda una serie de historiadores y politólogos alemanes. Mientras que el estudio de Nellesen no va más allá del año 1937, en una publicación comparativa

⁵ B. NELLESEN, *Die verbotene Revolution. Aufstieg und Niedergang der Falange*, Hamburg, 1963; ídem, *José Antonio Primo de Rivera, der Troubadour der spanischen Falange*, Stuttgart, 1965.

sobre movimientos fascistas Wolfgang Wippermann ha analizado el papel de la Falange también en la época franquista ⁶, mientras que Walther L. Bernecker se ha ocupado de la siguiente pregunta: por qué un fascismo comparable al alemán o al italiano no tuvo éxito en España, predominando, por lo menos desde finales de los años cincuenta, un régimen de tipo autoritario ⁷.

Un problema íntimamente ligado con el desarrollo de la Falange es la cuestión de la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial. El estudio pionero sobre esta cuestión fue realizado por un norteamericano, Donald S. Detwiler, pero escrito como tesis doctoral en la Universidad de Gottingen, bajo la dirección del profesor Percy Ernst Schramm. Detwiler se concentra en la fase entre mayo-junio de 1940 y el comienzo del ataque sobre la Unión Soviética en junio de 1941; en esta fase, Franco alteró oficialmente el curso de la política española de «neutral» a «no-beligerante». El estudio de Detwiler ⁸, basado en fuentes inéditas alemanas, fue de importancia en su tiempo. Por primera vez se analizó con algún detalle la operación «Félix», la proyectada «reconquista» de Gibraltar relacionada con el proyecto de hacer intervenir a Franco en la Guerra Mundial. Más tarde se llegaría a una revisión fundamental de la política exterior de España en la Segunda Guerra Mundial. Por parte alemana participó en esta revisión Matthias

0 H. U. THAMER y W. WIPPERMANN, *Faschistische und neofaschistische Bewegungen. Probleme empirischer Faschismusforschung*, Darmstadt, 1977; W. WIPPERMANN, *Europäischer Faschismus im Vergleich (1922-1928)*, Frankfurt am Main, 1983.

7 W. L. BERNECKER, «Spaniens "verspiiteter Faschismus" und del' autoritare "Neue Staat" Francos», en W. SCHIEDER (ed.), *Faschismus in autoritären Regimen*, Gottingen, 1986 (número monográfico de la revista *Geschichte und Gesellschaft*). Más recientemente la Falange ha vuelto a ser tema de varios estudios alemanes, si bien concentrados en aspectos fenomenológicos e ideológicos y limitados a la fase de la Segunda República. Norman MEUSER analiza en su libro *Nation, Staat und Politik bei José Antonio Primo de Rivera: Faschismus in Spanien?*, Frankfurt am Main, 1995, las obras completas del fundador de la Falange a través de preguntas teórico-políticas y clasifica científicamente la ideología primorriverista. Otro autor, Manfred BÖCKER, presenta en su obra *Ideologie und Programmatik im spanischen Faschismus der Zweiten Republik*, Frankfurt am Main, 1996, a la Falange como la versión española del movimiento fascista europeo; elabora el contenido «modernizador» de la ideología falangista, visto tanto desde el panorama de problemas socio-económicos con los que se vio confrontado el sistema republicano como desde la teoría de la modernización. Véase también el estudio comparativo, desde una perspectiva lingüística, de M. SCOTT-ROBIN, *Die Sprache der Falange und des Salazarismus*, Frankfurt am Main, 1982.

⁸ D. S. DETWILER, *Hitler, Franco und Gibraltar. Die Frage des spanischen Kriegseintritts in den Zweiten Weltkrieg*, Wiesbaden, 1962.

Ruiz Holst, quien subraya –junto a varios autores españoles que se han ocupado del tema– la disposición de Franco a participar en la Segunda Guerra Mundial ⁹.

La investigación alemana más concienzuda sobre España y la Segunda Guerra Mundial es la tesis doctoral del Klaus-Jorg Ruhl ¹⁰. El autor subraya que en la política alemana hacia España existían dos tendencias. Por un lado, el Ministerio de Asuntos Exteriores practicaba una política de apoyo económico, militar y político a España con la intención de conseguir la ayuda de Franco, ante todo en el suministro de submarinos y el envío de materias primas. Por otro lado, el Partido Nazi (NSDAP) no apoyaba el «sistema reaccionario de frailes» y fomentaba una política de injerencia haciendo uso de las afinidades fascistas entre NSDAP y Falange; quería que España participara voluntariamente en la guerra. Hitler, a lo largo del tiempo, se inclinó cada vez más por esta última opción, no logrando, sin embargo, conseguir su meta. Las partes más interesantes del libro se refieren a los intentos alemanes por instrumentalizar a la Falange contra Franco. Los nazis tenían contactos con los Camisas Viejas de Falange; éstos, por su parte, estaban convencidos de que alineándose con la Alemania de Hitler tendrían más posibilidades de realizar sus antiguos planes de una revolución nacional sindicalista. En julio de 1942 tuvo lugar un encuentro secreto entre Hitler y el general Agustín Muñoz Grandes, comandante de la División Azul, en el cual el general español se mostró dispuesto a preparar un golpe contra Franco y después entrar en la guerra aliado de Hitler. Finalmente, estos proyectos se desvanecieron (entre otros motivos por el desembarco aliado en el norte de África) y Hitler consideró la neutralidad de España más importante que una participación forzada en la Guerra Mundial.

⁹ M. RUIZ HOLST, *Neutralität oder Kriegsbeteiligung? Die deutsch-spanischen Verhandlungen im Jahre 1940*, Pfaffenweiler, 1986; véase también el resumen del debate en W. L. BERNECKER, «Neutralität wider Willen. Spaniens verhinderter Kriegseintritt», en H. ALTRICHTER y J. BECKER (eds.), *Kriegsausbruch 1939. Beteiligte, Betroffene, Neutrale*, München, 1989, pp. 153-177. Sobre aspectos económicos en las relaciones germano-españolas durante la Segunda Guerra Mundial véase la tesis de O. DANKELMANN, *Die imperialistischen Großmächte und Spanien während des Zweiten Weltkrieges*, Halle (tesis doctoral), 1966, publicada bajo el título: *Franco zwischen Hitler und den Westmächten*, Berlin (Este), 1970. El fallo del estudio de DANKELMANN consiste en la interpretación demasiado dogmática del supuesto dominio del «capital monopolista alemán» sobre España.

¹⁰ K. J. RUHL, *Spanien im Zweiten Weltkrieg. Franco, die Falange und das «Dritte Reich»*, Hamburg, 1975.

Si Ruhl concentra su estudio en los aspectos más bien políticos, Christian Leitz analiza las relaciones económicas ¹¹. El autor ha consultado por primera vez fondos de bancos y compañías industriales, ante todo alemanes y británicos. En lo concerniente a las dos etapas de la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial la exposición sigue unas pautas tradicionales. Leitz dedica sendos capítulos a dos fases fundamentales y no demasiado bien conocidas: 1939-1940 y 1944-1945, optando por explicar las complejísticas relaciones económicas bilaterales a partir, únicamente, de dos factores: las ventas de material bélico y la exportación de wolframio. Por tanto, cuestiones capitales como el comercio bilateral o la liquidación de la deuda de guerra contraída por el ejército franquista quedan marginalizadas. Las conclusiones son más bien convencionales: los planes de colonización de la Península, adoptados a partir de 1936, sólo pudieron ponerse parcialmente en marcha como consecuencia de la dependencia franquista respecto de los suministros alemanes durante la Guerra Civil. A partir de 1937 el general Franco procuró normalizar las relaciones económicas bilaterales, intento que se vio favorecido por el estallido de la guerra en Europa. Desde 1942-1943 la situación bélica se invirtió y fue Alemania quien fue más sensible a las presiones económicas españolas. Por eso se aceptó vender armamento para mantener los suministros de wolframio.

Del interés suscitado por la Falange como uno de los pilares del régimen franquista resultó, en los años «desarrollistas» del franquismo, un interés más amplio por la estructura del sistema ¹² y la relación de las élites de poder entre sí. El primer estudio elaborado desde una perspectiva politológica es el de Klaus von Beyme, con el título *Del fascismo a la dictadura desarrollista. Elite de poder y oposición en España* ¹³. La cuestión que se plantea el autor es investigar «las bases sociales de la erosión de un sistema fascista». Analiza tanto la ideología de la Falange como la oposición antifranquista, los conflictos entre las

¹¹ Chr. LEITZ, *Economic Relations between Nazi Germany and Franco's Spain 1936-1945*, Oxford, 1996.

¹² La única obra alemana que se ocupa de la pregunta de por qué Franco logró sobrevivir políticamente al final de la Segunda Guerra Mundial es el estudio marxista de Marion EINHORN, *Wer half Franco?*, Berlín (Este), 1983, que se concentra en la política de apoyo prestado a Franco por Gran Bretaña y Estados Unidos hasta 1953, año de los pactos sobre las bases.

¹³ K. VON BEYME, *Vom Faschismus zur Entwicklungsdiktatur. Machtelite und Opposition in Spanien*, München, 1971.

diferentes fracciones de la élite de poder y las divergentes concepciones de la burguesía española sobre el futuro político del país. El libro fue el primer intento, en lengua alemana, de analizar el sistema franquista en su conjunto, integrando los elementos dinámicos y «desarrollistas», provenientes estos últimos, ante todo, del ámbito social.

Tanto en su concepción como en su realización, diferente es el voluminoso estudio de Raimund Beck sobre *El sistema de gobierno español bajo Franco*¹⁴. La investigación se centra en el sistema político del franquismo. Lo peculiar del estudio radica en que tanto la «Constitución» (es decir, las «leyes fundamentales») como la «realidad constitucional» son examinadas en comparación con los regímenes democráticos de la Europa occidental, para de esta manera tratar de lograr una respuesta a la pregunta de si el régimen autoritario del franquismo sería capaz de realizar una transición pacífica a un sistema democrático. El estudio fue terminado poco antes de la muerte de Franco. Su tesis principal era que el sistema autoritario español estaba altamente capacitado para modificaciones, ante todo para reformas democráticas y para una adaptación a los Estados democráticos de Derecho existentes en la Europa occidental.

Mientras que el estudio de Beck se concentra en las instituciones franquistas, la tesis doctoral de Hans-Werner Franz sobre la sociología política del franquismo va dirigida a examinar no sólo las instituciones, sino también la «dominación social» ejercida en España después de la Guerra Civil¹⁵. En la primera parte, la obra presenta y discute, desde un ángulo marxista, las diferentes teorías sobre la tipología del franquismo; en la segunda, mucho más extensa, analiza la cuestión de la hegemonía del «bloque dominante» del régimen y las relaciones entre el sistema franquista y la clase obrera. El análisis de las diferentes clases sociales, sobre todo del movimiento obrero, tiene gran semejanza con las posturas adoptadas por autores de Comisiones Obreras (por ejemplo, Manuel Ludevid, Nicolás Sartorius). El libro, en su conjunto, integra tanto la discusión teórica sobre el régimen de Franco como un análisis de las relaciones represivas entre el franquismo y la clase obrera.

De los estudios sobre la época franquista más bien especializados en temas concretos vale resaltar la tesis de Rainer Klein sobre pla-

¹⁴ R. BECK, *Das spanische Regierungssystem unter Franco*, Bochum, 1979.

¹⁵ H. W. FRANZ, *Der Frankismus. Zur politischen Herrschaftssoziologie Spaniens während der Franco-Ära*, Frankfurt am Main, 1981.

nificación urbanística y construcción urbana en los años sesenta ¹⁶. El autor analiza la movilidad social y espacial como fenómeno nuevo en la España «desarrollista». Las migraciones laborales a los centros urbanos y a los espacios económicos activos del país tuvieron por resultado una creciente demanda de viviendas y una dinamización del desarrollo urbanístico. Klein presenta diversos tipos de urbanización acelerada, resaltando los grandes problemas surgidos a raíz del vertiginoso proceso de crecimiento urbano. En muchos sentidos, el Estado no estaba a la altura de las circunstancias, actuando en los diferentes sectores de planificación de manera inconsistente. Un estudio sobre otro proceso de transformación socio-económica acelerada y los cambios acaecidos en el sector de la movilización en la España franquista es el libro de Beat Hächler sobre «automovilización» y la «motorización masiva» del país, sobre todo en los años sesenta ¹⁷. Se presenta la historia de la construcción de una industria automovilística nacional, empezando en la fase de la autarquía con los primeros proyectos de la administración franquista, se analizan las condiciones de producción y de mercado y se presenta el auge automovilístico como parámetro del cambio económico y social en la fase desarrollista del franquismo. La «automovilización» fue la experiencia modernizadora por excelencia de toda una generación.

3. Movimientos de oposición

En los años sesenta se puede apreciar un cambio de temática en la historiografía alemana. Profundamente influenciados por el movimiento anti-autoritario, por el surgimiento de una «izquierda nueva» y no menos por los movimientos de protesta y de oposición en España, los periodistas-historiadores centraron su interés no ya en los fundamentos y pilares del régimen franquista, sino más bien en las tendencias desestabilizadoras. Los comienzos de esta tendencia historiográfica se pueden apreciar en la obra de Bernhard Schütze, que escribió un ensayo sobre los movimientos de oposición política en España, titulado *Recons-*

¹⁶ R. KLEIN, *Stadtplanung and Wohnangsbau in Spanien nach 1960*, Saarbrücken, 1988.

¹⁷ B. HÄCHLER, *Automobilmachung. Zur Geschichte der Massenmotorisierung Spaniens (1939-1975)*, Saarbrücken, 1991.

trucción de la libertad ¹⁸. El valor del libro reside en el hecho de que presentó, por primera vez en lengua alemana, un panorama de los movimientos obreros de oposición cuando la información sobre Comisiones Obreras u otros movimientos de base en Alemania era mínima. Ideológicamente, el autor simpatiza con la «oposición extraparlamentaria» a finales de los años sesenta, un movimiento de protesta alemán sumamente interesado en otros movimientos de protesta, ante todo en formas de organización opositora en regímenes no-democráticos. No extraña, pues, que el interés primordial del autor se centre en el movimiento obrero español, las Comisiones Obreras, mientras que el movimiento estudiantil sólo es tratado de paso.

En casi todos los trabajos alemanes que se ocupan de la oposición laboral contra el franquismo se puede apreciar una inequívoca simpatía por Comisiones Obreras. La obra colectiva de Erich Rathfelder, Anna Stein y Klaus Vogel, por ejemplo, se ocupa casi exclusivamente de «Comisiones Obreras, el nuevo movimiento obrero en España» ¹⁹. Los autores ven en la clase obrera la fuerza «que ha destruido verdaderamente los pilares de la dictadura», dividiendo a la «burguesía española», y el movimiento más fuerte de la clase obrera era Comisiones Obreras. También las obras de Hans-Werner Franz en la segunda mitad de los años setenta querían popularizar entre los lectores alemanes las posturas del Partido Comunista de España y de Comisiones Obreras ²⁰. El centro editor del estudio de Franz, el «Instituto para Estudios e Investigaciones Marxistas», quería transmitir «las experiencias de las luchas de clase

¹⁸ B. SCHÜTZE, *Rekonstruktion der Freiheit. Die politischen Oppositionsbewegungen in Spanien*, Frankfurt am Main, 1969. Véase también el estudio de la oposición española, concretamente en el año 1970, de T. KLEIN, *Francos zweite Inquisition. Spanien zwischen Foller lnd EWC. Ein Report aus dem Jahre 1970*, München, 1971, así como «la imagen de la dictadura a través de las cartas de presos políticos», en M. CIAGAR y H. KOOB, *Ferienland Spanien? Ein Bild der Diktatur nach Briefen politischer Gefangener*, Reinbek bei Hamburg, 1974.

¹⁹ E. RATHFELDER, A. STEIN y K. VOGEL, «Alle oder keiner!» *Comisiones Obreras-ncle Arbeiterbewegung in Spanien*, Berlín, 1976.

²⁰ H. W. FRANZ y S. TOVAR (eds.), *Cewerkschajsbewegllng in Spanien. Auf dem Weg zur Einheit?*, Berlín, 1976; H. W. FRANZ, *Klassenkimpfe in Spanien heute*, Frankfurt, 1975. Véase también el detallado estudio sobre las Comisiones Obreras de la provincia de Barcelona bajo el franquismo, de B. PÖTER, *Von der Ohnrrnacht zur Gegenrrnacht. Die Arbeiterkornrnissionen der Provinz Barcelona unter dem Franquismus*, Saarbrücken, 1996. una versión reelaborada de su tesis doctoral de 1983 en la que el autor reconstruye el proceso de organización y de aprendizaje en el cual se formaron las Comisiones Obreras de la provincia de Barcelona.

de los últimos años en la Europa capitalista a los obreros y empleados de la República Federal Alemana».

El estudio de Hans-Jürgen Degen y Helmut Ahrens²¹ se planteó en su día la pregunta de qué cambios habían tenido lugar en las formas de acción y de resolución de conflictos entre 1931 y 1975. Los autores veían el cambio fundamental en la táctica de Comisiones Obreras de abandonar la ilegalidad y operar en un ámbito cuasi legal.

La relaciones laborales y el nuevo movimiento obrero también han llamado la atención de otros autores alemanes. En varias aportaciones Walther L. Bernecker ha analizado tanto el sindicalismo vertical oficialista como los movimientos de base de los trabajadores españoles. En estas investigaciones²² se trataba de periodizar el movimiento obrero español, elaborar una tipología de las formas de acción y diferenciar entre elementos «continuistas» e «innovadores» sobre el trasfondo de un acelerado proceso de transformación económica. El comportamiento colectivo de la clase obrera es interpretado contextualmente, es decir, integrado en la totalidad de las relaciones laborales y del sistema político; por tanto, se presta igual atención a la estrategia patronal como a las medidas estatales (tanto en forma activa como reactiva), acentuando las situaciones de *challenge* y *response*.

Sólo existe un libro de carácter más bien general sobre la oposición política al franquismo. Es la tesis doctoral de Lothar Maier, dirigida por Klaus von Beyme, que tiene un título un tanto engañoso: *El camino de España hacia la democracia*²³. En el fondo, se trata de un análisis sistemático de las fuerzas políticas que (hasta 1977) representaban la oposición democrática en España. Junto a Comisiones Obreras y Comités

²¹ H. J. DEGEN y H. AHRENS, *Widerstand in Spanien. Wandlungen in den Aktions-Formen vom Bürgerkrieg bis zum Tode Francos*, Wetzlar, 1977.

²² W. L. BERNECKER (ed.), *Gewerkschaftsbewegung und Staatsdiktatorismus in Spanien. Quellen und Materialien zu den Arbeitsbeziehungen 1936-1980*, Frankfurt am Main, 1985; ídem, «Die Arbeiterbewegung unter dem Franquismus», en P. WALDMANN, W. L. BERNECKER, F. LÓPEZ-CASERO y H. C. F. MANSILLA, *Die geheime Dynamik autoritärer Diktaturen. Vier Studien über sozialen Wandel in der Franco-Ära*, München, 1982, pp. 61-198; como síntesis de varios estudios sobre el movimiento obrero y conflictos sociales en la España contemporánea véase ídem, *Arbeiterbewegung und Sozialkonflikte im Spanien des 19. und 20. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main, 1993.

²³ L. MAIER, *Spaniens Weg zur Demokratie*, Meisenheim am Glan, 1977. No se discute en esta panorámica el estudio de H. HEINE, *La oposición política al franquismo de 1939 a 1952*, Barcelona, 1983, ya que el libro -publicado sólo en castellano, aunque el autor es alemán- debe su origen a una tesis doctoral elaborada bajo la dirección de Paul Preston en Londres.

de Baniada, Maier se ocupa intensamente de los partidos comunista (PCE) y socialista (PSOE), incluyendo también (aunque sólo brevemente) el distanciamiento de la Iglesia del régimen, la oposición dentro de las Fuerzas Armadas y movimientos regionalistas.

El interés alemán por los movimientos de oposición no se limitó al ámbito laboral; abarcó también el segundo gran tema de la oposición al franquismo: las regiones y nacionalidades (a diferencia de estos dos sectores, prácticamente no se ha trabajado sobre el movimiento estudiantil). Debido a la estructura federal de Alemania occidental y a la experiencia alemana, sensibilizada por el régimen hipercentralista del nacionalsocialismo, así como al impacto que dejó en Alemania el terrorismo y la violencia política de los años setenta, resulta comprensible que se investigara, para el caso español, el origen de las oposiciones regionalistas al centralismo franquista y el problema del separatismo violento. Sobre este tema se han publicado toda una serie de trabajos. El sociólogo Peter Waldmann viene ocupándose desde hace años del problema de la violencia y del separatismo en España. En un estudio sobre «Cambio socio-económico, represión centralista y protesta violenta en el País Vasco»²⁴ analiza diferentes aspectos de ETA, centrando su interés primordial en las causas del surgimiento y las condiciones de existencia de ETA. Waldmann traza un complejo modelo causal en el que integra condiciones económicas, sociales y culturales, adaptando este esquema a las «provincias patria» de ETA, Guipúzcoa y Vizcaya, y estableciendo las necesarias conexiones con la dialéctica existente entre represión centralista y creciente protesta violenta en Euskadi. Este método posibilita un análisis muy diferenciado del separatismo vasco. Al mismo tiempo, resalta los cambios que ha experimentado este movimiento a lo largo de las últimas décadas hasta finalmente transformarse de una organización afincada fuertemente dentro de la sociedad vasca en un movimiento clandestino que se independiza progresivamente de lo que fue su base social. Más tarde, Waldmann

²⁴ P. WALDMANN, «Sozio-ökonomischer Wandel, zentralistische Unterdrückung und Protestgewalt im Baskenland», en P. WALDMANN y otros, *Die geheime Dynamik autoritärer Diktaturen. Vier Studien über sozialen Wandel in der Franco-Ara*, München, 1982, pp. 199-286; ídem, «Katalonien und Baskenland: Historische Entwicklung der nationalistischen Bewegungen und Formen des Widerstands in der Franco-Zeit», en P. WALDMANN, W. L. BERNECKER y F. LÓPEZ-CASERO (eds.), *Sozialer Wandel und Herrschaft im Spanien Francos*, Paderborn, 1984, pp. 1.5.5-192. Véase también el ensayo de H. J. PUHL, «Baskischer Nationalismus im spanischen Kontext», en H. A. WINKLER (ed.), *Nationalismus in der Welt von heute*, Göttingen, 1982, pp. 51-81.

ha ampliado sus estudios sobre radicalismo étnico, presentando un análisis comparativo de las causas y consecuencias de conflictos violentos, tomando como ejemplos el País Vasco, Irlanda del Norte y Quebec ²⁵. Analiza las condiciones decisivas para que un movimiento de protesta étnico se desenvuelva o bien de manera pacífica o bien de manera violenta. Para verificar su hipótesis presenta una comparación sistemática de los movimientos más o menos militantes de los vascos y los catalanes, de los irlandeses del norte y de los quebecois.

En un extenso estudio monográfico sobre «represión y oposición en Euskadi» Josef Lang no quiere reducir el «problema vasco» a un debate sobre nacionalismo y ETA, sino que intenta aclarar «el proceso de mutua penetración de movimiento nacional y social» ²⁶. Debido a este enfoque, el estudio se ocupa, ante todo, de las provincias costeras de Guipúzcoa y Vizcaya, ya que en ellas el porcentaje de obreros industriales es mucho más elevado que en Álava y Navarra. Con un acopio impresionante de fuentes, Lang describe el desarrollo económico de la región, los múltiples conflictos sociales, la dura represión de la identidad cultural de Euskadi por el Estado centralista, etc. La pérdida de influencia, tanto del PSOE como del PNV, hizo posible la «mutua penetración» del movimiento nacional y social ²⁷. En un extenso apéndice, Lang continúa y actualiza su análisis para los años 1977 a 1983.

En conjunto, se puede decir que el tema más extensamente tratado por la historiografía alemana sobre la España franquista es el de los

²⁵ P. WALDMANN, *Ethnischer Radikalismus. Ursachen und Folgen gewaltsamer Minderheitenkonflikte am Beispiel des Baskenlandes, Nordirlands und Quebecs*, Opladen, 1989.

²⁶ J. LANG, *Das baskische Labyrinth. Untenrückung und Widerstand in Euskadi*, Frankfurt am Main, 1983. También otros estudios alemanes analizan la relación entre movimiento nacional y social en el País Vasco y en Cataluña, pero quedan fuera del análisis debido a que estudian las primeras décadas del siglo xx. Véase al respecto L. MEES, *Entre Nación y Clase. El nacionalismo vasco y su base social en perspectiva comparativa*, Bilbao, 1991; ídem, *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*, Bilbao, 1992; K. J. NAGEL, *Arbeitschaft und nationale Frage in Katalonien zwischen 1898 und 1923*, Saarbrücken, 1991; sobre un aspecto más especializado de historia social véase W. ALTHAMMER, *Die Textilarbeiterinnen von Barcelona: Arbeitsbedingungen, Alltag und soziale Konflikte 1900-1914*, Saarbrücken, 1992. Como síntesis de la historia vasca véase M. KASPER, *Baskische Geschichte*, Darmstadt, 1997.

²⁷ Hay bastantes más obras alemanas sobre el regionalismo y separatismo en España, pero son más bien de actualidad política y no estudios históricos. Véase, como botón de muestra, W. HERZOG (ed.), *Terror im Baskenland-Gefahr für Spaniens Demokratie?*, Reinbek bei Hamburg, 1979; ídem, *Spanien. Die zerbrechliche Einheit*, Zürich, 1982.

movimientos de oposición, tanto laboral como regional y nacionalista. El motivo radica, indudablemente, en que para un observador extranjero estos movimientos eran el síntoma más visible de la paulatina erosión del régimen franquista. La gran incógnita era en qué medida esta oposición podría contribuir al debilitamiento del régimen o incluso a asaltarle un golpe decisivo. Además, el caso español era único en Europa: un régimen no-democrático se veía confrontado con un movimiento de protesta y oposición cada vez más fuerte y consciente. Una estructura política arcaica «cubría» con un manto represivo a una sociedad altamente diferenciada e indudablemente «moderna». Esta configuración, comprensiblemente, despertó el interés de politólogos, sociólogos e historiadores ²⁸.

4. La historiografía sobre la Guerra Civil

Como en otros países europeos, también en Alemania la guerra de 1936-1939 ha sido objeto de un amplio abanico de bibliografías ²⁹. Pero a diferencia de la postura mayoritariamente «liberal» en Inglaterra, Estados Unidos y Francia, la producción historiográfica alemana presenta dos características: la primera es la ideología fascista que caracterizó a la producción historiográfica alemana sobre la guerra española hasta 1945 y el carácter marcadamente conservador de las interpretaciones

²⁸ En esta panorámica no se incluyen obras de carácter más bien general o manuales y síntesis de la historia contemporánea de España. El autor del presente ensayo ha publicado varias obras de este tipo. Véase W. L. BERNECKER, *Spaniens Geschichte seit dem Bürgerkrieg*, München, 3.^a ed., 1997; ídem, *Sozialgeschichte Spaniens im 19. und 20. Jahrhundert. Vom Ancien Régime zur parlamentarischen Monarchie*, Frankfurt am Main, 2.^a ed., 1991; ídem (con H. PIETSCHMANN), *Geschichte Spaniens. Von der frühen Neuzeit bis zur Gegenwart*, Stuttgart, 2.^a ed., 1997; ídem, *Religion in Spanien. Darstellung und Daten zur Geschichte und Gegenwart*, Gütersloh, 1995; ídem (con C. COLLADO SEIDEL Y P. HOSER, eds.), *Die spanischen Könige. 18 historische Porträts vom Mittelalter bis zur Gegenwart*, München, 1997.

²⁹ Como resumen de la bibliografía hasta 1987, véase E. COLLOTTI, «Sullo il cielo di Spagna. Publicistica in lingua tedesca sulla guerra civile», en *Belfagor*, núm. 2, 1987, pp. 125-158; la bibliografía más extensa sobre las publicaciones alemanas (hasta 1987) es la de W. BUSCHAK, «Bibliographie der deutschsprachigen Veröffentlichungen zum Spanischen Bürgerkrieg», en *Mitteilungsblatt des Instituts zur Erforschung der europäischen Arbeiterbewegung*, núm. 8, Boehum 1987, pp. 68-109. Como estudio de síntesis, véase W. L. BERNECKER, *Krieg in Spanien 1936-1939*, Dannstadt, 1991 (reedición 1997; versión española: *Guerra en España 1936-1939*, Madrid, 1996).

en las primeras décadas después de terminada la Segunda Guerra Mundial; la segunda es que a partir de los años cincuenta surgió en la República Democrática Alemana (RDA) una historiografía «paralela» que discrepaba profundamente de la germano-occidental. Las *querelles allemandes* se reflejarían desde entonces también en arduas polémicas entre los historiadores de las dos Alemanias. Estas polémicas sólo eran en parte reflejo de diferentes concepciones científicas; más frecuentemente reflejaban las actitudes políticas de sus respectivos gobiernos, concretamente ante el régimen de Franco.

En términos temáticos se pueden diferenciar dos fases de investigación. La primera trata de un aspecto de la vertiente internacional de la Guerra Civil: la intervención alemana. A finales de los años sesenta y principios de los setenta la historiografía sobre este aspecto alcanzó un alto nivel de calidad, ya que los historiadores pudieron hacer uso de múltiples materiales documentales y la competencia ideológico-científica entre las dos Alemanias les forzó a replantear y sofisticar sus enfoques, conceptos y métodos. En la segunda fase, que cronológicamente arranca a finales de los años sesenta, sobresalen investigaciones que analizan factores económicos y sociales en la zona republicana, sobre todo trabajos relacionados con la revolución social anarquista.

4.1. *La participación alemana en la Guerra Civil*

Tuvieron que pasar más de veinte años hasta que en Alemania se publicara el primer trabajo científico sobre la Guerra Civil española. Se trata de un estudio sobre la penetración económica del «Tercer Reich» en España, presentado como tesis doctoral por Manfred Merkes³⁰ y publicado en 1961. Indudablemente, en su día la obra de Merkes fue pionera, si bien adolecía de una falta característica de la mayoría de los estudios alemanes: la no-utilización de fuentes documentales procedentes de archivos españoles. Con respecto a la tesis de la existencia de contactos internacionales con los orígenes del estallido de la Guerra Civil, Merkes afirmó categóricamente que el Gobierno alemán no había participado en los preparativos del golpe militar y que Hitler

³⁰ M. MERKES, *Die deutsche Politik im spanischen Bürgerkrieg*, Bonn, 1961, 2.ª ed. (ampliada), 1969.

tomó la decisión de intervenir en España sin consultar al Ministerio de Asuntos Exteriores.

La segunda obra de carácter científico es la tesis doctoral de Hans-Henning Abendroth³¹, que tiene por tema un aspecto más amplio que el libro de Merkes. Trata «de presentar la intervención alemana en la Guerra Civil española no sólo aisladamente, sino de contemplarla en el mareo de la política europea de intereses a finales de los años treinta, en cuanto relacionada con España, y analizar al mismo tiempo, cómo Franco hacía uso de las tensiones existentes entre los bloques a favor de sus propios intereses». El trabajo reviste un interés especial en los aspectos relacionados con la política británica y francesa frente a la Guerra Civil española, ya que Abendroth pudo hacer uso -junto a la documentación alemana- por primera vez de los documentos del *Cabinet Office* y del *Foreign Office* británicos, relativos a los años 1936-1939.

Abendroth resalta que a los intereses estratégicos, económicos e ideológicos de los ingleses no correspondía ni una España fascista ni una comunista, sino una liberal y débil. Por eso, ya en la primera fase de la guerra el *Foreign Office* estaba interesado en establecer contactos, aunque no fueran oficiales, con los rebeldes. La «diplomacia torpe» del embajador alemán Faupel y los «métodos económicos brutales» del sistema de compensación HISMA/ROWAK facilitaron esta estrategia inglesa. En oposición a Merkes, quien llegó a la conclusión de que la intervención hitleriana fue más bien consecuencia de un análisis demasiado optimista de la verdadera situación de Franco, Abendroth ve confirmada su tesis por la insistencia y la tozudez con las que Hitler fomentaba y continuaba el apoyo de Franco, a pesar de informes negativos de España.

Desde que Merkes publicó la segunda edición de su tesis la historiografía alemana ha venido ocupándose, de manera cada vez más intensa, de la formulación interna de la política nazi ante la Guerra Civil. En estas últimas décadas los historiadores (germano-occidentales) han expandido su interés investigador más allá de la mera indagación de motivos. El interés se centra en el sistema nacionalsocialista y su funcionamiento, y la Guerra Civil les sirve de ejemplificación para sus tesis. Fundamentalmente, dos tendencias interpretativas están com-

31. H. H. ABENDROTH, *Hitler in der spanischen Arena. Die deutsch-spanischen Beziehungen im Spannungsfeld der europaiischen Interessenpolitik vom Ausbruch des Bürgerkrieges bis zum Ausbruch des Weltkrieges 1936-1939*. Paderbom, 1973.

pitando la una con la otra. Por un lado, los «programáticos» o «intencionalistas» resaltan la importancia de la persona Hitler con su omnipotencia y su programa político-ideológico. Por otro lado, los «funcionalistas» acentúan las condiciones estructurales de la sociedad alemana de entreguerras, de las que Hitler sólo era un exponente, e incluso dependía de ellas, que aunque posibilitaron la ascensión del nacionalsocialismo también pusieron en movimiento un proceso que hizo irreversible el fracaso final del sistema; las «estructuras policráticas de poder» se manifestaron ante todo en el terreno de la política exterior.

Entre los «funcionalistas» se encuentra Wolfgang Schieder, quien en un ensayo sobre la Guerra Civil y el «Plan Cuatrienal» defiende la tesis que la decisión alemana de intervenir a favor de Franco es «un ejemplo modelo» de que «las estructuras policráticas de poder del llamado estado del *Führer* también repercutían en la política exterior»³². Con ayuda de diferentes estadísticas, Schieder trata de demostrar que Hitler perseguía en España, en primer lugar, finalidades económico-militares; resalta que el comienzo de la Guerra Civil coincidía con la crisis de la economía de guerra alemana y que el «Plan Cuatrienal» iba dirigido a someter a toda la economía a los fines de la movilización armamentista. Schieder interpreta la política alemana frente a España, en su mayor parte, como reflejo de disputas internas en el Estado nazi. Al contrario, Hans-Henning Abendroth insiste en que Hitler tomó en solitario la decisión de apoyar a Franco. Para fundamentar su tesis, Abendroth hace uso de las «memorias» de Johannes Bernhardt, quien, como enviado de Franco y miembro de la «Organización Exterior» (*Auslandsorganisation der NSDAP*) del Partido Nazi, entregó la solicitud de apoyo de Franco a Hitler. El autor llega a la conclusión: «La decisión a favor de una intervención alemana en la Guerra Civil española es un ejemplo de la tesis de que Hitler, en el ámbito de política exterior, hacía pleno uso de sus facultades de *Führer* y no se dejaba influenciar por su entorno.»

Independientemente de cuál de estas dos interpretaciones esté más cerca de la verdad histórica, se puede constatar que entre los historiadores alemanes ha tenido lugar un cambio de perspectiva, alejándose

³² W. SCHIEDER, «Spanischer Bürgerkrieg und Vierjahresplan. Zur Struktur nationalsozialistischer Außenpolitik», en W. SCHIEDER y Ch. DIPPER (eds.), *Der spanische Bürgerkrieg in der internationalen Politik* (1936-1939), Múnich, 1976, pp. 162-190.

³³ H. H. ABENDROTH, *Mittelmann zwischen Franco und Hitler. Johannes Bernhardt erinnert* 1936, Marktheidenfeld, 1978.

algo de los motivos y finalidades del «Tercer Reich» al intervenir en España y acercándose a los centros decisorios en el aparato de poder del Estado nazi.³⁴

En comparación con el gran interés que ha suscitado en la historiografía la intervención nazi en España, el destino de la izquierda alemana durante la Guerra Civil española ha sido estudiado muy poco. El único trabajo serio es la investigación de Patrik von zur Mühlen³⁵, que lleva el programático título de *España fue su esperanza. La izquierda alemana en la Guerra Civil española, 1936-1939*. El autor entiende su trabajo como «parte integrante de la historia de dos países»; por tanto, usa un método comparativo. Dado que los alemanes (en total más de 5.000) no sólo estaban integrados en las Brigadas Internacionales, sino que también intervenían en las milicias revolucionarias, en asociaciones políticas, en prensa y propaganda, estos aspectos debían ser analizados tanto para el espectro político alemán como para el español. El paralelismo subyacente a este proceder metodológico equivale a la convicción de la izquierda alemana «de que había ciertos paralelismos entre Alemania y España y de que su lucha en la Península Ibérica iba dirigida contra el mismo adversario». En un sentido más amplio, la temática de la lucha de la izquierda alemana en España forma parte de la historia del exilio alemán y de la resistencia contra Hitler. La República Española para muchos de estos alemanes se convirtió en una sustitución de la patria perdida; unieron (en el sentido estricto de la palabra) su suerte política e individual con la de la República.

³⁴ Otro aspecto que se está empezando a investigar más concienzudamente es la imagen que se tenía en Alemania de España. Sobre la imagen de España en los medios de masa del Tercer Reich véase A. PETER, *Das Spanienbild in den Massenmedien des Dritten Reiches 1933-1945*, Frankfurt am Main, 1992. El autor resalta algunos aspectos interesantes del cambio de la imagen de España en la prensa nazi durante la Segunda Guerra Mundial; pero lamentablemente el estudio es poco sistemático y el material utilizado muy heterogéneo. Sobre el papel (político e ideológico) del hispanismo en el Tercer Reich véase Th. BRÄUTIGAM, *Hispanistik im Dritten Reich. Eine wissenschaftsgeschichtliche Studie*, Frankfurt am Main, 1997.

³⁵ P. VON ZUR MÜHLEN, *Spanien war ihre Hoffnung. Die deutsche Linke im spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, Bonn, 1983 (libro de bolsillo 1985). Más tarde el autor ha ampliado sus estudios con un libro sobre el papel de España como país de refugiados alemanes (ante todo judíos) y como país de tránsito hacia destinos de Ultramar; véase ídem, *Fluchtweg Spanien-Portugal. Die deutsche Emigration und der Exodus aus Europa 1933-1945*, Bonn, 1992.

4.2. El caso Guernica

Se podía haber esperado que los historiadores alemanes se ocuparan detalladamente del bombardeo de Guernica. Si bien el tema recibe un tratamiento más o menos amplio en todos los libros sobre la Guerra Civil, sólo hay un estudio dedicado expresamente al bombardeo y elaborado mediante un fondo documental: la investigación de Klaus A. Maier, realizada en el Instituto de Investigación de Historia Militar (*Militargeschichtliches Forschungsamt*) de Friburgo, en la cual el autor quería llegar a una clarificación de la responsabilidad alemana en el bombardeo de Guernica. Maier apuntó como conclusión de sus investigaciones: «Con una probabilidad rayante en la seguridad, Guernica fue destruida exclusivamente por el ataque aéreo en la tarde del 26 de abril de 1937. El ataque fue llevado a cabo por la Legión Cóndor y una formación de aviones de combate italianos»³⁶. Según Maier, el ataque iba dirigido, en un principio, a interrumpir las comunicaciones por carretera entre el noreste de la ciudad y un puente cercano, el Puente de Rentería; pero la dirección alemana, el teniente-coronel Freiherr von Richthofen, Jefe de Estado Mayor de la Legión, nunca desechó por completo la idea de bombardear la ciudad misma. El hecho de que las bombas no dieran en el objetivo se explica por la poca distancia entre el puente y el centro de la ciudad, con el impedimento visual originado por el efecto de las bombas de los primeros aviones, por la deficiente técnica de tiro y por las desfavorables condiciones atmosféricas. Maier acepta como verídicas las declaraciones de Richthofen relativas a la finalidad del ataque: la obstrucción de la circulación de las carreteras adyacentes o la interrupción de las comunicaciones con Guernica.

Si bien este estudio no deja lugar a dudas sobre quién destruyó Guernica y cómo, se puede dudar acerca del porqué. Hasta hoy se discute si se trataba de un ataque para difundir el terror o si el ataque estaba justificado militarmente. La conclusión de Maier es que la destrucción de la ciudad se debía a una desgraciada coincidencia de condiciones desfavorables. Implícitamente, el autor rechaza, pues, la tesis de que se trataba de un ataque que perseguía el fin de destruir (incendiar)

³⁶ K. A. MAIER, *Guernica*, 26.4.1937. *Die deutsche Intervention in Spanien und der «Fall Guernica»*, Freiburg, 1975 (versión española: *Guernica*, 26-4-1937, Madrid, 1976).

la ciudad y desmoralizar a su población. Justamente ésa es la conclusión a la que han llegado diversos autores españoles y extranjeros (Ángel Viñas, Herbert Southworth) al preguntarse por qué los aviones usaban una mezcla de bombas explosivas e incendiarias; además, la tripulación disparó con ametralladoras contra la población civil que huía de los aviones. Richthofen habló de un «pleno éxito técnico», lo que sería difícil de entender si el único objetivo del ataque hubiera sido la destrucción del Puente de Rentería (que, a fin de cuentas, no fue destruido)³⁷.

4.3. La historiografía germano-oriental

Las primeras producciones historiográficas de la RDA sobre la Guerra Civil fueron reseñas en los libros aparecidos en Alemania occidental. Tras la publicación del estudio de Merkes empezó lo que podría llamarse una batalla ideológica. Las críticas orientales solían resaltar fundamentalmente dos aspectos: en primer lugar, el papel desempeñado por el «capital monopolista alemán» en los preparativos de la intervención alemana; y en segundo lugar, la participación alemana en los preparativos del alzamiento. En las primeras reseñas germano-orientales

³⁷ Véase como resumen del debate historiográfico el ensayo de W. L. BERNECKER, «Cincuenta años de historiografía sobre el bombardeo de Gernika», en M. TUNJÓN DE LARA (ed.), *Gernika: 50 años después (1937-1987). Nacionalismo, República, Guerra Civil*, Universidad del País Vasco, 1988, pp. 219-242 (edición al cuidado de J. L. DE LA GRANJA Y C. GHITAONANLÍA). Sin consultar material documental en archivos, el ex presidente del Partido Neonazi Alemán *Nationaldemokratische Partei Deutschlands*, Adolf VON THADDEN, ha publicado un libro sobre Guernica en el que refuta absolutamente todas las tesis según las cuales la actuación alemana al bombardear la ciudad había sido un «crimen de guerra». Para él, todo el caso Guernica es un «engaño bombástico» y un mito «para vascos nacionalistas y la izquierda internacionah». Véase A. VON THADDEN, *Guernica, Greuelpropaganda oder Kriegsverbrechen? Ein Bombenschwindel*, Leoni am Starnberger See, 1982. También hay otras obras derechistas sobre Guernica; todas ellas intentan relativizar la responsabilidad alemana. Véase, como botón de muestra, S. KAPPE-HARDENBERG, *Ein Mythos wird zerstört. Der Spanische Bürgerkrieg, Guernica und die anti-deutsche Propaganda*, Berg am See, 1987. Varias obras se ocupan de las relaciones entre Guernica y los alemanes y los intentos de reconciliación en los últimos años. Véanse (entre otras) E. BASTIAN y P. K. KELLY (eds.), *Guernica und die Deutschen. Dokumentation einer gescheiterten Wiedergutmachung*, Hamburg, 1992; H. BRIEDEN (entre otros), «Ein voller Erfolg der Luftwaffe». *Die Vernichtung Guernicas und die deutsche Traditionspflege*, Neustadt, 1997; M. KASPER, *Gernika und Deutschland. Geschichte einer Versöhnung*, Bilbao, 1998.

del libro de Merkes se acusó a éste de justificar la política agresiva de los monopolistas y militares alemanes frente a España y de discutir la necesidad y justicia de la lucha de los trabajadores y campesinos españoles. Según la versión germano-oriental, la mayoría de los historiadores germano-occidentales atribuía la responsabilidad de intervenir en España exclusivamente a Hitler y a unos cuantos jefes nazis, ocultando la responsabilidad de los magnates industriales con respecto a los preparativos de la Segunda Guerra Mundial, para la cual la Guerra Civil española no fue sino la prueba general.

En otras publicaciones germano-orientales ³⁸ se hace hincapié en que los libros de Merkes y Dahms :() dejaban ver claramente que había una multifacética interrelación entre historiografía «imperialista» y política en Bonn. Según estas críticas, los dos libros hacían suya la visión fascista de los acontecimientos en los años treinta. No trataban de esclarecer el trasfondo y las causas de la intervención de la Alemania fascista y no resaltaban el carácter expoliador del imperialismo alemán. Hacerlo hubiera significado atacar la política de los «detentadores del poder» en Bonn, ya que existía identidad de clases entre las fuerzas sostenedoras del fascismo y las del «sistema de Bonn». Y la historiografía germano-occidental trataba de ocultar estas identidades.

El segundo aspecto de las críticas se refería al conocimiento (o no) que tenía la Alemania nazi del proyectado alzamiento y a la pregunta de si el Tercer Reich había participado en los preparativos. Si bien los autores germano-orientales aceptaron que no había pruebas documentales sobre las conversaciones mantenidas por José Antonio Primo de Rivera y el general Sanjurjo en febrero y marzo de 1936 en Berlín, sostenían que el hecho en sí de las negociaciones, el momento en que tuvieron lugar y la labor socavadora de los imperialistas alemanes en los años precedentes permitían la conclusión de que los planes de alzamiento fueron detallados con representantes del gobierno nazi. Sin poder demostrar documentalmente el hecho de una «conjura fascista»

³⁸ Véase E. Dm:HLH, «Zu zwei Veröffentlichungen reaktionärer westdeutscher Historiker Liber den spanischen Krieg», en *Interbrigadisten: Der Kampf deutscher Kommunisten und anderer Antifaschisten im national-revolutionären Krieg des spanischen Volkes 1936-1939*, Berlín (Este), 1966.

³⁹ H. G. DAHMS, *Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939*, Tiibingen, 1962. Es un libro pro-franquista que exagera la intervención lUSA a fin de presentar la intervención alemana como una reacción anticomunista, minimizando la ayuda alemana a Franco mediante la afirmación de que la República se destruyó a sí misma. DAHMS desarrolla los temas de la propaganda franquista.

internacional, fundamentalmente la historiografía germano-oriental nunca ha dudado de que los múltiples contactos existentes entre instituciones alemanas y españolas antes del 18 de julio de 1936 sólo iban dirigidos a preparar el levantamiento contra el Gobierno de la República.

En un principio, los historiadores que defendían la tesis de una «conjura fascista» contra la República se basaban en una documentación que había sido compilada por orden de la Internacional Comunista con documentos capturados del Servicio Exterior del Partido Nazi en Barcelona ⁴⁰. Si bien entre tanto la teoría de una conjura fascista contra la República ha sido refutada, es revelador observar la postura indeterminada de los historiadores germano-orientales acerca de esta cuestión. Así, en una publicación aparecida todavía en 1986 la fórmula verbal, más bien encubridora que esclarecedora, usada para caracterizar los contactos internacionales de los conspiradores antes del levantamiento habla de un «grupo de generales orientado hacia el fascismo» y de «acciones de los círculos más reaccionarios dentro y fuera del país» ⁴¹.

La intervención alemana ha sido objeto de múltiples interpretaciones. Pero a pesar de ser uno de los temas más analizados, entre las versiones orientales y occidentales nunca hubo concordancia sobre las causas y las finalidades de la intervención alemana. Desde un principio proliferaron múltiples teorías sobre conjuras internacionales, y aunque las investigaciones de los años ochenta se alejaron cada vez más de las diferentes teorías de los orígenes exógenos de la guerra, acentuando, al contrario, las causas endógenas, la política del Tercer Reich frente a España siguió siendo interpretada de manera divergente entre historiadores orientales y occidentales hasta el derrumbe de la RDA. Muestra de lo poco que se habían acercado las distintas versiones era el hecho de que un estudio publicado ya en 1962 en Berlín-Este por Marion Einhorn fue reeditado en 1976 en la RFA sin que la autora hubiera tomado nota de los muchos estudios publicados entre las dos fechas mencionadas ⁴².

Al contrario de historiadores germano-occidentales, Einhorn pudo consultar en Berlín-Este los archivos de unos grandes consorcios indus-

⁴⁰ S. SPIELHAGEN, *Spione und Verschwörer in Spanien. Nach offiziellen national-sozialistischen Dokumenten*, París, 1936.

⁴¹ H. KÜHNE, *Krieg in Spanien 1936-1939. Militärgeschichtliche Skizzen*, Berlín (Este), 1986.

⁴² M. EINHORN, *Die ökonomischen Hintergründe der faschistischen deutschen Intervention in Spanien 1936-1939*, Berlín (Este), 1962, 2.^a ed., Berlín (Oeste), 1976.

triales y la gran banca. En este aspecto su investigación, en el momento de su publicación, completó los estudios realizados en la RFA sobre la Guerra Civil, en los que, generalmente, los intereses económicos y armamentistas alemanes habían sido analizados sólo superficialmente. Ahora bien, es dudoso que la autora haya conseguido su fin de «esclarecer la interrelación entre los intereses políticos y estratégicos militares del imperialismo alemán en España entre la intervención militar y la penetración económica» (prólogo), ya que su estudio se funda en la teoría del llamado «capitalismo monopolista de Estado», llegando, consecuentemente, a la (insostenible) conclusión de que «los círculos decisivos del capital monopolista alemán decidían la dirección de la política del Gobierno de Hitler frente a la España franquista» (p. 121). A pesar de las reservas necesarias con respecto a esta interpretación global del estudio de Einhorn, ciertos resultados sobre los intereses económicos de Alemania en España merecen atención. Más tarde, la historiografía de la RDA abandonó la tesis de que la consecución de nuevas «fuentes de ganancia» para el «capital financiero alemán» era la principal finalidad de la intervención alemana⁴³. Más bien se acentuó la ampliación de la base de materias primas como una de las principales finalidades económicas de la intervención alemana en España.

Con esta reinterpretación, la historiografía de la RDA ya no se basaba exclusivamente en la famosa definición, promulgada en diciembre de 1933 por la Comintern y repetida por Dimitroff en el Séptimo Congreso Mundial de la Internacional Comunista, del fascismo «como la abierta dictadura terrorista de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero». Por tanto, la intervención hitleriana en la Guerra Civil no tenía por qué estar dietada en primer lugar por los intereses del capital financiero alemán. Ahora bien, en la historiografía comunista alemana siguió existiendo una línea «ortodoxa» que repetía y reproducía posturas superadas por autores como Kühne. Este fue el caso, por ejemplo, de un folleto de Willy Höhn y Karl-Heinz Schieder, editado por la «Asociación de Perseguidos por el Régimen Nazi/Asociación de Antifascistas» (*Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes -Bund der Antifaschisten*) en Frankfurt⁴⁴.

⁴³ H. KÜHNE, «Ziele und Ausmaß der militärischen Intervention des deutschen Faschismus in Spanien (1936-1939)», en *Zeitschrift für Militärgeschichte*, año 8, cuaderno 3, 1969, pp. 273-282.

⁴⁴ W. HÖHN y K. H. SCHIEDER, *Spanien 1936-1976. Kampffür Freiheit und Demokratie*, Frankfurt am Main, 1976. Véase también H. MAHLEN, *Brigada Internacional ist*

Un aspecto crucial de todas las contribuciones comunistas fue la lucha de las Brigadas Internacionales, que después de 1945 fueron mitificadas en los países del este de Europa. Allí, interbrigadistas alcanzaron puestos elevados en la jerarquía del partido y del Estado. También en la RDA las Brigadas Internacionales recibieron una atención especial. El excepcional interés germano-oriental en las Brigadas y en la lucha ejemplar de los interbrigadistas se explica por el hecho de que el ejército de la RDA (*Nationale Volksarmee*) continuaba, en esta visión, la «tradición revolucionaria militar del movimiento obrero y del pueblo alemán»; por tanto, los historiadores debían contribuir a «la formación de una conciencia histórica socialista»⁴⁵.

En la bibliografía germano-oriental sobre la Guerra Civil española se puede apreciar claramente que parte de esta historiografía estaba destinada a proporcionar tradiciones a la razón de Estado, de un Estado sin historia. En los aniversarios de la Guerra Civil la RDA recordaba a los «valientes luchadores de todo el mundo que defendían, junto al pueblo español, la independencia de la joven república y el sostenimiento de la democracia contra el ataque del fascismo». Los participantes alemanes en las Brigadas Internacionales eran vistos como el germen de las Fuerzas Armadas de la República Democrática Alemana.

4.4. *El desarrollo en la zona republicana*

A finales de los años sesenta, influenciada por el movimiento de protesta extraparlamentario y estudiantil, surgió una temática nueva en la historiografía de la RFA sobre la Guerra Civil española: «la revolución social» en la zona republicana, el movimiento colectivista, el anarquismo y la «democracia de base» en los comités autogestionarios -aspectos que, a falta de serias investigaciones, pronto fueron mitificados por la izquierda alemana- o La serie de publicaciones empezó

unser Ehrenname... Erlebnisse ehemaliger deutscher Spanienkämpfer. Ausgewählt und eingeleitet von Hans Maajen, 2 tomos, Frankfurt am Main, 1976.

⁴⁵ H. KÜHNE, *Revolutionäre Militärpolitik 1936-1939. Militärpolitische Aspekte des nationalrevolutionären Krieges in Spanien*, Berlín (Este), 1969.

con una reedición del ya clásico trabajo de Agustín Souchy ⁴⁶, seguido de toda una serie de libros y folletos de Souchy, que en parte no era otra cosa que reediciones de lo que ya había publicado en la Guerra ⁴⁷. Siguieron las memorias del trotsquista Paul Thalmann ⁴⁸ y un gran número de traducciones de obras «izquierdistas» (pero no comunistas «ortodoxas») sobre la Guerra Civil. Algunas editoriales recién creadas empezaron a vivir del misticismo que rodeaba el anarquismo ibérico. La intelligentsia alemana se interesaba por los intentos revolucionarios de la CNT/FAI, de la UGT y del POUM; los escritos que se traducían y vendían estaban destinados a suministrar una base de identificación político-ideológica.

A mediados de los años setenta Walther L. Bernecker se adentró en los archivos del «Instituto Internacional de Historia Social» de Amsterdam así como en varios archivos catalanes y en el archivo de la Guerra Civil, en Salamanca. Los resultados de estas investigaciones han sido publicados en varios libros, uno de ellos traducido al castellano ⁴⁹. Unos años antes ya, Hans Magnus Enzensberger había publicado su «Corto verano de la anarquía», una especie de novela histórica, estructurada en forma de *collage*, con documentación diversa sobre «la vida y muerte de Buenaventura Durruti» ⁵⁰. En los años siguientes aparecieron toda una serie de publicaciones sobre las transformaciones sociales en la zona republicana durante la Guerra Civil, si bien no profundizaron el tema ni metodológica ni empíricamente; fundamen-

⁴⁶ A. SOUCHY, *Nacht über Spanien*, Dannstadt s. f., reeditado con el título: *Anarcho-Syndikalisten über Bürgerkrieg und Revolution in Spanien. Ein Bericht*, Darmstadt, 1969.

⁴⁷ Véase E. GERLACH y A. SOUCHY, *Die soziale Revolution in Spanien. Kollektivierung der Industrie und Landwirtschaft in Spanien 1936-1939. Dokumente und Selbstdarstellungen der Arbeiter und Bauern*, Berlín (Oeste), 1974.

⁴⁸ P. THALMANN, *Wo die Freiheit stirbt. Stationen eines politischen Kampfes*, Olten, 1974.

⁴⁹ W. L. BERNECKER, *Die Soziale Revolution im Spanischen Bürgerkrieg. Historisch-politische Positionen und Kontroversen. Mit einer Bio-Bibliographie*, München, 1977; ídem, *Anarchismus und Bürgerkrieg. Zur Geschichte der Sozialen Revolution in Spanien 1936-1939*, Hamburg, 1978 (versión castellana, ampliada: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Barcelona, 1982); ídem (ed.), *Kollektivismus und Freiheit. Quellen zur Sozialen Revolution im Spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*, München, 1980.

⁵⁰ H. M. ENZENSBERGER, *Der kurze Sommer der Anarchie. Buenaventura Durruti Leben und Tod*, Frankfurt am Main, 1972 (traducción castellana: *El corto verano de la anarquía*, Barcelona, 1976).

talmente se trataba de adaptaciones realizadas mediante la bibliografía ya comentada⁵¹. Un tema que surgió en los años ochenta, paralelo al movimiento feminista, fue el papel de la mujer en la Guerra Civil, ante todo en medios libertarios⁵².

La mayoría de los estudios alemanes sobre la «izquierda española» en la Guerra Civil versa sobre los anarquistas. La tesis doctoral de Rainer Huhle⁵³ sobre «los ejecutores de la historia» es una excepción, ya que trata de la «teoría y política del PCE». Huhle analiza las condiciones que hicieron posible que «importantes partidos comunistas con amplia base de afiliación y una identidad conseguida en largas luchas se dejaran manipular de tal manera», como ocurrió en el proceso de bolchevización. Busca las condiciones «generales» que facilitaron -independientemente de un contexto histórico específico- tendencias «estalinistoides» en el «ámbito de la teoría comunista, concretamente en el tratamiento de la relación de teoría científica y política en los comunistas». Para el autor, la práctica del PCE en la Guerra Civil fue la realización consecuyente de una política formulada ya antes de 1936. La base teórica de la política comunista fue el concepto frentepopulista que resultó de la teoría del fascismo de la Comintern y de la teoría leninista de la revolución democrática. La teoría del fascismo del PCE correspondía a la concepción de una revolución democrático-burguesa. Esta idea según la cual la lucha antifascista y democrático-revolucionaria era una unidad no tenía por qué ser impuesta al PCE por la fuerza.

Comparando la producción historiográfica de la RFA y de la RDA con respecto a los problemas de la zona republicana se pueden constatar dos fenómenos. El primero es que en la RDA no fue publicado ningún

⁵¹ Véanse, como ejemplo, A. BOHL, *Revolution in Spanien*, München, 1984; H. KOEHLIN, *Die Tragodie der Freiheit. Spanien 1936-1937. Die spanische Revolution. Ideen und Ereignisse*, Berlin, 1984; R. SCHMID, *Das rot-schwarze Spanien. Zur Rolle des Anarchismus im spanischen Bürgerkrieg*, Trier, 1986. Medienwerkstatt FREIBURG (ed.), *Die lange Hoffnung. Erinnerungen an ein anderes Spanien*, Darmstadt, 1985; M. SCHUMANN y H. AUWEDER (eds.), *A las barricadas. Triumph und Scheitern des Anarchismus im Spanischen Bürgerkrieg*, Darmstadt, 1987; T. KLEINSPEHN y G. MERGNER (eds.), *Mythen des Spanischen Bürgerkriegs*, Darmstadt, 1996.

⁵² K. BUSELMEIER, «Frauen in der spanischen Revolution», en *Mamas Pfirsiche-Frauen und Literatur*, 9/10, otoño 1978; C. KRASSER y I. SCHMUCK (eds.), *Frauen in der spanischen Revolution 1936-1939*, Berlin, 1984.

⁵³ R. HUHLE, *Die Geschichtsvollzieher. Theorie und Politik der Kommunistischen Partei Spaniens 1936-1938*, Gießen, 1980. Hay un estudio detallado sobre el POUM; véase R. TOSSTORFF, *Die POUM im spanischen Bürgerkrieg*, Frankfurt am Main, 1987.

estudio sobre las transformaciones sociales y económicas en la zona republicana. Todas las publicaciones de Alemania oriental se concentraron en aspectos militares o internacionales de la «guerra nacional revolucionaria del pueblo español» (se omitió la denominación «Guerra Civil»). El segundo es que con respecto al enjuiciamiento de las fuerzas sociales no comunistas prevaleció hasta el derrumbe de la RDA fundamentalmente la caracterización de los años treinta. Los anarquistas, en esta apreciación, siguieron formando parte de la «quinta columna», y «los agentes de la quinta columna podían encubrir sus maquinaciones con una fraseologíaseudorrevolucionaria. Los obreros y campesinos tenían que pagar con su sangre el que el provincialismo, sectarismo y reservas anticomunistas obstaculizaran la fuerza militar de la República»⁵⁴. El POUM era en esta versión comunista un partido trotsquista que a principios de mayo de 1937 había intentado en Barcelona hacerse con el poder; entre los provocadores había agentes pagados por Franco; los poumistas eran demagogos y objetivamente contrarrevolucionarios, a los que se unieron unos cuantos cenetistas desorientados, mientras que todas las fuerzas «verdaderamente progresistas» apoyaban el enjuiciamiento de la situación presentado, en nombre de la Comintern, por Palmiro Togliatti.

Si con respecto al papel del Tercer Reich y de las democracias occidentales en la Guerra Civil o a problemas bélicos se pudo registrar un acercamiento historiográfico entre las dos Alemanias, en cuanto al enjuiciamiento de la Guerra Civil en términos sociales las discrepancias no disminuyeron, sino que, al contrario, aumentaron desde que en Alemania occidental los aspectos sociales de la contienda se convirtieron en un tema predilecto de la historiografía sobre la Guerra Civil española. Mientras que en algunas publicaciones «occidentales» a veces prevalecía una falta de crítica hacia todos los aspectos relacionados con el anarquismo y la izquierda no comunista española, en los estudios «orientales» siguió dominando la postura frentepopulista con sus tradicionales críticas al anarquismo español y al POUM. El final de la RDA supuso prácticamente también el fin de la interpretación comunista de la Guerra Civil.

⁵⁴ H. KÜHN, *Krieg in Spanien 1936-1939*, Berlín (Este), 1979, p. 1B.

4.5. *Observación final*

Lo peculiar de la historiografía alemana sobre la Guerra Civil es que tiene un carácter «paralelo», y las interpretaciones a veces reflejaban más la dividida realidad alemana que la situación española de los años treinta. A lo largo de los años setenta y ochenta las interpretaciones de la Alemania oriental y la occidental se acercaron en algunos puntos, siendo de constatar que fue ante todo la historiografía de la RFA la que hizo suya posturas de sus colegas en la RDA.

Otros aspectos merecen atención: comparando los artículos conmemorativos de los años cincuenta y sesenta con los que aparecieron en 1986 (y 1996), la diferencia de apreciación de la Guerra Civil española por parte de periodistas y autores alemanes es remarcable. Hoy todas las tomas de postura son favorables a una España democrática. En un sinfín de artículos en periódicos y revistas, de retransmisiones en radio y televisión, de charlas públicas, debates académicos, simposios etc., se conmemoró, también en Alemania, la fecha 1936-1986-1996. En todos estos acontecimientos dominaba claramente una postura anti-franquista. También en este caso la situación política habrá influenciado el debate histórico: la recuperación de la libertad política en España después de 1975 y la entrada del país en la CEE recibieron y siguen recibiendo en Alemania una apreciación exclusivamente positiva. Desde esta perspectiva, los años 1939-1975 son vistos como una interrupción del camino de España hacia Europa.

Distante e intermitente: España en la historiografía alemana

Juan José Carreras Ares

Dada la coincidencia de nuestros puntos de vista por lo que hace al tema tratado por mi colega alemán Walter 1. Bernecker 1, la exposición que sigue fue concebida como una introducción que trata de la mirada del otro en el marco de la historiografía y de la opinión alemanas del pasado siglo, acompañada de algunas observaciones sobre épocas más recientes.

Ese otro que fue la ciencia histórica alemana del siglo XIX, si prescindimos de la erudición de los medievalistas, en principio se aproximó sólo a la distante España de los siglos XVI y XVII. Y lo hizo sobre todo de la mano de Ranke, abordando en 1827 el tema clásico de la decadencia, esta vez de la decadencia comparada de los osmanos y de la monarquía española de los siglos XVI y XVII. La modernidad en este caso del planteamiento del historiador, que recuerda más a Braudel que a Brandi, desechando la crónica «día a día» de sucesos políticos y religiosos, para prestar atención a los «cambios graduales de las circunstancias» de la administración, la sociedad y la economía, no significa que la mirada de Ranke esté libre de los viejos prejuicios sobre la naturaleza de los españoles 2.

1 Vid. Juan José CARRERAS, «España en la historiografía alemana», en *La historia en el horizonte del año 2000*, ed. por E. SARASA y E. SERRANO, Zaragoza, 1997, pp. 253-268.

2 Las citas del prólogo a *Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16. und 17. Jahrhundert*, ed. por W. ANDREAS, *Fürsten und Volker*, Wiesbaden, 1957, 226-569, pp. 324-235. En esta obra RANKE construye los retratos de los monarcas, entre ellos el primero de Felipe II, con cierta coherencia, incorporando las miradas de los otros que eran los embajadores venecianos, una potencia cuya fuerza se basaba en gran

Por un lado, Ranke fue ajeno al entusiasmo romántico provocado por la Guerra de la Independencia³, y por otro, su rigorismo luterano no le hacía muy benevolente con un pueblo que, cuando no estaba luchando por su ideal católico, dice, «sólo se preocupaba de pasar su vida alegremente y sin esfuerzo», que «carecía del sentido de la laboriosidad que exige una ocupación lucrativa». Hasta el punto de que Ranke llega a afirmar que la decadencia económica no existe, ya que tal decadencia no lo es, «sino más bien su estado natural, que depende estrechamente de sus instituciones»⁴.

Esta mirada de Ranke que es una pregunta, la pregunta sobre la decadencia, se mantendrá durante todo el siglo, incluso cuando sea formulada en circunstancias y con supuestos distintos, los de la escuela histórica de economía a finales de siglo, y también entonces seguirán interfiriendo el razonamiento los viejos estereotipos sobre la actitud ante el trabajo de los españoles⁵.

Ranke nunca dejó de mirar a su alrededor, a la Europa de su tiempo, pero no parece que haya mirado mucho a España. Aparte de algunas referencias aisladas en sus diarios, públicamente se refirió a la España contemporánea en una sola ocasión, si bien muy solemne:

medida en la calidad de la información que aportaban tales miradas, *vid.* Willy ANDREAS, *Staatskunst und Diplomatie der Venezianer im Spiegel ihrer Gesandtenberichte*, Leipzig, 1943.

3 R. WOHLFEL, *Spanien und die deutschen Erhebung*, München, 1965.

4 Citamos por la traducción de Manuel PEDROSO, *La monarquía española de los siglos XVI y XVII*, Méjico, 1946, pp. 204-208, en la edición alemana citada, pp. 422 Y 425. En su correspondencia RANKE se expresa desabridamente sobre los españoles y sus instituciones; así, por ejemplo, en carta del 27 de marzo de 1826 a su hermano Heinrich le dice que está estudiando la administración española y se encuentra «asombrado y escandalizado por la horrorosa unión de un temor a Dios que quizá no sea hipócrita, con la codicia, con políticas arteras y con medidas ruinosas», en RANKE, *Das Briefwerk*, ed. por W. P. FUCHS, Hamburg, 1949, p. 98.

5 Tal como sucede, por ejemplo, en K. HAEBLER, *Die wirtschaftliche Blüte Spaniens im 16. Jahrhundert und ihr Veifall*, Berlín, 1888, y en Moritz Julius BONN, *Spaniens Niedergang während der Preisrevolution des 16. Jahrhundert*, Stuttgart, 1896, obras que todavía utilizará Carande en sus estudios sobre las finanzas de Carlos V. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que entonces por decadencia se entendía algo distinto a lo que había entendido alguien como RANKE, muy lejano de la fe finisecular en el progreso, lo que supone que las connotaciones de los estereotipos nacionales también eran distintas. En general, sobre el problema de la historicación de este concepto, el de la decadencia, ver R. KOSELLECK, «Fortschritt und Niedergang. Nachtrag zur Geschichte zweier Begriffe», en *Niedergang. Studien su einem geschichtlichen Thema*, ed. por R. KOSELLECK y P. WIDMER, Stuttgart, 1980, 214-230.

al tomar posesión de su cátedra de Berlín, en 1836, la imagen de la España liberal fue el ejemplo escogido para mostrar a dónde podían llevar los afanes revolucionarios de «relajar, atacar y destruir las instituciones heredadas del pasado», sin que esto signifique que Ranke comulgase con el credo carlista ⁶.

En la historiografía alemana decimonónica la España contemporánea está tan ausente como lo está en la obra de Ranke. Pero esto no quiere decir que lo estuviese también en la opinión pública, donde la imagen de la distante España, aposentada en el imaginario de los viajeros románticos, se verá afectada intermitentemente, primero por la impresión causada por las guerras carlistas y después por la revolución de 1868 ⁷.

La presencia de alemanes, como de otros europeos, en ambos bandos de la Guerra Carlista supuso que en este caso la mirada del otro fue participación y que su testimonio fueron las memorias que se publicaron a partir de 1841, comenzando con el interesante *Tirocinium* del oficial Gustav Hofken, combatiente liberal y además corresponsal de prensa ⁸. Para compendiar la mirada alemana a la conclusión de la Guerra Civil de siete años, mejor que un florilegio de citas extraídas de esta amplia literatura, sirve una del Brockhaus, auténtica biblia de la pequeña burguesía culta de la época del Biedermeier ⁹.

⁶ La cita por la traducción de una parte del discurso que hace W. ROCES en RANKE, *Pueblos y Estados en la Historia Moderna*, Méjico, 1948, pp. 516-517, el texto entero en RANKE, *Geschichte und Politik*, ed. por H. HOFMANN, Stuttgart, 1944, 115-133, la cita en p. 131. Por lo que hace al carlismo, RANKE juzgaba falsa la idea que de él se hacían los alemanes que fueron a combatir por esta causa, cf. L. V. RANKE, *Tagebücher*, ed. por W. P. FUCHS, München, 1964, texto 310 de 1835, pp. 287-288, Ytambién texto 342, posterior a 1839, pp. 313-315.

⁷ Prescindimos de la crisis del 98, donde la percepción de lo español responde a condicionamientos muy distintos. Algo sobre la naturaleza de la mirada europea sobre España a finales de siglo en J. J. CARRERAS, «El colonialismo de fin de siglo», *Actas del Congreso Internacional de Lisboa. Los 98 Ibéricos*, de abril de 1998 (en prensa).

⁸ G. HÖFKEN, *Tirocinium eines deutsche Offiziers in Spanien*, Stuttgart, 2 vol., 1841. Una relación incompleta de tal tipo de memorias, todavía sin estudiar en su conjunto, en W. STRICKER, *Die Deutschen in Spanien und Portugal*, Leipzig, 1850. H. GOLLWITZEH, a quien la participación europea en el conflicto de 1833 a 1840 le recuerda la que se registrará en el de 1936-1939, ha estudiado el terna, «Del' ersten Karlistenkrieg und das Problem der internationalen Parteiengingerschaft», *Historische Zeitschrij*, núm. 176 (1953), 479-520.

⁹ El *Conversations-Lexikon*, editado por Friedrich Arnold Brockhaus a partir de 1808, tiene importancia no sólo por la novedad de su formato e intención, sino por haber constituido uno de los mayores éxitos de venta en la Alemania de la época,

El autor de la dilatada voz «Spanien», más de cincuenta páginas, del *Lexikon der Gegenwart*, comienza su exposición con el topos de la decadencia: «bajo la pesada carga del Nuevo Mundo, que conquistó en sangrientas luchas», el país terminó derrotado y aislado del resto de Europa, «con su fe y sus supersticiones, con su orgullo y sus prejuicios». Sin embargo, llegado el momento, los españoles, «receptivos y llenos de fantasía», se entregaron a las nuevas ideas liberales, aunque su natural les hizo personalizar la lucha política, matando más «movidos por los arranques del momento o del ánimo» que «por el fanatismo doctrinario» que provocó las carnicerías de la Revolución Francesa, mucho más «sistemáticas». Aun cuando el autor no deja de referir las consecuencias devastadoras de la Guerra Civil, «los lazos sociales rotos y el delito y la anarquía algo normal para miles y miles de personas», concluye sin embargo que la situación es esperanzadora: «el país tiene recursos y sus habitantes un espíritu rico», de tal manera que, suprimidos los obstáculos, «España está ahora cerca de un feliz renacimiento y de jugar un papel en el concierto de las naciones, al revés de lo que sucedía bajo el poder de una serie de monarcas embrutecidos e incapaces». Con todo, el diagnóstico del Brockhaus se cierra con la imagen inquietante de España como un volcán que es de esperar deje de amenazar con nuevas explosiones, que la «siembra sangrienta de la guerra haya encontrado un suelo profundo y fértil» ¹⁰.

En su intermitencia la España contemporánea tardará más de veinte años en apremiar otra vez la mirada de los alemanes, fue con la revolución de 1868 y todo lo que siguió. Fue una mirada en circunstancias distintas, pues desde mediados de siglo habían cambiado muchas cosas. No hubo participación directa como antaño, pero sí, en cambio, un flujo de información facilitado por el desarrollo de las comunicaciones por telégrafo, que permitió que «los lectores de los diarios alemanes pudiesen seguir perfectamente el hilo de los acontecimientos desencadenados por el pronunciamiento de Cádiz y estar al tanto de la problemática planteada por el mismo» ¹¹.

Algunos de los corresponsales de entonces recogieron después sus crónicas en libros. El que más se esforzó en completar su información,

de ahí la trascendencia social del contenido, de la mirada, de sus artículos. Ver Max von Bismarck, *Biedermeier Deutschland von 1815-1847*, Berlín (1924), pp. 328-329.

¹⁰ *Conversations-Lexikon der Gegenwart*, ed. por F. A. Brockhaus, Leipzig, IV, parte 1, 1840, 1.172-1.216, citas en pp. 1.173-1.174.

¹¹ Luis Álvarez Gutiérrez, *La Revolución de 1868 ante la opinión pública alemana*, Madrid, 1976, pp. 33.

a través de contactos con prohombres del momento y hasta con algunas investigaciones en archivos diplomáticos, fue Wilhelm Lauser, quien en 1877 publicó los dos volúmenes de su *Historia de España desde la caída de Isabel hasta la ascensión al trono de Alfonso*, con tres apéndices, uno de los cuales está dedicado a lo que llama la «Guerra Civil de Cuba». La mejor prueba de la menesterosidad de los estudios históricos sobre la España contemporánea lo constituye el hecho de que esta obra, al fin y al cabo un ensayo histórico de un periodista interesado, con toda su carga de tópicos, fue hasta entrado nuestro siglo referencia obligada en Alemania para todo el período de 1868 a la Restauración ¹².

De todos modos, a estas alturas del siglo la España que precedió a la Septembrina ya había atraído por fin la mirada de un historiador, e incluso de un historiador más movido en origen por una coyuntura de la profesión que por la impresión causada por una de las intermitentes apariciones de España en la opinión. Se trata de los tres volúmenes de la *Historia de España desde el estallido de la Revolución Francesa hasta nuestros días*, escrita por Hermann Baumgarten, que de su cargo docente en Karlsruhe pasó a ocupar en 1872 la cátedra de historia en la Universidad de Estrasburgo hasta 1892. La obra respondía a los estándares de la historia política de la época por lo que hacía a la utilización de fuentes de archivo y material impreso, prensa y publicística diversa, además de entrevistas con políticos para suplir lo que Baumgarten considera como una característica de los españoles, la ausencia de memorias y la desaparición de los archivos privados. Todavía hoy la obra sigue siendo citada por los especialistas ¹³.

¹² W. LAUSER, *Geschichte Spaniens von dem Sturz Isabella's bis zur Thronbesteigung Alfonso's*, Leipzig, 2 vol., 1877. Lauser publicó además un libro de recuerdos de su estancia en España y algunos más sobre cuestiones de actualidad; la Academia de la Historia premió su interés por las cosas de nuestro país nombrándole miembro correspondiente. Todavía Hans GMELIN, autor de la primera exposición sistemática de la historia constitucional española, lo utiliza como autoridad principal para la época de la revolución en *Studien zur spanisches Verfassungsgeschichte der Neunzehnten Jahrhunderts*, Stuttgart, 1905, pp. 154 ss.

¹³ Una biografía de Hermann BAUMGARTEN en la Introducción de E. MAHCKS a la edición póstuma de algunos de sus escritos, *Historische und politische Aufsätzen und Reden*, Leipzig, 1894. La primera obra de BAUMGARTEN, *Geschichte Spaniens zur Zeit der französischen Revolution*, Berlín, 1861, parece responder a la renovación de los estudios sobre la época revolucionaria que abrió SYBEL en los años cincuenta. Los tres volúmenes de su segunda y más importante obra, *Geschichte Spaniens von Ausbruch der französischen Revolution bis auf unsere Tage*, se publicaron en Leipzig en los años 1865, 1868 y

Protestante, hijo y nieto de pastores evangélicos, discípulo del combativo historiador liberal Gervinus, la mirada de Baumgarten ve una España dominada desde sus orígenes, como Estado, por la Iglesia y por una monarquía aliada y las más de las veces instrumento suyo. De tal manera que el único camino para lograr su incorporación a la civilización europea consiste en el abandono de lo que llama «la tradición de la monarquía católica», liberándose de un embrutecido clero y de unos gobernantes absolutos, creando así las circunstancias adecuadas para el desarrollo del individuo ético burgués ¹⁴. Fracasados los escasos intentos de reforma del siglo XVIII, opina Baumgarten que con el liberalismo habría podido llegar una oportunidad liberadora, pero el problema consiste entonces en que la tradición de la monarquía católica se había encarnado hasta tal punto en el natural de los españoles, alentando sus inclinaciones más insanas, que los ha hecho en principio incapaces de juicio ético, sentido del deber, razón y tolerancia. Una mirada lastrada con tales estereotipos forzosamente interfiere la narración, por lo demás bien documentada, apelando como explicación en los momentos de reacción o radicalismo a todo el arsenal descalificador del carácter español: violencia, fanatismo, inconstancia, superstición..., etc. ¹⁵. A los ojos de Baumgarten la España posterior al fin de la Guerra

1871, en la prestigiosa colección «*Staaten-geschichte del' neuesten Zeit*» de la editorial G. Hirzel. Las referencias a las fuentes utilizadas en el volumen 11, pp. 1-VIII. BAUMGARTEN escribió además una biografía de Carlos V, *Geschichte Karls V*, Stuttgart, 1855-1892, 3 vols., que sólo llegó hasta 1539. BRANDI estudió con este historiador.

¹⁴ *Geschichte...* op. cit., vol. III, pp. 2 ss. BAUMGARTEN en su juventud había estado próximo a los jóvenes hegelianos, por eso aquí confluye otra mirada, la del mismo maestro, que en sus lecciones sobre la filosofía de la historia había caracterizado a España y Portugal como naciones católicas, rezagadas siempre en la industria, donde «Estado e Iglesia se han protegido recíprocamente por medio de la Inquisición, que ha tenido un carácter duro y africano y no ha permitido la génesis del yo bajo ningún aspecto. El pueblo bajo se ha sumido en una especie de mahometismo y los conventos y la cille han cebado a la masa perezosa y la han empleado para lo que han querido...», por la traducción de J. GAOS, HEGEL, *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, Buenos Aires, 1946, 2 vols., II, p. 381.

¹⁵ BAUMGARTEN insiste a menudo en el contraste entre la barbarie, el salvajismo y el oscurantismo que termina desatando la Guerra de la Independencia y las buenas intenciones de las Cortes gaditanas, pero también reprocha a los liberales españoles el haber legislado movidos por las pasiones, «mehr auf exaltirte Leidenschaft als auf verständiges Mass», por ejemplo en op. cit., II, pp. 49-50. La «peste» de la Restauración de 1814 habría afectado al cuerpo de la nación hasta el punto de que los «excesos» del Trienio liberal testimoniarían también el «horrible ensalvajamiento» del natural de los españoles, por no hablar de la barbarie de las Guerras Carlistas, abundando

Carlista no respondía a las esperanzas que alentaba el Brockhaus en 1840, de tal manera que el historiador renuncia a relatar la **lucha política** desde aquella fecha hasta 1868 no sólo por la falta de fuentes, sino por tratarse de una lucha que no es de principios, sino sólo de personas, intereses, intrigas y pronunciamientos ¹⁶.

Pero la mirada de Baumgarten no sólo era mirada de historiador, era también mirada de político en los años que abarca la publicación de su obra, 1865 a 1871, años decisivos en la historia de su país. y Baumgarten protagonizó, entre otros, la capitulación de los liberales frente la política de Bismarck con la publicación, en 1866 de su artículo «El liberalismo alemán. Una autocrítica», donde el fracaso liberal no se debía tanto a propia culpa como a las «circunstancias», unas circunstancias que explicaban la «impotencia» del liberalismo ¹⁷. Y son también las circunstancias y la impotencia de los políticos liberales lo que, tratándose de España, hace que Baumgarten considere, a pesar de todos los pesares, como «momentos de progreso espiritual y económico» no sólo el gobierno de Ü'Donell, sino incluso el dictatorial de Narváez, gobiernos ambos cuya caída atribuye exclusivamente a las intrigas de una Iglesia Católica no resignada a perder su control del poder político, juicio muy característico de un liberalismo alemán muy desconfiado entonces de todo lo que fuese poder eclesiástico católico en los años anteriores al Kulturkampf ¹⁸. Baumgarten no estudia la revolución de 1868, a la que se refiere sólo al final del último capítulo de su obra. Después de todo lo dicho el historiador no puede menos que aprobar lo que considera la parte negativa de la Septembrina, su lucha contra el clericalismo y la dinastía. Pero también por la misma razón alberga graves dudas sobre la viabilidad de su parte positiva, la instauración de una monarquía constitucional. Esta forma de gobierno, afirma, es la mejor de las existentes, pero necesita contar con un pueblo

en comparaciones con Turquía o África, *op. cit.*, III, pp. 243 Y ss. Los políticos de todos los partidos no han dudado en utilizar la tendencia natural del español a la violencia (*op. cit.*, I, pp. 580-81); la Iglesia es la única que se ha beneficiado de una decadencia única en la historia europea (*op. cit.*, I, pp. 6-9) ..., etc.

¹⁶ *Op. cit.*, III, p. 630.

¹⁷ "Es war das nicht die Schuld des Liberalismus, sondern der Verhältnisse", BAUMGARTEN, *Der deutsche Liberalismus. Eine Selbstkritik*, ed. por A. M. BIRKE, Frankfurt, 1974, p. 39

¹⁸ *Op. cit.*, III, pp. 630-640. Sobre el liberalismo alemán y la crítica al catolicismo en aquellos años, *vid.* F. SCHNAH: *Die deutsche Geschichte im neunzehnten Jahrhundert*, Freiburg, vol. III, 1955, pp. 507-SOB.

con existencia ética y cultural y con una dinastía dedicada y capaz. En el caso de España esto último puede tener una solución relativamente fácil en comparación con lo que sucede tratándose de lo primero, pues la nación española, que páginas atrás se diagnostica «enferma desde la misma raíz», carece de fundamento ético «en mayor medida que cualquier otra nación europea»¹⁹. La situación se agrava todavía más si se tiene en cuenta «un hecho que ha asombrado al mundo en 1868: que el pueblo español se ha desligado del catolicismo». Todo pueblo necesita un fundamento religioso, prosigue Baumgarten, y más uno como el hispánico, incapaz por el momento de asimilar «el movimiento mundial de la cultura», dada su «precipitada fantasía» y su «acalorado corazón». Llegado a este punto Baumgarten, asumiendo una polémica que hizo furor tras 1870, la de la inferioridad de los pueblos latinos, declara que «en el fondo la cuestión del futuro español es también el futuro de toda la familia latina», un futuro que depende de la medida en que el catolicismo sea capaz de conciliarse con el mundo moderno. Las últimas líneas del texto concluyen que, teniendo en cuenta la importancia de esta familia de pueblos, «el autor se despide de España también con esperanza, por muy desconsoladoras que sean sus circunstancias actuales}}²⁰.

Entrado nuestro siglo, la historiografía alemana, predominantemente conservadora, superó políticamente el cambio de régimen de 1918 adoptando un tibio republicanismo y metodológicamente intentando una recuperación de su tradición idealista. Entre los que intrigaron corporativamente en defensa del mayor realismo de una historia concebida como historia política y diplomática se encuentra Karl Brandi, westfaliano de confesión católica, que culmina la serie de estudios sobre la época de Carlos V publicados durante el siglo XIX con su *Carlos V. Génesis y destino de una personalidad y de un imperio mundial*, publicado en 1937. La obra, concebida como una combinación de biografía e historia mundial, reposando en sus méritos y limitaciones sobre un

¹⁹ *Op. cit.*, III, pp. 638 ss. Aquí BAUMGARTEN también mira a España, al problema constitucional de la revolución, desde HEGEL, es decir desde la concepción de la monarquía constitucional del nacional liberalismo alemán: Vid. Franz ROSENZWEIG, *Hegel und der Staat*, München, 1920, 2 vols., II, pp. 198 Y ss.

²⁰ *Op. cit.*, III, pp. 639-640. En páginas anteriores el historiador, fíente a la que parecía definitiva decadencia de España, apelaba a la existencia de un «Weltordnung» que necesita de todos los pueblos para realizarse, un «orden mundial» existente desde que «el germanismo y el cristianismo habían unido a todos los pueblos en una comunidad de civilización...», *op. cit.*, III, p. 6.

dominio de las fuentes diplomáticas y narrativas, no dejaba de mostrar la incapacidad de la historiografía dominante para saltar por encima de su propia sombra²¹. Pero lo peor fue que la llegada del nacionalsocialismo «registró una asombrosa ausencia de contradicciones entre lo que esperaban en principio los nacionalsocialistas y lo que era enseñado y escrito»²². Así, no es de extrañar que durante la guerra el conservadurismo innato de parte de los historiadores se desmandase por lo que hace a la historia de España, marcando posturas y juicios que en gran medida perduraron hasta la ruptura historiográfica de los años sesenta y setenta. Un ejemplo lo constituye Richard Konetzke, que aliado de una innovadora aportación a la historia social americana, por lo que hace a España es un claro ejemplo de mirada reaccionaria. Konetzke veía en 1939 a la Segunda República socavada por la masonería y el bolchevismo, presa de revolucionarios antiespañoles, justificando la «saludable reacción» del «Alzamiento» de Franco en julio de 1936²³. Cuarenta años más tarde, en el Manual universitario más importante de entonces, no sólo seguía justificando la sublevación militar, sino que describía con gran complacencia el régimen franquista, «un régimen autoritario liberado de las trabas del parlamentarismo, aunando lo social y lo nacional»²⁴.

Por suerte, textos como éste ya resultaban anacrónicos cuando fueron publicados, dado el cambio que entre tanto había experimentado el clima historiográfico y político en la República Federal, tal como muestra Bemecker en su exposición. Aunque el cambio fue muy lento. Todavía mediados los años sesenta, en una tesis doctoral tutelada por el historiador Fritz Fischer, Bernd Nellesen presenta la historia contemporánea española condicionada, sobre todo, por el apasionado carácter del pueblo, hasta el punto de que la Guerra Civil fue «una explosión volcánica

²¹ Vid. I. J. CAHHERAS, «España en la historiografía.....», pp. 255-256.

²² R. VIEHHAUIS, «Walter Frank und die Geschichtswissenschaft», *Historische Zeitschrift*, 207 (1968), 617-627, p. 619. Esto debe entenderse como un enunciado general, pues en detalle y a lo largo del tiempo la situación fue más compleja.

²³ R. KONETZKE, *Geschichte des spanischen und portugiesisches Volkes*, Leipzig, 1939, p. 399.

²⁴ El manual es el *Handbuch der europäischen Geschichte*, publicado bajo la dirección de Theodor SCHIEDER en siete volúmenes; la contribución de KONETZKE, en VII, 1, Stuttgart, 1979, 651-693, la cita en p. 399. El texto es parcial hasta la falsificación, sugiriendo, por ejemplo, una continuidad entre la cultura republicana y el páramo franquista por el sencillo procedimiento de no mencionar la existencia de la censura y calificar de emigrados a los intelectuales exiliados...

de este temperamento». De ahí, prosigue imperturbable el autor, el «mérito» de Franco al haber asegurado, tratándose de un pueblo como el español, «una época tan poco sangrienta como la que ha transcurrido desde el final de la Guerra Civil» ²⁵.

Por otra parte, ya desde la época de entreguerras hubo una proporción creciente de alemanes que miraron directamente a España de manera distinta a como se había hecho hasta entonces, en la medida en que, entre los años veinte y treinta cambian los motivos por los que viajan, buscando ahora el sol y la playa, mientras que los que no viajan (todavía la mayoría) comienzan a percibir el país a través de la incipiente propaganda turística de los periódicos ²⁶. Se prefigurará así en épocas muy tempranas la imagen de España tierra de sol, imagen que terminará contrapesando las connotaciones negativas que solían acompañar al exotismo de todo lo español y será la dominante en la República Federal de los años sesenta.

Mientras tanto, a partir de 1933 y hasta que la catástrofe de la Guerra Civil desplaza violentamente la mirada de los alemanes como la de todos los europeos ²⁷, el nuevo género de los manuales de civilización y cultura extranjeros (Auslanskunde) de la época nacionalsocialista ofrecerá una visión de España a través de las manifestaciones de su «alma nacional» (Volksseele), recuperando a su manera los *topoi* de la tradición romántica del pasado siglo. Lo peor es que este género de «Spanienkunde» perdurará, despojado de sus excesos, en la República Federal, adaptándose progresivamente a las nuevas miradas, pero manteniendo siempre un eneidopedismo aerítico que le permitía absentirse de mirar críticamente el pasado inmediato y el presente dictatorial de la España franquista ²⁸. El remozamiento del género en los años noventa no remedió la ausencia crónica de manuales universitarios

²⁵ Bernd NELLESEN, *Die verbotene Revolution*, Hamburg, 1963, las citas en pp. 9-11. Se trata del primer estudio en alemán sobre la Falange en un centro de investigaciones sobre el nacionalsocialismo de Hamburgo. Bien es verdad que NELLESEN, además de historiador, fue columnista de *Die Welt* y trabajó con Rudolf GROSSMANN, quien con independencia de los méritos que le puedan asistir por su famoso diccionario, fue uno de los hispanistas más impenitentemente reaccionarios y racistas de la República Federal.

²⁶ Hans-Joachim KNEBEL, *Soziologische Strukturwandlungen im modernen Tourismus*, Stuttgart, 1960, pp. 85 Yss.

²⁷ A. PETER, *Das Spanienbild in den Massenmedien des Dritten Reiches 1933-1945*, Frankfurt-Bern, 1992, pp. 85 Yss.

²⁸ Vid. Martin FHANZBACH, «Das Geschichtsbild aktueller Spanienkunde», en *Plädoyer für eine kritische Hispanistik*, Frankfurt, 1978, 117-124.

o de alta divulgación, al estilo de los existentes en el hispanismo francés o en la historiografía anglosajona. Este hueco ha sido cubierto precisamente por el profesor Walter Bernecker con su *Historia social de España en los siglos XIX y XX. Del Antiguo Régimen hasta la monarquía parlamentaria*. La obra, publicada en una colección editada en Suhrkamp por Ulrich Wehler, uno de los protagonistas de la «ruptura historiográfica» de los años setenta en Alemania, se propone, dentro de los planteamientos de la historia estructural, una exposición analítica «orientada por problemas», intentando «un engranaje de los aspectos cronológico y sistemático» en un plano de «exposición intermedio» que no exija del lector mucho conocimiento previo, pero que no se agote en la pura «narración». A través de seis capítulos se destacan los problemas centrales, las zonas de conflicto y los déficits estructurales que han podido afectar al desarrollo del país y que tras el fracaso, según el autor, de la vía democrática de la «revolución burguesa» han desembocado en la crisis que llevó a la larga dictadura franquista ²⁹.

²⁹ *Sozialgeschichte Spaniens im 19. und 20. Jahrhundert. Vom Ancien Régime zur Parlamentarischen Monarchie*, 1990. En colaboración con Horst PIETSCHMANN ha publicado después una historia de España desde la época de los Reyes Católicos, *Geschichte Spaniens. Von der frühen Neuzeit bis zur Gegenwart*, Stuttgart, 1993. En el entretanto se ha traducido al castellano su *Krieg in Spanien 1936-1939*, Darmstadt, 1991, un excelente estado de la cuestión que incluye una relación de fuentes. En curso de publicación se encuentra su *Sozialgeschichte*.

Una mirada sobre Bosnia y la antigua Yugoslavia

Ricard Pérez Casado

Un fabricante norteamericano de *best-sellers*, Tom Clancy, ideó, junto con su ayudante Steve Peczenik, un conflicto semejante al que ha sacudido, y sacude, a las repúblicas de la extinta Yugoslavia aplicado a España (Clancy & Peczenik, 1998). El *Balance of power*, que tal es el título, desarrolla un conflicto entre serbios, croatas y musulmanes en la España contemporánea. La sorpresa para el lector español puede resultar mayúscula, y no sólo por la eventualidad de un conflicto interétnico en nuestro país, sino, además, por la asignación de papeles que estos acreditados vendedores de papel impreso hacen de nuestros pueblos diversos. Así los serbios, contra todo pronóstico, son los catalanes, ricos y avanzados tecnológicamente; los vascos ocupan el lugar de los croatas, a medio camino entre la colaboración y el fascismo, y se alían entre sí, claro está, para atacar a las víctimas, que no son otros que los andaluces musulmanes.

Los demás pueblos quedan desdibujados bien por ignorancia de los autores, bien por exigencias de un guión digerible para este tipo de obras. El éxito, como sucede en estos casos, estaba garantizado en el mercado popular norteamericano por los escenarios de referencia, España o Yugoslavia, tanto en el imaginario colectivo como en el espectáculo mediático. En el primer caso por referencias antiguas aunque cercanas -la Guerra Civil- como recientes, el conflicto yugoslavo.

Las previsiones, en concepto de éxito de ventas, que es barómetro adecuado al caso, han colmado las expectativas de autores y editores, e ignoro cuál pueda ser la reacción de nuestros representantes y res-

ponsables políticos ante el imaginativo esfuerzo de los vendedores de ficciones poco o nada adecuadas a la realidad. O al menos así lo espero.

La referencia a una obra menor en páginas como las que acogen mi colaboración, puede ocasionar extrañeza a más de un lector o lectora, pero el hecho cierto es que cuanto acabo de relatar demuestra, o puede contribuir a demostrar, la penetración de unas pocas ideas simples para abordar la interpretación de los conflictos sucesivos de las repúblicas de lo que fue Yugoslavia.

La vigencia de estas visiones sesgadas, y simplificadoras siempre, alcanza a mis propios párrafos anteriores. ¿De dónde la sorpresa de asimilar los catalanes a los serbios? Los autores están en su derecho, creadores de ficción, de atribuir a cualquier pueblo de una ignota España el papel desencadenante de la acción. Pero, conviene no olvidarlo, desde nuestro propio territorio, y mientras se desarrollaban fases agudas del conflicto yugoslavo, se atribuían, en tono jocoso o no tanto, papeles simétricos a cada una de las partes. No eran precisamente los catalanes los serbios, más cuando el mismo Presidente de la Generalitat se precipitó a visitar las recientes repúblicas de Eslovenia y Croacia, en 1991, en un acto reflejo de tradición histórica, como tantos otros a los que tendré ocasión de referirme. Croacia precisamente encabeza sus comunicaciones con el exterior con una frase significativa, y conocida en Cataluña: «somos un país pequeño, no un pequeño país», como señalan los folletos turísticos de Croacia.

Si esto ocurre así, entre la realidad y la ficción, ¿qué puede suceder cuando el encono sustituye a la razón, cuando las partes en conflicto soterrado lo explicitan de forma violenta? De nuevo la literatura, y ahora en términos más adecuados que los de un *best-seller*, acude en nuestro auxilio. *El puente sobre el Drina*, de Ivo Andric (Andric, 1996), este escritor de Travnik, en la Bosnia central, musulmana, de origen mestizo, describió en 1974 no sólo lo que son referentes históricos permanentes para los pueblos de la antigua Yugoslavia, sino la profundidad de las heridas y las consecuencias trágicas de los rencores. Se tradujo, lo leímos y creímos en la belleza de sus páginas como obra de creación, que además lo es. Por debajo de las aguas pródigas, tersas o hermosas como las del Neretva, navegaban los gérmenes contenidos de la tragedia. Y no lo vimos, o no lo supimos ver, como subrayan con tenacidad los historiadores y los analistas de hoy (Malcom, 1996, 1998; Woodward, 1995; Taibo, 1993, y tantos otros). O quienes lo advirtieron no tuvieron la oportunidad de hacer llegar sus advertencias

a tiempo de remover los obstáculos que impedían la reconciliación, el entendimiento, como es el caso de un ejemplar embajador de los Estados Unidos en Belgrado, Warren Zimmermann (Zimmermann, 1996). La ignorancia, voluntaria o no, contribuyó al estallido sucesivo y a su difícil contención.

Cabe pensar, debo advertir, que ignorancia voluntaria, si nos atenemos a las informaciones no sólo diplomáticas, como la citada, sino también de los servicios de inteligencia en lo que respecta a los antecedentes de 1990-1991 o al desarrollo de las operaciones de limpieza étnica que asolaron y asolan a los pueblos yugoslavos. Es significativo el silencio sobre las matanzas de Srebrenica, en 1995, subrayado por Glenny (1996).

Sólo a través del interés mediático, factor de novedad actual respecto a otros conflictos, se suscita el interés de la ciudadanía y de sus gobiernos. Este hecho y la proximidad al centro de la civilización europea contribuyen a propiciar numerosas miradas ajenas sobre los conflictos yugoslavos. Miradas que al cabo ni son inocentes ni tan ajenas como cabría imaginar. Lo he subrayado en cuanta oportunidad he tenido (Pérez Casado, 1996, 1998), con la ventaja de coincidir con personajes encumbrados y más directamente vinculados a la sucesivas crisis (Holbrooke, 1998). Todos, en esta sociedad universal, estamos implicados de algún modo. Y más todavía de la mano de los medios de comunicación, cuyo papel en la asignación de responsabilidades y aun de la existencia de los conflictos en la conciencia de los ciudadanos es creciente (Strobel, 1997), hasta el punto de restringir la categoría de realidad sólo a aquello que es comunicado, aun en demasía, como subraya alguno de los conocedores y especialistas de la comunicación (Ramonet, 1998).

Que muchos de estos elementos se conjugan para consagrar prejuicios o establecer responsabilidades, inocencias o absoluciones suele ser el corolario. Si además se adereza el conjunto con unas gotas de ideología tenemos servido el potaje, aunque nos quede el consuelo del optimista, en el sentido de Oscar Lange, de que incluso de las proposiciones ideológicas se pueden extraer conclusiones contrarias a las que se proponen y a su vez, contradiciéndolas, establecer proposiciones válidas y verdaderas (según Meek, 1967).

y en el caso que nos ocupa, y que ciertamente lleva camino de ocuparnos por mucho tiempo, se dan la mano los prejuicios, las prevenciones, la historia y la historiografía, los intereses y la manipulación ideológica y mediática. Demasiadas cosas juntas para espacios tan redu-

cidos en lo físico o en lo demográfico, cabe añadir. Y el fenómeno se reproduce, mientras escribo estas páginas, en la controversia sobre la eventual intervención en Kosovo, ante la que aflora no sólo cuanto llevo enunejado, sino también los intereses de política interna. Alemania no es tierra de migraciones, se alarman los responsables ante el posible flujo de refugiados que un nuevo conflicto puede generar... y no sólo en razón de operaciones bélicas de la República Federal de Yugoslavia, sino también debido a la desesperación económica, a la que nadie o casi nadie presta atención (*El País*, *The New York Times*, *La Vanguardia*, 1998).

Volvamos sin embargo a la inocencia de la literatura, a la visión de los intelectuales, por así decir. La tradición quiere que desde el *affaire* Dreyfuss el intelectual actúe a la manera de conciencia expresa de la sociedad, y ello pese a algunos ataques a la gran mentira intelectual (Henri-Lévy, 1987; Johnson, P., 1993). Nada mejor que escoger dos visiones antagónicas sobre los conflictos que nos ocupan, la de Juan Goytisolo y la de Peter Handke (Goytisolo, J., 1993; Handke, P., 1996). La controversia sobre la mirada ajena está más que justificada en estos textos escritos al calor de la proximidad y en el frío de la desgracia. Los autores buscan víctimas y victimarios sin paliativo alguno, sin zonas grises, para compartir la sentencia brechtiana que se ha cumplido con frecuencia aterradora en la zona objeto de estas reflexiones.

En ambos casos, y con desigual resultado en lo que concierne a la influencia sobre las conciencias, la toma de partido es evidente. Sólo hay agresores y agredidos, asesinos y víctimas. No queda espacio para las violencias sucesivas de unos y de otros, de todos. Porque en la necesaria simplificación mediática, pero también literaria, el reparto de papeles entre buenos y malos resulta el recurso más cómodo para la comunicación.

y en unos conflictos en los que convergen tantos factores desencadenantes es posible encontrar abnegación y abyección a partes iguales entre todas las partes, si se me permite la expresión. De la misma manera que cuando el estallido inflama todas las pasiones, importa menos establecer quién actuó de detonante. Al respecto habría más de un hallazgo, desde las propuestas del radicalismo musulmán de Alija Izetbegovic, en 1974, cuando la novela de Andric, o en las revueltas académicas de los años ochenta en Zagreb y Belgrado, a modo de ingredientes de la mecha que prendió en los noventa (Crnobrnja, 1996; Covic, 1993).

Ahora bien, la crisis de conciencia, en lo que respecta a lo europeos, y también al atractivo que ejerce sobre los norteamericanos, alcanza no sólo a las reflexiones encontradas de Handke o Goytisolo, sino que se transmite a la creación literaria o a la reflexión de actores en la zona. Tal el caso de Mendiluce, entrelazando historia y biografía (Mendiluce, 1996), decantado por las víctimas del asedio de Sarajevo; o el escenario de la acción y la memoria de Susana Fortes en el anfiteatro trágico de Mostar, en el alféizar de cuyas ventanas desportilladas vuelven a crecer y florecer los geranios como en *Las cenizas de la Bounty*, de Susana Fortes (Fortes, 1998).

Historia y medios, por así decirlo, han querido demonizar a una parte, los serbios; han pasado con frecuencia como ascuas sobre pasado y presente de los croatas; han victimizado a los musulmanes, apodados por ellos mismos, en Bosnia, como bosnios. Y han ignorado, desde el principio hasta hoy mismo, a albaneses, macedonios, húngaros, rumanos, gitanos o sefardíes, que formaban parte del trágico cortejo de los conflictos.

Desde una cierta perspectiva, la de la comunicación (en el sentido abrumador a que me referí y que subrayan los expertos), no podía ser de otro modo. Desde la perspectiva de los intereses de los Estados, tampoco. Una cosa es proclamar la diversidad como patrimonio de la humanidad y otra aplicar el principio de igualdad para todos; es cosa sabida. Y en lo que se refiere a los intereses, tuve oportunidad de explayarme en otras ocasiones, tanto en lo que concierne al papel de los Estados Unidos como, sobre todo, en lo que toca a la pobreza e insolidaridad de la acción europea en materia de seguridad y de política internacional (Pérez Casado, 1998).

De hecho, los clichés querían un serbio centralista, expansionista, de preferencia asesino o encubridor de asesinos, heredero de la tradición partisana (esto es, comunista), siempre intransigente. La demonización tenía todos los ingredientes, más cuando se acompañaba de serbios como Karadmic o Ratko, y no digamos ya de esa síntesis de estereotipos que es Milosevic, eslavo y mediterráneo, duro y dúctil a la vez. Estos serbios, en el juicio mediático, alumbraron a especímenes como Vuk Draskovic, transformado, por obra mediática y de la coalición *Zajedno*, en adalid de virtudes democráticas y ahora sumido de nuevo en el fascismo nacionalista serbio. Estos serbios que también fueron el núcleo de los interbrigadistas, del sostenimiento de la igualdad en Yugoslavia (Haro Tecglen, 1998).

El mismo cliché quiere unos croatas, todos, emparentados con el régimen títere de Ante Pavelic, armados de ideas y cañones *ustacha*. Croatas tolerantes del Adriático, en la Dalmacia, instruidos germanófilos de Zagreb, todos bajo el estigma del nazismo, incluidos en el mismo y fatal estereotipo. Rehenes del pasado y prisioneros de la intransigencia integrista de una iglesia, la católica, y en especial de las órdenes religiosas en las que menos podríamos pensar que anidara la belicosidad, como la del santo seráfico San Francisco. Bajo ese manto inocente hubo croatas en los campos de concentración y exterminio, y combatientes en las brigadas partisanas, y en la reconstrucción del país que iba a ser la sede pacífica de todos los eslavos del sur.

Y en fin, musulmanes, conversos ayer, dueños y señores en el pasado, de la mano del invasor -¿se puede decir así, cuando nos referimos a siglos de contacto?-, víctimas hoy. Porque al cabo, la cuestión religiosa, como otras que se han podido desgranar en los análisis de estos conflictos, emerge con más fuerza (Pérez Casado, junio 1998, y bibliografía que se cita). Sorprende al viajero la celeridad con que se reconstruyen mezquitas -como también iglesias, en menor medida- en los lugares de la devastación. O siguiendo las imágenes mediáticas, cómo en Kosovo, o en Albania, el templo islámico está siendo reconstruido, o construido de nueva planta mientras las dependencias sociales, los hospitales, muestran su descarnada soledad inerme, su desprovisión. Como ocurre en los hospitales de la Vojvodina serbia, desprovistos de cualquier defensa ante la tuberculosis, contra el hambre que acecha. y bajo las siniestras banderas negras de las SS hubo musulmanes en su XIII División, operando en el mismo territorio que sus compañeros de Islam partisanos.

La simplificación mediática, exigencia de los tiempos, y también interés de los gobiernos, ha de tener el necesario lenitivo de los matices, de las apreciaciones ajustadas de las gentes, sin las prevenciones del pasado, sin las intransigencias del presente.

Claro está que mi mirada, a estas alturas, es todo menos ajena. Con la amargura que acompaña a la ironía inteligente, alguien me preguntó: «¿Por qué se obstinan ustedes (se refería, claro está, a aquellos que la comunidad internacional había decidido que participáramos en los trabajos de reconstrucción moral, política, material, en Bosnia) en hacernos una pequeña Yugoslavia, en Bosnia-Herzegovina, cuando la otra, la grande, no ha funcionado?» El lugar en que se nos formuló la pregunta era y es hermoso, en la blánica, en el corredor del Neretva,

en el teatro de las operaciones partisanas de Tito, en el espacio de los encontronazos sangrientos de los noventa. Y el momento, el de un agradable almuerzo. Los comensales, reunidos en torno al cordero asado a la manera islámica, gustando el vino a la manera croata, y la *rakia* al modo serbio, sólo pudimos permanecer en silencio, bajo la protección de los soldados de la OTAN y de la Guardia Civil española.

Bibliografía

- ANDRIC, I.: *Un puente sobre el Drina*, Madrid, 1996.
- CLANCY, T., y PECZENIK, S.: *Balance of power*, Nueva York, 1998.
- COVIC, B.: *Roots of Serbian aggression*, Zagreb, 1993.
- CRNOBRNJA, M.: *The Yugoslav Drama*, Quebec, 1996.
- El País*: «La OTAN y Kosovo», 1 de junio de 1998.
- : «Para la guerra», 6 de junio de 1998.
- : «Esta vez va en serio», 13 de junio de 1998.
- FORTES, S.: *Las cenizas de la Bounty*, Madrid, 1998.
- GLENNY, M.: «Why the Balkans are so violent?», *The New York Review of Books*, septiembre 1996, Nueva York.
- GOYRISOLO, I.: *Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie*, Madrid, 1993.
- HANDKE, P.: *Un viaje de invierno a los ríos Danubio, Sava, Marava y Drina. O justicia para Serbia*, Madrid, 1996.
- HARO, E.: «Civilizar los Balcanes», *El País*, 16 junio 1998.
- HENRY-LEVY, B.: *Éloge des intellectuels*, París, 1987.
- HOLBROOKE: *The end of a war*, Nueva York, 1998.
- JOHNSON, P.: *Le grand mesonge des intellectuels*, París, 1993.
- La Vanguardia*: «Revés para Milosevic», 3 de junio de 1998.
- : «Limpieza en Kosovo», 4 de junio de 1998.
- : «Occidente y Kosovo», 9 de junio de 1998.
- : «Serbia en el punto de mira», 12 de junio de 1998.
- : «Presión sobre Serbia», 15 de junio de 1998.
- : «Esperando a Milosevic», 18 de junio de 1998.
- MALCOM, N.: *Bosnia. A Short History*, Nueva York, 1996.
- : *Kosovo. A Short History*, Nueva York, 1998.
- MEEK, R. L.: *Economics and Ideology and other Essays*, Londres, 1967.
- MENDILUCE, J. M.: *El amor armado*, Barcelona, 1996.
- PÉREZ CASADO, R.: «Els Balcans, un conflicte inacabable?», *El Contemporani*, 10 de diciembre de 1996.
- : *Con/licte, tolerància i mediació*, Catarroja, 1998.
- RAMONET, I.: *La tiranía de la comunicación*, Madrid, 1998.
- STROBEL, W. P.: *Late-Breaking Foreign Policy: The News Media's influence on Peace Operations*, Washington, 1997.

TAIBO, C., y LECHADO, J. C.: *Los conflictos yugoslavos. Una introducción*, Madrid, 1993.

The New York Times: «First Bosnia, Now Kosovo», 10 de junio de 1998.

WOODWARD, S. L.: *Balkan Tragedy. Chaos and Dissolution after the Coldwar*, Washington, 1995.

ZIMMERMANN, W.: *Origins of a Catastrophe: Yugoslavia and its Destroyers. America's last Ambassador Tells What Happened and Why*, Nueva York, 1996.

NÚMEROSPUBUCADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El su/ragio universal*.
4. Franeese Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J.1. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. 1. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorea, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enrie Ueelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuiña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Historia y memoria*.

Glicerio Sánchez Recio (ed.), *El primer franquismo*.

Rafael Flaquer Montequi (ed.), *Derechos y Constitución*.

Hipólito de la Torre (ed.), *Portugal/España. Una historia comparada*.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA y gastos de envío, son:

Precios España:

suscripción anual: 8.000 ptas.

Precios extranjero:

suscripción anual: 9.000 ptas.

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de AHC, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid, Ciudad Universitaria, 28040 MADRID.

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
San Sotero, 6
Tel. 91 3043303 - Fax 91 3272367
28037 MADRID

Correo electrónico: revistas@marcialpons.es

